

Paulo Orosio

**HISTORIAS
CONTRA LOS PAGANOS**



Edición original: *Historiae adversus paganos*, 416-417 d.C.

Edición digital (epub): Clásicos de Historia, 2014

Conversión (pdf): FS, 2018



PAULO OROSIO

HISTORIAS CONTRA LOS PAGANOS

LIBRO I. DESDE ADÁN HASTA LA FUNDACIÓN DE ROMA

Descripción geográfica del mundo: sus partes, ciudades, provincias y pueblos más importantes, y las islas entonces conocidas. El diluvio universal; Nino y sus conquistas, y Semiramis, su sucesora en el trono babilonio. La destrucción de Sodoma, Gomorra y otras ciudades; comparación entre el desastre de Sodoma y el saqueo de Roma en el 410. La guerra de telquises y cariatios contra Foroneo, rey de los argivos; el segundo diluvio en época de Ogigio. Los siete años de abundancia, seguidos de siete años de escasez, en Egipto, durante los cuales José juega un papel de protagonista. Tras la reseña de tres desgracias que se acumularon durante el reinado del tercer rey ateniense, Anfición —diluvio en Tesalia, peste en Etiopía, invasión de la India por Baco—, continúa la historia del pueblo de Israel en Egipto hasta su salida bajo el mando de Moisés; en esta misma época el calor abrasó gran parte del orbe. De nuevo acumulación de varios desastres en el año 775 antes de la fundación de Roma: el asesinato de 49 hijos de Egipto por parte de sus esposas, hijas de Dánao; las acciones de Dánao en Argos; los criminales sacrificios del rey egipcio Busiris; adulterio de Tereo y venganza de su esposa; invasión de Asia por Perseo; las calamidades son en fin tantas, que es imposible describirlas. Dos nuevas desgracias en el año 560 antes de la fundación de Roma: derrota ateniense ante los cretenses con la consiguiente ofrenda al Minotauro, y guerra entre

lápitas y tesalios o centauros. Origen y acciones de las Amazonas, y comparación entre la situación del mundo a causa de los crímenes de estas mujeres y la de Roma con el saqueo de Alarico. Guerra de Troya, llegada de Eneas a Italia y conmociones en Grecia y Asia en esa misma época (17-18). Fin del Imperio asirio de Sardanápalo. Situación en Sicilia bajo la tiranía de Falaris y en Italia en época del rey latino Arémulo; comparación de la situación de Italia y Sicilia en aquella época con la de los tiempos cristianos. Guerra de los lacedemonios con los atenienses y mesenios

PRÓLOGO

He obedecido tus mandatos, venerable padre Agustín, y ojalá que lo haya hecho con tanto acierto como buena voluntad. Aunque del resultado, poco me preocupa si lo he hecho bien o no. Efectivamente, a ti te preocupaba si yo podría hacer lo que me mandabas; pero a mi, por mi parte, me bastaba con dar testimonio de obediencia, aunque adornando a esta con mi buena voluntad y mi esfuerzo. Y es que incluso en las grandes mansiones de los grandes señores, aunque haya muchos animales de distinta especie, aptos todos para el mantenimiento de la hacienda, una de las principales preocupaciones es, sin embargo, siempre por los perros; sólo en estos hay una especie de disposición natural para hacer con facilidad aquello para lo que son adiestrados y para, por medio de una cierta norma congénita de obediencia, quedarse quietos, disciplinados con la sola amenaza del castigo, hasta que con un movimiento de la cabeza o cualquier otra señal se les da a entender que tienen libertad para actuar. Tienen, en efecto, los perros facultades

especiales, tan alejadas de los brutos como cercanas a los hombres; es decir, saben discernir, amar y servir. Y es que, dado que distinguen claramente a su dueño de las personas extrañas, atacan a éstas, no porque las odien, sino porque se preocupan de aquellos a quienes aman, y, porque aman, cuidan de su dueño y de su casa no por impulsos naturales de un cuerpo apto para ello, sino que se consagran a esta vigilancia por un sentimiento de solícito amor. Por ello, incluso, según la revelación mística en los evangelios, la mujer de Cananea no se sonrojó al decir, ni el Señor rechazó el escuchar que los pequeños cachorros comen las migas bajo la mesa de sus señores. Tampoco el bienaventurado Tobías, al seguir al ángel que le conducía, despreció la compañía de un perro. Así yo, atado al amor que tu tienes a todos por mi especial cariño hacia ti, he obedecido de buen grado tus deseos. Porque, como mi obediencia debe lo que hace a los deseos de tu paternidad y como toda obra mía, que de ti vuelve a ti, es tuya, yo, de mi sola parte, en abundancia, sólo he puesto esto: que lo he hecho con agrado.

Me ordenaste que escribiera contra la vana maldad de aquellos que, ajenos a la ciudad de Dios, son llamados «paganos» por los pueblos y villas de campo en que viven, o «gentiles», porque gustan de las cosas terrenas, los cuales, si bien no se preocupan del futuro y, por otra parte, olvidan o desconocen el pasado, atacan, sin embargo, a los tiempos actuales como si estos estuviesen infestados de males mas de lo debido, sólo porque ahora se cree en Cristo y se adora a Dios, mientras que sus ídolos son menos adorados; me ordenaste,

pues, que, de todos los registros de historias y anales que puedan tenerse en el momento presente, expusiera, en capítulos sistemáticos y breves de un libro, todo lo que encontrase: ya desastres por guerras, ya estragos por enfermedades, ya desolaciones por hambre, ya situaciones terribles por terremotos, insólitas por inundaciones, temibles por erupciones de fuego volcánico o crueles por golpes de rayos o caída de granizo, o incluso las miserias ocurridas en siglos anteriores a causa de parricidios y otras ignominias. Y pensando, sobre todo, que no merecía la pena entretener con una obra liviana a tu reverencia ocupada en la redacción del undécimo libro contra estos mismos paganos —ya los primeros rayos de los otros diez, en cuanto han salido de la atalaya de tu clarividencia en cuestiones de Iglesia, han brillado por todo el mundo— y dado que tu hijo espiritual, Julián de Cartago, siervo de Dios, exigía que se satisficieran sus deseos en este asunto con las garantías que él pedía, puse manos a la obra y me sumí yo mismo en la más profunda confusión; y ello, porque antes, cuando consideraba este asunto, me parecía que las desgracias de los tiempos actuales hervían por encima de toda medida y porque ahora he comprobado que los tiempos pasados no sólo fueron tan opresores como estos actuales, sino que aquellos fueron tanto más atrozmente desgraciados cuanto más alejados estaban de la medicina de la auténtica religión; de foma que con razón, tras mi análisis, ha quedado claro que reina la sangrienta muerte, cuando la religión, enemiga de la sangre, es olvidada; que, mientras la religión brilla, la muerte se obscurece; que la muerte termina, cuando la religión prevalece;

que la muerte no ha de existir en absoluto cuando impere sólo la religión. Hay que exceptuar, por supuesto, y dejar a un lado los últimos días del fin del mundo y de la aparición del Anticristo o incluso del juicio final, para los cuales nuestro Señor Jesucristo, por medio de las Sagradas Escrituras e incluso con su propio testimonio, predijo la existencia de desgracias cuales nunca antes existieron, cuando, de acuerdo con aquello que ahora y siempre es criterio de discriminación, pero que actuará entonces con una separación más clara y rigurosa, los santos tendrán la aceptación en virtud de sus tribulaciones de otros tiempos, y los malvados, la perdición.

1.

Tanto entre los griegos como entre los latino, casi todos los escritores que propagaron con sus palabras, en aras de un largo recuerdo, las acciones de reyes y pueblos, comenzaron sus obras con Nino, hijo de Belo, rey de los asirios —los mismos autores que, aunque querían hacer creer, sin demostración, que el origen del mundo y la creación del hombre no tuvieron principio, aceptan, sin embargo, que los reinos y las guerras empezaron con ese rey, como si el género humano hubiese vivido hasta ese momento a modo de animales y sólo entonces por primera vez abría los ojos como golpeado y despertado a nueva luz—. Por ello, yo he decidido contar el comienzo de las desgracias humanas partiendo del primer pecado humano, escogiendo sólo unos pocos y breves ejemplos

Desde Adan, el primero de los hombres, hasta el rey Nino el Grande como le llaman, época en que nació Abraham, pasaron 3184 años; años que han sido omitidos o ignorados por todos los historiadores.

Desde Nino por otra parte, o desde Abraham, hasta César Augusto, es decir, hasta el nacimiento de Cristo, que tuvo lugar en el año cuadragésimosegundo del reinado de Augusto, cuando, tras firmarse la paz con los partos, se cerraron las puertas de Jano y acabaron las guerras en todo el mundo, se contabilizan 2015 años, en los cuales los autores de los hechos y los escritores de los mismos han tratado las posibles actividades del ocio y del no ocio en todo el mundo. Por ello el propio tema obliga a escoger muy brevemente unas pocas ideas de aquellos libros que, dejando a un lado el origen del mundo, han creído en los hechos pasados por la carga profética de estos y porque son prueba de subsiguientes hechos. Y ello lo hacemos no porque pensemos imponer la autoridad de hechos pasados a nadie, sino porque merece la pena advertir acerca de una opinión extendida que yo comparto con todos los demás. En primer lugar, porque, si es cierto que el mundo y el hombre son regidos por la providencia divina, la cual es tan generosa como justa, es sobre todo el hombre, que por la mutabilidad de su naturaleza y por la libertad de su independencia es débil y obcecado, el que debe, como falto de fuerzas que está, ser gobernado con la generosidad y, de la misma forma, como desmesurado que es en el uso de su libertad, el que tiene que ser corregido con la justicia. Con razón podrá comprobar

cualquiera que contemple al género humano por sí y en sí mismo que este mundo, desde el comienzo de la humanidad, se rige por períodos buenos y malos alternantes.

En segundo lugar, porque, dado que sabemos que desde el primer hombre hubo ya pecado y castigo a ese pecado, y dado también que esos que empiezan sus historias en épocas medias no describen sino guerras y desgracias, aunque no recuerden los hechos anteriores (y esas guerras, ¿qué otra cosa pueden llamarse sino males que van de un lado a otro?, y en cuanto a las desgracias del tipo que entonces había, lo mismo que las que ahora hay en la medida en que las hay, no son sin duda sino pecados manifiestos u ocultos castigos a esos pecados); dado, pues, todo eso, ¿qué impedimento hay en que yo coja por la cabeza lo que aquellos sólo tocaron en el cuerpo y dé fe, aunque sea en un pequeño relato, de que aquellos primeros siglos, que ya he dicho que fueron mucho más numerosos, conocieron desgracias semejantes?

Y como tengo intención de hablar desde la creación del mundo hasta la creación de Roma, y, después, hasta el principado de Augusto y el nacimiento de Cristo, a partir del cual el gobierno del mundo ha estado bajo el poder de Roma, y, por fin, incluso hasta nuestros días (en la medida en que pueda traer los hechos a la memoria), pienso que es necesario, con el fin de mostrar, como desde una atalaya, los conflictos del género humano y el fuego de este mundo que, por así decirlo, se inició en la chispa de los placeres y arde de males por todas partes, es necesario, pienso, que describa en primer lugar el propio globo de las tierras habitado por el género humano, tal

como fue distribuido en un primer momento por nuestros mayores en tres partes y tal como, después, fue delimitado en regiones y provincias. De esta forma, cuando se hable de las desgracias de guerras y enfermedades ubicadas en un lugar, los lectores entenderán mejor no sólo la importancia de los hechos y su tiempo, sino también la de los lugares.

2.

Nuestros antepasados distribuyeron el orbe terrestre, rodeado por las aguas del mar, en tres partes, a las que llamaron Asia, Europa y África, aunque algunos han pensado en dos partes, a saber: Asia por una parte y, por otra, África, que debe ser unida a Europa.

Asia, rodeada en tres de sus partes por el Océano, se extiende transversalmente a lo largo de toda la zona de Oriente. Mirando hacia el Oeste, Asia limita, en su parte derecha, bajo el Polo Norte, con Europa que comienza allí; por la izquierda, a su vez, tiene frontera con África, aunque por la zona de Egipto y Siria toca a nuestro mar, al que generalmente llamamos *Grande*.

Europa comienza, como ya dije, en el Polo Norte, desde el río Tanais; los límites son estos: son los montes Rifeos los que, arrancando del mar Sarmático, dan origen al río Tanais, el cual, a su vez, tras pasar los altares y límites de Alejandro el Grande, por el territorio de los Robascos, desemboca en el lago Meotis, cuya inmensa extensión de agua se une al Ponto Euxino en la ciudad de Teodosia. Después, por Constantinopla, se extiende

un largo estrecho, hasta que este mar que llamamos *Nuestro* termina con ese estrecho. El otro límite de Europa es el Océano Atlántico, en Hispania, sobre todo donde se divisan las Columnas de Hércules junto a las islas Gades y por donde las olas del Océano entran en las fauces del mar Tirreno.

África comienza en el territorio de Egipto y de la ciudad de Alejandría; en ella está la ciudad de Paretonio en la orilla del mar Grande, que baña todas las zonas y tierras intermedias del globo. África se extiende, después, por el territorio que los habitantes llaman *Catabatmon*, no lejos del campamento de Alejandro Magno y por la zona del lago Calearzo; luego, pasando junto al territorio superior de los avasitas, a través de los desiertos de Etiopía, llega hasta el Océano Meridional. Los límites de África por Occidente son los mismos que los de Europa, esto es, las bocas del estrecho de Cádiz. Los últimos territorios de África son, concretamente, el monte Atlas y las islas que llaman *Afortunadas*.

Y ya que he dado brevemente los límites generales de las tres partes del orbe, procuraré reseñar también, según prometí, las regiones de estas tres partes.

Asia tiene, hacia la mitad de su cabecera, en el Océano Oriental, la desembocadura del río Ganges; a su izquierda, el promontorio Caligardamana, bajo el cual se encuentra, hacia el Sudeste, la isla Taprobane, a partir de la cual el Océano empieza a llamarse ya Índico; a la derecha tiene el promontorio Samara del monte Imavo —que es donde termina el Cáucaso—; bajo este promontorio se encuentra, en dirección al Norte, la

desembocadura del río Otorogorra, a partir del cual el Océanose llama Serico.

En este territorio está la India, cuyos límites son: por Occidente, el río Indo, que desemboca en el mar Rojo; por el Norte el monte Cáucaso; los otros límites son, como ya dije, los océanos Oriental e Índico. Tiene cuarenta y cuatro razas de pueblos, sin tener en cuenta la isla Taprobane, que cuenta con diez ciudades, y otras muchas islas habitables.

Entre el río Indo por el Este y el río Tigris por el Oeste las regiones son éstas: Aracosia, Partia, Asiria, Persia y Media, en un terreno montañoso y áspero. Todas ellas tienen al Norte el monte Cáucaso; al Sur el mar Rojo y el golfo Pérsico; en el medio, por su parte, están sus ríos más importantes, el Hidaspes y el Arbis. En estas regiones hay treinta y dos razas de pueblos. A todo el conjunto se le llama, generalmente, Partia, aunque las Sagradas Escrituras llaman muchas veces a toda esta zona *Media*.

Entre el río Tigris y el Eúfrates está Mesopotamia, que comienza, por el Norte, entre los montes Tauro y Cáucaso. Por el Sur le siguen Babilonia, después Caldea y, por último, Arabia Eudemón, que entre los golfos Pérsico y Arábigo se extiende hasta Oriente a través de un estrecho trozo de tierra. En estas regiones hay veintiocho razas de pueblos.

Entre el río Eúfrates por el Este y el mar Nuestro por el Oeste, y, por otra parte, entre la ciudad de Dagusa por el Norte (la cual se encuentra en la frontera entre Capadocia y Armenia no lejos del lugar donde nace el Eúfrates) y Egipto y el extremo

del golfo Arábigo, golfo que se extiende por el Sur en un largo y angosto surco de sal con abundantes islas desde el mar Rojo, en una palabra, desde el Océano hasta Occidente, está lo que generalmente se llama Siria. Tiene como provincias mas importantes Comagena, Fenicia y Palestina, sin contar los saracenos y nabateos, cuyos pueblos son doce.

En la cabecera de Siria esta Capadocia, cuyos límites son por el Este, Armenia; por el Oeste, Asia; por el Norte, los Campos Temiscirios y el mar Cimérico, y por el Sur, el monte Tauro. En la base de este monte se encuentran Cilicia e Isauria, que se extienden hasta el golfo Cilicio, que, a su vez, está frente a la isla de Chipre.

La región de Asia, o, hablando con propiedad, de Asia Menor, está rodeada de agua por todas partes, excepto por la parte oriental, por donde se extiende hasta Capadocia y Siria: por el Norte está rodeada por el Ponto Euxino; por el Oeste, por la Propóntide y el Helesponto, y por el Sur, por el mar Nuestro. En ella está el monte Olimpo.

Egipto Inferior limita por el Este con Siria Palestina; por el Oeste, con Libia; por el Norte, con el mar Nuestro, y por el Sur, con el monte llamado *Climax*, con Egipto Superior y con el río Nilo. Este río parece nacer a orillas de las primeras aguas del mar Rojo en un lugar que se llama *emporio Mosilo*; desde ahí, tras correr un largo trecho hacia el Oeste, dando lugar en mitad de su propio cauce a una isla llamada Meroe y girando, por último, hacia el Norte, termina por regar las llanuras de Egipto al aumentar su caudal en crecidas estacionales. Algunos

autores, sin embargo, señalan que este río tiene su fuente no lejos del monte Atlas y que, inmediatamente, se sumerge bajo la arena; que después, pasado un pequeño espacio, nace en un amplísimo lago, se desliza hasta el océano, hacia Oriente, a través de los desiertos de Etiopía y que, girando de nuevo hacia la izquierda, baja hacia Egipto. Lo que si es cierto es que un río de este tipo, que tiene tal nacimiento y tal recorrido y que, en verdad, engendra todos los monstruos que se han atribuido al Nilo, tiene que ser grande. A este río, en sus fuentes, los bárbaros lo llaman *Dara*; el resto de los habitantes de sus márgenes lo llaman *Nuhul*; pero este río, en la zona de los pueblos que reciben el nombre de libio-egipcios, no lejos de aquel otro que, según dijimos, arranca del litoral del mar Rojo, es asumido por un inmenso lago y ahí termina; a no ser que mediante una corriente bajo tierra vuelva a salir al cauce de aquel otro que viene de Oriente.

Egipto Superior se extiende hacia Oriente en un largo territorio; tiene por el Norte el golfo Arábigo; por el Sur, el Océano, ya que por el Oeste comienza a partir de Egipto Inferior, y por el Este termina en el mar Rojo. Hay en él veinticuatro razas de pueblos.

Y dado que ya hemos descrito la parte sur de toda Asia, nos queda por reseñar la parte que hay desde Oriente hasta el Norte.

Lo primero que se levanta es el monte Cáucaso en la parte que está entre los coicos, que habitan por encima del mar Cimérico, y los albanos, que están junto al mar Caspio. Hasta el

Extremo Oriente una sola parece ser la cadena de este monte, aunque tenga muchos nombres; muchos incluso defienden que la propia cima del monte Tauro pertenece a esta cadena, ya que consideran que realmente el monte Parcoatras de Armenia, colocado en medio del Tauro y del Cáucaso, une al Tauro con el Cáucaso; de que no es así, sin embargo, es una prueba el río Eúfrates, el cual, tras nacer en la base del monte Parcoatras, al correr hacia el Sur, deja al propio monte Parcoatras a la izquierda y al Tauro a la derecha. Así pues, el Cáucaso que hay entre los coicos y los albanos, zona por donde hay también desfiladeros, es lo que se llama, realmente, monte Cáucaso. Desde los pasos del Caspio hasta los desfiladeros de Armenia y hasta la fuente del río Tigris, entre Armenia e Hiberia, se conoce con el nombre de montes Acroceraunos. Desde la fuente del Tigris hasta la ciudad de Carras, entre los masagetas y los partos, con el de monte Ariobarzanes. Desde la ciudad de Carras hasta la fortaleza de Catipo, entre los hircanos y los bactrianos, con el de monte Memarmalo, donde nace el amomo. El monte más cercano a éste se conoce con el nombre de monte Partau. Desde la fortaleza de Catipo hasta la villa de Safri, entre los dahas, los sacarauca y los partienas, se conoce con el nombre de monte Oscobares, donde arranca el río Ganges y nace la resina llamada laser. Desde el nacimiento del río Ganges hasta el del río Otorogorra, que se encuentra al Norte, donde habitan los montañeses Paropanisadas, con el de monte Tauro. Desde las fuentes del Otorogorra hasta la ciudad de Otorogorra, entre los cunos, escitas y gándáridas, con el de monte Cáucaso. El último monte, por fin, entre los eoas y los

pasiadras, es el monte Imavo, por donde el río Crisoroas y el promontorio Samara entran en el Océano Oriental. En consecuencia, desde el monte Imavo, es decir, desde la parte mas lejana del Cáucaso y la parte derecha del Oriente, por donde se extiende el Océano Serico, hasta el promontorio Boreo y el río Boreo, y desde aquí a lo largo del mar Escítico, por el Norte, hasta el mar Caspio, por el Oeste, y las ramificaciones del monte Cáucaso por el Sur, habitan cuarenta y dos pueblos hircanos y escitas, que andan errantes en amplios territorios a causa de la infecunda extensión de aquellas tierras.

El mar Caspio arranca del Océano en la parte norte; sus litorales y territorios cercanos al Océano se piensa que son desiertos y sin cultivos. Desde su origen, en dirección al Sur, se extiende a través de un largo canal hasta que, ensanchado de nuevo en amplia extensión, termina en la base del monte Cáucaso. Entre el mar Caspio, por el Este, y siguiendo a lo largo de las costas del Océano-Norte hasta el río Tanais y las lagunas Meótidas, que quedan al Oeste, y continuando después a lo largo del mar Cimérico, que esta al Suroeste, y llegando hasta los primeros pasos del Cáucaso, que queda al Sur, habitan treinta y cuatro razas de pueblos.

Generalmente, de todo este territorio, a la región más próxima se la llama Albania; la más lejana, la que esta junto al mar y el monte Caspio, se la llama tierra de las Amazonas.

Hemos explicado ya, muy brevemente, los límites de Asia. Ahora recorreré Europa con mi pluma, en la medida en que es conocida ésta por la ciencia humana actual.

Arranca por el Este en los montes Rifeos, en el río Tanais y en las lagunas Meótidas, descendiendo, a lo largo del litoral del Océano-Norte, hasta la Galia belga y el río Rin, que quedan al Oeste, y hasta el río Danubio, al que llaman también Histro, que queda al Sur y que, tras correr hacia el Este, desemboca en el Ponto. Europa comprende, en el Este, Alania; en el medio, Dacia, donde está también la Gotia, y, por último, Germania, donde la mayor parte del territorio la tienen los suevos. En total son cincuenta y cuatro pueblos.

Ahora hablare de la zona que, separada por el Danubio del territorio bárbaro, llega hasta nuestro mar.

Mesia limita por el Este con la desembocadura del Danubio; por el Sudeste, con Tracia; por el Sur, con Macedonia; por el Sudoeste, con Dalmacia; por el Oeste, con Histria; por el Noroeste, con Panonia, y por el Norte, con el Danubio.

Tracia tiene al Este el golfo de la Propóntide y la ciudad de Constantinopla, que antes se llamó Bizancio; al Norte, parte de Dalmacia y el golfo del Ponto Euxino; al Oeste y Sudoeste, Macedonia, y al Sur, el mar Egeo.

Macedonia limita por el Este con el mar Egeo; por el Norte con Tracia; por el Sudeste, con Eubea y el golfo Macedónico; por el Sur, con Acaya; por el Sudoeste, con los montes Acroceraunios en el estrecho del golfo Hadriático, montes que se encuentran frente a Apulia y Brindis; por el Oeste, con Dalmacia; por el Noroeste, con Dardania, y por el Norte, con Mesia.

Acaya está rodeada casi por todas partes de mar, ya que por el Este tiene el mar Mirtoo; por el Sudeste, el mar Crético; por el Sur, el mar Jónico; por el Sudoeste y el Oeste, las islas Cefalonia y Casiopa; por el Norte, el golfo de Corinto; y por el Noroeste, una pequeña franja de tierra, por donde se une a Macedonia, o, mejor, a Ática; esta franja se llama Istmo, donde esta Corinto, y tiene, no lejos, ya en Ática y hacia el Noroeste, la ciudad de Atenas.

Dalmacia limita por el Este con Macedonia; por el Nordeste, con Dardania; por el Norte, con Mesia; por el Oeste, con Histria y el golfo Libúrnico y las islas Libúrnicas, y por el Sur, con el golfo Hadriático.

Panonia, Nórico y Retia tienen, por el Este, Mesia; por el Sur, Histria; por el Sudoeste, los Alpes Peninos; por el Oeste, la Galia belga; por el Noroeste, el nacimiento del Danubio y la frontera que separa a Germania de la Galia entre el Danubio y la propia Galia, y por el Norte, el Danubio y Germania.

La posición de Italia tiene el sentido de Noroeste a Sudeste, teniendo al Sur el mar Tirreno y al Noreste el mar Hadriático. La parte de Italia por la que está unida y contigua al continente se encuentra tapada por las difíciles alturas de los Alpes. Estos, tras arrancar del mar Gálico cerca del golfo Ligústico, dejan al lado de allá, primero, el territorio de los Narbonenses y, después, la propia Galia y Retia, para terminar en el golfo Libúrnico.

La Galia belga tiene por el Este la frontera del Rin y Germania; por el Sudeste, los Alpes Peninos; por el Sur, la

provincia Narbonense; por el Oeste, la provincia Lugdunense; por el Noroeste, el Océano Británico, y por el Norte, la isla Britania.

La Galia Lugdunense, extensa longitudinalmente, pero estrecha en la doblez que hace, casi rodea a la provincia de Aquitania. Por el Este limita con Bélgica, y por el Sur, con la parte de la provincia Narbonense donde está la ciudad de Arles y por donde el río Ródano desemboca en el mar Gálico.

La provincia Narbonense, que es una parte de las Galias, tiene al Este los Alpes Cotias; al Oeste, Hispania; al Noroeste, Aquitania; al Norte, la Lugdunense; al Nordeste, la Galia belga; al Sur el mar Gálico, el cual se encuentra entre Cerdeña y las islas Baleares. Esta provincia tiene en su cabecera, por donde desemboca el Ródano, las islas Estécadas.

La provincia de Aquitania está contenida en un círculo por el curso oblicuo del río Liger, que en la mayor parte es límite de esta provincia. La misma limita por el Noroeste con el mar conocido con el nombre de golfo Aquitánico; por el Oeste, con las dos Hispanias; por el Norte y Este, con la Lugdunense, y por el Sudeste y Sur toca a la provincia Narbonense.

Hispania, en conjunto, por la forma de sus tierras, es triangular y, por estar rodeada por el Océano y el mar Tirreno, se convierte en una península. El ángulo superior de este triángulo, que mira a Oriente, comprimido a la derecha por la provincia de Aquitania y a la izquierda por el mar de las Baleares, se introduce hasta los límites de la Narbonense. Un segundo ángulo mira hacia el Noroeste, donde está situada la

ciudad gallega de Brigantia que levanta, como lugar de observación hacia Britania, un faro altísimo, obra digna de recuerdo entre pocas. El tercer ángulo de Hispania es aquel desde el que las islas Gades, orientadas hacia el Sudoeste, miran al monte Atlas a través del estrecho marítimo que esta en medio.

En los pasos del Pirineo arranca Hispania Citerior, que comienza en el Este y que, en la parte norte, llega hasta la zona de los cántabros y astures; a partir de ahí, a través de los vacceos y oretanos, que quedan al Oeste, termina en Cartagena, que se encuentra en el litoral del Mediterráneo.

Hispania Ulterior tiene, al Este, los vacceos, celtíberos y oretanos; al Norte, el Océano; al Oeste, el Océano; al Sur, el estrecho Gaditano del Océano; de ahí arranca nuestro mar, que llamamos Tirreno.

Y dado que el Océano tiene unas islas, a las que llaman Britania e Hibernia, las cuales están situadas frente a las Galias, con vista a Hispania, las describiré brevemente.

Britania, isla del Océano, se extiende a lo largo en dirección al Nordeste; al Sur tiene las Galias. Su litoral más cercano lo abre a los navegantes la ciudad que recibe el nombre de Puerto de Rutupo; desde este puerto, Britania contempla, en dirección sur, a los menapios y batavos, que no están lejos de los morinos. Esta isla tiene ochocientas millas de largo y doscientas de ancho.

A su espalda, por donde se abre a un océano infinito, tiene las islas Orcadas, de las cuales veinte están desiertas y trece

habitadas.

Mas allá, la isla Tile, la cual, separada de las demás por un espacio infinito y situada hacia el Noroeste en mitad del Océano, apenas es conocida por muy pocos.

Hibernia, isla situada entre Britania e Hispania, se extiende desde el Suroeste al Nordeste en una longitud considerable. Sus primeros territorios, alargados hacia el mar Cantábrico, contemplan a través de un largo espacio desde lejos, sobre todo desde el promontorio donde desemboca el río Escena y donde habitan los lucenos y los velabros, la ciudad gallega de Brigantia que se encuentra al Sudoeste de Hibernia y que mira hacia estos en dirección Noroeste. Esta isla, cercana a Britania y más escasa que aquella en extensión de tierras, aunque más fértil por su clima y su suelo, es cultivada por los pueblos de los escotos.

Cercana a esta isla se encuentra también la de Mevania; esta es de no poca extensión y fértil en su suelo. Está igualmente habitada por pueblos de los escotos.

Estos son los límites de toda Europa.

En cuanto a África, al considerar, como dije, nuestros antepasados que debe ser aceptada como la tercera parte del mundo, tuvieron en cuenta no las medidas de los territorios, sino las convenciones propias de las divisiones. Efectivamente, el mar Grande, que viene de Occidente a partir del Océano, al girar un poco hacia el Sur, hace mucho mas pequeño, entre él y el Océano, el territorio de la encajada África. De ahí que muchos, al considerar a África, si bien igual en extensión,

mucho más estrecha sin embargo en anchura, pensaron que era ridículo considerarla como la tercera parte del mundo, incluyendo, más bien, a África en Europa; es decir, prefirieron considerarla como una parte de la segunda. Por otro lado, debido a que queda mucho más territorio deshabitado e inexplorado en África, a causa del ardor del sol, que en Europa por el rigor del frío —como quiera que casi todos los animales y plantas aceptan con más aguante y tolerancia el excesivo frío que el excesivo calor—, ello ha sido la causa de que África parezca en todo más pequeña: en extensión y en pueblos. Y es que, por su propia naturaleza, tiene menos espacio, y, por la inclemencia del clima, más desierto.

La descripción de África en pueblos y provincias es la siguiente:

Libia Cirenaica y Pentápolis es la primera región en la parte de África, una vez pasado Egipto. Comienza en la ciudad de Paretonio y en los montes Catabatmon; desde ahí se extiende hasta los altares de los Filenos a lo largo del mar. Más allá de ella y hasta el Océano Meridional tiene los pueblos de los libioetíopes y de los garamantes. Sus límites son, por el Este, Egipto; por el Norte, el mar Líbico; por el Oeste, las Sirtes Mayores y los trogoditas —frente a los cuales se encuentra la isla Calipso—, y por el Sur, el Océano Etíope.

La provincia de Trípolis, que se llama también subventana o región de los arzuges, donde está la ciudad de Leptis Magna, aunque a lo largo de todo el territorio de África se les llame generalmente arzuges, tiene al Este los altares de los filenos

entre las Sirtes Mayores y los trogoditas; al Norte, el Mar Sículo o, mejor, el Hadriatico y las Sirtes Menores; al Oeste, Bizazo hasta el lago de las Salinas, y al Sur, a los bárbaros gétulos, natabres y garamantes, que llegan hasta el Océano Etíope.

Bizazo, Zeugis y Numidia. Antes, Zeugis no era solamente el nombre de un solo distrito, sino que sabemos que era el nombre general de toda la provincia. En definitiva, Bizazo, donde está la ciudad de Hadrumeto, Zeugis, donde está Cartago la Grande, y Numidia, donde están Hipo Regio y Rusicada, limitan por el Este con las Sirtes Menores y el lago de las Salinas; por el Norte, con la parte del Mediterráneo que baña las islas de Sicilia y Cerdeña; por el Oeste, con Mauritania Sitifense; por el Sur, con los montes Uzaras y, pasados estos, con los pueblos etíopes que llevan una vida nómada en el territorio que hay hasta el Océano Etíope.

Las Mauritania Sitifense y Cesariense tienen, al Este, Numidia; al Norte, el Mediterráneo; al Oeste, el río Malva; al Sur, el monte Atrixis, que se extiende hasta el Océano separando las tierras fértiles de los extensos territorios arenosos. En ella llevan una vida nómada los etíopes gangines.

La Mauritania Tingitana es la última región de África. Tiene, por el Este, el río Malva; por el Norte, nuestro mar hasta el estrecho de Cádiz, que se encuentra aprisionado entre dos promontorios que están el uno frente al otro: Avenas y Calpe; por el Oeste, el monte Atlas y el océano Atlántico; por el Sudoeste, el monte Hesperio; por el Sur, los pueblos de los

autóloles, a los que ahora llaman galaules, los cuales se extienden hasta el Océano Hesperio.

Este es el territorio de toda África. Ahora describiré la situación, el nombre y la extensión de las islas que se encuentran en nuestro mar.

La isla de Chipre está rodeada al Este por el mar Sirio, al que llaman golfo de Isis; al Oeste, por el mar de Panfilia; al Norte, por el mar Aulón de Cilicia; al Sur, por el mar de Siria y Fenicia. Su extensión es, en longitud, de ciento setenta y cinco millas y, en anchura, de ciento veinticinco.

La isla de Creta está limitada al Este por el mar Carpatio; al Oeste y Norte, por el mar Crético; al Sur, por el mar Líbico, al que también llaman Hadriático. Tiene ciento setenta y dos millas de longitud y cincuenta de anchura.

Las islas Cícladas, de las cuales la primera, por el Este, es Rodas, por el Norte Tenedos, por el Sur Cárpatos y por el Oeste Citera, limitan, al Este, con el litoral de Asia, al Oeste con el mar Icario, al Norte con el mar Egeo y al Sur con el mar Carpatio. El número de Cícladas es, en total, de cincuenta y cuatro. Tienen una extensión de quinientas millas en dirección norte-sur y doscientas millas de Este a Oeste.

La isla de Sicilia tiene tres promontorios: uno que se llama Peloro y mira al Nordeste; cerca de él se encuentra la ciudad de Mesina. El segundo, que se llama Pacino, a cuyos pies se encuentra la ciudad de Siracusa, mira al Sur-Sudeste. El tercero, que se llama Lilibeo, donde esta la ciudad del mismo nombre, se extiende hacia el Oeste. Esta isla tiene, desde el

promontorio de Peloro hasta el de Pacino, ciento cincuenta y nueve millas y, desde el de Pacino al de Lilibeo, ciento ochenta y siete millas. Está rodeada al Este por el mar Hadriático; al Sur, por el mar Africano que está frente a los subvenianos y las Sirtes Menores; por el Oeste y Norte tiene el mar Tirreno; en la línea que va de Norte a Este tiene el estrecho Hadriático que separa a los tauromenitanos de Sicilia de los brutios de Italia.

Las islas de Córcega y Cerdeña están separadas por un pequeño estrecho, concretamente de veinte millas. De ellas, Cerdeña está habitada en la zona sur, frente a Numidia, por los caralitanos, y en la zona norte, frente a Córcega, por los ulbienses. Su extensión, en longitud, es de doscientas treinta millas y, en anchura, de ochenta. Limita al Este y al Nordeste con el mar Tirreno, que se extiende hacia el puerto de Roma; al Oeste, con el mar Sardo; al Suroeste, con las islas Baleares, aunque situadas a larga distancia; al Sur, con el golfo de Numidia, y al Norte, como ya dije, con Córcega.

La isla de Córcega es de un perfil anguloso, debido a los muchos promontorios que tiene. Limita al Este con el mar Tirreno y el puerto de Roma; al Sur, con Cerdeña; al Oeste, con las islas Baleares; al Noroeste y Norte, con el golfo Ligústico. Tiene, en longitud, ciento sesenta millas y, en anchura, veintiséis.

Las islas Baleares son dos, la Mayor y la Menor, en cada una de las cuales hay una fortaleza: la Mayor tiene de frente a Tarragona, de Hispania; la Menor, en dirección norte, a Barcelona. Bajo la Mayor esta la isla de Ibiza. Por lo demás, al

Este tienen a Cerdeña; al Nordeste, el mar Gálico; al Sur y Sudoeste, el mar de Mauritania; y al Oeste, el mar de Hiberia.

Estas son las islas que se extienden a lo largo de todo el Mediterráneo, desde el Helesponto hasta el Océano, y que son consideradas como las más célebres por su cultura y sus monumentos.

He recorrido brevemente, en la medida de mis fuerzas, las provincias e islas de todo el orbe. Ahora narraré, también en la medida que pueda, las desgracias concretas de cada uno de los pueblos, tal como se fueron sucediendo incesantemente desde sus comienzos y de qué forma y por qué razones surgieron.

3.

Una vez que, tras la creación y ordenación del mundo, el hombre, a quien Dios había hecho recto y sin mancha, y con el hombre todo el género humano, depravado por los placeres, se mancharon de pecado, la consecuencia inmediata de su excesivo libertinaje fue un justo castigo. La sentencia de Dios, creador y juez, destinada al hombre pecador y, por culpa del hombre a la tierra, y que ha de durar mientras los hombres habiten en la tierra, o bien, aunque de mal grado, la aceptamos todos a pesar de negarla, o bien la aguantamos aceptándola; y las mentes obstinadas, a las que no convenza con su crédito la Escritura, tienen grabado dentro de sí mismas, como testigo de aquella sentencia, el hecho de que son débiles. Posteriormente, escritores dignos de crédito señalan con toda evidencia que, tras haberse derramado el mar por todas las tierras y haber sido

enviado un diluvio, cuando, tapadas todas las tierras, el único espacio existente estaba ocupado por el cielo y el mar, todo el género humano fue destruido, salvándose, por los méritos de su propia fe y para que sirvieran de punto de arranque de una nueva raza, unos pocos en el Arca. Que esto es verdad lo atestiguan incluso aquellos que, a pesar de desconocer las épocas pasadas y al propio autor del tiempo, lo han aceptado sin embargo, deduciéndolo de la prueba y evidencia que suponen las piedras que solemos ver, llenas de conchas y ostras en lo alto de los montes, y horadadas, en los mares. Y aunque se pueden aducir por parte nuestra todavía otras pruebas de este tipo igualmente dignas de ser contadas e incuestionables por su credibilidad, basten, sin embargo, las ya señaladas como las dos fundamentales sobre la prevaricación del primer hombre, la condena de toda su descendencia y de toda su vida y la perdición, en consecuencia, de todo el género humano; y ello sólo con el fin de que, si los historiadores paganos han tocado de alguna manera nuestra historia, sean aducidas, en el mismo orden en que ellos nos atacan, estas pruebas, y otras para mayor fuerza.

4.

En el año 1300 antes de la fundación de la ciudad, Nino, que fue, según quieren ellos, el primer rey de los asirios, llevó al extranjero la guerra por el deseo de extender su dominio y vivió una vida sangrienta a lo largo de toda Asia durante cincuenta años. Arrancando desde el Sur y desde el mar Rojo

sometió en devastadoras incursiones los territorios del Ponto Euxino hasta el extremo norte, y a los bárbaros escitas, todavía débiles e inofensivos, les enseñó, al ser vencidos, a despertar su todavía torpe crueldad, a conocer sus propias fuerzas, a beber, no ya leche de animales, sino sangre de hombres, y a vencer hasta el final. Finalmente eliminó, derrotándole en el campo de batalla, a Zoroastro, rey de los bactrianos e inventor, según dicen, del arte de la magia. Por último, él mismo murió por herida de dardo mientras asaltaba una ciudad que le había traicionado.

Una vez muerto, le sucede su mujer, Semíramis, que tenía el espíritu del marido y el aspecto del hijo de Nino y, durante cuarenta y dos años, gobernó, en medio de asesinatos de personas, a unos pueblos ya ansiosos de sangre por lo acostumbrados que estaban a ella. No contenta con las fronteras que había heredado ya conquistadas durante cincuenta años por su marido, que en aquella época fue el único rey guerrero, sumó a su imperio, a pesar de ser mujer, a Etiopía, tras haberla tomado con la guerra y haberla purgado con la sangre. Llevó incluso sus campañas bélicas a la India, a donde nadie llegó, excepto ella y Alejandro el Grande. Y, lo que era mucho más grave y cruel en aquel tiempo que lo es ahora, persiguió y despedazó a pueblos que vivían en paz, ya que entre ellos ni había deseo de guerra en el exterior ni cultivo de placeres en la paz. Semíramis, ardiendo por placeres, sedienta de sangre, entre incesantes violencias y homicidios, tras haber matado a todos aquellos con los que se había deleitado carnalmente, a los cuales había atraído como reina y había

tratado como meretriz, tapó con un crimen público la propia ignominia que suponía el haber concebido a su hijo en pecado, el haberlo abandonado sin piedad y el haberlo conocido en incesto. Promulgó efectivamente un decreto de acuerdo con el cual sería libre, según a cada uno le pluguiera, el matrimonio entre padres e hijos, sin tener ningún respeto a la naturaleza.

5.

En el año 1160 antes de la fundación de la ciudad ardió totalmente con fuego caído del cielo, la región limítrofe a Arabia, que entonces se llamaba Pentápolis; lo atestigua, entre otros, Cornelio Tácito, quien dice así: «A una pequeña distancia de este lago hay unas llanuras de las que dicen que, fértiles y habitadas en grandes ciudades en otro tiempo, han sido quemadas después por caída de rayos; y que permanecen aún restos del desastre y que la propia tierra, sólida en apariencia, perdió su fuerza fecunda.» Y dado que en este pasaje no dice nada, como si lo desconociese, de ciudades quemadas por los pecados de sus habitantes, un poco más abajo, como si se hubiese olvidado ya de sus convicciones, añade y dice: «De la misma forma que no podría negar que ciudades famosas en otro tiempo ardieron con fuego del cielo, así también pienso que realmente lo que sucede es que la tierra se quema y corrompe por las exhalaciones provenientes del lago.» Al reconocer esto, aunque de mala gana, sobre las ciudades quemadas, las cuales, sin duda alguna, ardieron por culpa de sus pecados, y al confesar que él lo sabe y lo admite,

manifiesta públicamente no que le falte fe en la verdadera interpretación del hecho, pero sí voluntad de expresar su fe en la misma. Lo que realmente sucedió lo explicaré más satisfactoriamente ahora.

En la frontera de Arabia y Palestina, donde las montañas que bajan gradualmente a uno y otro lado terminan en terrenos llanos que están en sus valles, hubo cinco ciudades: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. De entre éstas, Segor era pequeña, mientras que las otras eran extensas y fuertes, como quiera que tenían suelo fecundante y que el río Jordán, que corre a través de llanuras y que está oportunamente repartido, era utilizado para aumentar la fertilidad. La abundancia de riquezas fue la causa de los males de toda esta región, que hizo un uso malo de sus buenos recursos. Efectivamente, de la abundancia nació el lujo y del lujo los malos placeres, hasta tal punto que mezclándose los hombres con los hombres cayeron en lo más bajo sin tener en cuenta ni el lugar, ni las condiciones, ni la edad.

En consecuencia, la ira de Dios provocó sobre esta tierra una lluvia de fuego y azufre y condenó con eterna perdición a toda esta región quemándola juntamente con sus pueblos y ciudades, para que fuera en el futuro testigo de su justicia; hasta tal punto fue así que, aunque todavía hoy se ven los contornos de la zona, se trata, sin embargo, de una zona de ceniza y el mar, extendiéndose por ella, cubre la mitad del valle que antes había regado el río Jordán. Y es que la indignación divina crece tanto con estos pecados que aparentemente son pequeños, que, solo porque aquellos pueblos, al hacer mal uso de sus bienes,

convirtieron los frutos de la misericordia en alimento de sus placeres, la propia tierra que cobijó a estas ciudades, quemada en un primer momento por el fuego y tapada después por las aguas, pereció en eterna condena para ejemplo de todos.

6.

Así pues, ahora, si les place, que aquellos que lanzan todos los esputos que llevan dentro contra Cristo, al que nosotros presentamos como juez de los siglos, hagan diferencias entre Sodoma y Roma y comparen sus castigos; castigos que no deben ser tratados por mí, porque todo el mundo los conoce. Y, sin embargo, de qué buen grado aceptaría yo sus opiniones, si hablaran con la misma sinceridad que sienten. Aunque pienso que no debe tomarse con excesiva molestia el hecho de que unos pocos murmuren de la época cristiana, y ello por los rincones, cuando el sentimiento y las palabras de todo el resto del pueblo romano, de acorde voz y de idéntica opinión, son suficientemente conocidos. Por otra parte además, el pueblo ha aceptado, con un disgusto sin duda alguna pequeño y ligero, el hecho de que se haya detenido un poco el disfrute de los placeres, hasta el punto de que proclama con toda libertad que, *si recupera los juegos del circo, nada le ha ocurrido*; es decir, que nada han hecho las espadas de los godos a Roma, con tal de que se les permita a los romanos volver a los juegos del circo. A menos que por ventura, como opinan muchos en nuestra época, esos que tras un largo período de tranquilidad consideran incluso al más pequeño castigo que surja como una

carga intolerable, den más importancia a las piadosas advertencias con que todos somos avisados alguna vez que a los auténticos castigos sufridos por otros, castigos que sólo han escuchado o leído. A estos yo les aconsejo que, teniendo en cuenta al menos el final de Sodoma y Gomorra, sean capaces de aprender y entender de qué forma ha castigado Dios a los pecadores, de qué forma puede castigarles y de qué forma los castigará.

7.

En el año 1070 antes de la fundación de Roma, los telquises y los cariatios llevaron a cabo, con dudosa esperanza y sin ningún fruto victorioso, una obstinada guerra contra Foroneo, rey de los argivos, y contra los parrasios. Los propios telquises, vencidos poco después en guerra, alejados de su patria y desconocedores de la situación, creyendo que se apartaban totalmente del contacto con cualquier población humana, tomaron, como si de una plaza segura se tratase, la isla de Rodas, que antes se llamaba Ofiusa.

En el año 1040 antes de la fundación de la ciudad, hubo en Acaya un devastador diluvio con la consiguiente y total asolación de casi toda la provincia. Dado que este desastre ocurrió en tiempos de Ogo, que era en aquel tiempo el fundador y rey de Eleusina, este rey da nombre al lugar y a la época.

8.

En el año 1008 antes de la fundación de la ciudad, hubo en Egipto, según atestiguan el historiador Pompeyo y su epitomador Justino, en primer lugar una insólita e incluso pesada fertilidad, y, después, una continua e intolerable escasez, que fue aliviada, gracias a la providencia divina, por José, varón justo y sabio. Pompeyo y Justino dicen, entre otras cosas esto: «José era el más pequeño en edad entre sus hermanos. Éstos, temerosos del extraordinario talento de José, cogiéndole por sorpresa lo vendieron a unos mercaderes nómadas. Llevado por estos a Egipto, una vez que aprendió allí con ágil inteligencia las artes de la magia, en breve tiempo consiguió el aprecio del propio rey. Era, efectivamente, muy sagaz en la interpretación de los prodigios y el primero que introdujo la interpretación de los sueños; nada referente al derecho divino o humano parecía desconocido por él; hasta tal punto que, adivinando, con muchos años de antelación, una futura escasez de los campos, almacenó frutos suficientes. Tantas fueron las pruebas dadas por él que sus presagios parecían venir, no de un hombre, sino de un dios. Hijo de José era Moisés, quien estaba dotado, además de la heredada ciencia paterna, de la hermosura de su físico. Pero los egipcios, en un momento en que sufrían sarna y herpes, aconsejados por un oráculo echaron a éste de Egipto juntamente con todos los enfermos para que la peste no se extendiera a más gentes.» Esto es lo que dice Justino. Pero dado que el propio Moisés, cuya sabiduría y conocimientos atestiguan estos historiadores, describe estos mismos hechos con más exactitud y veracidad por cuanto fueron protagonizados por él y los suyos, lo primero que hay que

hacer es suplir la ignorancia de estos historiadores con la fiabilidad y autoridad, que ellos mismos aceptan, de Moisés; y, en segundo lugar, refutar la falaz mentira de los sacerdotes egipcios, los cuales, posiblemente por astucia —que es lo mas viable—, intentaron hacer olvidar la evidencia de la ira y misericordia del verdadero Dios con una interpretación de los hechos confusa en todas sus partes, para no dar la impresión de que, en detrimento de sus propios ídolos, debería ser adorado en justicia este Dios, por cuyo designio habían sido anunciados estos males y con cuya ayuda habían sido evitados, que es lo que tendrían que enseñar; o quizá se olvidaron de este Dios por casualidad, que es lo que podemos aceptar si somos indulgentes.

Lo cierto es que gracias a las previsiones de este nuestro José, que fue siervo del verdadero Dios y persona preocupada piadosa y atentamente por las criaturas de su propio Señor, ellos tuvieron abundantes frutos, dando así la impresión de que eran buenos sacerdotes; pero, como en realidad eran falsos sacerdotes, no sufrían con los otros que pasaban hambre. Y es que los favorecidos se olvidan de los favores, mientras que los perjudicados se acuerdan de los perjuicios. Aunque de la situación de aquella época, a pesar de que se callen las historias y los fastos, es buen testigo la propia tierra de Egipto: ésta, sometida entonces al poderío regio y recuperada por sus cultivadores, ha pagado ininterrumpidamente hasta nuestros días un tributo consistente en la quinta parte de su producción.

Este período de hambre tuvo lugar en tiempos del rey de los egipcios Diopolita, cuyo nombre era Amosis, en la misma

época en que Baleo era rey de los asirios y Apis de los argivos. Hubo, sin embargo, antes de los siete años de hambre, otros siete de gran abundancia, cuyos frutos, destinados en principio a perderse tan negligentemente como abundantemente habían nacido, supo recogerlos y almacenarlos con sabiduría nuestro José; y de esta forma salvo a todo Egipto. Él amasó, en su totalidad, para el Faraón las riquezas, para su Dios la gloria, devolviendo, en justísima gestión, tributos a quien se debían tributos, honores a quien se debían honores, y reunió los animales, las tierras y las riquezas de todos; por otra parte, a aquellos que se habían vendido a si mismos con sus propias tierras a cambio de paga fija, les liberó previo pacto de pagar el tributo de la quinta parte.

¿Quién puede creer que este mismo José, a quien Dios destinó como salvador de los egipcios, fuera olvidado tan pronto por aquellos, hasta el punto de que a sus hijos y a todo su pueblo les sometieron poco después a la servidumbre, les cargaron de trabajos y les asediaron con asesinatos? Visto esto no es extraño que se encuentren todavía algunos que, con tal de apartar de sus cabezas la espada que amenaza a los que ostentan el nombre de cristianos, disimulan o infaman el propio nombre de Cristo, que es el único que les ha salvado, y aseguran que se ven oprimidos en la época de los cristianos, por cuyos méritos han sido precisamente liberados.

En el año 810 antes de la fundación de Roma reinaba en Atenas Anfición, el tercer rey después de Cécrope. En su época una inundación asoló la mayor parte de los pueblos de Tesalia, librándose muy pocos en los refugios de las montañas, sobre todo en el monte Parnaso, en cuya cima reinaba entonces Deucalión, quien, tras recibir a los que acudían a él en navíos, les ayudó y cuidó a lo largo de las dos cimas del Parnaso. Por ello dicen que el género humano fue recuperado por este rey.

En esta misma época también, según el testimonio de Platón, se extendieron por Etiopía, hasta dejarla casi desolada, muchas pestes y crueles enfermedades.

Y para que nadie crea que las épocas en que se manifestaron la ira de Dios y la locura de las guerras se repartieron casualmente, es esta la misma época en la que el padre Líber empapó de sangre a la sometida India, la llenó de asesinatos y la manchó de pecados; y ello, a un pueblo que hasta ahora no había estado nunca sometido a ningún hombre y que se había contentado siempre con su tranquilidad natural.

10.

En el año 805 antes de la fundación de la ciudad, atestiguan Cornelio y Pompeyo que se extendieron por Egipto infandos males e inaguantables plagas. Estos autores, aunque señalan ambos que estas desgracias han de ponerse en relación con los judíos, me han dejado, sin embargo, un poco perplejo por la diversidad de sus opiniones. Efectivamente, Pompeyo, o Justino, dice así: «Los egipcios, en un momento en que sufrían

sarna y herpes, aconsejados por un oráculo, echaron del territorio egipcio a Moisés juntamente con los enfermos, para que la peste no se extendiera a más gentes. Moisés, convertido de este modo en líder de los exiliados, robó los vasos sagrados de los egipcios; estos, tras salir a su encuentro con las armas, se vieron obligados a volver a su patria a causa de unas tempestades». Por su parte, Cornelio habla de estos mismos hechos así: «Muchos autores están de acuerdo en que, habiendo surgido en Egipto una peste que corrompía los cuerpos, al rey Bocoris, que se acercó al oráculo de Hamón para consultar el remedio, se le ordenó que purgara su reino y que echase a otras tierras a esta raza humana como odiosa que era para los dioses. Dicen también que, una vez que este pueblo, tras ser convocado y reunido, fue abandonado en el desierto, mientras los demás perdían el tiempo llorando, Moisés fue el único de los desterrados que advirtió que no debían esperar ayuda ninguna de los dioses o de los hombres, sino que debían confiar en él como guía mandado de los cielos; que no en vano con su ayuda pudieron, en principio, escapar de las desgracias presentes.» Así pues, Cornelio dice que por presión de los propios egipcios los judíos fueron echados al desierto, y un poco más abajo añade incautamente que fue con la ayuda de Moisés como escaparon de las desgracias sufridas en Egipto. Queda claro, pues, que se han ocultado las acciones que Moisés valerosamente llevó a cabo.

También Justino afirma que Moisés, expulsado juntamente con su pueblo, robó los vasos sagrados de los egipcios y que, al intentar los egipcios recuperarlos con las armas, tuvieron que

volver a su patria, tras ser sorprendidos y rechazados por las tempestades. La verdad es que Justino añade algo más, aunque no todo, de lo que Tácito calló.

Y dado que ambos hablan de aquel gran guía que fue Moisés, dejemos que éste mismo nos cuente los hechos tal como fueron realizados y dichos por el.

A causa de que los egipcios agobiaban con trabajos al pueblo de Dios, es decir, a la raza de José, con cuya ayuda precisamente se habían salvado ellos, además de que el pueblo estaba ya oprimido por la esclavitud, y a causa también de que les obligaban, con crueles órdenes, a matar a su propia descendencia, Dios les ordena por medio de su mensajero Moisés que dejen libre a su pueblo para que pueda servirle a él, su Dios. Dado que estas órdenes fueron desoídas, Dios ataca su contumacia con durísimos castigos. Castigados y maltratados con diez plagas se vieron obligados a echar a toda prisa a los que antes no querían dejar salir.

Las plagas fueron éstas: aguas convertidas en sangre que ofrecían a los egipcios, castigados con horrible sed, un remedio a su castigo mucho peor que el propio castigo. Horribles y sucias ranas que se arrastraban por todos los lugares limpios y no limpios. Furiosos mosquitos que no podían ser echados de encima y que hacían zumbir el aire. Moscas caninas que corrían en escalofriantes movimientos por dentro de la ropa y que producían tormentos tan molestos como repugnantes. Repentina muerte y general estrago de todos los animales domésticos y de carga. Ampollas que hervían y úlceras que

manaban, y sarna y herpes, como ellos mismos prefirieron llamarlo, que les salían por todo el cuerpo. Granizo mezclado con fuego que apedreaba sin interrupción a hombres, animales y árboles. Nubes de langostas que, tras habérselo comido todo, perseguían incluso las propias raíces de las plantas. Tinieblas horribles por sus fantasmas, palpables por su espesura, funestas por su duración. Y muerte indiscriminada de los hijos primogénitos en todo Egipto e idéntica situación de orfandad en todos.

Y los egipcios, que no habían obedecido a Dios cuando éste les dio la orden, ceden ahora que les castiga. Pero inmediatamente después, al no ser auténtico su arrepentimiento, se atrevieron a perseguir a los que habían dejado salir, pagando un último castigo por su maldita obstinación. Efectivamente, el rey de los egipcios condujo contra los errantes judíos todo el ejército de Egipto pertrechado con carros y caballería, cuyo número podemos deducir de un único, aunque muy importante, detalle: que ante este ejército tuvieron miedo y se dieron a la fuga seiscientos mil enemigos. Pero el protector de los oprimidos y el vengador de los contumaces, Dios, separó de pronto las aguas del mar Rojo y, separadas hacia uno y otro lado las márgenes de las encrespadas olas, sujeto las dos paredes levantadas a manera de una montaña, para que los buenos pudiesen entrar en aquel camino de desesperada salvación y los malvados en aquella fosa de inesperada muerte, atraídos todos por la esperanza de un paso sin obstáculo. En efecto, tras haber pasado los hebreos en seco con absoluta seguridad, cayeron de nuevo tras ellos las

montañas de las aguas que antes estaban en pie; de esta forma fue sepultada y eliminada toda la muchedumbre de Egipto juntamente con su rey y toda la provincia, que ya antes había sido atormentada con plagas, se encontró ahora despoblada a causa de esta última matanza.

Quedan todavía ahora evidentes testimonios de estos hechos. Efectivamente, todavía se ven con claridad, no sólo en la orilla, sino también en lo profundo, hasta donde se alcanza con la vista, las señales del arrastre de los carros y las marcas de las ruedas; y si por casualidad en algún momento alguien las borra ya casualmente ya por curiosidad, al instante y por intervención de Dios son restituidas a su antigua forma por los vientos y las olas. Ello sucede para que, quien no haya aprendido a temer a Dios tal como enseña la religión cristiana ya divulgada, se aterrorice al menos ante su ira teniendo delante ejemplos de pasados castigos.

En esta misma época hubo un verano tan largo y tan fastidiosamente caluroso que se dice que el sol fue llevado por caminos desacostumbrados y, no que afectara a la tierra con su ardor, sino que la quemó con su fuego, y que este agobiante calor no lo aguantaron ni los etíopes, para quienes era mayor de lo acostumbrado, ni los escitas, para quienes era insólito. Al explicar este hecho, algunos autores, como no le conceden a Dios el inefable poderío que tiene, buscando vanas sutilezas se han inventado la fabula de Faetonte.

Igualmente, en el año 775 antes de la fundación de la ciudad se cometieron en una sola noche cincuenta asesinatos entre los hijos de dos hermanos: Dánao y Egipto. Posteriormente, el propio instigador de tan gran crimen, Dánao, tras ser expulsado del reino que había conseguido con multitud de fechorías, se dirigió a Argos; allí, una vez que de forma indigna incitó a los argivos al crimen, expulsó de su reino a Estenela, quien le había acogido cuando llegó como prófugo y necesitado; y él mismo se hizo rey.

Por otra parte, también entonces tuvo lugar en Egipto una acción cruel, desde el punto de vista de la hospitalidad, y aún más cruel, desde el punto de vista de la religión, por parte del sanguinario tirano Busiris. Éste ofrecía a los dioses, partícipes de sus crímenes, sangre de extranjeros inocentes. En cuanto a esta acción, execrable sin duda para los hombres, tendría que ver yo si también a los propios dioses les parecía execrable.

También en esta época tuvo lugar el incesto de Tereo, Proene y Filomela, al que se sumo un parricidio y un crimen peor que ambos: un banquete celebrado con alimentos malditos, ya que, por haber violado Tereo a la hermana de Proene y haberle cortado la lengua, Proene mató a su hijo pequeño y Tereo, su padre, se lo comió.

En esta misma época, Perseo pasó de Grecia a Asia; allí sometió en una pesada y larga guerra a los pueblos bárbaros y, por último, como vencedor, dio su nombre al pueblo sometido: efectivamente, se llaman persas a partir de Perseo.

12.

En estos momentos yo, por mi parte, me veo obligado a confesar que la conveniencia de llegar hasta el final me obliga a pasar por alto muchas cosas de entre tan gran variedad de males del mundo y a abreviarlas todas. Pues en vano podría yo atravesar en ningún momento tan densa selva, si no la sobrevolara de vez en cuando con frecuentes saltos. Porque, sabiendo como sabemos que el imperio asirio, a lo largo de 1160 años, concretamente hasta Sardanápalo, fue gobernado casi por cincuenta reyes y que durante ese tiempo hasta la época de dicho rey casi nunca se vio libre de guerras ya provocadas por ellos mismos ya obligadas en pro de su defensa, ¿dónde se encontraría el fin si intentamos recordarlas, no diré describiéndolas, sino sólo enumerándolas? Sobre todo si tenemos en cuenta que no podremos pasar por alto la historia de Grecia y que tendremos que detenernos sobre todo en la de los romanos.

Por otra parte yo no tengo ahora necesidad de enumerar las tristes acciones, que narradas son aún más tristes, de Tántalo y Pélope. Entre ellas está la historia de Tántalo, quien, tras haber raptado

infamemente a Ganímedes, hijo de Troo, rey de los Dárdanos, lo retuvo a su lado, lo cual acarreó una consecuencia aún más infame, según atestigua el poeta Fanocles quien recuerda que se inició un gran conflicto precisamente por esto; otra versión pretende presentarnos a ese mismo Tántalo, como sirviente de los dioses, ofreciendo, en familiar lenocinio, al

joven raptado para placer de Júpiter; es el mismo Tántalo que no dudo en entregar a su propio hijo Pélope como manjar a Jupiter.

Tampoco me agrada contar las heroicas luchas, cualesquiera que sean, del propio Pélope contra Dárdano y los troyanos: estas luchas, puesto que suelen ser contadas en falsas historias, son escuchadas con poca atención.

Paso también por alto lo que se cuenta, según el testimonio de Palefato, sobre Perseo, Cadmo, los tebanos y los espartanos, mezclados en laberínticas vueltas de desgracias alternantes.

No hablo de los crímenes de las mujeres de Lemnos; dejo a un lado la vergonzosa huida de Pandión, rey de los atenienses; me olvido también de los odios, violaciones y parricidios, mal vistos incluso por los dioses, de Atreo y Tiestes. Dejo también a un lado la historia de Edipo, asesino de su padre, marido de su madre, hermano de sus hijos y padrastro de sí mismo. Prefiero también callar cómo Eteocles y Polinices se esforzaron atacándose mutuamente por ser cada uno de ellos asesino del otro. No quiero recordar a Medea, herida de amor cruel y gozosa con la muerte de sus pequeños vástagos. Ni de nada de lo que se perpetró en aquellos tiempos. En relación con todo ello, es lícito preguntarse cómo los hombres pudieron aguantar lo que se dice que incluso los astros han evitado.

13.

En el año 610 antes de la fundación de la ciudad tuvo lugar una atroz guerra entre los cretenses y los atenienses, en la que,

tras haber sido destrozados de mala forma ambos pueblos, los cretenses consiguieron una victoria excesivamente manchada de sangre. En efecto, estos entregaban cruelmente, para que fueran devorados por el Minotauro, al que no sé si llamarlo hombre bestial o bestia humana, a los hijos de los nobles atenienses; de esta forma cebaban a aquel informe monstruo arrancando a Grecia sus mejores hombres.

En esta misma época se enfrentaron los lapitas y tesalios en luchas sobradamente conocidas. Aunque la versión de Palefato, en su libro I, *Sobre hechos maravillosos*, señala que lo que en realidad pasó es que fueron los lapitas los que consideraron y llamaron centauros a los tesalios, ya que, al hacer la guerra a caballo, parecía que era una sola cosa el cuerpo del caballo y el jinete.

14.

En el 480 antes de la fundación de la ciudad, Vesoces, rey de Egipto, pretendiendo o bien turbar con la guerra o bien anexionar a su imperio el Sur y el Norte del orbe, zonas que estaban totalmente separadas tanto por la esfera celeste como por el mar, declaró la guerra a los escitas, enviándoles de antemano legados para que les impusieran, como enemigos, leyes de obediencia. Ante esto, los escitas responden a los legados que era de tontos que un rey riquísimo iniciase una guerra contra pueblos pobres, ya que debería tener miedo de que, por los avatares inciertos de la guerra, si la suerte cambiaba, su acción no acarrearía ningún premio y sí evidentes

daños. Por lo demás responden también que, si se les ataca, ellos no van a esperar, sino que van a salir en busca de botín. El ataque no se retrasa, ya que tras las conversaciones vienen los hechos. Los escitas, en un primer momento, obligan a Vesoces a escapar aterrorizado a su reino; atacan inmediatamente al ejército abandonado por su rey; se adueñan de todo el aparato bélico y hubieran terminado por asolar todo Egipto, si no se hubiesen retirado al ser impedido su avance por los pantanos de la zona. A su vuelta hicieron tributaria a toda Asia, a la que sometieron mediante innumerables matanzas; tras permanecer en Asia durante quince años sin conseguir la paz, vuelven por fin a su territorio a causa de las quejas de sus mujeres que amenazaban con buscar descendencia, si no volvían, en los pueblos vecinos.

15.

En el ínterin, en Escitia, dos jóvenes de familia real, Plino y Escolopetio, al ser expulsados de su patria por el partido de los optimates, se llevaron consigo a muchos jóvenes y se asentaron en la comarca de la Capadocia Pónica junto al río Termodonte, sometiendo a su dominio los campos Temiscirios. Allí, una vez que devastaron durante largo tiempo los territorios cercanos, fueron asesinados por medio de asechanzas en una conspiración de los pueblos vecinos. Sus esposas, empujadas por su situación de destierro y viudedad, toman las armas y, con el fin de que el valor fuera el mismo al ser una misma la situación de todas, matan a los varones que

habían quedado y, atacando con ardor al enemigo, consiguen, a costa del exterminio de los pueblos vecinos, vengar con su propia sangre a los esposos perdidos.

A continuación, una vez conseguida la paz mediante las armas, inician tratos carnales con extranjeros; matan a los hijos varones que les nacen; alimentan con interés a las hembras tras quemarles los pechos del lado derecho, para que no tuviesen impedimento al lanzar las flechas. De ahí que se llamen Amazonas. Dos eran sus reinas, Marpesia y Lampeto, las cuales, dividido el grupo de mujeres en dos partes, sorteaban alternativamente la tarea de la guerra y el cuidado de la casa.

Finalmente, después que sometieron la mayor parte de Europa, habiendo tomado sólo unas cuantas ciudades de Asia, hacen regresar a su patria la mayor parte del ejército cargado con riquísimo botín, tras haber fundado ellas mismas las ciudades de Éfeso y otras más. Las que se quedaron como defensa del imperio de Asia fueron asesinadas juntamente con su reina Marpesia en un ataque enemigo. El lugar de Marpesia lo ocupó su hija Sínope, quien unió a su ininterrumpida virginidad la extraordinaria fama de su valor.

Tanta admiración y terror invadía a las gentes, asustadas por la fama de las Amazonas, que incluso Hércules, cuando se le ordenó por parte de su dueño que trajese las armas de la reina de las Amazonas, llevó consigo a jóvenes griegos, todos ellos elegidos y valerosos, como si fuera enviado a un peligro inevitable; preparó nueve naves de guerra, y, no fiándose aún de su grupo de guerreros, prefirió atacarlas de improviso y

rodearlas cuando estaban desprevenidas. En aquel momento estaban al frente del reino de las Amazonas dos hermanas: Antíope y Oritia. Hércules, que llegó por el mar, las derrotó al sorprenderlas desprevenidas, aparte de inermes y descuidadas por la dejadez propia de los momentos de paz. Entre las muchas muertas y capturadas estaban dos hermanas de Antíope, de las cuales Melanipe fue retenida por Hércules, e Hipólita, por Teseo. Teseo se casó con Hipólita, mientras que Hércules entregó a Melanipe como regalo a su propia hermana, y, como precio por conceder esta libertad, recibió las armas de la reina.

Tras Oritia, se apoderó del reino Pentésilea, de cuyo valor entre los hombres en la guerra de Troya tenemos evidentes testimonios.

16.

¡Oh tribulación! ¡Da vergüenza la locura de los hombres! ¡Unas mujeres, escapadas de su patria, entraron, recorrieron, destruyeron y se apoderaron (arrasando casi durante cien años muchas ciudades y construyendo otras) de Europa y Asia, es decir, de las más grandes y poderosas partes del mundo!

Y, sin embargo, la aflicción de los tiempos no es siempre imputable a las miserias humanas. Efectivamente, hace poco, los Getas, que ahora se llaman godos, de los que Alejandro dijo que había que guardarse, ante los que Pirro se aterrorizó y a los que incluso César rehuyó, tras abandonar y dejar vacíos sus territorios y sus recursos todos, a pesar de que han invadido,

todos ellos, las provincias romanas y se han presentado como temibles durante mucho tiempo, esperan ahora suplicantes hacer con Roma un pacto que podían haber conseguido con sus armas; y piden —ellos, que tuvieron la posibilidad de tomar la tierra que les hubiese venido en gana tras someter y tener a su disposición a todo el mundo— un territorio de pequeña extensión, no a elegir por ellos sino según nuestro criterio; y se ofrecen, ellos, ante cuya presencia solo, han tenido miedo reinos invictos, para defender el imperio romano. Y a pesar de todo ello, la ceguera de los gentiles, como ve que esto no ha sucedido por méritos romanos, no cree que se haya conseguido por la fe cristiana de los romanos ni acepta confesar, aunque lo siente, que estos bárbaros, cuyas mujeres arrasaron con inmensas matanzas la mayor parte de las tierras, se hayan sometido a ellos sin lucha sólo gracias a la religión cristiana — que es la que une a los hombres que comparten la misma fe—.

17.

Por otro lado, en el año 430 antes de la fundación de Roma, se dice que tuvo lugar el rapto de Helena, el consiguiente acuerdo entre los griegos y equipamiento de mil naves y posteriormente el asedio durante diez años y, por fin, el famoso final de Troya. Las naciones y el número de pueblos a los que envolvió y afligió el mismo torbellino en esta guerra que costó gran cantidad de sangre durante diez años, los dio a conocer en un riquísimo poema el poeta Homero, famoso entre los mejores; y no es de nuestra incumbencia señalarlos ahora por

orden, por cuanto sería excesivamente largo para nuestra obra y además son cosas conocidas por todo el mundo. Sin embargo, quienes conocen la larga duración de aquel asedio y los atroces asesinatos y cautiverios ocurridos durante y después de la destrucción, que vean ahora si es justo que en esta nuestra época actual, cualquiera que sea, se sientan ofendidos ellos a los que los godos enemigos, a pesar de que podían haberlos perseguido en son de guerra por todas las tierras, los buscan, gracias a la oculta misericordia de Dios, por todos los mares, para ofrecerles la paz, presentándoles incluso rehenes. Y, para no dar la sensación de que lo hacen por amor a la tranquilidad, ellos mismos se ofrecen y afrontan el riesgo contra otros pueblos en pro de la paz romana.

18.

La enseñanza de la escuela grabó también en nuestra memoria el tipo de ejércitos que unos cuantos años después introdujo en Italia cónsullegada Eneas, prófugo de Troya; el tipo de guerras que suscitó durante tres años; el número de pueblos que envolvió en el odio y afligió con la muerte.

Por esta misma fecha se datan también los destierros y naufragios de los griegos, la desgracia de los peloponesios abatidos con la muerte de Codro, el levantamiento hacia nuevas guerras de los desconocidos tracios, y una general conmoción a lo largo de toda Asia y Grecia.

19.

En el año 64 antes de la fundación de Roma, reinaba entre los asirios Sardanápalo, el último de sus reyes, hombre más corrompido que una mujer. Su prefecto Arbato, que entonces estaba al mando del territorio medo, le maldijo al verle cuando, en medio de un rebaño de prostitutas, trabajaba la púrpura con un tamiz a modo de mujer; posteriormente, soliviantados los pueblos medos, fue arrastrado a la guerra, y, cuando se vio vencido, se arrojó a una pira ardiendo. A partir de entonces el imperio de los asirios cayó en manos de los medos. Posteriormente, tras muchas guerras que brotaban por doquier, guerras que no nos parece en absoluto oportuno describir una por una, ese mismo imperio, tras pasar, en medio de distintos avatares, por manos de escitas y caldeos, volvió de nuevo de forma semejante a los medos. Con relación a estos rápidos trasiegos, conviene que ponderemos brevemente cuántas desgracias y calamidades tuvieron que sufrir los hombres, cuántas guerras se desencadenaron en lugares donde reinos tan grandes y de tal naturaleza estaban cambiando con tanta frecuencia.

Tras estos hechos, ocupó el trono entre los medos Fraortes, quien consumió los veintidós años de su reinado en frecuentísimas guerras contra los asirios y persas. Tras éste, reina Diocles, hombre muy experimentado en el arte militar y continuamente entretenido en guerras; al morir entregó el reino, ampliamente engrosado, a Astiages. Astiages, que no tenía descendencia varonil, tuvo un nieto, Ciro, nacido entre los persas.

Cuando Ciro fue mayor, reunió un ejército de persas y declaró la guerra a su abuelo. Astiages, que ya se había olvidado del crimen cometido recientemente en la persona de Harpalo, ya que había matado al único y pequeño hijo de éste y se lo había ofrecido a su padre en un banquete e incluso, para que el desconocimiento de esta fechoría, que era el único alivio que podía tener el padre, no quitara ni un ápice de pena a su ya tristísima orfandad, le descubrió con improperios la infamia de la comida presentando al padre las manos y la cabeza del niño; olvidado, pues, de este crimen, Astiages confió el mando de la guerra a Harpalo; éste, en cuanto recibió el ejército, se lo entregó traidoramente a Ciro. Enterado de ello, Astiages reúne las tropas a su lado, marcha él mismo contra los persas y entabla un duro combate, advirtiéndole de antemano a los suyos que recibiría con su propia espada a los que trataran de apartarse de la lucha por miedo.

Cuando el ejército de los persas cedía de nuevo poco a poco ante el empuje de los medos que luchaban con ahínco acuciados por su crítica situación, las madres y mujeres de los persas salen a su encuentro y les piden que vuelvan al combate; ante las dudas de estos, las mujeres, quitándose el vestido, les muestran las partes obscenas de sus cuerpos mientras les preguntan si prefieren esconderse en los vientres de sus madres o en los de sus esposas. Avergonzados por esta postura de las mujeres, vuelven al combate y, lanzándose a la carga, obligan a huir a aquellos de los cuales huían antes. Allí mismo es capturado Astiages, al cual Ciro no le quitó ninguna otra cosa

más que el reino; le puso incluso al frente del importante pueblo de los Hircanos. Él mismo renunció, sin embargo, a volver junto a los medos. Éste fue el final del imperio de los medos. Las ciudades, sin embargo, que habían sido tributarias de los medos, se separaron de Ciro: esta deserción le sirvió a Ciro como excusa para iniciar numerosas guerras.

20.

En esta época, el siciliano Fálaris, convertido en tirano, saqueaba a los habitantes de Agrigento; éste, de espíritu cruel y de inventos aún más crueles, actuando siempre de forma indigna contra inocentes, tuvo una ocasión en que encontró a alguien al que pudo castigar con justicia, aunque él fuese de natural injusto. Efectivamente, un tal Perilo, artesano del bronce, simulando amistad con el tirano, ideó un regalo digno de la crueldad de Fálaris e hizo un toro de bronce al que ingeniosamente puso una puerta en el costado, que habría de servir de entrada para encerrar a los condenados; lo hizo de tal forma que, cuando el condenado encerrado en el toro se abrasaba con el fuego que se encendía debajo de él, la cóncava amplitud del bronce aumentaba el grito de su voz atormentada y emitía, a causa de los fúnebres golpes que el reo daba, un ruido a modo de eco, que a los oídos de los impíos espectadores parecía más el mugido de un animal que el gemido de un hombre. Pero Fálaris, que aceptó la obra, mas sentía asco de su autor, encontró una buena ocasión para alimentar su carácter

vengativo y cruel; efectivamente, castigó al propio autor del artificio con su propia invención.

En una época un poco anterior había sido rey de los latinos Arémulo, el cual, tras haber avanzado cada vez más durante quince años en crímenes y maldades, pagó finalmente, siendo todavía joven, un castigo largamente madurado, ya que fue fulminado, por decisión divina, por un rayo.

Que escojan ahora, si les parece bien, los latinos y los sículos: si hubiesen preferido vivir en época de Arémulo y Fálaris, que atormentaban con crueles castigos las vidas de los inocentes, o en estos tiempos cristianos en que los emperadores de Roma, frenados sobre todo por la propia religión cristiana, tras haber reducido su conducta tiránica para bien del Estado, no castigan ni siquiera las injurias de los propios usurpadores.

21.

En el año 30 antes de la fundación de Roma, se entabló una dura guerra entre peloponesios y atenienses que luchaban con todas sus fuerzas e interés; en la misma se vieron obligados, a causa de las respectivas pérdidas, a retirarse ambos del conflicto y, como si unos y otros hubiesen sido vencidos, a abandonar la lucha.

También en esta misma época, un repentino ataque de las Amazonas y de los Cimerios en Asia produjo enormes ruinas y estragos en amplios territorios y durante mucho tiempo.

En el año 20 antes de la fundación de la ciudad, los Lacedemonios, en lucha contra los Mesenios porque sus

doncellas habían sido maltratadas en un solemne sacrificio de los mesenios, tras luchar con inagotable locura durante veinte años, envolvieron a todas las fuerzas de Grecia en su propia ruina. Los lacedemonios, tras comprometerse con votos y obligarse con un juramento sagrado a no volver a su patria sino tras haber reducido a Mesenia, cuando se vieron agotados por el largo asedio de diez años sin obtener ningún fruto victorioso y al verse reclamados a su patria por las quejas de sus esposas que se lamentaban de su larga soledad y del peligro de quedar estériles, tuvieron miedo, tras deliberar sobre el asunto, de que, al perder la esperanza de descendencia, su obcecación les acarrearía más daño a ellos que a los mesenios; por ello decidieron enviar a su patria, Esparta, a unos soldados sacados del ejército, precisamente aquellos que no estaban ligados por el juramento que habían hecho al principio, por cuanto habían venido a la lucha como refuerzo en fecha posterior; y a estos soldados les permitieron relaciones indiscriminadas con todas las mujeres de Esparta, en una acción infame y, sin embargo, poco práctica. Los que quedaron, por su parte, insisten en sus planes y asaltan por engaño a los mesenios sometiéndolos a la esclavitud tras vencerlos.

Los mesenios, sin embargo, tras aguantar largo tiempo, entre castigos y encierros, la cruel esclavitud, logran sacudirse el yugo, vuelven a tomar las armas e inician de nuevo la guerra. Los lacedemonios ponen como general al frente de las operaciones a Tirreo, poeta ateniense. Derrotados en tres combates, reemplazan el ejército perdido con un grupo de esclavos liberados. Pero cuando, a pesar de ello decidieron, por

miedo al peligro, abandonar el combate, fueron enardecidos de nuevo por un poema compuesto por Tirreo, su poeta y jefe, y, leído éste en una asamblea del ejército, se lanzan al combate; el enfrentamiento se hizo con tanta violencia, que raras veces tuvo lugar una lucha tan cruenta. Al final, la victoria fue de los lacedemonios.

Pero, por tercera vez, los mesenios vuelven a reanudar la guerra. Y los lacedemonios no ponen reparos a entrar en ella. Tanto unos como otros reúnen muchas tropas auxiliares. Por otra parte, los atenienses deciden atacar por distintos lugares a los lacedemonios al verlos ocupados fuera de su patria. Tampoco los lacedemonios se están quietos ante este nuevo ataque: efectivamente, mientras ellos se ocupan en la lucha contra los mesenios, envían a los otros del Peloponeso para que presenten batalla a los atenienses. Y los atenienses, inferiores en fuerza, por cuanto habían enviado a Egipto una pequeña armada, son fácilmente derrotados en un choque naval; posteriormente, tras recuperar su armada y tras aumentar también sus contingentes de soldados, provocan a los anteriores vencedores a una nueva guerra. Ahora ya, también los propios lacedemonios, olvidándose de los mesenios, dirigen su ejército contra los atenienses. Durante largo tiempo hubo distintos y mortales enfrentamientos y se mantuvo una situación incierta desde el punto de vista de la victoria, hasta que, finalmente, ambos contendientes se retiraron sin que hubiera ningún vencedor.

Conviene saber en este punto que Esparta es lo mismo que la ciudad de los lacedemonios y que, por ello, los lacedemonios

son llamados espartanos.

Finalmente, los lacedemonios, arrastrados de nuevo a una guerra con los mesenios, firman un pacto con los tebanos, con el fin de no dejar tranquilos a los atenienses en el entretanto; los términos del pacto fueron estos: los lacedemonios devolverían a los tebanos el imperio de Beocia, que estos habían perdido en la época de la guerra con los persas, con tal de que se hicieran ellos cargo de la guerra con los atenienses. Tan grande era la locura de los espartanos, que, a pesar de estar metidos en dos guerras, no dudaron en entrar en una tercera, con tal de buscar rivales para sus enemigos. Los atenienses, obligados por los distintos frentes bélicos, eligen a dos generales: a Pericles, hombre de comprobado valor, y a Sófocles, autor de tragedias; estos, repartiéndose el ejército, arrasaron a lo largo y a lo ancho los territorios de los espartanos y agregaron al poderío ateniense muchas ciudades de Asia.

Posteriormente, se siguió luchando durante otros cincuenta años por tierra y por mar, sin que hubiera un vencedor seguro, hasta que los espartanos, disminuidas sus fuerzas y arruinado su crédito, se convirtieron en una vergüenza incluso para sus propios aliados.

Pero en la actualidad poca importancia se da a las desgracias que se adueñaron de Grecia a lo largo de tantas vueltas como dieron los tiempos. Hoy día, lo que no podemos aguantar es que nuestras pasiones sean interrumpidas de vez en cuando y que nuestros placeres sean estorbados lo mas

mínimo. La verdad es que entre los hombres de aquella época y los de ésta, hay esta diferencia: aquellos aguantaban con ánimo impasible cosas que hoy son intolerables, porque habían nacido y se habían criado en ellas y no conocían otras mejores; los de ahora, sin embargo, acostumbrados a lo largo de toda su vida al goce sereno de tranquilidades y placeres, se aterrorizan ante cualquier pequeña nube de preocupación que se les venga encima. Y ¡ojalá que supieran agradecerse en oraciones a aquel que elimina la más pequeña preocupación, por cuyo don tienen esta pacífica felicidad ignorada en otras épocas!

Y como recuerdo que prometí, cuando adelante en una especie de epígrafes el orden de mi exposición, que me proponía hablar desde la fundación del mundo hasta la fundación de Roma, pongamos aquí fin a este libro que hemos escrito a partir de la fundación del mundo, para que el libro siguiente comience ya a partir de la fundación de Roma. Este segundo libro tratará de los males de estos tiempos, que son mucho más complejos, al estar los hombres más ejercitados y más hábiles en la maldad.

LIBRO II. DESDE LA FUNDACIÓN DE ROMA HASTA LA INVASIÓN DE LOS GALOS

La providencia de Dios, que mira por todas las cosas del mundo, ha dispuesto el orden de los «Cuatro Imperios Universales» (babilonio, macedónico, cartaginés y romano), de forma que el primero y el último han sido los más poderosos: muchas son las semejanzas entre ambos, pero hay una diferencia; que el Imperio babilonio desapareció y el romano, gracias a Cristo y al cristianismo, se mantiene incólume. Fundación de Roma y período regio de su historia. Primeros hechos de la República romana: consulado de Bruto, guerra contra Veyes, secesión de la plebe, la peste y hambre subsiguientes, y nueva guerra contra Veyes protagonizada por los Fabios. Cambio de perspectiva hacia la historia persa y las guerras Médicas: toma de Babilonia por parte de Ciro, con una descripción de la situación y características de Babilonia; ataque de Ciro a los escitas y muerte del mismo a manos de la reina escita Tamiris; Darío, tras ser vencido por los escitas, dirige sus tropas contra Asia Menor, Macedonia y Atenas, siendo derrotado en Maratón; tras la muerte de Darío, le sucede su hijo Jerjes, quien de nuevo se dirige contra los griegos; final de las guerras Médicas y muerte de Jerjes. Comparación entre aquella época y los tiempos cristianos. Vuelta a la historia de Roma: peste en el 290 de la fundación; sublevación de Herdonio, con la toma del Capitolio; derrota del cónsul Minucio ante ecuos y voleos; las doce tablas y luchas en torno a la

recopilación de leyes; guerra contra Fidenas protagonizada por el dictador Emilio. Sicilia: sus primeros pobladores y problemas a lo largo de su historia; enfrentamiento entre Catania y Siracusa e intervención de atenienses y espartanos que trasladan a Sicilia el campo de operaciones durante la guerra del Peloponeso; fin de la guerra del Peloponeso. Guerra civil en Persia entre los hijos de Darío, Artajerjes y Ciro; reflexión sobre tantos desastres en el mundo; terremoto en Sicilia. En Italia tiene lugar el sitio de Veyes durante diez años y la invasión de los galos.

1.

Pienso que no hay ya nadie que no sepa que Dios puso al hombre en medio de este mundo. Por ello, cuando el hombre peca, el mundo se ve envuelto en la acusación, y al mismo tiempo que se reprime nuestra incontinencia, es castigada la tierra en que vivimos con la desaparición de los demás animales y con la esterilidad de sus propios frutos. En consecuencia, si somos producto de la acción de Dios, con razón somos también objeto de su preocupación providencial; pues ¿quién puede amar más una obra que aquel que la hizo?, y ¿quién puede administrarla con mayor orden que aquel que la hizo y la aprecia?, y ¿quién puede gobernar y regir los hechos con mayor sabiduría y firmeza que aquel que prevé lo que se debe hacer y lleva a cabo lo que prevé? Por ello, el que todo poder y todo gobierno emanan de Dios, lo intuyen quienes no lo han leído y lo reconocen quienes lo han leído. Y si es verdad que los poderes emanan de Dios, con cuanta mayor razón emanarán de él los reinos, de los cuales proceden los otros

poderes; y si también nacen de él los distintos reinos, con cuanta mayor razón lo hará el reino más grande de todos, al cual está sometido todo el poderío de los demás reinos. Reinos grandes de este tipo han sido, en un primer momento, el babilónico, después el macedónico, a continuación el africano y, por fin, el romano, que todavía se mantiene; y gracias a esa misma inefable providencia, estos mismos reinos, distribuidos por los cuatro puntos cardinales, han conocido cuatro supremacías sobre los demás, aunque sobresaliendo cada uno de ellos en grado distinto; efectivamente, el imperio babilónico se extendió por el Este, el cartaginés por el Sur, el macedónico por el Norte, y el romano por el Oeste; y de estos cuatro, entre el primero y el último, es decir, entre el babilónico y el romano, como colocados entre un padre anciano y un hijo pequeño, se interponen, en medio, el africano y el macedónico, que son cortos; estos dos últimos surgieron, por así decir, como tutores y administradores impuestos más por presión de las circunstancias que por derecho de herencia. Trataré de explicar claramente si esto es realmente así.

2.

El primer rey asirio que consiguió sobresalir por encima de los demás fue Nino. Muerto Nino, su esposa Semíramis, reina de toda Asia, fundó la ciudad de Babilonia y decidió que fuese la capital del reino de los asirios. El imperio asirio se mantuvo largo tiempo con poderío intocable. Pero, una vez que Arbato, a quien otros llaman Arbaces, prefecto de los medos y él mismo

de origen medo, asesinó en Babilonia a su rey Sardanápalo, trasladó el nombre y el mando del imperio a los medos.

De esta forma el imperio de Nino y de Babilonia pasó a los medos precisamente en el mismo año en que comenzó a reinar entre los latinos Proca, padre de Amulio y de Numitor y abuelo de Rea Silvia, que fue la madre de Rómulo. Y como prueba de que todo esto fue dispuesto por los inefables misterios y meditadosísimos designios de Dios y que no sucedió por intervención humana o por casualidad, puedo señalar que todas las historias antiguas comienzan en Nino y que todas las historias de Roma parten de Proca. Además, desde el primer año del reinado de Nino hasta el año en que Babilonia empezó a ser construida por Semíramis, pasaron sesenta y cuatro años; y desde el primer año del reinado de Proca hasta la fundación de Roma, llevada a cabo por Rómulo, pasaron igualmente sesenta y cuatro años. De esta forma, durante el reinado de Proca, se echó la simiente de la futura Roma, aunque todavía no se veía el brote.

Por otra parte, en el mismo año del reinado del propio Proca terminó el imperio de Babilonia, a pesar de que la propia ciudad de Babilonia siguió aún existiendo. Efectivamente, al pasarse Arbato al lado de los medos, los caldeos, reivindicando para ellos, en detrimento de los medos, la ciudad de Babilonia, retuvieron en su poder parte del imperio. De esta forma, si bien el poderío teórico sobre Babilonia lo tenían los medos, su propiedad real estaba en manos de los caldeos; estos, sin embargo, por respeto a la antigua dignidad de la ciudad regia, prefirieron decir, no que la ciudad era suya, sino que ellos eran

de la ciudad. Debido a la situación en que quedó Babilonia, sucede que Nabucodonosor y los demás reyes que le siguieron, hasta Ciro, a pesar de que se puede leer que fueron poderosos gracias a las fuerzas de los caldeos y famosos por el nombre de Babilonia, no son tenidos, sin embargo, ni en la lista ni en la cabeza de los reyes ilustres. De esta forma, en el mismo año en que Babilonia fue humillada bajo la prefectura de Arbato, Roma, bajo el reinado de Proca, fue, para hablar con propiedad, sembrada.

Por último, Babilonia fue destruida por Ciro en la misma época en que Roma fue liberada por primera vez de la tiranía de los reyes Tarquinius. Consiguientemente, en una e idéntica coincidencia temporal, cayó Babilonia y resucitó Roma; aquella, sufriendo entonces por primera vez el dominio de estos pueblos; esta, rechazando entonces, también por primera vez, la fastidiosa tiranía de los suyos; aquella, moribunda o poco menos, dejó la herencia; ésta, adolescente ya, se reconoció a sí misma como heredera. En ese momento termina el imperio de Oriente y comienza el de Occidente.

Pero, para no detenerme ya más tiempo en palabrería, me voy a poner en manos de la crítica insana, aunque con la esperanza de salvarme con la ayuda de la verdad.

3.

Nino reinó cincuenta y dos años; le sucedió, como ya dije, su esposa Semíramis; ésta, durante su reinado de cuarenta y dos años, fundó, mediado el mismo, la ciudad de Babilonia,

capital del imperio. Y esta ciudad, a los mil ciento sesenta años y casi cuatro más de su fundación, ue despojada de sus riquezas y privada de su poderío y de su rey por los medos y por Arbato, rey de aquellos y prefecto de la ciudad; a pesar de ello, aún permaneció todavía algún tiempo sin ser destruida.

Pues bien, de la misma forma, Roma, tras un número igual de años, es decir, mil ciento sesenta y casi cuatro más, ha sido atacada y privada de sus riquezas, aunque no de su imperio, por los godos y por Alarico, rey de aquellos, y por el prefecto de la ciudad; a pesar de ello se mantiene todavía e impera incólume.

Y aunque en virtud de ocultas decisiones se haya mantenido entre una y otra ciudad un orden de total identidad hasta el punto de que, en el caso de Babilonia, su propio prefecto Arbato se apoderó del imperio y, en el de Roma, también su propio prefecto Atalo ha intentado reinar, sin embargo sólo en el último caso se ha visto frustrado el intento de los bárbaros gracias al valor de un emperador cristiano.

Yo he considerado oportuno recordar estas coincidencias sobre todo por esto: para que, al quedar parcialmente en evidencia los secretos de los inefables designios divinos, aquellos que murmuran neciamente sin duda de esta época cristiana sepan que sólo Dios es el que ha dispuesto el orden de los tiempos en favor, en un primer momento, de los babilonios, y, finalmente, de los romanos; y que debemos a su clemencia el hecho de que vivamos y sólo a nuestra incontinencia el hecho de que vivamos en desdichas. En efecto, he aquí que el origen de Babilonia y Roma fue semejante, semejante su poderío,

semejante su grandeza, semejante su duración, semejantes sus bienes y semejantes sus males; sin embargo, no ha sido semejante su final ni igual su desaparición: Babilonia perdió su imperio, Roma lo mantiene; aquella quedó huérfana con el asesinato de su rey, esta se mantiene firme con la vida de su emperador. Y esto, ¿por qué? Porque aquella fue castigada, en la persona de su rey, a causa de la vileza de sus pecados; ésta se mantiene, también en la persona de su rey, gracias a la sobria rectitud de la religión cristiana; en aquella la excesiva libertad para los placeres enloqueció a los libidinosos por la falta de respeto a la religión, en ésta había cristianos que perdonaban, cristianos a quienes se perdonaba y cristianos, por cuya memoria y en cuya memoria, se perdonaba.

Por lo cual, que dejen ya de difamar a la religión cristiana y de tentar la paciencia de Dios, gracias al cual tienen —y que lo sigan teniendo, si es que en algún momento desisten de su postura— esta privilegiada situación sin ser castigados. Que recuerden conmigo las épocas de sus antepasados, agitadas por guerras, odiosas por los crímenes, vergonzosas por las disensiones, llenas de desgracias, épocas ante las que con razón pueden horrorizarse, porque existieron, y que necesariamente deben rogar que no vuelvan; y rogárselo en verdad sólo al Dios que, entonces, en su impenetrable justicia, permitió que existieran aquellos tiempos y que en su evidente misericordia nos concede ahora el don de que no existan.

Esas épocas las voy a recordar ahora enteramente empezando en la fundación de Roma, revolviendo por orden las distintas historias.

4.

En el año 414 después de la caída de Troya y en la sexta de las olimpiadas, las cuales suelen celebrarse en la ciudad griega de Élide con luchas y juegos al quinto año después de la anterior, es decir, dejando cuatro años entre una y otra, fue construida en Italia la ciudad de Roma por dos fundadores, Rómulo y Remo. Rómulo manchó inmediatamente el reino con la sangre de un parricidio y, en una sucesión de actos de crueldad semejante, dotó con la sangre de sus maridos y de sus padres a las mujeres sabinas, violentamente raptadas y unidas a los romanos mediante crueles nupcias.

Efectivamente, Rómulo, tras asesinar primero a su abuelo Numitor y después a su hermano Remo, se apoderó del mando y levantó la ciudad; inauguró el reino con la sangre de su abuelo, los muros con la de su hermano y el templo con la de su suegro; reunió a un grupo de criminales prometiéndoles absoluta impunidad. Su primer campo de batalla fue el foro de la ciudad, dando ya a entender que las guerras externas e internas, en mezcla conjunta, nunca habrían de faltar.

Y a las mujeres de los sabinos, a los cuales había atraído a Roma mediante un pacto y para presenciar unos juegos, las raptó tan vergonzosamente como cobardemente las defendió. Al rey de los sabinos Tito Tacio, anciano enraizado en los honrosos motivos de la amistad, tras haberle atacado con las armas, le mató después cuando le hizo socio suyo en el reino.

Se entabló también una guerra con los de Veyes, guerra todavía de poco renombre, pero ya con grandes contingentes. Fue tomada y destruida la fortaleza de Cenina.

Después que tomaron por primera vez las armas, no volvió a conocerse la paz, como quiera que temían que, si en algún momento se entregaban a la paz, se apoderara de su patria la vergüenza de la pobreza y la desgracia del hambre. Resumiré ahora brevemente las sucesivas guerras, incesantes y siempre cruentas, en consonancia con el número de contingentes: por ejemplo, que Tulo Hostilio, institucionalizador del arte militar, confiado en sus bien adiestrados combatientes, hizo la guerra a los de Alba y que, tras alternativas inciertas de uno y otro lado, pero con evidentes matanzas, los pésimos resultados y dudosos desenlaces terminaron con el reducido enfrentamiento de tres pares de hermanos; que, rota de nuevo la paz, Metio Fufetio, en la guerra contra Fidenas, en un momento de indecisión, cuando ya incluso tenía meditada su traición, pagó la culpa de su doblez de ánimo con el castigo de su cuerpo partido en dos al ser atado a dos carros que tiraban en dirección contraria; que, bajo el caudillaje de Anco Marcio, los latinos intervinieron frecuentemente en batallas, siendo de vez en cuando derrotados; que Tarquinio Prisco derrotó en innumerables enfrentamientos a doce pueblos de Tuscia, todos ellos limítrofes y poderosos en aquella época; que los de Veyes, a pesar de los continuos ataques de Servio Tulio, fueron vencidos pero no sometidos; que Tarquinio el Soberbio consiguió el reino tras asesinar a su suegro, que lo retuvo ejercitando la crueldad con los ciudadanos, y lo perdió por la vergonzosa

violación de Lucrecia; reinó entre vicios en el interior y brillantes actos en el exterior: así, por ejemplo, la toma de poderosas fortalezas en el Lacio (Ardea, Oricolo, Suesa y Pometia), y la acción que llevó a cabo contra los gabios, para la que se sirvió ya de un engaño de su propia invención, ya del castigo dado por su hijo a los gabios, ya de las fuerzas propias de Roma.

Pero de los males ininterrumpidos que durante doscientos cuarenta y tres años sufrieron los romanos bajo la tiranía de los reyes, son buena prueba no ya la expulsión de uno de los reyes, sino también el desprecio que se tiene al nombre y al sistema regio. Pues, si sólo fuese culpable la soberbia de un solo rey, hubiera bastado con echar solamente a ese rey manteniendo la dignidad real para otros mejores.

La consecuencia fue que, tras ser expulsados los reyes de Roma, los romanos, pensando que era mejor un régimen en el que se mirara por sus intereses que no otro en que se concediera a alguien el dominio sobre su propia libertad, crearon a los cónsules: estos gobernaban el estado, que entonces estaba en desarrollo, con proyectos excesivamente arriesgados, como si ya fuese adulto.

5.

En el año 244 de la fundación *de la* ciudad, Bruto, el primer cónsul romano, consiguió no sólo igualar, sino incluso superar, con la ejecución de un parricidio, al fundador y primer rey de Roma. Efectivamente, a sus dos hijos ya adolescentes y a otros

tantos hermanos de su esposa, los jóvenes Vitelios, acusados de conjurar para volver a introducir el régimen real en Roma, los hizo traer a la asamblea, los hizo abatir a palos y degollar con hachas. Posteriormente, en una guerra contra los de Veyes y los de Tarquinio, murió al lado de Arrunte, hijo de Tarquinio el Soberbio, con el que se había enfrentado y con el que compartió la muerte.

Porsena, rey de los etruscos y durísimo reivindicador del régimen real, aterrorizó, rodeó y asedió durante tres años seguidos a la temblorosa Roma, con la intención de volver a instaurar a Tarquinio por la fuerza. Y si no hubiese sido porque Mucio con su valeroso sacrificio de dejarse quemar la mano, o porque la joven Cloelia con la admirable audacia de pasar a nado el río hicieron cambiar de opinión al enemigo, los romanos se hubieran visto sin duda de nuevo obligados a soportar o bien la cautividad, al haber sido superados por la insistencia del enemigo, o bien la esclavitud, al haber sido subyugados con la reinstauración del rey.

Posteriormente, los sabinos, reclutando tropas de todas partes, atacan a Roma con grandes contingentes militares. Los romanos, aterrorizados por este ataque, nombran un dictador, cuya autoridad y poder estaba por encima del cónsul. Este nombramiento fue muy útil en aquella guerra.

Tiene lugar después una sedición de la plebe contra el senado; es el momento en que el pueblo, espoleado por distintas vejaciones, tomó y ocupó con las armas el monte Sacro, mientras que el dictador Marco Valerio estaba haciendo

un reclutamiento de tropas. ¿Qué puede haber más atroz que esta locura: que el cuerpo, separado de la cabeza, trame la perdición de aquella a través de la cual recibe la vida? Y se hubiera terminado con el nombre de Roma a causa de esta disensión interna, si no se hubiese conseguido una reconciliación inmediata, antes incluso de que se diera a conocer a sedición.

Y, aparte de las calamidades de la guerra, que son patentes, apremia y amenaza a la ciudad, con un triste resultado, una oculta desgracia: efectivamente, durante el consulado de Tito Gesonio y Publio Minucio, aquejan a la ciudad, que ya de por sí estaba agotada, dos de los más grandes y abominables males: el hambre y la peste. Con ello cesaron un poco las guerras, pero no cesaron las muertes.

Los etruscos de Veyes, enemigos difíciles, tras agregar a su ejército tropas de los pueblos vecinos, se vuelven a levantar en guerra, siendo esperados por Marco Fabio y Gneo Manlio, que habían salido a su encuentro; en la batalla, tras el rito del juramento, en el que los romanos se comprometieron a no volver al campamento sin la victoria, fue tan cruel el enfrentamiento y tan idéntica la suerte de vencidos y vencedores que, habiéndose perdido gran parte del ejército y habiendo muerto en la lucha el cónsul Manlio y el ex cónsul Fabio, el otro cónsul, Marco Fabio, rechazó el triunfo que el senado le había concedido porque, con tan grandes pérdidas para el Estado, lo que procedía era más bien el luto. De la situación de orfandad en que quedó el estado con la pérdida de

la familia de los Fabios, famosa por su número y por sus valores, a la que tocó en suerte la lucha contra Veyes, son testigos el río que los tragó y la puerta que les envió al combate, que conservan todavía sus nombres infames. Efectivamente, después que los trescientos seis Fabios, que eran en verdad los más brillantes astros del estado romano, solicitaron que se les encargase especialmente a ellos la guerra contra los de Veyes, confirmaron con los primeros éxitos la esperanza de una expedición temerariamente asumida; pero después, atraídos a una trampa y rodeados de enemigos, fueron eliminados todos ellos, a excepción de uno que quedó para llevar la noticia del desastre, para que en Roma la noticia de la pérdida fuese más triste que la propia pérdida.

Por lo demás, no solamente en Roma sucedían tales desgracias, sino que también otras regiones ardían en sus propios fuegos, de forma que se podría aplicar ahora a todo el orbe lo que el poeta mas grande de todos dijo de una sola ciudad: «Por todas partes, tristes llantos, por todas, terror y la imagen constante de la muerte».

6.

Efectivamente, en esta misma época, Ciro, rey de los persas del que he hablado más arriba para explicar los ciclos de la historia, y que arrasaba con su ejército Asia, Escitia y todo Oriente en la misma época en que Tarquinio el Soberbio atribulaba a Roma con la esclavitud, como rey suyo que era, y con la guerra, como enemigo que era de otros pueblos—, Ciro,

repito, tras dominar a todos los pueblos que había atacado, se dirige contra los asirios y contra Babilonia, pueblo y ciudad los más opulentos de toda aquella época. Su ataque fue cortado por el río Gindes, el segundo en caudal tras el Eúfrates; efectivamente, uno de los caballos del rey, excelente por su nobleza y hermosura, excesivamente confiado a la hora de pasar, en un lugar por donde se producían, en mitad del turbulento río, torbellinos que iban a chocar con el fondo, fue engullido por estos, que lo arrebataron y hundieron de cabeza; el rey, airado, mandó castigar al río, prometiendo que, por haber devorado entonces a su extraordinario caballo, lo habría de dejar a partir de ahora vadeable incluso por mujeres sin apenas mojarse las rodillas. Y no tardó en hacerlo: a lo largo de todo un año consiguió disminuir, con el trabajo de todas sus tropas, el caudal del río Gindes, dividiéndolo y separándolo, por medio de grandes canales, en cuatrocientos sesenta cauces distintos. Convertidos gracias a esta obra en estupendos zapadores, desviaron después también el curso del Eúfrates, río enormemente caudaloso y que corre por mitad de Babilonia. De esta forma, mediante pasos vadeables que incluso por algunas partes mostraban el fondo, se abrió camino y tomó la ciudad; una ciudad que apenas nadie podía pensar que hubiese podido ser construida por mano humana o que pudiese ser destruida por fuerza humana.

Y es que Babilonia había sido fundada por el gigante Nebrot, y reconstruida por Nino o Semíramis, según el testimonio de muchos autores. Por lo demás esta ciudad estaba abierta a todas partes por lo llano de su terreno, era

fecundísima por la naturaleza del suelo, y, a modo de campamento, estaba distribuida en forma cuadrada con murallas de igual altura. La firmeza y anchura de sus muros apenas se pueden creer si no se ven: concretamente tenían una anchura de cincuenta codos y una altura de doscientos. Su perímetro era de cuatrocientos ochenta estadios. El muro era de una masa compacta de ladrillo cocido mezclado con asfalto; por fuera le rodea una ancha fosa a manera de río. En la parte anterior de los muros tenía cien puertas de bronce. La propia anchura de las almenas, en su cima, además de tener simétricamente colocados a uno y otro lado los puestos de guardia, permite, en los huecos del medio, el paso de rápidas cuadrigas. En el interior, las casas, de cuatro pisos, son admirables por su amenazante altura.

Y sin embargo, aquella gran Babilonia, aquella que fue la primera ciudad fundada tras la recuperación del género humano, ahora ha sido derrotada, tomada y destruida casi sin ninguna dificultad. Y, aunque en este momento acudió, en ayuda de los babilonios, Creso, rey de Lidia y famoso por sus riquezas, tuvo que retirarse precipitadamente a su reino, tras haber sido vencido. Y Ciro, tras atacar a Babilonia como enemigo, arrasarla como vencedor y dar órdenes como rey, trasladó la guerra a Lidia; aquí derrotó sin ninguna dificultad a un ejército aterrorizado ya por el anterior combate. Capturó al propio Creso y, una vez capturado, le perdonó la vida y el patrimonio.

No es momento ahora de acumular los veleidosos cambios de las situaciones humanas: y es que está claro que la caída de

Babilonia viene a confirmar que todo lo que se hace con el trabajo y la fuerza humana, termina por morir y consumirse con el paso del tiempo; y de la misma forma que el imperio de Babilonia fue el primero y el más poderoso así también fue el primero en desaparecer, de forma que, en virtud de una cierta ley de sucesión temporal, Babilonia entregó la herencia a los que vinieron tras ella, y estos se verán obligados a mantener esta misma ley fatal de transmisión. De esta forma sucumbió ante la siguiente tentativa del invasor Ciro la gran Babilonia y también la enorme Lidia; cayeron, pues, en una sola expedición guerrera los dos brazos más fuertes de Oriente juntamente con su cabeza. Y con su caída están apuntando hacia nosotros con acuciante angustia: sobre todo si es verdad que esta vacilante situación actual de aquel gran poderío antiguo del Estado romano se debe más a la debilidad de su propia vejez que al ataque de fuerzas externas.

7.

Pues bien, el propio Ciro hizo la guerra sin dilación alguna a los escitas. La reina Tamiris, que entonces estaba al frente de este pueblo, aunque pudo impedirle el paso por el río Arajes le dejó pasar por dos razones: en primer lugar, porque confiaba en sus propias fuerzas y, en segundo lugar, por la oportunidad de acorralar al enemigo que le proporcionaba el obstáculo del río. Por su parte, Ciro entró en Escitia, marcó el asentamiento del campamento no lejos del lugar por donde atravesó el río y, posteriormente, como queriendo dar la impresión de que huía

aterrorizado, abandonó astutamente el campamento con los preparativos para la comida y bebida ya dispuestos. La reina, enterada de esto, envió en persecución de Ciro a la tercera parte de su ejército y a su propio hijo, todavía adolescente. Los bárbaros, tras ser aparentemente invitados al banquete del campamento, caen embriagados y, posteriormente, al regreso de Ciro, son todos ellos asesinados juntamente con el joven. Tamiris, perdido su ejército y su hijo, se dispone a aminorar su dolor, tanto de madre como de reina, no con sus lágrimas, sino con sangre de enemigos. Simula estar falta de confianza como consecuencia de la desesperación subsiguiente al desastre sufrido y, cediendo poco a poco, atrae al enemigo a una emboscada. En esta emboscada, que fue tendida entre unos montes, aniquiló a doscientos mil persas juntamente con su rey, no quedando —cosa sobremanera admirable— ni uno solo que pudiese hacer de mensajero de tamaño desastre. La reina ordenó cortar la cabeza de Ciro y arrojarla en un odre lleno de sangre humana, e increpándola de una forma no digna de una mujer, dijo: «Hártate de la sangre que tanto anhelaste y de la que durante treinta años te mantuviste insaciable.»

8.

En el año 245 después de la fundación de la ciudad, tras la muerte de Ciro en territorio escita y después de un pequeño intervalo de tiempo, ocupó el reino de los persas Darío, quien lo consiguió por suerte. Efectivamente, en medio de los dos reinó Cambises, hijo de Ciro; éste, tras derrotar a los egipcios,

desarraigó sus ritos religiosos y destruyó sus templos, por cuanto despreciaba toda la religión de aquellos. Tras la muerte de Cambises, los propios sacerdotes tuvieron la osadía de apoderarse subrepticamente del reino en nombre precisamente del rey al que habían asesinado. Estos mismos sacerdotes fueron posteriormente prendidos y eliminados. De esta forma, Darío, uno de los que había castigado con las armas la audacia de los sacerdotes, fue nombrado rey con el consentimiento de todos.

Éste, después que reconquistó con las armas el territorio asirio y Babilonia, que había desertado del imperio persa, declaró la guerra a Antiro, rey de los escitas, a causa fundamentalmente de que no había conseguido la mano de la hija de este, a pesar de haberla pedido. ¡Gran servidumbre es ésta de poner en peligro de muerte a setecientos mil hombres por el capricho de uno solo! En efecto, tras increíbles preparativos, Darío entró en Escitia con setecientos mil hombres armados; pero los enemigos, no sólo no daban oportunidad de una lucha en campo abierto, sino que además hostigaban con fugaces guerrillas la retaguardia del ejército persa; en consecuencia, Darío, por temor a que se le cortara el regreso si rompían el puente del río Histro, se retiró atemorizado después de haber perdido a ochenta mil hombres; aunque no consideraba como gran daño este número de perdidas, dando la impresión de que no había perdido un número de soldados a los que casi nadie hubiese tenido la osadía de soñar con tener en su ejército.

Posteriormente invadió y sometió Asia y Macedonia. Derrotó igualmente, en una batalla naval, a los jonios. Se dirigió después y condujo su ejército contra los atenienses, ya que pensaba que estos habían ayudado con tropas auxiliares a los jonios en su lucha contra él. Y los atenienses, cuando se enteraron de que se acercaba Darío, no esperaron a la ayuda que habían solicitado de los lacedemonios, ya que habían cogido confianza al enterarse de que los persas se habían detenido durante cuatro días en un descanso religioso, sino que se dirigieron inmediatamente a los campos de Maratón para enfrentarse, con solamente diez mil atenienses que habían reunido y mil soldados plateos como tropas auxiliares, a seiscientos mil enemigos. Al frente de las operaciones estuvo Milciades, quien, confiando más en la rapidez que en la fuerza, llegó, tras rapidísimo avance, a un cuerpo a cuerpo con el enemigo antes de que estos pudieran rechazarles mediante su hábil lanzamiento de flechas. Hubo tanta diferencia a la hora de la lucha en esta batalla que daba la impresión de que, en un ejército, sólo había hombres dispuestos a matar y, en el otro, reses dispuestas a morir. En esta ocasión murieron en Maratón doscientos mil persas. Darío acusó el daño, por cuanto derrotado y rechazado se retiró hacia Persia, tras recoger las naves. Y cuando decidió reiniciar la guerra y tramaba la venganza contra los anteriores vencedores, murió en medio de los propios preparativos en la setenta y cuatro olimpíada, es decir en el año 275 después de la fundación de Roma. Es la misma época en que fue enterrada viva la doncella Popilia a causa de un pecado de estupro.

9.

Jerjes, sucesor en el trono de su padre Darío, luchó durante cinco años contra los griegos continuando las hostilidades de su padre. De esta guerra informó a su pueblo el lacedemonio Demarato, que se encontraba casualmente exiliado en territorio de Jerjes, por medio de unas cartas cuyas letras tapaba posteriormente con una capa de cera.

Se dice que Jerjes reunió setecientos mil soldados de su reino más trescientos mil como tropas auxiliares, además de mil doscientas naves de guerra y tres mil de carga; hasta el punto de que con razón se recuerda que a un ejército tan inopinadamente grande y a una armada tan inmensa apenas le bastaban los ríos para beber, las tierras para andar y los mares para recorrer. Y a un ejército como éste, impensable en nuestra época, y cuyo número es tan difícil hoy de reunir como difícil entonces de vencer, se enfrentó en el desfiladero de las Termópilas, con solo cuatro mil hombres, el rey de los espartanos Leónidas. Jerjes, despreciando el escaso número de enemigos que se le enfrentaban, ordena iniciar el combate e ir al cuerpo a cuerpo. Los primeros persas que iniciaron el combate y también el desastre fueron aquellos cuyos familiares y compañeros habían muerto en la batalla de Maratón. Siguió después una turba mucho más numerosa y también más torpe por cuanto, al no tener agilidad para los movimientos, ni libertad para la lucha, ni facilidad para la fuga, sólo ofrecía un buen blanco a la muerte; durante tres días seguidos tuvo lugar,

no una batalla entre dos ejércitos, sino la matanza de uno solo. Al cuarto día, cuando Leónidas comprobó que el ejército enemigo se extendía por todas partes, anima a las tropas auxiliares a que, apartándose de la lucha, se retiren a la cima del monte y se reserven para tiempos mejores; les dice que son él y sus espartanos los que han de afrontar una suerte distinta; que son él y los suyos los que debían mirar más por la patria que por la propia vida. Retirados los aliados, Leónidas arenga a los espartanos diciéndoles que deben tener grandes esperanzas de conseguir gloria, pero ninguna de conservar la vida; y que no se debía esperar ya más al enemigo ni el momento oportuno, sino que, a lo largo de aquella misma noche, debían atacar el campamento enemigo, cruzar las armas y sembrar la confusión entre las filas contrarias; que nunca volverían a tener ocasión de morir, como vencedores, más honrosamente que en el propio campamento enemigo. Persuadidos, pues, de que era preferible morir, se disponen a vengar de antemano su muerte ya segura, dando la impresión de que al mismo tiempo iban al encuentro de su muerte y la vengaban. Seiscientos hombres —maravilla contarlos— irrumpen en un campamento de seiscientos mil. La confusión reina en todo el campamento. Los propios persas ayudan incluso a los espartanos, ya que en la confusión se matan mutuamente unos a otros. Los espartanos, al buscar y no encontrar al rey persa, tumban y tiran al suelo todo lo que encuentran a su paso, recorren todo el campamento y, entre los apilados montones de cadáveres, apenas persiguen aquí y allá a unos cuantos enemigos: sin duda eran ya vencedores, si no hubiesen elegido ya ellos mismos la

muerte. La batalla se alargó desde el comienzo de la noche hasta muy avanzado el día. Finalmente, fatigados ya de tanto vencer, cuando cada uno, al faltarle las fuerzas, consideró que ya había vengado suficientemente su propia muerte futura, se dejaron caer y morir ya cansados en medio del montón de cadáveres y en un terreno palpitante por la sangre todavía espesa y semicoagulada.

10.

Jerjes, vencido ya dos veces por tierra, se prepara para una batalla naval. Pero el general ateniense Temístocles, cuando se dio cuenta de que los jonios —por cuya culpa se había buscado precisamente el ataque de los persas, por cuanto les prestó ayuda en la guerra anterior— sacaban, en ayuda de Jerjes, su armada ya dispuesta en orden de batalla, decidió atraer a estos a su lado y quitárselos al enemigo. Y como no había posibilidad de coloquio, ordena poner señales y fijarlas en rocas en aquellos lugares adonde se suponía que llegarían los jonios con sus naves; con estas señales les echa en cara el hecho de que en otro tiempo fueran aliados y copartícipes de los mismos peligros y que ahora hayan desertado sin motivos; les recuerda encarecidamente los sagrados derechos de las antiguas alianzas y, sobre todo, les aconseja que, en el momento de la batalla, dando la impresión de que retroceden, remen hacia atrás y se alejen de la lucha.

Jerjes se queda como espectador de la batalla en el litoral, manteniendo a su lado una parte de las naves. Por otra parte,

Artemidora, reina de Halicarnaso, que había venido como refuerzo del ejército de Jerjes, se entregaba entre los primeros guerreros tan duramente a la lucha que, como si hubiese cambiado el orden natural, se veía en los hombres una cautela propia de mujer y en esta mujer una audacia propia de varón. En el momento en que la batalla era de resultado dudoso, los jonios, siguiendo las órdenes de Temístocles, empezaron a retirarse poco a poco del combate. Su desertión empujó a los persas a iniciar ya abiertamente la fuga que, desde hacia rato, estaban buscando. En el consiguiente desorden fueron hundidas y capturadas muchas naves, aunque muchas otras, por temor a la crueldad de su rey, como si se tratase de un fiero enemigo, escaparon hacia los puertos de origen.

Mardonio se acerca a su rey, que estaba acongojado por tantos desastres, y le aconseja la conveniencia de volver todavía como rey a su reino, antes de que las malas noticias den ocasión a una revolución en su país. Y le dice que él mismo, si se le entregaban las tropas que quedaban, se vengaría del enemigo y libraría a la patria de la ignominia recibida; o, en último caso, si los avatares de la guerra seguían marchando mal, sólo él caería ante el enemigo, mientras que el rey se libraría de la vergüenza de la derrota. Es aceptado el consejo y el ejército queda en manos de Mardonio. El rey marcha con unos cuantos a Abidos, donde, a su paso, había construido un puente como si ya fuera el vencedor del mar. Pero, al encontrar destruido el puente por el temporal del invierno, atravesó el río en una balsa de pesca, no sin pasar mucho miedo.

Se trataba, realmente, de que el género humano debía comprender y lamentar los cambios de las situaciones tomando como medida sobre todo este cambio concreto: que se tuviera que esconder de buen grado en un pequeño barco aquel bajo cuyo poder había estado antes el propio mar y que había llevado consigo, al hacer el puente, el yugo de su propia cautividad; que tuviera que necesitar de la pobre ayuda de un solo siervo aquel ante cuyo poderío había cedido la propia naturaleza cuando, a su paso, se allanaban los montes, se llenaban los valles y se secaban los ríos. Por otra parte, las propias tropas de a pie, que habían sido puestas bajo el mando de los generales, se habían debilitado de tal forma con el esfuerzo, el hambre y el miedo, y se habían originado, al aumentar las enfermedades, tan gran epidemia y peste a causa de los muertos, que los caminos estaban cada vez más llenos de cadáveres, y aves rapaces y asquerosos animales, atraídos por el estímulo de la comida, seguían al ejército moribundo.

11.

Por su parte Mardonio, a quien Jerjes había encomendado la continuación de la guerra, tras tener unos primeros momentos de éxito, se vio después metido en una crítica situación. Asaltó, en efecto, en un primer momento la fortaleza griega de Olinto. Pero después tras intentar atraerse a los atenienses a un tratado de paz con distintos procedimientos y darse cuenta de que la libertad de estos es inexpugnable, incendia parte de la ciudad y traslada a Beocia todo el aparato

bélico. Hasta allí le persiguieron cien mil griegos y, entablado inmediatamente un combate, obligaron a Mardonio a huir con unos pocos soldados, tras destruir casi todas sus tropas y dejarle sin recursos, como si saliera de un naufragio. Los atenienses se apoderaron del campamento enemigo repleto de tesoros reales; esto ocasionó en verdad un no pequeño deterioro de su antiguo amor al trabajo, ya que, tras dividir las riquezas, el oro persa se convirtió en el punto de partida de la corrupción de costumbres en Grecia.

Por último, los desastrosos comienzos persas tuvieron un final aún más lamentable. Efectivamente, el mismo día en que las tropas de Mardonio fueron destruidas en Beocia, otra parte del ejército persa protagonizaba un combate naval en Asia cerca del monte Micalé. Y allí, de repente, llegó a oídos de la armada y del pueblo el rumor de que las tropas de Mardonio habían sido aniquiladas y de que los griegos habían resultado vencedores. ¡Oh admirable ordenación de la voluntad divina! ¡Que una batalla que tuvo lugar en Beocia a la salida del sol fuera conocida al mediodía de la misma jornada en Asia, a pesar de que hay en medio grandes extensiones de mar y de tierra! El rumor dio sobre todo el siguiente resultado: que los persas, dolidos en un primer momento y desesperados después por la noticia del desastre, terminaron por ser más torpes en la lucha y nada hábiles en la fuga. Consternados, pues, y abatidos, la armada enemiga, cada vez más envalentonada, arremetió contra ellos con absoluto éxito.

Jerjes, por su parte, caído en desgracia entre los suyos a causa de la desdichada guerra llevada a cabo en Grecia, fue

acorralado y asesinado en el palacio real por su prefecto Artabano.

¡Oh tiempos aquellos dignos de nostálgico recuerdo! ¡Oh días aquellos de inalterable serenidad, que se nos presentan ahora como luminosos, a nosotros que estamos algo así como en tinieblas! Días en los cuales, en un brevísimo intervalo de tiempo, salieron de las entrañas de un solo país nueve millones de hombres, que murieron en tres guerras llevadas a cabo por tres reyes consecutivos. Y no voy a hablar de la entonces desdichada Grecia, que derrotó, a costa de su propia muerte, a toda esa numerosa multitud, que buena falta nos haría ahora en nuestra época. Y aquel Leónidas, el más famoso de los lacedemonios, quien en aquella guerra contra Jerjes, que fue la última para él mismo y para sus enemigos, una vez que pronunció a sus seiscientos soldados aquellas famosísimas palabras: «comed en la idea de que la cena la haréis ya en el otro mundo», mandó, sin embargo, a las tropas auxiliares que se retiraran del combate, amonestándoles compasivamente a que se reservaran para mejores tiempos. He aquí que, si aquel prometió un futuro mejor y los hombres de ahora afirman que el pasado fue mejor, ¿qué otra cosa se puede deducir, al no estar nadie contento en su época con el momento presente, sino o bien que todas las épocas son buenas aunque nadie esté contento con ellas o bien que nunca existen épocas suficientemente buenas?

Pasando a otros hechos, en Roma —para volver al momento en que lo dejé; y no es que por los intervalos en las miserias humanas me vea obligado a pasar de unos pueblos a otros, sino que, de la misma forma que las desgracias de otro tiempo, que bullían por todas partes, se mezclaron con los propios hechos, así las relato yo mezcladas; mi propósito en efecto es relacionar entre sí las distintas épocas del mundo y no andar saltando por los desastres de cada una de las partes del mundo—, en Roma, pues, en el año 290 después de la fundación de la ciudad, en una época en que hubo una tregua en las operaciones bélicas, se extendió brutalmente por toda la ciudad una cruel peste; la peste que siempre interrumpió en Roma las pocas treguas que se hacían, o bien obligaba a que se hicieran; ésta de ahora fue tal que, como presagio premonitorio de ella, con razón pareció arder el cielo, cuando la capital del mundo ardió en un fuego tan grande de enfermedades. Y es que, en este año, la peste acabó con la vida de los dos cónsules, Ebutio y Servilio; terminó con la mayor parte de las tropas militares; destruyó, con su asquerosa corrupción, a muchos nobles y, sobre todo, a la plebe, a pesar de que, también cuatro años antes, una epidemia había diezclado a este mismo pueblo.

5 Al año siguiente, unos ciudadanos desterrados y unos siervos fugitivos, bajo el mando del sabino Herbonio, invadieron e incendiaron el Capitolio. Allí se enfrentaron a ellos los *iuniores* bajo el mando del cónsul Valerio; y el momento cumbre del combate fue tan atroz y duro que el propio cónsul Valerio murió allí mismo, haciendo aún mas

indigna con su muerte una victoria que ya era indigna por ser obtenida sobre esclavos.

Sigue después el año en que un cónsul fue asediado con su ejército tras haber sido derrotado. En efecto, los ecuos y los volscos derrotaron al cónsul Minucio, que se había enfrentado a ellos en una batalla, y, en la huida, le sometieron en Algido a un cerco de hambre y armas; y todo hubiera terminado mal, si Quintio Cincinato, aquel gran dictador, no hubiese roto, en un ataque a los sitiadores, el apretado cerco. Este Cincinato fue encontrado en el campo, llevado del arado al consulado, convertido en vencedor tras aceptar el cargo y poner en orden las tropas; el yugo de sus bueyes se lo puso a los ecuos y, agarrándose a la victoria como si lo hiciese a la esteva, condujo delante de sí, marchando él a la cabeza, a los enemigos sometidos.

13.

En el año siguiente al 300 después de la fundación de la ciudad, mientras se esperaba en Roma la llegada de los legados que habían sido enviados a Atenas para importar las leyes de Solón, el hambre y la peste paralizaron al ejército romano.

En el propio año 300 después de la fundación de la ciudad, es decir, en la nonagésima quinta olimpiada, la transferencia de la *potestas* consular a los decenviros, con el fin de implantar las leyes áticas, acarreó un enorme desastre para el Estado. Efectivamente, sólo el primero de los decenviros, Apio Claudio, continuó ostentando el *imperium*, mientras que los demás

quedaron al margen del mismo; los otros tramaron inmediatamente una conjuración, de forma que, despreciando la costumbre según la cual el distintivo del *imperium* caía en uno solo, mientras que la *potestas* era común a todos, lo revolucionaban todo en su propio interés. Una de las cosas, entre otras, que se arrogaron insolentemente fue la de pasear uno tras otro con las doce insignias consulares y demás insignias del mando. Y, en una nueva e inmoral organización política, surgió un rebaño de tiranos en lugar de los cónsules, cuyo carácter religioso fue olvidado; tras añadir dos nuevas tablas de leyes a las diez anteriores, actuando la mayoría de las veces con insolente soberbia, se atrevieron a seguir con las mismas insignias el día en que era costumbre que cesaran los magistrados.

El desenfreno de Apio Claudio aumentó aún más el odio enorme que ya se les tenía; éste, para conseguir a la joven Virginia, adujo antes como pretexto su condición de sierva; por ello, su padre Virginio, obligado por el dolor de la pérdida de la libertad y por la vergüenza de la deshonra, mató en presencia del pueblo, cual parricida piadoso, a su hija reducida ya a la esclavitud.

El pueblo, movido por la atrocidad de la decisión de Virginio, necesaria por lo demás, y advertido del peligro de perder la libertad, ocupó en armas el monte Aventino. Y no dejó de defender con las armas su libertad, hasta que el grupo de conjurados abdicó incluso de sus propios cargos.

En la olimpiada centésimo tercera y en la centésimo quinta hubo en Italia durante casi todo un año tan frecuentes y duros terremotos, que Roma estuvo continuamente turbada por las noticias sobre innumerables sacudidas y desastres de pueblos y fortalezas. Posteriormente hubo una larga y tórrida sequía, hasta el punto de que se perdió la esperanza de que la tierra diera frutos aquel año y el siguiente.

Y, en esta misma época, los habitantes de Fidenas, que eran enemigos de Roma, reuniendo un ejército principalmente de tropas auxiliares, se presentaron como terrible amenaza ante las fortalezas de Roma; Emilio, dictador por tercera vez tomando con dificultades la propia Fidenas, logró rechazar y levantar la gran losa de esta amenaza.

Tal era la tensión de los propios romanos entre las desgracias venidas por sí solas y las buscadas por su valor que, o bien las guerras en el extranjero hacían olvidar las calamidades del interior, o bien las distintas pestes que se extendieron por cielo y tierra estropearon con sus incesantes infecciones las tranquilas treguas que seguían a las pérdidas en las guerras.

14.

Sicilia fue, en un primer momento, patria de cíclopes y, tras estos, fue siempre nutricia de tiranos y muchas veces también prisionera de esclavos; de todos estos, los primeros se alimentaban con carne humana, los segundos con torturas y los últimos con muertes. Hay que exceptuar aquellos casos en que,

en época de guerras externas de otros países, Sicilia era considerada unas veces como botín y otras como premio. Esta isla, para decirlo en pocas palabras, no ha conocido lo que es la ausencia de desgracias hasta que no ha llegado esta época nuestra; es más (para explicar con claridad los cambios en las situaciones de los tiempos), de la misma forma que en épocas anteriores Sicilia, siempre sola, sufrió luchas tanto internas como externas, así también ahora es la única que no está sola. Y es que hasta el propio Etna —por no hablar ya del largo tiempo que duró la desgracia por la que fue oprimida en otras épocas, o de esta paz de que disfruta ahora—, el Etna, que en aquella época vomitaba en frecuentes erupciones con la consiguiente ruina de ciudades y campos, ahora, sin embargo, sólo humea en inocente espectáculo para dar prueba de lo que fue en otro tiempo.

En la época intermedia —por pasar por alto la época de los tiranos, de los cuales el que era vengador se convertía inmediatamente en sucesor—, es decir, en el año 335 después de la fundación de Roma, en un momento en que los habitantes de Regio, ciudad cercana a Sicilia, tenían luchas internas y la ciudad estaba dividida en dos partes a causa de las disensiones, una de estas llamó en su ayuda a los veteranos de la ciudad siciliana de Himera. Estos, tras expulsar de la ciudad en un primer momento a aquellos contra los cuales habían sido llamados y matar después a aquellos otros en cuya ayuda habían venido, ocuparon inmediatamente la ciudad apoderándose de las esposas e hijos de sus aliados y llevando a cabo acciones que no se pueden comparar con las que hacían

los tiranos. Y es que, para los de Regio, hubiera sido mejor soportar cualquier otra cosa a tener que invitar a quienes, posteriormente, ellos, cual unos desterrados, tuvieron que dejar como botín su patria, sus esposas, sus hijos y sus parientes.

Por otra parte, también los de Catania, cansados de tanto aguantar los ataques y provocaciones de los siracusanos, pidieron ayuda a los atenienses. Pero los atenienses enviaron una armada equipada a Sicilia más por interés propio que por el de sus aliados, ya que, por una parte, se proponían extender su propio imperio, y, por otra, temían que la armada siracusana, recientemente equipada, ayudase a los lacedemonios. Y, dado que los primeros atenienses que fueron enviados obtuvieron algunos éxitos derrotando al enemigo, volvieron a enviar a Sicilia nuevas tropas y un ejército más poderoso bajo el mando de Laques y Cariades. Pero los habitantes de Catania, cansados ya de la guerra, firman una alianza con los siracusanos y se olvidan de la ayuda ateniense. Posteriormente sin embargo, al transgredir los siracusanos, en sus pretensiones imperialistas, las condiciones del pacto, los catanienses envían de nuevo legados a Atenas, los cuales, con el cabello y la barba sucios y vestidos de luto, tenían la misión de pedir, con la palabra y con el aspecto externo, misericordia y ayuda. La consecuencia es que se equipa una gran armada bajo el mando de Nicias y Lamaco y que se dirigen de nuevo a Sicilia con tan gran número de contingentes que incluso los que los habían solicitado se asustaron de su propia decisión.

De inmediato consiguen los atenienses dos victorias en tierra y, tras encerrar a los enemigos en la ciudad y cortarles la

salida por mar poniendo delante la armada, los sitian por tierra y por mar. Los siracusanos, por su parte, en esta situación desesperada y de cansancio, piden ayuda a los lacedemonios. Estos envían inmediatamente a Gilipo, solo, es verdad, pero en el se ofrecía el símbolo de todo tipo de ayuda. Este, cuando se dio cuenta al llegar de que la situación de la guerra se había inclinado a un bando, ocupó lugares aptos para la lucha tras reunir tropas auxiliares tanto en Grecia como en Sicilia. Posteriormente, después de haber sido vencido, aunque no asustado, en dos combates, mató en un tercer enfrentamiento a Lamaco, puso en fuga a los enemigos y liberó a sus aliados del asedio. A raíz de ello los atenienses, vencidos ya en la lucha terrestre, intentan salir al mar y se disponen a hacer la guerra en combate naval; Gilipo, al enterarse de ello, hace venir a la armada que los lacedemonios tenían preparada; también los atenienses envían, con un suplemento de tropas, a Demóstenes y Eurimedón en sustitución del general desaparecido; e igualmente los peloponesios, con el consentimiento y decisión de muchas de sus ciudades, envían gran cantidad de tropas auxiliares a los siracusanos. De esta forma, bajo la apariencia de hacer una guerra en defensa de sus aliados, atenienses y peloponesios llevan a cabo en realidad una guerra civil entre ellos y luchan con todas sus fuerzas por uno y otro bando, como si se hubiesen puesto de acuerdo para trasladar la guerra de Grecia a Sicilia.

Pues bien, los atenienses son derrotados en un primer combate y pierden el campamento con todos sus bienes, tanto públicos como privados, y con todo el aparato necesario para la

marcha diurna; una vez perdidos sus recursos y reducidos a una situación angustiosa, Demóstenes les aconseja volver a su patria y abandonar Sicilia en un momento en que todavía no se había perdido todo, aunque todo parecía peligrar; Nicias, sin embargo, desesperado por la vergüenza de lo mal que se habían llevado a cabo las acciones desde el primer momento, sostiene que deben quedarse. Reanudan, pues, la guerra naval y posteriormente, llevados, por su desconocimiento del lugar, al estrecho del mar siracusano, son rodeados en emboscadas por los enemigos; cae en primer lugar el general Euriloco y son incendiadas once naves. Demóstenes y Nicias abandonan la armada, como si fuera más segura una huida por tierra. Gilipo, por su parte, ataca en un primer momento las ciento treinta naves abandonadas por aquellos y, posteriormente, decide perseguir a los fugitivos, dando alcance y matando a la mayoría de ellos. Demóstenes evita la deshonra de la esclavitud mediante el suicidio, mientras que Nicias añade a su indigna y rastrera vida la deshonra del cautiverio.

15.

Y los atenienses, que se encontraban ya en una situación precaria tras dos años de lucha en Sicilia —aunque tampoco los lacedemonios habían quedado indemnes—, se ven asediados por otras desgracias internas. Efectivamente, Alcibíades, que, en un primer momento, fue elegido como general para la guerra contra Siracusa y que, posteriormente, fue llamado a juicio por una acusación, se exilió voluntariamente a

Lacedemonia y animó a los espartanos a que atacaran en una nueva guerra a los atenienses, que se encontraban ahora confusos, y a que no les dieran tiempo a recuperarse sin aniquilarlos totalmente. Toda Grecia se vio comprometida en esta decisión, como si, reunidas todas las fuerzas para apagar un incendio común, se hubiera tomado una decisión en pro de un beneficio público.

También Darío, rey de los persas, que no olvidaba el odio de su padre y de su abuelo contra esta ciudad, firma un tratado con los lacedemonios por medio de Tisafernes, sátrapa de Lidia, prometiéndoles dinero y tropas para la guerra.

Y maravilla decirlo: tantos fueron los recursos de Atenas en estos momentos que, a pesar de que lucharon contra ella, es decir contra una sola ciudad, tropas de Grecia, de Asia y de todo Oriente, no se puede decir que fueran vencidos, aunque sí agotados, pero casi siempre luchando y nunca cediendo. En efecto, Alcibiádes, en un primer momento, obligó a todos los aliados atenienses a desertar de ellos y pasarse a los lacedemonios; pero luego, perseguido también con asechanzas, a causa de la envidia, por los propios lacedemonios, escapó y se refugió junto a Tisafernes en Media. Convertido inmediatamente, gracias a su natural acomodaticio y a su fácil palabra, en amigo de éste, le convence para que no ayude con tantas fuerzas a los lacedemonios; le dice que debería ser más bien árbitro y espectador de esta guerra y que debería reservar íntegras sus tropas de Lidia para luchar posteriormente contra el vencedor. Por ello, Tisafernes ordena que se envíe a Lacedemonia sólo una parte de la armada con un pequeño

ejército, con el fin de que los lacedemonios, seguros con el peligro de otros, no lucharan con abundantes refuerzos, ni tampoco, totalmente abandonados, dejaran la guerra ya iniciada.

16.

En Atenas por su parte, aunque la ciudad llevaba ya mucho tiempo turbada por luchas internas, se transfiere ahora, ante el peligro inminente, todo el poder al senado de acuerdo con la voluntad del pueblo. Y es que las luchas intestinas engordan con el ocio, pero, cuando la necesidad obliga, se delibera en favor de la comunidad, posponiéndose los intereses y los odios privados. Y (aunque esto podría incluso ser perjudicial a causa de la connatural soberbia de los hombres y de sus tendencias tiránicas) se hace venir finalmente a Alcibíades, que estaba desterrado del ejército, y se le nombra general de la armada. Enterados de esto, los oligarcas traman en un primer momento la entrega de la ciudad a los espartanos; y después, tras conspirar en vano, se marchan espontáneamente al exilio. En consecuencia, Alcibíades, una vez liberada la patria, dirige la armada contra el enemigo. Entablado el combate, consiguen la victoria los atenienses. Y la mayor parte del ejército espartano es eliminada, casi todos sus generales ejecutados, y ochenta naves capturadas, sin contar aquellas que desaparecieron incendiadas o hundidas en el combate. La guerra, que fue trasladada de nuevo a tierra firme, siguió siendo igualmente desfavorable para los espartanos. Deshechos ante esta

situación, los lacedemonios piden la paz, aunque no pudieron conseguirla. Para colmo, los refuerzos siracusanos son llamados de nuevo a Sicilia, cuando se tuvieron noticias de que estaba empeñada en una guerra con Cartago. Como consecuencia de ello, Alcibíades recorre, con su armada vencedora, toda Asia; arrebató y asoló todo su territorio con guerras, incendios y matanzas. Tomó y recupera muchas ciudades, que no hacía mucho se habían apartado de la liga ateniense. Tras conseguir gran renombre de esta forma, Alcibíades retorna vencedor a Atenas en medio de la admiración y gozo de todos los atenienses.

Poco tiempo después, Alcibíades aumenta el número de sus tropas, engrosa numéricamente su ejército y su armada y se dirige de nuevo a Asia. Los lacedemonios por su parte ponen al frente de las operaciones de la armada y del ejército a Lisandro. Y, además, Ciro, hermano de Darío y que había sido puesto al frente de Jonia y Lidia en sustitución de Tisafernes, los robustece con grandes recursos y tropas auxiliares. Lisandro ataca entonces en una repentina incursión al ejército de Alcibíades que estaba dedicado al botín y, por ello, disperso y errante por todas partes; le vence sin ninguna lucha y lo remata en la huida. Gran desastre fue este para los atenienses y, sin duda, recibieron un golpe mucho más cruel que el que hacía poco habían ocasionado ellos a los lacedemonios. Enterados de esto, los atenienses creyeron que Alcibíades había querido vengar con esta mala actuación el antiguo dolor de su destierro; por ello, eligen en su lugar a Conón, a quien confían lo que queda del ejército y el mando de las operaciones. Este,

intentando suplir, al menos en número, las tropas perdidas, recluta a ancianos y niños y forma un ejército. Pero un ejército de este tipo no puede poner freno a la guerra, y es que, lo que hay que curar con fuerzas, no suele curarse con número. La consecuencia fue que este débil ejército en parte fue capturado y en parte fue aniquilado, y fue tan grande el montón de muertos en aquella batalla que daba la impresión de que había desaparecido no sólo el imperio sino también el nombre de Atenas.

Pero los atenienses deciden, en esta desesperada situación, entregar la ciudad a extranjeros —y lo hacen con el fin de que ellos, que poco antes habían extendido su dominio por toda Asia, pudieran defender su ciudad y su libertad del desastre—; y, a pesar de que, al menos en su opinión, no constituían, ni siquiera atrincherándose tras la muralla, un número suficiente para defender la ciudad, deciden, sin embargo, probar de nuevo la guerra naval. Y es que la locura, cuando no va acompañada de meditación, considera como valor la indignación, y todo lo que medita la ira, lo promete la audacia. El resultado fue que, aniquilados todos, unos capturados y otros muertos, no quedó nada de resto de los propios restos. Conón fue el único general que sobrevivió a la batalla y al resto del pueblo; éste, temiendo las represalias de sus conciudadanos, se dirigió hacia el rey Ciro. Evacoras, por su parte, que era el general de los lacedemonios, tras arrebatarse todas las ciudades, no dejó a los atenienses sino su propia ciudad, condenada ya a la inanición; y ello, no durante mucho tiempo, ya que posteriormente asedió a la propia Atenas. Dentro de ésta, el hambre, la desolación y la

enfermedad aquejaban a los asediados, y cuando, tras todas las más abominables desgracias, que horroriza incluso decirlas, no les quedaba ya otra esperanza que la muerte, pidieron la paz.

17.

A raíz de esta petición de los atenienses, hubo largas deliberaciones entre los espartanos y sus aliados: mientras muchos se pronunciaban en favor de que esta turbulenta ciudad fuera arrasada y de que este odioso pueblo fuese borrado juntamente con su nombre, los espartanos dijeron que ellos no permitirían que fuese arrancado uno de los dos ojos de Grecia; es más, firmaron la paz con los atenienses en las siguientes condiciones: que fueran destruidos los muros del puerto del Pireo, que llevaban a la ciudad; que entregaran la flota que les quedaba; y que aceptaran los treinta gobernantes elegidos por los espartanos. Sometidos y subyugados los atenienses a estas condiciones, los lacedemonios eligen a Lisandro para redactar las leyes de obediencia en Atenas.

Este año es famoso por el saqueo de Atenas, la muerte de Darío, rey de los persas, y el exilio de Dionisio, tirano de Sicilia.

A continuación, los treinta gobernantes impuestos a los atenienses se convirtieron en seguida en treinta tiranos. Se rodean, en primer lugar, de tres mil satélites, y, posteriormente, rodearon también sus propios flancos con setecientos soldados del ejército vencedor. Con el asesinato de Alcibiades, al que quemaron vivo encerrándole durante el viaje de huida en su habitación, inician una serie de continuos asesinatos de todo

tipo de personas. Tranquilos ya tras la muerte de Alcibíades, como si hubiese desaparecido el vengador, agotan con matanzas y robos las miserables reliquias de la ciudad. Al propio Terámenes, que era uno de ellos, le despedazan para ejemplo y miedo de los demás, porque se habían enterado que no estaba de acuerdo con las acciones que cometían. La consecuencia es que todo el mundo huye poco a poco de la ciudad; pero, como a causa de una prohibición de los lacedemonios, se les negaba a estos fugitivos, como si fueran unos desterrados, la hospitalidad en toda Grecia, se dirigieron todos a Argos y Tebas; allí fueron acogidos con el don de la hospitalidad, de forma que no sólo apagaron un poco el dolor por la pérdida de la patria, sino que también empezaron a abrigar esperanzas de recuperarla. Entre los desterrados estaba Trasíbulo, hombre enérgico y muy conocido entre los suyos por la nobleza de su familia; él fue el iniciador de un arriesgado plan en favor de su patria. Los desterrados se unen en efecto y toman la fortaleza de File en los límites de Ática, y, ayudados con los recursos de muchas ciudades, van recuperando fuerzas: incluso Lisias, orador siracusano, les envió, en ayuda de la ciudad que era la patria común de la elocuencia, quinientos soldados, con el dinero, además, para pagarlos.

La batalla fue atroz, pero al luchar unos por la libertad de su patria y otros en pro de una tiranía en el exterior, el propio combate se convirtió en juez de la valentía y de la causa de unos y otros; en efecto, los tiranos, tras ser derrotados, huyeron a Atenas y apartaron de la vigilancia de la ciudad, sospechosos ahora de traición, a todos los atenienses que antes habían

elegido como satélites suyos. Intentaron incluso ganarse con dinero al propio Trasíbulo; cuando se dieron cuenta de que su propósito era baldío se lanzan de nuevo a la lucha con la ayuda de tropas auxiliares venidas de Lacedemonia. En la batalla pierden la vida los dos tiranos más crueles de todos. Cuando Trasíbulo se dio cuenta de que el resto de los vencidos y fugitivos eran, al menos en su mayoría, ciudadanos atenienses, los persigue a voces, los retiene con sus palabras, los atrae con ruegos, poniendo en evidencia ante ellos «qué clase de hombres eran aquellos de los que querían escapar y qué otra clase tan distinta aquella otra hacia la que querían huir: que él había hecho la guerra contra los treinta tiranos y no contra los ciudadanos desgraciados; es más, les dice que todos aquellos que se acordaran de que eran ciudadanos atenienses, convenía que siguieran a los reivindicadores de la libertad de los atenienses.» Esta exhortación surtió tal efecto entre aquellos que, vueltos de nuevo a la ciudad, obligaron a los tiranos a salir de la fortaleza y a emigrar hacia Eleusis. Los ciudadanos de Atenas, tras aceptar en la comunidad ciudadana a todos aquellos otros que hasta ahora habían estado desterrados, hacen brotar la envidia entre los tiranos, que se lanzan de nuevo a la guerra, ya que, para ellos, la libertad de los demás era como su propia esclavitud. Es en este momento cuando, al declararse la guerra, y a pesar de que en un primer momento daban la impresión de que aceptaban el diálogo, son ejecutados por fin en aras de la paz estos tiranos, cogidos en asechanzas. Agrupados de nuevo los atenienses, y tras insaciables lágrimas de alegría, instauran los primeros fundamentos de la libertad

recuperada haciendo juramento de que las discordias y rivalidades pasadas serían echadas en eterno olvido y en eterno silencio. Considerando a este tipo de pacto como una nueva forma de vida y como una nueva feliz situación de su estado civil, lo llaman «amnistía», es decir, «abolición de todas las culpas». Fue una muy sabia actuación ésta de los atenienses, sobre todo teniendo detrás tan grandes y evidentes culpas; actuación sabia, sobre todo si las decisiones de los hombres tuvieran siempre, en virtud de alguna convención, el valor con que se promulgaron, manteniéndose el acuerdo entre las personas. Pero la verdad es que este mismo pacto fue roto casi en el momento de las conversaciones del mismo; hasta tal punto que, apenas pasados dos años, Sócrates, el más famoso de los filósofos, arrastrado por los males contemporáneos, se suicidó en Atenas tomando veneno; y, posteriormente, cuando apenas habían pasado cuarenta años, por callar otras cosas, los propios atenienses, perdida totalmente la libertad, fueron esclavos bajo el mando de Filipo, rey de Macedonia.

A pesar de ello, los atenienses, que fueron el pueblo más sabio de todos, y que aprendieron incluso con sus propias desgracias que las cosas más pequeñas crecen con la concordia, que las más grandes caen con la discordia, y que todos los bienes e, incluso, los males que acaecen fuera de la patria tienen sus raíces y emanan de causas internas, supieron erradicar el odio de su patria y echaron fuera las guerras, dejando a sus descendientes el ejemplo de su propia ruina y el procedimiento para la recuperación; ello, si es que, a pesar de la debilísima mutabilidad de la mente humana, esos descendientes saben

mantener en los momentos prósperos lo que se decide en los momentos difíciles.

18.

En esta misma época tuvo lugar una guerra civil en territorio persa; fue incluso algo más que una guerra civil, ya que terminó casi con un parricidio. Efectivamente, tras la muerte del rey Darío, en las disputas que siguieron entre sus hijos Artajerjes y Ciro por el reino, se produjo por fin un enfrentamiento con grandes contingentes por una y otra parte, provocándose la ruina de provincias y pueblos. En este conflicto, en un momento en que la suerte enfrentó a los dos hermanos que corrían el uno contra el otro, Artajerjes es el primero que resulta herido por su hermano, logrando escapar sin morir gracias a la velocidad de su caballo. La destrucción, a la postre, de Ciro a manos de una cohorte real puso final a la lucha. En consecuencia, Artajerjes, apoderándose como botín de toda la expedición y ejército de su hermano, confirmó su mando en todo el imperio mediante un parricidio.

De esta forma, toda Asia y Europa se veían aquejadas de calamidades y desgracias, unas veces cada una por su lado, y otras, en mutuas relaciones.

He aquí como yo, en un pequeño libro, y en pocas palabras, he ido, no desarrollando las acciones de las distintas provincias, pueblos y ciudades, sino sobre todo relacionando los distintos grupos de desastres. Pues, ¿quién podría abarcar totalmente con palabras los males y las desgracias de aquella época o quién

podría apagar con lágrimas aquellos dolores? Sin embargo, ahora, aquellas mismas desgracias, por cuanto ya no son tan agudas al haber pasado mucho tiempo desde que ocurrieron, se han convertido para nosotros en ejercicios literarios y en agradables tópicos de nuestras historias. Y, si alguien se fija atentamente, se mete con toda su mente en los propios hechos y guerras y, después, colocado, por así decirlo, en una atalaya para mirar el espectáculo, compara aquella época y esta nuestra con sus respectivas cualidades, yo diría que está en buenas condiciones para pensar que aquella pasada no pudo ser tan desgraciadamente turbia y revuelta sino porque Dios estaba airado y olvidado, y que ésta nuestra es tan feliz porque cuenta con un Dios propicio y misericordioso.

Poco después, en la misma época, Sicilia fue sacudida por un fortísimo terremoto, e incluso asolada, con gran detrimento de sus campos y ciudades, con el fuego y la ceniza caliente que vomitaba por su boca el monte Etna.

También en esta época, la ciudad de Atalante, en la frontera de los locros y unida a la tierra firme del continente, fue arrancada por un repentino golpe de mar y convertida en isla.

A los pocos y desgraciados atenienses que quedaban les atacó y aquejó una peste durante largo tiempo.

19.

En el año 355 después de la fundación de la ciudad, el asedio de Veyes durante diez años seguidos causó más daño a los que asediaban que a los asediados. En efecto, los romanos,

diezmados continuamente por las inesperadas salidas del enemigo, se vieron obligados para colmo a aventurarse a una guerra en invierno, a invernar en tiendas de campaña y a soportar, finalmente, el hambre y el frío en presencia del enemigo. Por último, tomaron la ciudad por medio de galerías y de un ataque inesperado, sin dejar ningún testimonio digno del valor romano. A esta victoria, práctica pero no honrosa, le siguió en un primer momento el destierro del dictador Camilo, que fue quien consiguió la victoria sobre Veyes, y, después, la invasión de los galos y el incendio de la ciudad.

Nadie se atrevería, aunque pudiera, a comparar este desastre con cualquiera de las agitaciones de la época actual; y ello, aunque no mida con el mismo rasero la leyenda de los males pasados y los daños de la época presente. Y es que los galos senones, conducidos por Breno, con un ejército abundante y poderoso, se dieron cuenta, mientras estaban asediando la ciudad de Clusino, que hoy se llama Tuscia, de que los legados romanos que habían sido enviados como intermediarios para conseguir la paz estaban luchando en contra suya en el ejército enemigo; irritados por ello, abandonan el asedio de la ciudad de Clusino y se dirigen con todas sus tropas a Roma. En su ataque les espera con el ejército el cónsul Fabio; pero no pudo resistir; es más, el ataque enemigo cortó, aplastó y atravesó al ejército romano cual si de mies seca se tratase. Es testigo de esta derrota de Fabio el río Halia, de la misma forma que el Cremera lo es de la de los Fabios. Nadie podría encontrar fácilmente una derrota semejante del ejército romano, incluso suponiendo que Roma

no hubiese sido incendiada después. Los galos penetran en la ciudad sin defensa, matan a los senadores que permanecían en sus asientos, rígidos a modo de estatuas, y los sepultan, quemados en el incendio de sus casas, con los escombros de sus propios techos. Encierran en un asedio en la ciudadela del monte Capitolio al resto de los jóvenes que se sabe que entonces eran apenas mil hombres; y, en la ciudad, machacan con hambre, peste, desesperación y miedo a los desafortunados sobrevivientes, y posteriormente los someten y les obligan a pagar un rescate por ellos mismos: compran, en efecto, su retirada al precio de mil libras de oro, y no porque Roma valiese poco a los ojos de los galos, sino porque la habían esquilado ya tanto que en aquel momento no podía valer ya mas.

Cuando los galos se marcharon, sólo quedaba, de lo que en otro tiempo había sido el sitio de una ciudad, un sucio montón de informes ruinas y, por todas partes, el eco de la triste voz de los que erraban por aquellos lugares caóticos y de la voz de los que no conocían que estaban en lo que había sido su propia casa, mantenía en suspenso los temblorosos oídos. El horror sacudía los ánimos y el propio silencio aterrorizaba: y es que el solitario silencio de lugares espaciosos es siempre motivo de pavor. A raíz de ello los romanos pensaron, convinieron e intentaron cambiar de sitio, fundar otra fortaleza e, incluso, llamarse con otro nombre.

He aquí la época con la que se intenta comparar los tiempos actuales; he aquí la época cuyo recuerdo hace suspirar a los hombres de ahora; he aquí la época que produce

remordimientos por haber escogido una nueva religión o, mejor, por haber despreciado la religión de entonces. En verdad que estos dos saqueos son paralelos y se pueden comparar entre sí: aquel se ensañó con Roma durante seis meses; éste ha durado tres días; los galos, tras aniquilar al pueblo y destruir la ciudad, persiguieron incluso el propio nombre de Roma quemándola hasta el final; los godos, tras abandonar sus intenciones de botín, han conducido a sus hordas, sin que éstas se dieran cuenta, al refugio de la salvación, es decir, a lugares santos; en aquel caso apenas se puede encontrar un senador que escapara, incluso de los que estaban ausentes; ahora apenas se puede encontrar uno que haya muerto ni siquiera casualmente, mientras se escondía. En verdad que con razón podría asegurarse, a la hora de hacer la comparación, que el número de supervivientes en aquel momento fue el mismo que el de desaparecidos ahora. Claramente, debemos confesar lo que los hechos evidencian: que en este desastre de nuestra época ha sido Dios el que más se ha encolerizado y los hombres los que menos, ya que, al hacer Él mismo lo que los hombres no pudieron hacer, ha mostrado la razón por la cual envió estos enemigos. En efecto, como quiera que el incendio de las vigas de bronce y la destrucción de los edificios de grandes estructuras era una labor que sobrepasaba las fuerzas humanas, ha sido una caída de rayos del cielo la que ha destruido el foro con sus vanas estatuas, que con miserable superstición engañan a Dios o a los hombres; y lo que es más lamentable de todo: que el fuego

arrojado por el enemigo no se extendió, mientras que el enviado por el cielo es el que produjo destrucción.

Pero, como el tema es largo de contar, hasta el punto de que no puede acabarse en este libro, pongamos fin al presente volumen, para continuar en los siguientes.

LIBRO III. DESDE LA PAZ DE ANTÁLCIDAS HASTA EL FINAL DE LOS ENFRENTAMIENTOS ENTRE LOS SUCESORES DE ALEJANDRO.

Justificación de la brevedad con que se tienen que tratar los hechos. La paz de Antálcidas, enfrentamiento entre las polis griegas que llevaron a la misma y posteriores luchas entre tebanos y lacedemonios; terremoto en Acaya y comparación con otro terremoto que ha tenido lugar en Constantinopla en época de Orosio. Victoria romana sobre volscos, faliscos y prenestinos; peste y otros desastres ocurridos en Roma por esta época; segunda invasión de los galos; nuevas desgracias en Roma y en el mundo: pacto con Cartago, lluvia de granizos como piedras, nacimiento de Alejandro, derrota de los judíos a manos de Artajerjes y anexión de Egipto al imperio persa. Guerra contra los samnitas y los latinos. Dos malas acciones de matronas romanas: condena por adulterio de la vestal Minucia y envenenamiento provocado por algunas matronas. Acciones de reyes griegos en Italia: derrota del rey del Epiro Alejandro por los samnitas. Filipo de Macedonia: sus conquistas en Grecia; asedio a Bizancio y guerra con los escitas y tribalos; de nuevo se enfrenta y vence a tebanos, atenienses y lacedemonios; muerte de Filipo mientras preparaba otra vez una expedición a Asia; reflexiones en torno a los hechos de Filipo. Episodio de las horcas caudinas en la guerra samnítica. Alejandro de Macedonia: sumisión de Grecia, Iliria y Tracia; los preparativos para la campaña en Asia;

enfrentamiento con Darío; sitio de Sardes; nuevos enfrentamientos con Darío; paso a Egipto; derrota final de Darío y caída del Imperio persa en manos de Alejandro. En esta misma época tienen lugar la guerra del espartano Habis en Grecia, de Alejandro, rey del Epiro, en Italia, y de Zopirión, prefecto del Ponto, en Escitia. Alejandro continúa sus conquistas en el extremo Oriente. Muerte de Alejandro a la vuelta a Babilonia; reflexiones sobre las acciones de Alejandro. Victoria del cónsul Fabio frente a galos y samnitas, y final de las guerras samníticas. Tras la muerte de Alejandro, sus sucesores se reparten el imperio; luchas entre estos generales hasta la guerra final entre Lisímaco y Seleuco. Reflexión en torno a estas luchas.

Con relación a los conflictos de épocas pasadas que tú me ordenaste recoger, ya en el libro anterior puse de manifiesto y ahora me veo obligado a recordar, esto: que no se pueden recoger todos los hechos ni tampoco señalar detalladamente los que se llevaron a cabo y la forma como se llevaron a cabo; y ello, porque grandes e innumerables acciones han sido transmitidas detalladamente por muchos autores, y estos, aunque no tenían los mismos motivos, tenían, sin embargo, a su disposición los mismos hechos. Pero es que, mientras ellos narraban las guerras, nosotros debemos narrar las desgracias que acompañan a las guerras. Además, de esa misma abundancia de datos de que ahora me quejé me viene a mi la dificultad y me asedia una preocupación mas complicada; efectivamente, si en aras de la brevedad paso por alto algunas cosas, pensarán o bien que yo las desconozco, o bien que no tuvieron lugar en su época; pero si, por deseo de reseñar todos los hechos, aunque sin detallarlos, hago breves resúmenes, lo

haré todo oscuro y, para la mayoría, haré un tipo de historia que no parece historia; máxime, cuando lo que yo pretendo, en contra de los demás historiadores, es transmitir la esencia de los hechos y no su desarrollo externo. Por otra parte, la brevedad y la oscuridad, o mejor, la oscura brevedad, por cuanto la brevedad siempre es así, si bien proporciona un conocimiento aparente de los hechos, elimina, sin embargo, la posibilidad de profundizar en ellos.

A pesar de todo ello, yo, como sé que se deben evitar estos dos vicios, conseguiré, en uno y otro sentido, que ambos sean mitigados de alguna forma, si es que consigo no dar la impresión de que paso por alto demasiadas cosas ni de que resumo excesivamente las que recojo.

1.

El año 364 después de la fundación de la ciudad es un año que, si Roma lo pasó de una forma lamentable, a causa de un cautiverio desconocido anteriormente para ella, Grecia por su parte lo vivió en felicidad a causa de una paz también desconocida desde hacía tiempo; es en esta época efectivamente, cuando los galos se apoderaron y esclavizaron a una Roma ya derrotada e incendiada y cuando Artajerjes, rey de los persas, ordenó por medio de legados que se diera fin a las hostilidades y se impusiera la tranquilidad a toda Grecia, al mismo tiempo que amenazaba con hacer el la guerra al que rompiera la paz. Posiblemente los griegos habrían despreciado, tan tozuda como valientemente le habían derrotado repetidas

veces, estas órdenes de Artajerjes, si no hubiesen estado deseando aprovechar, por cualquier parte que se les presentase, la ocasión que habían esperado angustiosamente (dieron pruebas en efecto de que la guerra, que con tanta facilidad, en condiciones incluso indignas, impusieron, la habían llevado a cabo de una forma despreciable y lamentable; porque ¿qué otra cosa hay más vergonzosa para unos hombres libres y valientes que el deponer las armas y aceptar la paz ante las órdenes de un rey, que está lejos, que había sido derrotado frecuentemente, que era todavía enemigo y que, además, venía con amenazas?); y hubieran despreciado esas órdenes, si sus intenciones bélicas no hubiesen estado ya muy disminuidas en los cansados ánimos de todos en el momento mismo del anuncio de la paz, y la inesperada paz no hubiese relajado sus ánimos ya cansados y atónitos tras los largos esfuerzos, antes de que un convenio voluntario entre los propios griegos acarrearra esa misma paz.

Voy a señalar lo mas brevemente posible el origen de esta fatiga que oprimía las almas y cuerpos de todos los pueblos de Grecia, fatiga que con tanta facilidad arrastró a mentes fieras a aceptar una paz desconocida anteriormente.

Los lacedemonios, como hombres que eran y hombres griegos, deseando tener tantas más cosas cuantas más tenían, tras haberse apoderado de Atenas, saquearon Asia en toda su extensión con la esperanza de dominarla. Por ello, tramando llevar la guerra a todo Oriente, eligen a Hercílides como comandante de esta campaña. Éste, cuando se dio cuenta de que tenía que enfrentarse a Farnabazo y Tisafernes, los dos poderosísimos prefectos de Artajerjes, rey de los persas,

tomando oportunamente la precaución de evitar el choque de un doble enfrentamiento, se dirige contra el primero de ellos declarándole la guerra, mientras que inmoviliza al otro firmando con él la paz. Farnabazo acusa a Tisafernes de traidor ante Artajerjes, rey entonces de ambos, acusándole sobre todo de que había pactado condiciones de alianza con el enemigo en época de guerra; y exhorta al mismo tiempo al rey a que elija como comandante para la lucha naval, en lugar de Tisafernes, a Conón, personaje ateniense que en aquella época estaba casualmente desterrado en Chipre. Y efectivamente, Conón, tras recibir quinientos talentos de plata, es llamado por Farnabazo y puesto al frente de la armada. Los lacedemonios, enterados de ello, solicitan también ellos, por medio de legados, ayuda para la lucha naval al rey egipcio Hercinión, del cual recibieron cien trirremes equipadas y seiscientos mil modios de trigo; consiguen igualmente gran ayuda de sus aliados de todas partes. Al frente de este ejército pusieron, con el consentimiento de todos, a Agesilao, individuo cojo; pero es que en esta situación tan difícil, los espartanos preferían que cojeara su rey a que lo hiciera su reino. En muy pocas ocasiones se enfrentaron anteriormente en una guerra dos generales tan iguales en todo tipo de cualidades, los cuales, tras fatigarse en mutuos y crueles enfrentamientos y tras mancharse con gran cantidad de sangre, terminaron por retirarse sin haber sido vencido, por así decirlo, el uno por el otro.

Efectivamente, Conón, tras recibir personalmente dinero por segunda vez del Gran Rey, vuelve a la armada, ataca el territorio enemigo, destruye sus torres, castillos y demás

fortificaciones y, por dondequiera que pasa, lo arrasa todo, cual una desencadenada tempestad.

Los lacedemonios, por su parte, acosados por desgracias internas, desisten de entregarse a las externas y, ante el inminente peligro de verse convertidos en esclavos, abandonan sus pretensiones imperialistas; y hacen volver, para ayuda de la patria, a Agesilao, al que habían enviado antes a Asia con el ejército.

Entretanto Pisandro, al que el rey Agesilao había dejado en Esparta como jefe, había organizado una armada, la más enorme y poderosa en aquella época; y lo había hecho movido por el deseo de emular el poderío de Agesilao, con el fin de que, mientras éste llevaba a cabo la expedición a pie, él, por su parte, pudiera recorrer la costa marítima en una carrera por mar.

Conón, a su vez, aceptada la empresa, tenía una doble preocupación, ya que, por una parte, debía mirar por sus aliados los persas, y, por otra, tenía que ser fiel a su patria, de forma que, ante ésta, debía exhibir sus sentimientos naturales y, a aquellos, debía ofrecerles su técnica; salían ganando, sin embargo, sus conciudadanos en estos dos puntos: que en favor de la paz y libertad de ellos ponía en peligro sangre ajena y que luchaba contra enemigos orgullosos con peligro para el rey persa, pero con ganancia para su patria.

Se entabla, pues, el combate naval entre, por una parte, los persas bajo el mando de Conón y, por otra, los espartanos bajo el de Pisandro. Los soldados, los remeros y los propios generales se ven arrebatados por un mismo ardor hacia una

recíproca matanza. De la magnitud y atrocidad de esta batalla da pruebas el hecho de que el Estado lacedemonio cayó entonces para no volver a levantarse. Efectivamente, las perspectivas espartanas parece que desde aquel momento se diluyeron y que, desmoronándose, fueron cada vez a peor, hasta que, tras tristes resurgimientos y míseros recortes en sus anteriores logros, Esparta se vio privada de su poder y su nombre. Para los atenienses, sin embargo, esta misma batalla supuso el punto de arranque para recuperar su poderío de la misma forma que para los lacedemonios lo fue para perderlo.

Los tebanos son los primeros que, apoyados en la ayuda ateniense, embisten contra los espartanos ya maltrechos y atemorizados tras el anterior desastre; estaban fuertemente confiados en el valor y la técnica de su general Epaminondas, con el que daban la impresión de que fácilmente podían obtener el mando sobre toda Grecia. Tiene, pues, lugar una batalla terrestre en la que vencieron los tebanos sin casi ningún esfuerzo. En esta batalla también es derrotado y pierde la vida Lisandro; por otra parte, Pausanias, el otro general espartano, acusado de traición, es desterrado.

Los victoriosos tebanos se dirigen, a su vez, hacia Esparta tras reunir todos los contingentes de su ejército, pensando que podrían entrar sin ningún problema en la ciudad desguarnecida, por cuanto ya habían aniquilado a casi todas las tropas de la misma juntamente con su general y la veían abandonada de todos sus aliados. Los lacedemonios, espoleados por el peligro en que se encontraba su ciudad, tras hacer, a base de soldados sin experiencia, el reclutamiento que les es posible,

salen al encuentro del enemigo. Pero los que habían sido ya vencidos una vez no tenían ni fuerzas ni ánimos para resistir ante los vencedores. Y, cuando tenía lugar la masacre de casi solo un ejército, se presenta de repente e improvisadamente en las operaciones el rey Agesilao, que había sido llamado de Asia; ataca y supera sin dificultad a los tebanos, que festejaban indolentemente el éxito de las dos victorias anteriores, sobre todo porque sus propias tropas estaban todavía casi integra. Sin embargo, el propio Agesilao es herido gravemente.

Por su parte los atenienses, al enterarse de que los lacedemonios se habían soliviantado por la inesperada victoria, temerosos ante el recuerdo de la antigua esclavitud, de la que apenas empezaban a respirar ahora, reúnen un ejército y lo añaden como ayuda al de los beocios, encomendándolo al general Ifícrates, quien, excesivamente joven, cumplidos apenas los veinte años, suplía con la madurez de su espíritu la debilidad de su edad. También Conón, hombre ateniense en realidad, aunque general —por otra parte— del ejército persa, al enterarse del regreso de Agesilao, se vuelve para arrasar los territorios lacedemonios.

De esta forma, los espartanos, rodeados y aterrorizados por el estrépito de los enemigos que rugían por todas partes, languidecieron en la última casi de las desesperanzas.

Conón, una vez que se hubo saciado con la destrucción por todas partes del territorio enemigo, volvió a Atenas, en medio de una gran alegría de sus conciudadanos, aunque él, particularmente, entró triste en su ciudad, al ver que ésta, que

en otro tiempo estaba adornada con gentes y cultura, ahora estaba abatida en un miserable abandono entre ruinas y desolación. Por ello, ofreció un gran testimonio de amor patrio y misericordia en su reparación. Llenó efectivamente con botín lacedemonio a esta ciudad que había sido saqueada por lacedemonios, y reconstruyó, utilizando a los persas, esta ciudad que había sido incendiada por persas.

Entretanto, Artajerjes, rey de los persas, ordenó por medio de legados, como ya dije al principio, que todos los pueblos de Grecia abandonaran las armas e hicieran la paz; y lo hizo, no porque pensase con misericordia en su cansancio, sino para que no se intentara ningún ataque contra su reino, mientras él estaba ocupado en guerras contra Egipto.

2.

A pesar de que todos los demás griegos se relajaron con esta deseada tranquilidad y se abandonaron a la indolencia propia de una situación de paz, los lacedemonios, revoltosos más que aguerridos, e inaguantables más por su locura que por su valentía, intentan, tras abandonar la guerra abierta, hacer emboscadas bélicas. Efectivamente, aprovechando la ausencia de los arcadios, destruyen la fortaleza de estos en un repentino ataque. Los arcadios por su parte, irritados por este injurioso ataque, tras conseguir la ayuda de los tebanos, recuperan en el campo de batalla lo que habían perdido en un ataque por sorpresa. En esta batalla, Arquidamo, general de los lacedemonios, al verse él mismo herido y que los suyos también

estaban ya rendidos a la muerte, reclama por medio de un heraldo los cadáveres de los caídos para sepultarlos: este gesto es considerado por los griegos como señal de rendición. Los tebanos se contentaron con este gesto y, tras dar la señal de retirada, ponen fin al combate.

Posteriormente, cuando pasaron varios días de tregua, debido a que los lacedemonios volvieron a salir a nuevas luchas, los tebanos creyeron confiadamente que era el momento de invadir, con su general Epaminondas, Lacedemonia, pensando que se encontraba desprevenida y abandonada. En silencio, y a hora intempestiva de la noche llegan a Lacedemonia, pero no la encontraron desprevenida ni indefensa como pensaban. Efectivamente, los ancianos, juntamente con los restantes de edad no apta para la guerra, al conocer la llegada de los enemigos, se apostaron armados precisamente en las estrechas puertas y se lanzaron, ellos que apenas eran cien y además de edad no apropiada, contra quince mil soldados. Mientras ellos aguantaban tan gran peso bélico, la juventud guerrera que vino en su ayuda decidió sin dilación atacar a los tebanos en lucha abierta. Entablado el combate, cuando ya los lacedemonios eran derrotados, Epaminondas, jefe de los tebanos, es repentinamente herido por luchar con poca precaución. Como consecuencia, mientras a estos empieza a entrarles miedo a causa del dolor de su jefe y a aquellos estupor de alegría, ambas partes se retiran de la lucha como si se hubiesen puesto tácitamente de acuerdo. Epaminondas a su vez, gravemente herido, después de enterarse de la victoria de los suyos y de besar el escudo, apartó

la mano con que cerraba la herida, dejando abierta la salida de la sangre y la entrada de la muerte; su muerte supuso tal desastre para los tebanos que daban la impresión no sólo de haber perdido al jefe, sino de haber perecido también ellos mismos con él.

He tejido la madeja inextricable de una historia sin orden, y he liado con palabras, partiendo de ciertos vestigios, los inciertos rodeos de las guerras que se han llevado a cabo aquí y allá con frenética locura: y es que me da la impresión de que, cuanto más he buscado el orden, con tanto más desorden he escrito. Y ¿quién podría contar en número, en orden y con lógica, a cuántos pueblos, a que ciudades, a qué provincias, qué tipo de odios y cuántas excusas bélicas provocó la malvada ambición dominadora de los espartanos? Y ello cuando se dice incluso que estos se vieron afectados no tanto por las propias guerras en sí como por la cantidad de guerras que mezclaron al mismo tiempo: y es que a lo largo de este conflicto continuado en varias generaciones, los atenienses, los lacedemonios, los arcadios, los beocios, los tebanos, en una palabra Grecia, Asia, Persia y Egipto con Libia y las grandes islas, arrastraron en indiscriminada carrera luchas navales y terrestres al mismo tiempo. Contar los miles de personas muertas no podría, aunque enumerase las guerras.

Y ahora, que hablen mal de esta época nuestra y alaben a aquella otra pasada quienes no sepan que todas las gentes de estas mismas ciudades y provincias envejecen ahora sólo en los juegos y teatros, de la misma forma que antes también se consumían, pero fundamentalmente en la milicia y en los

campos de batalla. Aquella floreciente ciudad de los lacedemonios, que incluso pretendía conseguir entonces todo el imperio oriental, apenas pudo contar con cien ancianos: y es que, rodeada de incesantes desgracias, consumía míseramente las vidas de los jóvenes. Y ¿se puede quejar ahora la gente, cuyas ciudades, llenas de ancianos y niños, se ven enriquecidas con la segura presencia de los jóvenes y consiguen en pacíficas profesiones el precio de los placeres de la paz? A no ser que por casualidad (dado que todo lo presente suele cansar a la mutable naturaleza humana) a los que sienten comezón por las novedades tanto a la hora de actuar como a la hora de escucharlas, les sirva de hastío incluso su propia vida.

3.

En el año 376 de la fundación de la ciudad, toda Acaya fue sacudida por un terrible terremoto, y dos ciudades de entonces, concretamente Eborá y Helice, fueron devoradas por la tierra que se rasgó en precipicios.

Yo, por mi parte, podría ahora contar que en esta época nuestra algo parecido ha sido preanunciado e incluso iniciado, aunque no se ha consumado, en la ciudad de Constantinopla, capital, también recientemente, de los pueblos; ello ha sucedido cuando, tras tener ya la terrible evidencia y profético autoconvencimiento de su propio desastre, tembló en sus cimientos la tierra removida desde abajo y una llama del cielo pendía de lo alto, hasta que Dios, conmovido por las preces del emperador Arcadio y del pueblo cristiano, ha alejado el

amenazante castigo, demostrando que sólo él es el guardián de los humildes y el que castiga a los malvados. Pero el haber recordado más que expuesto estas situaciones, lo he hecho como una concesión a la modestia, para que, quien los conoce, los recuerde, y quien los ignora, los investigue.

Entretanto los romanos, que, forzados y debilitados, se habían visto sometidos durante setenta años a continuas guerras con las ciudades de los volscos y además de los faliscos, los ecuos y los sutrinos, lograron finalmente, bajo el caudillaje de Camilo, someter a estas ciudades en esta misma época y pusieron fin a una guerra que se estaba renovando continuamente. Y también a los de Preneste, que habían llegado hasta las puertas de Roma guerreando y matando, los vencieron en esta época junto al río Halia, bajo el mando de Tito Quintio.

4.

En el año 384 de la fundación de Roma, durante el consulado de Lucio Genucio y Quinto Servilio, aquejó a toda Roma una peste; y no es que, como suele suceder, unas condiciones climatológicas turbadas más o menos de lo acostumbrado, es decir, un invierno desacostumbradamente seco, o un repentino calor primaveral, o una incongruente lluvia estival, o la tentación de comer demasiados frutos en un rico otoño, además de los corruptores vientos que soplan de los montes de Calabria, arrastraran repentinos ataques de enfermedades agudas, sino que una enfermedad grave y larga,

sin diferencia de sexos y de edad, afectó a todos igualmente con general contagio durante dos años, de forma que, a quienes no llevó a la muerte, los dejó consumidos y afectados por una fea escualidez.

Pienso que en este punto se quejarían los detractores de la época cristiana, si yo casualmente no hablara de las ceremonias con que en aquel momento los romanos aplacaron a los dioses y suavizaron sus enfermedades. Al crecer la peste cada día más, los pontífices apoyaron con sus autores la propuesta de que se celebraran unos juegos escénicos en honor de los dioses que lo exigían; de esta forma, a cambio de desterrar una peste temporal pasajera, acarrearón una enfermedad espiritual perpetua. Es esta para mí una buena ocasión de quejarme y atacar, pero no me está permitido insistir osadamente en aquello en que ya tu Reverencia ha puesto la agudeza de la sabiduría y la verdad. Me baste a mí haber hecho la advertencia y haber remitido al lector, sea la que sea su disposición, a la abundancia de aquel tu magisterio.

5.

A esta desgraciada peste y a su aún más desgraciada expiación sigue en el año siguiente un prodigio considerablemente triste. De repente, en efecto, se abrió la tierra en mitad de la ciudad y a través de la amplia rotura aparecieron de pronto los infiernos con su boca abierta. La infecta caverna se mantenía abierta largo tiempo con su patente abismo para espectáculo y terror de todos y exigía, a

través de los dioses, abominables exequias de personas vivas. Marco Curcio, caballero armado, sació a estas malditas fauces arrojándose él mismo y proporcionó infecunda hartura a la tierra cruel, para la cual hubiera sido poco el recibir por sepultura a los cadáveres de la peste, si no se hubiese tragado también, con su boca abierta, a seres vivos.

6.

En el año 388 de la fundación de la ciudad de nuevo una terrible horda de galos se asentó junto al río Anio cerca del cuarto miliario a partir de Roma; estos, con el peso de su multitud y con las alas de su valor, se habrían apoderado, sin duda con facilidad, de la turbada ciudad, si no se hubiesen embotado en el ocio y la lentitud. Después de haber luchado con ellos en singular y atroz combate Manlio Torcuato, los derrotó el dictador Tito Quintio en un cruel enfrentamiento. La mayoría de los galos que escaparon de esta batalla, al volver al ataque tras reorganizar de nuevo sus contingentes, fueron superados por el dictador Gayo Sulpicio.

Poco después tuvo también lugar un enfrentamiento con los tuscos, enfrentamiento protagonizado por Gayo Marcio. El número de tuscos muertos en este combate se puede deducir del hecho de que fueron capturados ocho mil.

Y de nuevo en esta época, por tercera vez se lanzan los galos desde los montes albanos a la búsqueda de botín a través de zonas marítimas y lugares cercanos; tras reunirse para ir contra ellos un nuevo contingente de soldados y ser alistadas

diez legiones, salieron a su encuentro sesenta mil soldados romanos, a pesar de que los latinos les habían negado ayuda. El protagonista de esta batalla fue Marco Valerio, quien fue ayudado por un cuervo, de donde después se le llamó «Corvino»; efectivamente, al matar él al gallo que le había provocado, los enemigos, aterrorizados y huyendo por todas partes, fueron duramente aniquilados.

7.

Pienso que hay que citar también entre los males antiguos, en primer lugar, el tratado firmado con los cartagineses, que tuvo lugar en esta época; principalmente, porque a partir de él surgen tan grandes desastres que dan la impresión de que arrancan de él.

Efectivamente, en el año 402 de la fundación de la ciudad fueron enviados a Roma legados cartagineses que firmaron un tratado. La veracidad de la historia, por una parte, y, por otra, la mala reputación de los lugares y lo abominable de la época en que se gesto este tratado, ponen de manifiesto que a esta entrada cartaginesa en Italia iba a seguir una granizada de desgracias y una eterna oscuridad de continuas miserias. En aquel momento, la noche incluso pareció alargarse hasta hora avanzada del día y una lluvia de piedras, cayendo de las nubes, azotó con auténticas pedradas a la tierra. Para colmo, en estos mismos días nació Alejandro Magno, aquel grande y auténtico abismo de desgracias y atroz torbellino de todo Oriente.

Es la misma época también en que Oco, llamado también Artajerjes, tras llevar a cabo en Egipto una ingente y larga guerra, condujo en cautividad a multitud de judíos y les obligó a vivir en Hircania junto al mar Caspio: es opinión común que estos están asentados todavía allí, habiendo aumentado grandemente el número de sus gentes, y que de allí han de salir con fuerza algún día. El mismo rey, al pasar por allí con ocasión de esta guerra, arrasó la riquísima ciudad de Sidón, de la provincia fenicia, y puso bajo el poderío del imperio persa, tras subyugarlo y reducirlo con las armas, a Egipto, a pesar de que antes había sido derrotado el mismo.

8.

Inmediatamente después, los romanos, en defensa de los campanos y sidicinos, emprendieron una guerra contra los samnitas, pueblo poderoso en recursos y en armas. En un momento en que la guerra samnítica se encontraba en una situación crítica se hizo cargo de las operaciones Pirro, el más grande de los enemigos de Roma. A la guerra de Pirro siguió después la púnica. Y aunque el hecho de que las puertas del templo de Jano estuvieran siempre abiertas evidencia que nunca los romanos se vieron libres de las desgracias de la guerra tras la muerte de Numa, sin embargo es a partir de ahora cuando el ardor de las desgracias, clavado en lo alto del cielo, los abrasó como el sol al mediodía. Así pues, quienes consideran infame a la era cristiana, que traten de averiguar, que descubran y que reconozcan si, una vez iniciada la primera

guerra púnica, cesaron en algún momento las guerras, las matanzas, los desastres y todo tipo de infames asesinatos hasta el reinado de César Augusto. Hay que exceptuar, sin embargo, aquel espacio de tiempo de un solo año, en medio de las guerras púnicas, que pasó como un ave que vuela de largo, en que los romanos, al estar cerradas las puertas del templo de Jano en medio de fiebres y enfermedades del pueblo, se vieron reanimados por una realmente breve apariencia de paz, como si de un sorbo de agua fresca se hubiese tratado, para, recuperándose para peor, verse afectados por unos males mas graves y duros.

Por el contrario, si es absolutamente indudable que bajo el reinado de César Augusto, tras la paz con los partos, el orbe de la tierra se ha recuperado por primera vez con una paz general y con una nueva tranquilidad, abandonando las armas y olvidando las discordias; si es cierto que se mantiene obediente a las leyes de Roma; que ha preferido el derecho romano a sus propias armas; que ha elegido, en detrimento de sus líderes, como jueces a los romanos; y finalmente, si es cierto que todas las razas, todas las provincias, las innumerables ciudades, los infinitos pueblos y todas las tierras tienen una sola voluntad, sirven con libre y honesto interés a la paz y toman decisiones en pro del bien común (lo cual, en época anterior, no lo pudo tener largo tiempo ni una sola ciudad ni un solo grupo de ciudadanos, ni, lo que es más, una familia de hermanos), y si es cierto también que, cuando todo esto sucedía en el reinado de César, tenía lugar en el reinado de este mismo César el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en este mundo, está

clarísimo, con evidencia absoluta, que, aunque aquellos a los que la envidia empuja a la blasfemia se ven obligados de mala gana a reconocerlo y confesarlo, esta paz y serenísima tranquilidad del mundo se debe, no a la grandeza de César, sino al poder del hijo de Dios que nació en la época de César, y que el propio mundo ha obedecido con general reconocimiento, no al emperador de una sola ciudad, sino al creador de todo el orbe. Éste, de la misma forma que el sol al salir llena de luz al día, así también el, al venir, ha vestido misericordiosamente al mundo con una prolongada paz. Y esto lo explicaremos con mucha mayor amplitud cuando, por la gracia de nuestro Señor, llegue a la narración de estos hechos.

9.

Volviendo atrás, en el año 409 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Manlio Torcuato y Decio Mure, los romanos declararon la guerra a los latinos, que se habían sublevado. En esta guerra murió uno de los cónsules y el otro terminó siendo un parricida. En efecto, Manlio Torcuato ejecutó a su propio hijo, que era joven, a pesar de ser el victorioso verdugo del noble caballero Metio Tusculano, que era en aquel momento el enemigo más provocador e insolente de Roma. Por otra parte, el otro cónsul, cuando al reanudarse el combate vio que el ala a cuyo frente estaba, era rota y derrotada, murió arrojándose espontáneamente en medio del compacto ejército de los enemigos. Manlio, aunque vencedor, no mereció sin embargo, como triunfador parricida que era, el

aplausos de los jóvenes romanos que suele tener lugar en los triunfos legítimos.

En el año que siguió a este, Minucia, virgen vestal, fue condenada y enterrada viva en el campo que aún hoy se llama «criminal» por haber cometido incesto.

10.

Pero hay más; tras pasar un pequeño intervalo de tiempo después de haber ocurrido los hechos anteriores, sucedió algo que me horroriza contar: en efecto, durante el consulado de Claudio Marcelo y Valerio Flaco, las matronas romanas estallaron en increíble locura y deseo de crímenes. Era ciertamente aquel un año funesto y malsano y eran sacados montones de cadáveres producidos por todas partes, y sin embargo la única creencia entre la gente era la de que el aire estaba corrompido, hasta que, por las pruebas y evidencias de una muchacha, muchas matronas se vieron obligadas a beber los filtros que ellas mismas habían preparado; en cuanto lo bebieron sucumbieron. En estos crímenes hubo tan gran número de matronas inmiscuidas, que se dice que fueron condenadas por ello trescientas setenta.

11.

En el año 422 de la fundación de la ciudad, Alejandro, rey de los epirotas, tío del famoso Alejandro Magno, tras pasar sus tropas a Italia y cuando se disponía a guerrear contra los romanos y se ejercitaba para la guerra cerca de las ciudades

vecinas de Roma con la intención de mejorar los efectivos de su ejército y, o bien conseguir para sí tropas auxiliares, o bien quitárselas al enemigo, fue derrotado y muerto por los samnitas, que apoyaban al pueblo lucano, en una importante batalla en Lucania.

Pero, dado que al recordar las desgracias de Roma me he pasado un poco en el tiempo, y también porque me he dado cuenta de ello al hacer alusión a este Alejandro, ahora, volviendo atrás unos cuantos años, voy a recordar brevemente, en la medida que pueda, bastantes cosas de Filipo, rey de los macedonios, quien se casó con Olímpíade, hermana del citado Alejandro Epirota, de la cual tuvo a Alejandro Magno.

12.

En el año 400 de la fundación de la ciudad, Filipo, hijo de Amintas y padre de Alejandro, se apoderó del reino macedonio conservándolo durante veinticinco años; en ellos tramó todos los siguientes montones de calamidades y todas las siguientes enormes desgracias.

En un primer momento, entregado como rehén por su hermano Alejandro a los tebanos, fue educado durante tres años junto a Epaminondas, habilísimo general y profundo filósofo. Una vez que el propio Alejandro fue eliminado con la criminal intervención de su madre Eurídice, Filipo se apoderó, animado por el pueblo, del reino que se reservaba para el hijo pequeño de su hermano asesinado, a pesar de que la madre, tras haber cometido ya adulterio, haber matado antes a otro hijo y

haber perdido a su hija, había pactado, con la muerte de su marido, matrimonio con su yerno. Filipo, al ser asediado en el exterior por los ataques de enemigos que se levantaban por todas partes y en el interior por el miedo a las asechanzas que muchas veces se descubrieron, lo primero que hizo fue guerrear con los atenienses. Tras vencer a estos, se dirige contra los ilirios y, una vez eliminados multitud de enemigos, tomó la famosísima ciudad de Larisa. Invadió después Tesalia, no tanto por deseo de victoria como por la ambición de apoderarse de los jinetes tesalios con el fin de engrosar su ejército con la fuerza de estos. De esta forma, atacando de improviso a los tesalios y sometiéndolos a su dominio, consiguió un ejército invencible al juntar preparadísimos escuadrones de caballería y tropas de infantería. Posteriormente, vencidos los atenienses y sometidos los tesalios, se caso con Olímpíade, hermana de Aruba, rey de los molosos. Este Aruba, aunque creyó que iba a aumentar su imperio precisamente porque había pactado alianza con los macedonios mediante el parentesco con el rey de éstos, defraudado en esta esperanza, lo perdió y, como simple particular, envejeció en el exilio. Posteriormente Filipo, mientras asaltaba la ciudad de Motona, perdió un ojo por herida de dardo. A pesar de ello, asaltó después la ciudad y la tomó. Luego, sometió con la fuerza de las armas a casi toda Grecia, a pesar de que ésta conocía de antemano sus planes. Y es que las ciudades de Grecia, por querer todas gobernar independientemente, perdieron todas su imperio; y, por buscar sin medida la ruina unas de las otras, al final, sometidas y

esclavizadas, se dieron cuenta de que para todas se había acabado lo que habían ido perdiendo una por una. Y Filippo, al observar, como desde una atalaya, el loco comportamiento de estas ciudades y, proporcionando siempre ayuda a las más débiles, favorecer, cual hábil artesano del engaño, tensiones que son alimento de guerras, sometió a su dominio tanto a los vencidos como a los vencedores. Por otra parte, para la obtención del dominio de toda Grecia le favoreció la desmesurada ambición de los tebanos, los cuales, al exigir en la asamblea de toda Grecia a los lacedemonios y focenses, después de haberlos vencido y esquilado con muertes y saqueos, el pago de un tributo que estos no podían pagar, les obligaron a ir de nuevo a las armas. La consecuencia es que los focenses, bajo el mando de Filomelo y apoyados en la ayuda de lacedemonios y atenienses, tras entablar la lucha y poner en fuga a los enemigos, tomaron el campamento de los tebanos. En una segunda batalla murió Filomelo en medio de enormes estragos de uno y otro ejército; en su lugar los focenses eligieron como general a Enomao.

A su vez, los tebanos y tesalios, en lugar de reclutar nuevos ciudadanos, se dirigieron a Filippo de Macedonia, al que consideraron su general y al que antes habían procurado rechazar como enemigo. Entablada una nueva batalla y reducidos los focenses casi a la aniquilación, la victoria cayó del lado de Filippo. Pero los atenienses, enterados del resultado de la guerra, ocuparon el desfiladero de las Termópilas con idénticas intenciones que en tiempos anteriores cuando venían los persas, ahora para que Filippo no pasara a Grecia.

Entonces Filipo, cuando se da cuenta de que tiene cortada la entrada a Grecia, al estar tapado el paso de las Termópilas, vuelve contra sus aliados la guerra que tramaba contra sus enemigos: efectivamente, ataca hostilmente y arrasa con crueldad las ciudades a cuyo frente había estado poco antes y que mantienen sus puertas abiertas para recibirle con felicitaciones; olvidando radicalmente todo el recuerdo de anteriores alianzas, vende a las mujeres e hijos de todos como prisioneros de guerra, asola y despoja todos los templos y en ningún momento, a lo largo de veinticinco años, con la ayuda, por así decir, de los dioses airados, fue derrotado.

Tras los hechos anteriores pasa a Capadocia y allí hace la guerra con igual perfidia, mata a los reyes vecinos tras cogerlos con engaños y somete a toda Capadocia al imperio de Macedonia.

Posteriormente, tras todos estos asesinatos, incendios y robos llevados a cabo contra ciudades aliadas, vuelve sus ansias de parricidio contra sus hermanos, hijos de su padre y de su madrastra, a los que se dispone a asesinar porque los temía como coherederos del reino. Pero, tras haber matado a uno de ellos, los otros dos huyen a Olinto; Filipo ataca entonces cruelmente esta ciudad antigua y rica, la deja llena de cadáveres y de sangre, pero vacía de recursos y de hombres, y a sus hermanos, tras arrancarlos de esta ciudad, los entrega al suplicio y a la muerte.

Después, envalentonado como estaba con la caída de sus aliados y el asesinato de sus hermanos, pensó que le estaba

permitido hacer todo lo que le pasase por la mente, y atacó las minas de oro de Tesalia y las de plata de Tracia; y para no dejar sin violar nada de lo establecido por ley humana o divina, decidió ejercer también la actividad de pirata, ocupando el mar y extendiendo por él su armada.

Incluso cuando dos hermanos, reyes de Tracia, que tenían discusiones acerca de los límites de su reino, se le presentaron de mutuo acuerdo para que fuera árbitro, él, según su congénita costumbre, fue al juicio como si fuera a la guerra, con un ejército en orden de batalla, y despojó a los ignorantes jóvenes de la vida y del reino.

Por su parte, los atenienses, que antes habían impedido la entrada de Filipo mediante la defensa del paso de las Termópilas, al buscar después la paz con él, le avisaron, a pesar de ser un enemigo falaz, de que la defensa del paso estaba abandonada. Y también las otras ciudades de Grecia, con el fin de estar más libres para dedicarse con ahínco a las guerras civiles, se sometieron espontáneamente, bajo la apariencia de paz y alianza, al dominio extranjero. Ello sucedió sobre todo cuando los tesalios y beocios pidieron a Filipo que se presentara expresamente como su propio jefe en su lucha contra los focenses y que llevara el a cabo la guerra iniciada, mientras que los focenses, por su parte, a pesar de que se habían unido a ellos los atenienses y lacedemonios, se esforzaban, pagando y suplicando, para que la guerra o se aplazara o se suspendiera. Filipo prometió implícitamente ambas cosas a los dos bandos, ya que a los focenses les prometió en juramento que les daría la paz y el perdón, y a los

tesalios, por su parte, les asegura que él les ayudará con su ejército; sin embargo, prohíbe a unos y otros que hagan, por su cuenta, preparativos bélicos. De esta forma, Filipo, con su ejército en orden de batalla, pasa tranquilamente el desfiladero de las Termópilas, y, tras pasar, lo fortifica dejándolo ocupado con puestos de guardia colocados en distintos sitios. Entonces por primera vez se dieron cuenta, no sólo los focenses, sino también toda Grecia de que habían sido conquistados: y es que en un primer momento Filipo sometió a los focenses a infames tormentos, rompiendo la confianza dada y pisoteando su juramento. Después, asolando las ciudades y territorios de todos, consiguió con su sangrienta presencia que fuera temido incluso estando ausente.

Y a la vuelta a su reino, a la manera de los pastores que llevan a su ganado unas veces a los pastos de verano y otras a los de invierno, trasvasa a su gusto pueblos y ciudades, según le parecía cada uno de los lugares digno de ser poblado o abandonado. Por todas partes se observaba un miserable aspecto y un tipo de desgracia lamentable: el tener que soportar la desolación sin que haya invasión, la cautividad sin guerra, el destierro sin pecado, la esclavitud sin vencedor. Agobia a los desgraciados griegos el pavor que se desborda entre los pinchazos de las injurias, y el dolor, de tanto disimularlo, aumenta aún mas, el dolor que tenían tanto más profundamente disimulado cuanto menos podían confesarlo por cuanto temían que las propias lágrimas fueran interpretadas como orgullo. A unos pueblos, tras apartarlos de sus dominios, los coloca frente al territorio enemigo; a otros

los establece en los últimos límites del imperio; y a algunos, para que con su deseo de rivalizar en fuerzas no puedan lo que creen poder, los distribuye como refuerzo en ciudades ya exhaustas.

De esta forma el otro tiempo gloriosísimo imperio de la floreciente Grecia se convirtió, tras perder por primera vez la libertad, en muchas y laceradas partículas.

13.

Pero una vez que hizo lo que he dicho antes solo con unas cuantas ciudades de Grecia, mientras que mantenía atemorizadas a todas, y tras suponer a partir del saqueo que hizo a unas pocas, cuáles eran las riquezas de todas, pensó que para llevar a cabo un saqueo semejante en todas le iba a ser necesariamente de útil ayuda una ciudad marítima; y consideró como la más apropiada, para convertirla en su refugio por tierra y por mar, a la noble ciudad de Bizancio; y al encontrar que se resistía, inmediatamente le puso sitio. Esta ciudad de Bizancio, fundada en otro tiempo por el rey espartano Pausanias, ampliada y llamada después Constantinopla por el emperador cristiano Constantino, es ahora la sede de un imperio glorioso y la capital de todo Oriente.

Pero Filipo, tras un largo e inútil asedio, se dedicó después a la piratería para reparar con saqueos el dinero que había gastado en el sitio. En efecto, robó ciento setenta naves, que capturó llenas de dinero y compensó con una pequeña recuperación su angustiada escasez. Ahora ya distribuye su

ejército entre el asedio y los saqueos. Él mismo, marchando con los soldados más cualificados, toma muchas ciudades del Quersoneso y roba sus riquezas arruinando a muchos pueblos.

Pasó también a Escitia en compañía de su hijo Alejandro con la intención de saquearla. En ese momento reinaba en Escitia Ateas; éste, en una ocasión en que se vio en dificultades por una guerra con los histrianos, había pedido ayuda a Filipo por medio de los apolonienses; pero cuando, con la inmediata muerte del rey de los histrianos, se vio libre del miedo a la guerra y de la necesidad de ayuda, rompió el pacto de alianza que había firmado con Filipo. Este, abandonando el sitio de Bizancio, emprende con todas sus tropas la guerra en Escitia. En el enfrentamiento los escitas, a pesar de que eran superiores en número y valor, fueron vencidos por la astucia de Filipo. En esta batalla fueron hechos prisioneros veinte mil jóvenes escitas de ambos sexos, fue capturada una gran cantidad de animales, pero no se encontró nada de oro ni de plata: este hecho fue precisamente el primero que dio fe de la pobreza de los escitas. Veinte mil yeguas de raza fueron enviadas a Macedonia para sustituir la especie.

Cuando Filipo iba de vuelta, le salieron al encuentro los tribales en son de guerra; en el enfrentamiento, Filipo fue herido en una pierna de forma tal que, tras atravesar el dardo su cuerpo, mató al caballo. Dado que todos le dieron por muerto, se pusieron en fuga y perdieron el botín.

Posteriormente, mientras convaleció de la herida, se mantuvo tranquilo durante un poco de tiempo. Pero en cuanto

sano, volvió a guerrear con los atenienses; estos, al verse en una situación crítica, se alían con los en otro tiempo enemigos, los lacedemonios, y agobian con embajadores a todas las ciudades de Grecia para que ataquen con un ejército común al común enemigo. De esta forma se unieron a los atenienses algunas ciudades, aunque a otras les arrastró hacia Filipo el miedo a la guerra. En la batalla que se entabló, los atenienses, aunque eran con mucho muy superiores en número de soldados, fueron vencidos por la veterana técnica de los macedonios adquirida en continuas guerras. El propio resultado de los hechos demostró que esta guerra fue con mucho más atroz que todas las otras anteriores, pues este día terminó en toda Grecia con la gloria del poderío anterior y con la antiquísima situación de libertad.

14.

Posteriormente Filipo explotó cruelmente su victoria frente a los tebanos y lacedemonios; efectivamente, a los cabecillas de las ciudades, a unos los pasó por las armas, a otros los desterró y a todos les confiscó sus bienes. A los que habían sido privados de la ciudadanía desde hacía tiempo les hizo volver a su patria; a trescientos de estos los nombró jueces y gobernadores para que, curando su antiguo dolor con el nuevo mando, no permitieran que estos pueblos tristemente oprimidos pensaran en la esperanza de libertad. Para colmo, tras hacerse en toda Grecia una ingente leva de soldados para refuerzo de la campaña regia, decidió enviar a Asia, en una

expedición contra Persia, a doscientos mil soldados de infantería y quince mil de caballería, aparte del ejército macedonio y de un infinito número de bárbaros. Eligió a tres generales, concretamente a Parmenión, Amintas y Atalo, para enviarlos por delante a la campaña contra los persas. Y mientras se reunían las citadas tropas de Grecia, decidió celebrar las bodas de Alejandro casándole con su hija Cleopatra; este Alejandro era el hermano de su esposa Olimpiade, el cual moriría después a manos de los sabinos en Lucania y al que había nombrado rey del Épiro como compensación a una deshonra que le había hecho.

Filipo es quien, al ser interrogado el día antes de ser asesinado sobre cuál era el fin más deseable para un hombre, se dice que respondió que el mejor era el que le podía ocurrir, de repente y rápidamente, en un golpe inesperado, sin dolor corporal y sin deshonra moral, a un hombre valiente que viva en paz tras haber conseguido la gloria por sus valores. Es el fin que le cupo en suerte luego a él mismo. Y ni siquiera la ira de los dioses, a los que siempre había tenido muy poco aprecio y cuyos altares, templos y estatuas había destruido, pudo impedir que alcanzara esta muerte que, a su parecer, era la más deseable. Efectivamente, el día de las bodas, cuando marchaba entre los dos Alejandros, el hijo y el yerno, a unos juegos magníficamente preparados, fue rodeado en un lugar estrecho y sin guardias y matado por Pausanias, joven noble de Macedonia.

Y ahora pueden alabar y ensalzar con muchas voces todas estas cosas que he contado, como si fueran honras y hechos

felices de hombres ilustres, aquellos para los cuales la triste situación de los demás les parece un gracioso cuento; pero ello, con tal de que, si alguna vez se ven ellos afectados por injurias, no las lloren en relatos excesivamente tristes. Si quieren que los demás que les oyen tengan, al escuchar sus quejas, los mismos sentimientos que ellos tuvieron cuando las sufrieron, no quieran comparar los hechos estos de nuestra época con los de épocas anteriores, sino que comparen los hechos como tales con los hechos, y que juzguen los hechos presentes y los pasados después de conocerlos, como árbitros justos de un asunto en el que no tienen parte. Durante veinticinco años, la mentira, la ferocidad y la ambición de un solo rey provocó incendios de ciudades, ruinas bélicas, sumisiones de provincias, asesinatos de personas, robos de bienes, botines de animales, ventas de muertos y cautiverios de vivos.

15.

Estos hechos que he insertado en mi historia llevados a cabo por Filipo bastarían como ejemplo de miserias, aunque no le hubiese sucedido en el reino Alejandro, cuyas guerras, o mejor, las desgracias del mundo que se sucedieron en serie bajo sus guerras, las dejo para un poco más adelante con el fin de, en aras de la cronología, volver en este punto a los hechos romanos.

En el año 426 de la fundación de la ciudad, una infame acción romana hizo célebres y famosas a las horcas caudinas. En efecto, a pesar de que en la guerra anterior habían caído

veinte mil samnitas cuando dirigió la lucha el comandante de la caballería Fabio, ahora los propios samnitas, con mayores precauciones y con preparativos mejor dispuestos, se asentaron junto a los desfiladeros caudinos, donde, tras encerrar, con la ayuda de la estrechez del lugar y de sus propias armas, a los cónsules Veturio y Postumio y a todo el ejército romano, el general samnita Pontio consiguió una victoria tan indudable que creyó conveniente consultar a su padre Herennio si debería matar a los que tenía encerrados o debería perdonarlos en vista de que ya estaban sometidos. La decisión fue la de conservarlos vivos para mayor deshonra. Se sabía en efecto que los romanos, antes de ahora, habían sido frecuentemente vencidos y derrotados, pero que nunca habían podido ser capturados u obligados a la rendición. Ahora los victoriosos samnitas obligaron a pasar en un largo orden procesional, haciéndole agachar la cabeza bajo un yugo y sometiéndolo a la condición de siervo, a todo el ejército romano, vergonzosamente capturado y privado también de sus armas y de sus vestidos, permitiéndoseles sólo sendos taparrabos para cubrir las vergüenzas de sus cuerpos. Reteniendo después a seiscientos caballeros romanos como rehenes, dejaron marchar a los cónsules, cargados de ignominia, pero vacíos de todo lo demás.

Y ¿por qué yo, que hubiera preferido callarme esto, me voy a esforzar en exagerar con palabras la mancha de este vergonzoso tratado? Y es que los romanos, o bien no existirían hoy, o bien serían esclavos bajo el dominio samnita, si hubiesen mantenido, sometidos ellos mismos a los samnitas, la misma

fidelidad que hoy quieren ellos que guarden sus sometidos para con ellos.

Pero la realidad es que al año siguiente los romanos rompen el pacto firmado con los samnitas y provocan a estos a una guerra que, iniciada por la insistencia del cónsul Papirio, produjo grandes bajas en uno y otro bando. Y como a los combatientes los empujaba de una parte la rabia de la anterior infamia y de otra la gloria de una victoria futura, los romanos lograron finalmente vencer muriendo obstinadamente; y no dejaron de morir ni tampoco de matar hasta que pusieron, a su vez, el yugo a los derrotados samnitas y a su cautivo jefe. El propio Papirio asalto y tomó después Satrico, tras expulsar de allí a la guarnición de los samnitas. Y este Papirio fue entonces considerado entre los romanos tan belicoso y aguerrido que, cuando se decía que Alejandro Magno se disponía a tomar con su ejército África bajando desde Oriente, y a pasar desde allí a Italia, los romanos consideraban que, entre todos los buenos generales que entonces había en el estado, éste sería el único que podría sujetar el avance de Alejandro.

16.

Por otro lado, Alejandro, ya en el año 426 de la fundación de la ciudad, sucedió en el reino a su padre Filipo; dio las primeras pruebas de su fortaleza y valor en la rápida represión de los levantamientos de los griegos; entre éstos había sobresalido, como el causante de que los griegos hicieran defección del dominio macedonio, el orador Demóstenes,

corrompido por el oro persa. La consecuencia fue que a los atenienses, que exigían la guerra, Alejandro los perdonó y les libró incluso del miedo a un tributo; de los tebanos, sin embargo, a unos aniquiló en la destrucción de su ciudad y a otros los vendió como prisioneros de guerra; a las demás ciudades de Acaya y Tesalia las hizo tributarias. Sometió también a los ilirios y tracios, tras declararles inmediatamente después la guerra. Luego, cuando se disponía a marchar a la campaña contra los persas, elimina a todos sus parientes y allegados.

Tenia un ejército de treinta y dos mil soldados de infantería, cuatro mil doscientos de caballería y ciento ochenta naves. No se puede saber que es más digno de extrañeza: si el hecho de que con un ejército tan pequeño lograra dominar todo el orbe de las tierras o el hecho solo de que se atreviera a intentarlo.

En su primer enfrentamiento con el rey Darío, había en el campo de batalla seiscientos mil persas, los cuales, vencidos no menos por la técnica de Alejandro que por el valor de los macedonios, se dieron a la fuga. Como consecuencia, las pérdidas entre los persas fueron numerosas. En el ejército de Alejandro, en cambio, sólo desaparecieron ciento veinte jinetes y nada más que nueve infantes. Posteriormente sitió, tomó al asalto y saqueó la ciudad frigia de Gordio, que todavía hoy se llama Sardes; de allí, al enterarse que Darío venía contra él con un gran ejército, y por temor a las angosturas de los lugares en que se encontraba, atravesó el monte Tauro con admirable

rapidez y, tras avanzar quinientos estadios de una sola vez en un día, llegó a Tarso; aquí, por bañarse sudando en el helado río Cidno, los músculos se le quedaron rígidos y estuvo a punto de morir por parálisis de tendones. Entretanto Darío avanza hacia el campo de batalla con trescientos mil soldados de a pie y cien mil de caballería. Esta multitud de enemigos asustaba al propio Alejandro, sobre todo al tener en cuenta el escaso número que el tenía; y ello, a pesar de que, al haber superado ya antes con el mismo número de soldados propios a seiscientos mil enemigos, había aprendido ya, no sólo a no tener miedo a la lucha, sino también a confiar en la victoria. En esta situación, una vez que los dos ejércitos estuvieron a tiro de dardo el uno del otro y que los generales, yendo de un lado para otro, animaron con distintos estímulos a ambos ejércitos atentos ya a la señal de combate, se inicia la batalla con enorme fuerza por una parte y otra. En ella son heridos ambos generales, Alejandro y Darío. Y la lucha se mantuvo dudosa hasta que Darío se dio a la fuga. A partir de su huida comenzó la matanza de los persas. Fueron entonces muertos ochenta mil soldados de a pie y diez mil de a caballo, y capturados cuarenta mil. Por el lado macedonio, en cambio, murieron ciento treinta soldados de infantería y ciento cincuenta de caballería. En el campamento persa encontraron buena cantidad de oro y de otras riquezas. Entre los cautivos tomados del campamento se encontraban la madre, la esposa, que era también su hermana, y dos hijas de Darío.

Al no poder Darío conseguir la liberación de éstas a pesar de ofrecer a cambio la mitad de su reino, reanuda de nuevo la

guerra por tercera vez reuniendo todas las tropas persas más las tropas auxiliares aliadas. Pero mientras Darío hace esto, Alejandro envía a Parmenión con tropas para que ataque a la armada persa, mientras que él, por su parte, marcha a Siria; aquí, de los muchos reyezuelos que salen a su encuentro con las insignias reales, a unos los hace aliados suyos, a otros los aleja del trono y a otros los destruye. Ataca y somete la ciudad de Tiro, antiquísima y muy rica, que se resistía por su confianza en los cartagineses, aliados suyos. Invade después con obstinada locura Cilicia, Rodas y Egipto. A continuación se dirige al templo de Júpiter Hamón para borrar, mediante un engaño oportunamente tramado, la ignominia de tener un padre desconocido y la infamia de una madre adultera. Efectivamente, tras hacer traer a su presencia al pontífice del propio templo le adelantó en secreto, según dicen los historiadores de estos hechos, qué es lo que él quería que se le respondiera cuando aparentara consultar al dios. De esta forma Alejandro se cercioró y a nosotros nos aclaró que, mientras los propios dioses son mudos o sordos, es la potestad del pontífice la que finge lo que quiera o la voluntad del que consulta la que oye lo que prefiere.

A su vuelta del templo de Hamón, mientras se dirigía hacia la tercera guerra périca, fundó la ciudad de Alejandría en Egipto.

17.

Darío, por su parte, perdida la esperanza de paz, con cuatrocientos mil soldados de a pie y cien mil de a caballo, se enfrenta a Alejandro, que volvía de Egipto, en una batalla junto a Tarso. No hubo preparativos para el choque, sino que todos se lanzan con ciega rabia al combate: los macedonios, porque se trataba de enemigos frecuentemente vencidos por ellos; los persas, porque preferían morir si no resultaban vencedores. Pocas veces se derramó tanta sangre en una batalla. Pero Darío, a pesar de que estaba dispuesto a morir al ver que los suyos eran vencidos, se vio obligado a emprender la huida animado por su gente. En esta batalla desaparecieron las fuerzas y los reinos de Asia y todo Oriente cayó bajo el poderío del imperio macedonio; y hasta tal punto fue triturada en este combate toda la confianza de los persas que, a partir de ahora, ninguno se atrevió a levantarse y aceptaron ahora pacientemente, tras haber sido durante tanto tiempo los dueños, el yugo de la esclavitud. Alejandro tardó treinta y cuatro días seguidos en contar el botín del campamento persa; invade después Persépolis, capital del reino persa y ciudad famosísima y repleta de riquezas de todo el mundo. En cuanto a Darío, cuando Alejandro se enteró de que estaba retenido atado con cadenas de oro por los suyos propios, mandó perseguirlo. Y el mismo, Alejandro, avanzando con seis mil jinetes, mientras que al resto del ejército le ordenó que le siguiese de cerca, le encontró abandonado y solo en el camino, atravesado por multitud de heridas y echando por las heridas los últimos restos de la vida. Cuando Darío murió, Alejandro ordenó con fatua misericordia que fuera llevado y sepultado en el sepulcro de sus antepasados,

mientras que mantenía en cruel cautividad, no voy a decir que a su madre y a su esposa, sino, incluso, a sus pequeñas hijas.

Entre tan gran número de desgracias, es muy difícil que se crea en las palabras: en tres batallas y en otros tantos años murieron un millón quinientos mil soldados de a pie y de a caballo; y esto, de un reino y de unos pueblos, de los cuales se decía que no muchos años antes habían muerto un millón novecientos mil hombres. Aunque, aparte de todas estas desgracias, durante estos mismos tres años, fueron oprimidas muchas ciudades de Asia, fue asolada toda Siria, fue destruida Tiro, reducida a la nada Cilicia, sometida Capadocia, sujetado Egipto, reducida, por miedo, a la esclavitud incluso la isla de Rodas, y sujetas al largo tiempo detestado yugo de la servidumbre y del hambre muchas provincias cercanas al Tauro e incluso el propio monte Tauro.

18.

Y para que nadie pueda pensar que sólo el Oriente estaba subyugado por el ejército de Alejandro, o que sólo Italia estaba agotada por las turbulencias romanas, también en esta época tenía lugar el ataque de Agis, rey espartano, en Grecia, el de Alejandro, rey del Epiro, en Lucania y el del prefecto Zopirión en Escitia. De ellos, el lacedemonio Agis, tras sublevar y rebelar juntamente con él a toda Grecia, se enfrentó al fortísimo ejército de Antípatro, cayendo incluso él mismo en medio de grandes montones de cadáveres de uno y otro lado. Alejandro, por su parte, tratando de alcanzar en Italia un imperio de

Occidente a modo del de Alejandro Magno, tras llevar allí a cabo numerosas y sangrientas guerras, fue derrotado por los brutios y lucanos y su cuerpo vendido para ser enterrado. Y Zopirión, prefecto del Ponto, reuniendo un ejército de treinta mil soldados, tuvo la osadía de hacer la guerra a los escitas; derrotado hasta la destrucción total, fue absolutamente aniquilado juntamente con sus tropas.

Alejandro Magno por su parte, tras muerte de Darío, sometió a los hircanos y a los mandos. Y cuando todavía estaba empeñado en esta campaña, fue a su encuentro, atraída por la idea de tener descendencia con él, la desvergonzada amazona Halestris, llamada también Minotea, que llegó en compañía de trescientas mujeres. Tras esto, emprende la guerra con los partos, a los cuales, por resistir obstinadamente largo tiempo, casi los destruye antes de vencerlos. Continúa con la sumisión de los drangas, los evergetas, los parimas, los parapamenos, los adasprios y demás pueblos que vivían en las raíces del Cáucaso; y allí, sobre el río Tanais, fundó la ciudad de Alejandría.

Su crueldad para con los suyos no fue menor que la locura manifestada contra los enemigos. Son buena prueba de ello la muerte de su primo Amintas, el asesinato de su madrastra y hermanos, la cruel ejecución de Parmenión y Filotas y la destrucción de Atalo, Eurícolo y Pausanias y otros muchos de los principales de Macedonia; incluso Clito, ya anciano y viejo amigo, fue criminalmente asesinado; éste, porque en un banquete, con la confianza que le daba la amistad del rey, se atrevió a defender, en contra del rey que anteponía sus hazañas

a su propio padre Filipo, la memoria del padre, lleno de sangre, ya moribundo, todo el banquete al ser atravesado con un venablo por el rey, que se había ofendido sin razón. Pero es que Alejandro, aunque nunca se saciaba con sangre humana, ya fuese de enemigos ya de aliados, tenía, sin embargo, siempre sed de nueva sangre.

Por otra parte, continuando su carrera bélica con pertinaz locura, recibió bajo su dominio a los corasmos y los dahas, pueblos hasta entonces indómitos.

Al filósofo Calístenes, condiscípulo suyo bajo el magisterio de Aristóteles, le mandó matar juntamente con otros muchos hombres importantes, porque, olvidándose del saludo acostumbrado, no le adoró como a un dios.

19.

Tras ello, se dirige a la India con el fin de poner límite a su imperio en el océano y en el extremo Oriente; llega a la ciudad de Nisa; y asalta los montes Dédalos y los territorios de la reina Cleofis; ésta, tras haberse rendido, logró salvar su reino con la entrega de su cuerpo. Una vez que atravesó y sometió a toda la India, Alejandro, acercándose a un promontorio rocoso de extraordinaria aspereza y altura, en el que se habían refugiado muchos pueblos, se enteró de que el propio Hércules no pudo tomar esta montaña a causa de un terremoto; movido por el deseo de rivalizar, se apoderó con gran esfuerzo y peligro de este promontorio, para superar así las hazañas de Hércules, y sometió a todos los pueblos de esta zona. Llevó a cabo un

cruento enfrentamiento con Poro, poderoso rey de los indos. En este choque, al enfrentarse en cruel combate con el propio Poro y al ser despedido del caballo ya muerto, escapó de una muerte segura gracias a la llegada de su guardia. Poro fue herido en todas partes y posteriormente capturado. Teniendo en cuenta el valeroso testimonio que había dado, lo restituyó a su reino, y fundó allí dos ciudades, Nicia y Bucéfale, a la que ordenó llamar así por el nombre de su caballo. Posteriormente los macedonios redujeron a los adrestas, los catenos, los presidas y los gangáridas, aniquilando a sus ejércitos. Cuando llegaron a Cofides, entablaron un combate con doscientos mil jinetes enemigos. Y, a pesar de que, cansados por el tiempo que llevaban en campaña, desanimados y faltos de fuerza, vencieron con dificultad, levantaron como recuerdo unos cuarteles mejor dispuestos que lo acostumbrado.

De ahí marcha Alejandro hacia el río Agesine; a lo largo del mismo baja al océano, donde sometió a los gesonas y cibos, colocados allí por Hércules; desde aquí marcha por mar hacia los adros y subagras; estos pueblos le reciben con un ejército de ochocientos mil soldados de a pie y sesenta mil de a caballo. Entablado el combate, la suerte de la lucha, que durante largo tiempo se mantuvo dudosa y cruenta, cedió por fin a los macedonios una triste victoria, si es que llegó a ser tal victoria. En efecto, tras poner en fuga a las tropas enemigas, Alejandro conduce a su ejército hacia la ciudad; y, una vez que subió, él el primero, el muro, saltó solo hacia dentro pensando que la ciudad estaba vacía; pero, al ser rodeado por todas partes por enemigos amenazantes, apenas se puede creer que no le

aterrorizara la multitud de enemigos, ni la enorme violencia de los dardos, ni el ensordecedor clamor de los que le hostigaban, y que pudiera él solo vencer y poner en fuga a tantos miles de enemigos. La verdad es que, cuando se dio cuenta de que era apremiado por la multitud que le rodeaba, defendiendo su espalda con la barrera del muro, mantuvo a raya fácilmente a los adversarios hasta que todo su ejército, ante el peligro de su jefe y el griterío de los enemigos, irrumpió dentro, rompiendo los muros. En este choque, a pesar de estar herido por un dardo bajo la tetilla, se mantuvo luchando sobre las rodillas clavadas en el suelo hasta que logró matar al que le había herido.

Posteriormente, embarcándose y bordeando por mar la costa del océano, llegó a una ciudad a cuyo frente estaba el rey Ambira; en el asalto a esta ciudad perdió gran parte de su ejército, debido a los dardos venenosos del enemigo. Posteriormente, tras dar fuerzas a los demás con una hierba que le había sido mostrada en sueños y que ofreció como bebida a sus agotados soldados, logró asaltar y tomar la ciudad.

20.

Luego, como si hubiese llegado ya a la meta, entrando desde el océano en el río Indo, volvió rápidamente a Babilonia, donde le esperaban legados de las aterrorizadas provincias de todo el orbe, concretamente de los cartagineses y de las ciudades de toda África; pero también de los hispanos, de los galos, de Sicilia y de Cerdeña; y además, de gran parte de Italia. Tan grande fue el temor al líder constituido en el lejano

Oriente, temor que había invadido a los pueblos del extremo occidente, que se podían ver legados extranjeros de todas partes del mundo, a las cuales apenas se puede creer que llegara el rumor.

Pero Alejandro murió en Babilonia cuando, sediento todavía de sangre, con una avidez fatalmente castigada, bebió un veneno proporcionado traidoramente por un siervo.

¡Oh obstinación humana y sentimientos siempre crueles! Y yo mismo, que he relatado todas estas cosas para demostrar los ciclos de las desgracias de todos los tiempos, ¿he bañado acaso en lágrimas mis ojos ante el recuerdo de un mal tan grande, por el que todo el mundo tembló, ya con la propia muerte, ya con el temor inherente a la muerte? ¿Me he dolido acaso en mi corazón? ¿Me he preocupado más, al recordar esto, de las desgracias de mis antepasados teniendo en cuenta la común naturaleza humana? Y, sin embargo, cuando hablo de mí mismo, por ejemplo, que, en un primer momento, me vi frente a frente con los bárbaros a los que no había visto nunca, que los esquivé cuando se dirigían hostiles contra mí, que los ablandé cuando se apoderaron de mí, que les he rogado a pesar de ser infieles, que los he burlado cuando me retenían, y finalmente que he escapado de ellos, cubierto con una repentina niebla, cuando me perseguían en el mar, cuando trataban de alcanzarme con piedras y con dardos, y cuando ya incluso me alcanzaban con sus manos; cuando yo, pues, cuento todo esto, quiero que todos, al oírme, se conmuevan con lágrimas y me duelo en silencio porque los que me escuchan no lo sienten,

reprochando la dureza de aquellos que no creen lo que no tuvieron que sufrir ellos.

Pues bien, los hispanos y morinos vinieron a Babilonia a suplicar a Alejandro (trataron de someterse voluntariamente a lo largo de Asiria y de India a un dueño sanguinario para no tener que recibirlo como enemigo; y, a pesar de que recorrieron los extremos de las tierras y de que Alejandro era recordado tristemente en una y otra orilla del océano, sin embargo, el recuerdo de una situación crítica violenta o bien había desaparecido ya en el olvido o bien se había aminorado con el tiempo. Y ¿pensamos nosotros ahora que se va a recordar siempre el hecho de que un enemigo fugaz haya arrasado un solo ángulo del mundo, sin haber tocado la mayor parte del mismo?). Es como si hubiesen pedido la paz a los godos y suevos, no diré, cambiando las cosas, los indos y los asirios, sino incluso los propios hispanos, que tienen que aguantar el enemigo.

Por otra parte, si piensan que la época de Alejandro puede ser alabada por el valor con que éste se apoderó de todo el mundo y no censurada por la ruina en que todo el orbe se vio derrumbado, también tendrá que haber ahora muchos que consideren loable esta nuestra época, porque los bárbaros han conseguido muchas victorias y consideran como suerte propia las desgracias de los demás. Pero quizá alguien diga: «Pero estos enemigos de ahora lo son de la Romania»; se le puede responder: «Esto se pensaba también de Alejandro con relación a todo Oriente, y también los romanos han dado a otros esa misma impresión cuando han atacado con guerras a pueblos

tranquilos y lejanos.» «Pero los romanos y Alejandro conquistaban reinos, mientras que los bárbaros lo que buscan es destruirlos.» Con estos argumentos se están separando, de una parte, las inevitables ruinas de las guerras y, de otra, las decisiones del vencedor; los romanos, es verdad, atacaron primero con guerras a los mismos pueblos que después educaron con sus leyes. Pero también los bárbaros, a los pueblos que ahora turban con la guerra, si consiguen dominarlos (lo cual no lo permita Dios), tratarán de reconstruirlos con sus costumbres y terminarán por ser llamados grandes reyes por los siglos venideros, quienes ahora son juzgados como crueles enemigos por nosotros.

Llámense como se llamen tales acciones, se llamen desgracias o se llamen valor, lo cierto es que, comparadas con las pasadas, las de ahora son menores. De esta forma, cualquier interpretación nos favorece a nosotros en comparación con Alejandro y los persas: si lo consideramos como valor, el de estos enemigos de ahora es menor; si lo consideramos como desgracia, la de los romanos es también menor.

21.

En el año 450 de la fundación de la ciudad, durante el quinto consulado de Fabio Máximo y el cuarto de Decio Mure, se unieron en un solo ejército y alianza cuatro poderosos y ricos pueblos de Italia. Efectivamente, etruscos, umbros, samnitas y galos, agrupados en un solo ejército, trataron de destruir a los romanos. Los ánimos romanos temblaron en esta

guerra y su confianza se tambaleó; y no atreviéndose a confiarlo todo a sus fuerzas, dividieron con engaño al enemigo, pensando que era más seguro para ellos embarcarse en guerras numerosas que en guerras de mucho volumen. Así pues, cuando, tras enviar a algunos de los suyos a la Umbría y a Etruria para asolar el campo enemigo, obligaron al ejército de los etruscos y de los umbros a que volviera en defensa de su territorio, entablan rápidamente el combate con samnitas y galos. En esta batalla murió el cónsul Decio en un momento en que los romanos se vieron en apuros por el ímpetu de los galos. Fabio, sin embargo, terminó por vencer, después que el ejército de Decio sufrió grandes pérdidas. En este enfrentamiento murieron cuarenta mil hombres entre samnitas y galos; romanos, en cambio, se dice que desaparecieron siete mil, los cuales eran sólo del ejército de Decio, el cual también murió. Livio, por su parte, dice que, sin contar a los etruscos y umbros, a los que los romanos habían apartado de la lucha con astucia, había ciento cuarenta mil trescientos treinta soldados de a pie galos y samnitas y cuarenta y cuatro mil de a caballo; y que mil soldados montados en carros se enfrentaron también con armas al ejército romano. Pero, como ya he dicho muchas veces (que la paz interna de los romanos se vio siempre interrumpida por guerras externas, o que los éxitos externos estuvieron siempre enturbiados por enfermedades internas, hasta el punto de que su extraordinario valor estuvo siempre oprimido por todas partes y de todas las maneras), también ahora una peste que afectó a la población agravó esta cruenta y triste victoria y las exequias de los muertos que tropezaban con la procesión

triumfal la enturbiaron. No había nadie a quien el triunfo le produjese gozo, cuando toda la ciudad lloraba, ya por los enfermos, ya por los muertos.

22.

Sigue el año en que los romanos, reanudada la guerra por los samnitas, fueron derrotados y tuvieron que retirarse a sus cuarteles. A partir de ahora los samnitas se entregan al combate con una forma nueva de actuar y con renovados ánimos: a saber, con armas y armaduras recubiertas de plata y con el ánimo dispuesto a morir, si no vencían. El cónsul Papirio, enviado al frente del ejército contra ellos, a pesar de que los augures pularios, que hicieron infundadas predicciones, le prohibieron entablar combate, llevó a cabo, sin hacerles caso, tan felizmente la batalla como firmemente la había emprendido, ya que en este combate se dice que murieron doce mil enemigos y fueron capturados tres mil. Pero también su victoria, digna en verdad de alabanza —victoria que no habían podido impedir los vanos auspicios— fue ennegrecida por nuevas enfermedades surgidas de pronto. Efectivamente, tan grande e insoportable peste se apoderó en aquel momento de la ciudad, que, con el fin de mitigarla de cualquier forma que fuese, decidieron consultar los libros sibilinos y traer aquella horrible culebra de Epidauro con la propia piedra de Esculapio: como si antes no se hubiesen curado otras pestes y como si no volviese a haber ninguna otra.

Por lo demás, al año siguiente, el cónsul Fabio Gurges fracasó en un enfrentamiento con los samnitas, ya que perdió el ejército, teniendo que volver derrotado a Roma. Dado que a causa de ello el senado decretó relevarlo de su puesto, su padre, Fabio Máximo, tratando de evitar la ignominia de su hijo, se ofreció a ir como lugarteniente del mismo, si se le daba la oportunidad de resarcirse de la vergüenza anterior y de llevar de nuevo la guerra. Conseguida esta oportunidad y entablado el combate, al ver que su hijo cónsul se adentraba de pronto en el combate mientras acosaba el general samnita Pontio y que se encontraba encerrado por los hostiles dardos de los enemigos, el benévolo anciano, montado a caballo, se lanzó al medio de las filas. Los romanos, animados por ello, se lanzaron a aquel sitio con todas sus fuerzas hasta que, destruyendo al ejército enemigo, capturaron, vencido y derrotado, a su propio general Pontio. En esta batalla cayeron veinte mil samnitas y fueron capturados, con su jefe, cuatro mil. Y por fin terminó, con la destitución del capturado general, la guerra samnítica, que se había arrastrado durante cuarenta y nueve años con abundantes desastres romanos.

Al año siguiente, los romanos, se enfrentaron a los sabinos bajo el mando del cónsul Curio; el propio cónsul dio cuenta del número de enemigos que cayeron y fueron capturados en la misma; cuando éste intentó referir en el senado la extensión del territorio sabino conquistado y la multitud de enemigos capturados, no pudo señalar exactamente el número.

En el año 463 de la fundación de la ciudad, bajo el consulado de Dolabela y Domicio, cuando lucanos, brutios, samnitas, juntamente con etruscos y galos senones, tramaron, tras hacer una alianza, una renovada guerra contra los romanos, éstos enviaron legados para atraerse a los galos; como los galos ejecutaron a estos legados, es enviado con el ejército el pretor Cecilio para vengar la muerte de los legados y para reprimir el levantamiento enemigo; pero pierde la vida derrotado por los etruscos y los galos. Murieron, además, en este combate, siete tribunos militares, fueron cruelmente matados muchos nobles y cayeron en el total de las operaciones bélicas trece mil soldados romanos.

Así pues, cada vez que los galos se soliviantaron, Roma se vio destruida en todos sus recursos, de forma que ahora, ante el presente ataque de los godos, es cuando más debe acordarse de los galos.

23.

Pasando a otra cosa, vuelvo hacia atrás para contar las guerras que llevaron a cabo entre sí los generales macedonios, en esta misma época en que los romanos conocieron estas derrotas. Estos generales, una vez muerto Alejandro, se agotaron en guerras recíprocas una vez que se repartieron por sorteo las distintas provincias; la tumultuosa época de estas guerras me parece a mí observarla de la misma forma que si, contemplando por la noche un inmenso campamento desde la atalaya de un monte, no viese en el vasto espacio del campo

otra cosa que innumerables fuegos. Efectivamente, a lo largo de todo el reino de Macedonia, es decir, a lo largo de toda Asia y gran parte de Europa, e incluso por la mayor parte de Libia, ardieron de pronto horrendos globos bélicos, los cuales, tras asolar principalmente los lugares en los cuales comenzaron a arder, perturbaron también todos los demás con el terror de los rumores, como una espesa nube de humo. Pero en vano voy a explicar las guerras y caídas de tantos reyes y reinos, si antes no explico quiénes fueron los reyes y cuáles los reinos.

Volviendo atrás, Alejandro oprimió durante doce años con las armas al mundo que temblaba a su paso. Sus sucesores, por su parte, lo hicieron pedazos en catorce años y, como si de una espléndida presa abatida por un león se tratase, ellos, ávidos cachorros, la despedazaron; e incluso se destruyeron entre ellos mismos arrastrados a la lucha por la rivalidad de la presa.

En efecto, a Tolomeo le tocó en suerte la primera: Egipto y parte de África y Arabia. Laomedonte Mitileneo recibe Siria, límite a la parte de Tolomeo; Filotas recibe Cilicia; y Filón, Iliria. Al frente de la Media Mayor queda Atropato; y de la menor, el suegro de Perdicas. El pueblo de Susio es asignado a Escino; y la Frigia Mayor, a Antígono, hijo de Filipo. Nearco, Casandro y Menandro se reparten Licia y Panfilia, Caria, y Lidia, respectivamente. Leonato recibe la Frigia Menor. Tracia y los reinos del Ponto son entregados a Lisímaco; Capadocia y Paflagonia a Eumenes. El bloque del ejército le corresponde a Seleuco, hijo de Antíoco; al frente de la guardia y de la escolta del rey fue puesto Casandro, hijo de Antípatro. En la Bactriana ulterior y en las regiones de la India quedaron los prefectos

antiguos que estaban allí desde Alejandro. Del territorio de los Seres, que se encontraban entre los ríos Hidaspes e Indo, se hizo cargo Taxiles. A las colonias fundadas en la India es enviado Pitón, hijo de Agenor. Los territorios de los parapamenos, cercanos al monte Cáucaso, los recibe Oxiartes. Los aracosios y cedrosos son asignados a Sibirte. A Estatanor le tocan los dranceos y áreos, a Amintas los bactrianos, a Esciteo los sogdianos, a Estacanor los partos, a Filipo los hircanios, a Fratafernes los armenios, a Tleptolemo los persas, a Peucestes los babilonios, a Arcón los pelasos, y a Arquelao Mesopotamia.

Pues bien, la causa y el origen de las luchas fue una carta de Alejandro, el rey, en la que ordenaba que todos los desterrados fuesen restituidos a su patria y a la libertad. Los poderosos de las ciudades de Grecia, temerosos de que los desterrados, al recibir la libertad, tramaran una venganza, se separaron entonces del reino macedonio. Los atenienses fueron los primeros que, reuniendo un ejército de treinta mil soldados y doscientas naves, hacen la guerra a Antípatro, al cual le había tocado en suerte Grecia. Por medio del orador Demóstenes se atraen también como aliadas a las ciudades de Sición, Argos, Corinto y las demás griegas y rodean en asedio a Antípatro. En el asedio muere el general griego Leóstenes, herido por un dardo arrojado desde la muralla. Los atenienses salen al encuentro de Leónato, que venía en ayuda de Antípatro, y, tras diezmar sus tropas, matan al propio Leónato.

Perdicas, por su parte, hizo la guerra a Ariarato, rey de Capadocia, y le vence, aunque en la victoria no consiguió otra cosa que heridas y peligros, ya que todos los habitantes de la

ciudad, antes de que fuera asaltada, tras incendiar sus casas, se arrojaron al fuego ellos mismos y arrojaron sus cosas.

Tras ello, se inicia una cruel guerra entre Antígono y Perdicas, con la ruina de muchas provincias e islas, ya por negar ayuda, ya por prestarla. Dudaron durante largo tiempo si trasladar el campo de operaciones a Macedonia o situarlo en Asia; por último, Perdicas se dirige a Egipto con un gran ejército. De esta forma el imperio macedonio entra en armas en su propio interior, al enfrentarse sus reyes en dos facciones. Tolomeo, equipado con contingentes egipcios y con tropas de Cirene, se dispone a enfrentarse a Perdicas. Entretanto, Neoptolemo y Eumenes combaten entre sí en sangrienta guerra. Neoptólemo, al verse vencido, se refugia junto a Antípatro, al que empuja a que ataque de improviso a Eumenes; pero Eumenes, suponiendo que iba a pasar esto, encierra con emboscadas a los que le emboscaban. En este enfrentamiento cae Poliperconte, y se hieren mutuamente Neoptolemo y Eumenes, aunque el que muere es Neoptolemo, mientras que Eumenes acaba como vencedor. Perdicas por su parte, que se había enfrentado en cruel batalla a Tolomeo, murió también él mismo tras perder sus tropas. Eumenes, Pitón, Ilirio y Alcetas, hermano de Perdicas, son declarados enemigos por los macedonios y se toma la decisión de encargar la guerra contra ellos a Antígono.

De esta forma entraron en conflicto Eumenes y Antígono, reuniendo el uno contra el otro el mayor número de tropas posible. Eumenes fue derrotado y huyó a una fortaleza enormemente protegida, desde donde, por medio de legados,

solicita ayuda al entonces poderosísimo Antípatro; al enterarse de esto, Antígono, aterrorizado, abandona el asedio. Pero ni siquiera así tenía Eumenes una esperanza firme o una salvación segura. Por ello, como último recurso, llama en su ayuda a los argiráspidas, llamados así por sus armas cubiertas de plata, estos, los soldados que militaron bajo las órdenes de Alejandro; estos, sorprendidos por Antígono y privados de su campamento mientras escuchaban con descuido a su jefe que les explicaba los dispositivos de la batalla, perdieron a sus mujeres e hijos y todo aquello que habían conseguido bajo el mando de Alejandro. Después, a través de legados, piden vergonzosamente al vencedor que se les devuelva lo que habían perdido. Antígono, por su parte, promete que se lo devolverá, si le traen a Eumenes encadenado. De esta forma, ellos, atraídos por la esperanza de recuperar lo perdido, entregaron, en una deshonrosa traición, prisionero y encadenado, ellos que eran también cautivos, al general cuyas banderas poco antes habían seguido; y, posteriormente, con vergonzosa ignominia, fueron distribuidos en el ejército de Antígono.

En la misma época, Eurídice, esposa del rey de los macedonios Arrideo, realizó en nombre de su marido muchas nefastas acciones, sirviéndose para ello de Casandro, al que había elevado, a través de todos los peldaños honoríficos, hasta los mas altos cargos, manteniendo además con él relaciones escandalosas; éste arruinó a muchas ciudades griegas apoyado en la pasión de esta mujer. En estas circunstancias, Olímpíade, madre del rey Alejandro, mandó matar, con la ayuda de los macedonios, al rey Arrideo y a Eurídice, porque cuando, por

consejo de Poliperconte, venía del Epiro a Macedonia, escoltada por el rey de los molosos, Eácida, se le impidió por parte de Eurídice la entrada en el territorio. Sin embargo, también la propia Olímpíade pagó inmediatamente el merecido castigo a su crueldad. Efectivamente, tras haber asesinado con audacia femenina a muchos nobles, enterada de que llegaba Casandro, se retiró, al desconfiar de los macedonios, a la ciudad de Pidna con su nuera Roxa y su nieto Hércules: allí fue inmediatamente capturada y ejecutada por orden de Casandro. El hijo de Alejandro Magno fue enviado, bajo custodia, a la fortaleza de Anfípolis juntamente con su madre.

Una vez desaparecidos Perdicas, Alcetas y Poliperconte, aparte de otros generales de uno y otro bando, que sería largo enumerar, parecían haber terminado las guerras entre los sucesores de Alejandro, cuando Antígono, abrasado por la ambición de dominio, finge que va a librar del asedio con su ejército a Hércules, hijo del rey. Enterados de esto, Tolomeo y Casandro establecen una alianza con Lisímaco y Seleuco, disponiéndose a llevar la guerra con todas sus fuerzas por tierra y por mar. En esta guerra es vencido Antígono juntamente con su hijo Demetrio.

Casandro, al que Tolomeo hizo partícipe de la victoria, tuvo un encuentro con los avieniatas a su vuelta a Apolonia; éstos, que se encontraban entonces errantes, tras haber abandonado el suelo patrio y sus antiguas sedes a causa de una inaguantable cantidad de ranas y ratones, estaban buscando nuevas sedes, llevando como bandera, hasta que las encontrarán, la paz. Pero Casandro, que conocía el valor y el

número de este pueblo, con el fin de que arrastrados por la necesidad no arrasaran ni invadieran con su ejército el territorio de Macedonia, los coloca en lugares extremos de Macedonia, tras aceptarlos en su comunidad. Posteriormente, cuando ya Hércules, el hijo de Alejandro, tenía catorce años, Casandro, temeroso de que los lacedemonios prefirieran a éste como legítimo rey, se preocupó de asesinarlo ocultamente, haciendo lo mismo con su madre.

Tolomeo entró de nuevo en conflicto naval con Demetrio; y cuando ya había perdido casi toda la armada y el ejército, se refugió derrotado en Egipto. Antígono, animado por esta victoria, ordena que él y su hijo sean considerados como reyes. Todos los demás siguieron este ejemplo y se apropiaron del nombre y de la dignidad real.

Pues bien, Tolomeo y Casandro y los demás generales del otro bando, cuando se dieron cuenta de que eran sorprendidos uno a uno por Antígono, tras comunicarse ánimos mutuamente por medio de cartas, fijan día y lugar para una reunión; en ella deciden hacer la guerra con un ejército común contra Antígono. Casandro, entretenido en guerras con los pueblos vecinos, en lugar de ir él, envió, como ayuda a sus aliados, al más famoso de sus generales, Lisímaco, al frente de un gran ejército. También Seleuco, bajando desde Asia Mayor, se sumó como nuevo enemigo de Antígono. Este Seleuco ya había protagonizado recientemente, a lo largo de Oriente, muchos enfrentamientos con los países miembros del bloque macedonio: en un primer momento asaltó y tomó por las armas la ciudad de Babilonia; a los bactrianos, que se habían

levantado en nuevas insurrecciones, los había sometido; posteriormente pasó a la India, la cual, tras la muerte de Alejandro, como si se hubiese quitado y sacudido de su cerviz el yugo, había matado a sus prefectos, bajo el mando, en esta reivindicación de su libertad, de un tal Androcoto; pero éste, tratando posteriormente con crueldad a sus conciudadanos, a los cuales antes había librado del dominio externo, los oprimía con la esclavitud. Seleuco, pues, una vez que llevó a cabo muchos y crueles combates con este Androcoto, se retiró, por fin, de aquellos territorios, tras reafirmar la situación del reino y firmar la paz.

Unidas de esta forma las tropas de Tolomeo y sus aliados, se inicia la guerra; y en ella, cuanto mayores fueron los preparativos, tanto mayor fue el desastre. Efectivamente, en ella se derrumbaron las fuerzas de casi todo el imperio macedónico. Antígono cayó en el propio campo de batalla.

Pero el final de esta guerra con Antígono fue el comienzo de otra. En efecto, al no ponerse de acuerdo los vencedores sobre el reparto del botín, de nuevo se dividen en dos bandos: Seleuco se alía con Demetrio y Tolomeo con Lisímaco. Por otra parte, tras la muerte de Casandro, le sucede en el trono su hijo Filipo.

De esta forma se reanudan de nuevo, como si nada hubiese pasado, las guerras en Macedonia. Antípatro atravesó con su propia espada a su madre Tesalonice, mujer de Casandro, a pesar de que ésta le suplicaba patéticamente por su vida; Alejandro, hermano del anterior, mientras prepara la guerra

contra su hermano para vengar a su madre, cogido por Demetrio, cuya ayuda había solicitado, es asesinado. Lisímaco, por su parte, no pudo enfrentarse a Demetrio, por cuanto estaba siendo acosado por un encarnizado ataque de Doro, rey de los tracios. Demetrio, animado con la adhesión de Grecia y de toda Macedonia, decide pasar a Asia. Tolomeo, Seleuco y Lisímaco, por otro lado, tras haber experimentado en la guerra anterior la fuerza que tienen las alianzas, hacen de nuevo un acuerdo, y unen sus ejércitos para llevar la guerra contra Demetrio a Europa; a ellos se une como aliado y socio en la guerra el rey del Epiro, Pirro, quien esperaba poder echar de Macedonia a Demetrio; y su esperanza no se vio frustrada, por cuanto, derrotado el ejército de aquel y puesto en fuga el mismo, Pirro invadió el reino de Macedonia. Posteriormente, Lisímaco asesina a su yerno Antípatro, que le insidiaba, y mata a su hijo Agatocles, al que odiaba de una forma que no es propia de un hombre.

En esta misma época, fue destruida por un terrible terremoto la ciudad de Lisimaquia, la cual, aplastando a toda la población, se convirtió en un cruel sepulcro.

Lisímaco, por fin, con sus manos llenas de sangre parricida, fue abandonado por todos sus aliados, los cuales, retirándose junto a Seleuco, quien se encontraba de antemano bien dispuesto por ser Lisímaco su rival en el imperio, le exhortan a que declare la guerra a éste. La situación era la de un triste espectáculo: dos reyes, de los cuales Lisímaco tenía setenta y cuatro años y Seleuco setenta y siete, se enfrentan para arrebatar el reino el uno al otro, se mantienen en el campo de

batalla y portan las armas. Éste fue, realmente, el último combate entre los compañeros de armas de Alejandro, pero un combate que se puede reservar como ejemplo de la miseria humana: efectivamente, a pesar de que ellos dos solos poseían todos el orbe de las tierras, una vez que habían muerto ya treinta y cuatro generales de Alejandro, y despreciando el estrechísimo tramo de vejez y vida que les quedaba, pensaban que los límites de todo el mundo eran pocos para su imperio. En esta guerra fue, finalmente, eliminado Lisímaco, tras haber desaparecido o muerto antes de este combate quince hijos suyos. De esta forma, la muerte de Lisímaco se convirtió en el final de la guerra macedónica.

Pero ni siquiera Seleuco pudo disfrutar impunemente de tan gran victoria, ya que tampoco encontró él mismo el descanso de una muerte natural después de setenta y siete años de vida, sino que alcanzó el final de su vida que le fue violentamente arrancaba con una muerte, por así decir, prematura; en efecto, fue rodeado de asechanzas y asesinado con la intervención de Tolomeo, con cuya hermana estaba casado Lisímaco. Tales eran entonces los intercambios de parentesco y alianza entre padres e hijos, entre hermanos y aliados. Todo eso les importaban a ellos las leyes divinas y las humanas.

Y ahora, que se sonrojen con el recuerdo de hechos pasados quienes saben que viven en compañía de enemigos y no sufren ataques, y ello, gracias sólo a la intervención de la fe cristiana y teniendo por medio sólo el carácter sagrado de un juramento. Y para ellos debe quedar esto suficientemente claro, y no porque

sucediera lo que en otro tiempo cuando «...el sacrificio de una cerda sancionaba las alianzas» (Virgilio), sino porque ahora, al poner por testigo entre los romanos y los bárbaros a su Dios y creador, los evangelios ante los cuales se jura hacen guardar tanta fidelidad, cuanta en aquella época no pudo salvaguardar la propia naturaleza entre padres e hijos.

Ahora ya, que el final de la guerra macedónica sea también el final de este libro, sobre todo porque a partir de ahora comienzan las guerras de Pirro y, posteriormente, seguirán las Púnicas.

LIBRO IV. DESDE LA GUERRA CONTRA PIRRO HASTA LA DESTRUCCIÓN DE CARTAGO

Reflexiones en torno al poco valor que, en época de Orosio, se da a calamidades de épocas pasadas. Guerra de Roma contra Tarento y Pirro: captura por parte de los tarentinos de una flota romana; reacción de Roma; llegada de Pirro y su primera victoria sobre los romanos; segundo enfrentamiento en Apulia con victoria romana; Pirro se traslada a Sicilia. A la última victoria romana sigue una peste en la ciudad; tercera derrota de Pirro, su regreso a Grecia y su muerte en Argos. Nuevo levantamiento y derrota de los tarentinos, apoyados ahora por los cartagineses; prodigios ocurridos en Roma en la época; victoria de los romanos sobre los picentinos y nuevos prodigios y desgracias internas: lluvia de leche, sublevación de esclavos entre los vulsinienses, peste en Roma, adulterio y condena de una vestal. Guerras Púnicas: orígenes y costumbres de los cartagineses; campañas cartaginesas, bajo el mando de Maceo, en Sicilia y Cerdeña en época de Ciro; nuevas campañas en Sicilia bajo el mando de Himilcón en época de Darío; conjuración de Hanón para tomar el poder en Cartago en época de Filippo; envío de legados cartagineses a Alejandro tras conocerse la caída de Tiro en manos del general macedonio; derrota de Cartago en Sicilia frente a Agatocles. Comparación entre estas desgracias cartaginesas y las desgracias de época cristiana. Intervención de Roma en Sicilia contra Hierón y los cartagineses, en favor de los mamertinos; huida

de los cartagineses bajo el mando de Aníbal el Mayor; victoria naval de Duilio frente al mismo Aníbal; victoria de L. Cornelio Escipión frente a Hanón, sucesor de Aníbal; traslado de las operaciones a África; episodio de la enorme serpiente abatida por Régulo y sus soldados; primera victoria de Régulo y posterior derrota y captura del mismo al incorporarse Jantipo al frente del ejército cartaginés; intervención de los cónsules Emilio Paulo y Fulvio Nobilior, que logran derrotar a los cartagineses; continuación de las operaciones en África y Sicilia hasta la derrota final de Cartago. La paz y las desgracias que siguieron: inundación e incendio de Roma y enfrentamiento con faliscos y galos cisalpinos. Durante un año permanecen cerradas las puertas de Jano: reflexiones sobre este hecho. Derrota del general cartaginés Hamílcar en España; ejecución de legados romanos entre los ilirios; sacrílegos sacrificios llevados a cabo en Roma; lucha con los galos gesatos. Segunda Guerra Púnica: Aníbal toma Sagunto, pasa los Pirineos y los Alpes y derrota a los romanos junto al Ticino y Trebia. Prodigios ocurridos en Roma en esta época: disminución de la esfera solar, escudos en el cielo, etc.; Trasimeno; Cannas y sus secuelas; Escipión Africano pasa a España y toma Cartagena; el cónsul Levino opera en Sicilia; Hasdrúbal, hermano de Aníbal, es derrotado cuando llevaba refuerzos a su hermano; éxitos de Escipión Africano en España, y su paso y victorias en África. La paz. Guerra Macedónica: victorias de Flaminio en Macedonia y Esparta; distintas operaciones de los pretores en España, Etruria, Siria y Galatia; muerte de Escipión Africano y Aníbal; victoria sobre Perseo. Operaciones de Sergio Galba en España. Tercera Guerra Púnica y destrucción de Cartago.

Cuenta Virgilio que Eneas consolaba a los compañeros que tristemente le quedaban, tras pasar él mismo peligros y naufragios los suyos, con estas palabras: «Quizás en otro

tiempo nos agrade incluso recordar estas calamidades». Esta frase, que fue concebida con gran propiedad en una ocasión, lleva consigo siempre un triple significado por los distintos efectos que produce, a saber: uno, con relación al pasado, cuando éste es considerado tanto más agradable en palabras cuanto más triste se nos transmite en los hechos; otro, con relación al futuro, porque éste es considerado siempre mejor, por cuanto se nos hace más apetecible por hastío del presente; y con relación al propio presente no puede establecerse ninguna comparación justa con desgracias de ninguna otra época, precisamente porque el presente, cualquiera que sea, nos afecta con mayor molestia que el pasado o que el futuro, los cuales, (aunque se nos pinten muy exagerados, no existen en ese momento. Es como si alguien, molesto en la noche por pulgas y sin poder por ello dormir, recuerda casualmente otros insomnios que sufrió largo tiempo en otra ocasión a causa de fiebres altísimas; soportará, sin duda, peor la molestia de las pulgas que el recuerdo de otros insomnios. Pero, aunque de acuerdo con el sentido común pueda parecer que esto es así en consonancia con las circunstancias, sin embargo, ¿habrá alguien acaso que diga abiertamente, incluso en medio de la propia molestia, que las pulgas son más peligrosas que las fiebres? ¿O que acepte de peor grado el tener insomnio estando sano que el no haber podido dormir porque está a las puertas de la muerte? Dado que esto es así, yo, a estos nuestros contemporáneos delicados y quejumbrosos, les concedo, en último caso, que consideren excesivamente graves, porque las sufren, estas desgracias con las cuales ahora, porque así

conviene, somos advertidos; sin embargo, no acepto que las consideren también más graves al compararlas con las pasadas. Es lo mismo que si alguien, al levantarse por la mañana de un lecho blandísimo y de una alcoba comodísima ve que la superficie de los lagos está helada por el frío de la noche y que el campo está blanco, y, tomando como base esta inesperada visión, dice: «hoy hace frío»; este hombre me parecería a mí que no debe ser corregido, porque lo ha dicho siguiendo el uso común o bien su propia convicción. Pero si, tembloroso, vuelve a la alcoba y se cubre tapándose aún más en el lecho, diciendo que sin duda hace tanto frío cuanto no hizo en otro tiempo en los Apeninos cuando Aníbal, atrapado y agobiado por la nieve, perdió elefantes, caballos y gran parte de su ejército, entonces yo a este hombre, que se asusta con la misma facilidad que un niño, no sólo no lo soportaría cuando dice estas cosas, sino que lo sacaría del propio lecho, testigo de su vagancia, para llevarlo ante el pueblo y la muchedumbre; y le mostraría, una vez que estuviera fuera, a los niños jugando, disfrutando y sudando en y con el hielo, para que su vana locuacidad, viciosamente alimentada de molicie, aprendiera que no es violencia lo que hay en el tiempo, sino pereza en él; y para que ese mismo charlatán, cuya locuacidad ha de ser valorada en contraste con la realidad, se convenza, no de que las molestias que sus mayores soportaron fueron pequeñas, sino de que es él el que no es capaz de soportar ni siquiera las pequeñas.

Pero todo esto lo probaré con mayor evidencia trayendo a la memoria las propias desgracias de los antepasados comenzando en primer lugar, según el orden de los tiempos,

por la guerra de Pirro. La causa y el origen de la misma fueron los siguientes.

1.

En el año 464 de la fundación de la ciudad, los tarentinos, cuando vieron, mientras estaban en un espectáculo teatral, que la armada romana pasaba casualmente por allí, la atacan hostilmente; apenas cinco naves pudieron librarse mediante la huida; el resto de la armada fue arrastrado hacia el puerto y allí fue totalmente aniquilada; los capitanes de las naves fueron ejecutados, los soldados aptos para la guerra asesinados y los restantes vendidos por dinero. Los legados que fueron inmediatamente después enviados por los romanos a Tarento para quejarse por las injurias recibidas, fueron expulsados por los tarentinos recibiendo injurias aún mayores. Por todo ello estalló una cruel guerra. A los romanos, que calcularon la calidad y cantidad de enemigos que les atacarían, les obligó la necesidad extrema a poner en armas incluso a los proletarios, es decir, a alistar en el ejército a aquellos que estaban siempre sin hacer nada por la ciudad con la única finalidad de suministrar descendientes: y es que es inútil preocuparse por la prole, si no se mira por los peligros presentes.

Así pues, un ejército romano bajo el mando del cónsul Emilio ataca todos los territorios de los tarentinos, asola todo a fuego y hierro, asalta muchas fortificaciones y vengó cruelmente la injuria desacostumbrada que habían recibido. Después, las fuerzas tarentinas, apoyadas ya por muchos

destacamentos de pueblos vecinos, se vieron incrementadas sobre todo por Pirro, el cual, a causa de la magnitud de sus fuerzas y de sus proyectos, se atrajo para si la dirección y representación de la guerra. Efectivamente, con la intención de vengar las injurias hechas a Tarento, por cuanto era una ciudad fundada con espartanos y unida por la sangre a Grecia, trajo todas las fuerzas del Epiro, Tesalia y Macedonia; fue el primero, incluso, que trajo a Italia veinte elefantes, hasta ahora desconocidos por los romanos. Era un enemigo terrible por tierra y por mar, por sus hombres y sus caballos, por sus armas y sus bestias, y, finalmente, por sus fuerzas y sus engaños. El único reparo es que, engañado por ambigua respuesta de aquel falaz oráculo y embustero charlatán de Delfos, al que ellos consideraban como un gran adivino, consiguió lo mismo que otro que no hubiese consultado.

Pues bien, la primera batalla entre el rey Pirro y el cónsul Levino se entabló junto a la ciudad campana de Heraclea y en las proximidades del río Siris; el día se consumió en un sangriento enfrentamiento, estando todos dispuestos, por uno y otro bando, a morir, sin acordarse de la huida. Pero cuando los romanos vieron a los elefantes introducidos entre las filas que combatían, con su amenazante aspecto, su malsano olor, y su terrible corpulencia, sorprendidos y aterrorizados por el nuevo tipo de combate, se dieron a la fuga, al asustarse sobre todo los propios caballos. Sin embargo, cuando Minucio, el centurión de la primera compañía de hastados de la cuarta legión, cortó con su espada la trompa extendida hacia él de un elefante y obligó al animal, atormentado por el dolor de la

herida, a alejarse del combate y a enfurecerse con los suyos, y los soldados de Pirro comenzaron a asustarse y a perturbarse por la loca carrera del elefante, se impuso el final de la batalla, aconsejado también por la llegada de la noche.

La vergonzosa huida de los romanos fue el indicio de que ellos fueron los derrotados: de ellos se dice que cayeron catorce mil ochocientos ochenta soldados de a pie y que fueron capturados mil trescientos diez; en cuanto a soldados de a caballo cayeron doscientos cuarenta y seis y fueron capturados ochocientos dos; se perdieron veintidós estandartes. No se nos ha transmitido, del otro lado, qué cantidad de aliados de Pirro murieron, sobre todo porque es costumbre de los historiadores antiguos no reseñar el número de muertos del bando vencedor para que sus pérdidas no manchen la gloria de la victoria; sólo lo recuerdan casualmente cuando los caídos son muy pocos, con el fin de que la escasez de pérdidas aumente la admiración y el miedo hacia su valor; tal, por ejemplo, sucedió con Alejandro Magno con ocasión del primer combate de la guerra pérsica: se dice que sólo le faltaron en su ejército nueve soldados de a pie frente a los casi cuatrocientos mil enemigos muertos. Sin embargo, el propio Pirro manifestó a sus dioses y a los hombres la magnitud del desastre que sufrió en esta batalla, al fijar en el templo de Júpiter Tarentino una inscripción, en la que grabó esto: «He vencido, gran Padre del Olimpo, en el campo de batalla a los que hasta ahora habían sido invictos; pero también he sido vencido por ellos.» Y cuando sus aliados le preguntaron con reproches por qué él, que había vencido, se consideraba derrotado, se dice que

respondió: «En verdad que, si vuelvo a vencer de la misma forma otra vez, volveré al Epiro sin un solo soldado.»

Entretanto, el ejército romano, que, en su derrota, huyó clandestinamente del campamento, vio aumentado y engrosado el triste desastre bélico con fenómenos aún más graves; efectivamente, una hostil, por así decir, tormenta que se desencadenó, derrumbó con sus funestos rayos a unos forrajeadores que casualmente se habían adelantado y a los cuales sorprendió con horrible fragor del cielo. Y es que la propia tormenta postró a treinta y cuatro de ellos; veintidós quedaron medio muertos, los animales sin vida y alcanzados en su mayoría, de forma que con razón se puede decir que ocurrió aquella tormenta no como presagio de un desastre futuro, sino como auténtico desastre.

El segundo enfrentamiento entre Pirro y los cónsules romanos tuvo lugar en territorio de Apulia; en él, las pérdidas cayeron de ambas partes, pero sobre todo del lado de Pirro, mientras que la victoria cayó del lado romano; y es que Pirro, tras haber luchado todos a muerte durante largo tiempo y con gran violencia, cuando el resultado de la victoria era todavía dudoso, fue el primero que se retiró del combate, con un brazo atravesado por una herida. Pero también fue herido, en aquella ocasión, el legado Fabricio. Al comienzo de la batalla, los elefantes se vieron libres de heridas y fueron sujetados para que no pudieran darse a la fuga; pero después, hostigados por el fuego arrojado bajo sus delicadas partes traseras, fueron la perdición de los suyos al llevar ardiendo con agitada locura los aparejos que tenían encima.

En esta batalla murieron cinco mil romanos; del ejército de Pirro, por su parte, cayeron veinte mil. Del rey fueron capturados cincuenta y tres estandartes, mientras que los romanos perdieron once. Pirro, destrozado en la guerra y atraído hacia el imperio siciliano tras la muerte del rey siracusano Agatocles, se retiró a Siracusa.

2.

Pero las desgracias romanas no tienen tregua. Los intervalos entre las guerras son consumidos por las desgracias de las enfermedades y cuando en el exterior se cesa en la lucha, en el interior se desata la ira del cielo. Efectivamente, en el año del segundo consulado de Fabio Gurges y del primero de Gayo Genucio Clepsina, se extendió por la ciudad y por su territorio cercano una grave peste, la cual, afectando sobre todo a mujeres y animales, impedía el nacimiento de nuevas criaturas al destruir los fetos en el útero; se producían forzados abortos en partos prematuros con gran peligro para las madres; y ello, hasta tal punto, que se pensaba que, roto el orden normal de los partos con vida, iba a faltar la descendencia e iba a desaparecer la especie de los seres vivos.

Entretanto, el cónsul Curio se enfrenta a Pirro a la vuelta de éste de Sicilia; este tercer combate con los epirotas tuvo lugar en Lucania, concretamente en la comarca de Arusma. En un primer choque, cuando los soldados de Pirro se aterrorizaron por la presión romana y tramaban, buscando el momento oportuno para la huida, dejar la lucha, Pirro mandó

traer los elefantes de la reserva. Los romanos, acostumbrados ya a luchar contra estos animales, tras haber preparado dardos incendiarios envueltos en estopa, untados con resina y de firme adherencia a causa de los curvos garfios de las puntas, y tras lanzarlos a los lomos de los animales y a las torres que llevaban estos encima, obligaron a dar la vuelta sin dificultad, para perdición de los mismos en cuya ayuda habían venido, a estas bestias enfurecidas por el fuego. Dicen que Pirro contó en esta batalla con ochenta mil soldados de infantería y seis mil de caballería. De ellos se dice que murieron treinta y tres mil y que fueron capturados mil trescientos.

Pirro, derrotado, se marchó por fin de Italia al quinto año después de haber venido, y, tras las muchas y crueles guerras que protagonizó, murió herido por una piedra en Grecia, concretamente en Argos, floreciente ciudad de Acaya, a donde había ido atraído por la codicia del reino espartano.

En esta misma época también, fue enterrada viva junto a la puerta Colina la virgen vestal Sextilia, convicta y condenada por adulterio.

3.

En el año 475 de la fundación de la ciudad, los tarentinos, enterados de la muerte de Pirro, toman de nuevo las armas contra los romanos; piden ayuda por medio de legados a los cartagineses, y la reciben. Entablado el combate, vencieron los romanos; en este momento los cartagineses, aunque todavía no

eran enemigos declarados de los romanos, comprendieron sin embargo que podían ser derrotados por ellos.

Al año siguiente, el rigor de los romanos segó la existencia de buena parte de sus esencias vitales; en efecto, tiempo atrás, cuando Pirro venía a Italia, la octava legión, desconfiando de las posibilidades romanas, se atrevió a hacer un crimen inaudito, ya que mató a todos los habitantes de la ciudad de Regio, al frente de cuya guarnición se hallaba. Ella misma se apoderó para sí de todo el botín y de la propia fortaleza. Ahora, los romanos encargaron al cónsul Genucio que castigara esta acción en la persona de tan criminales desertores; el cónsul, asediando la fortaleza y capturando a todos sus habitantes, proporcionó justo castigo a los prófugos y ladrones no romanos; a los soldados romanos de toda la legión los envió a Roma, donde, por mandato del pueblo, fueron abatidos a palos y ejecutados con hachas en mitad del foro.

En esta ocasión Roma, a pesar de que aniquiló a toda una legión suya, apareció como vencedora; hubiera sido sin duda derrotada, si hubiese perdido a esta misma legión en el campo de batalla enemigo.

4.

En el año 478 de la fundación de la ciudad se vieron en Roma o llegaron a ella noticias de horribles y graves prodigios. El templo de la diosa Salud fue fulminado por un rayo; parte del muro de la ciudad en esta misma zona fue alcanzado desde el cielo, según suele decirse. Tres lobos, que

entraron en la ciudad antes de llegar el día, arrastraron por el foro un cadáver medio comido y lo abandonaron hecho pedazos al ser asustados por el ruido de las personas. En Formias fueron quemadas y derruidas las murallas tras ser alcanzadas por multitud de rayos. En el territorio de Cales, una llama que salió de repente al abrirse un hueco en la tierra y que estuvo ardiendo terriblemente durante tres días y tres noches convirtió en cenizas cinco yugadas del territorio, dejándolo todo completamente seco, de forma que se dice que consumió no sólo los frutos sino también los propios árboles con sus raíces mas profundas.

Al año siguiente, el cónsul Semprorio condujo el ejército contra los picentinos, y cuando uno y otro ejército estaban alineados a una distancia de tiro de dardo, de pronto la tierra tembló con horrendo fragor de forma que uno y otro bando, asustado por el estupor que les produjo el prodigio, se quedó entontecido. Tras permanecer atónitos durante largo tiempo, los soldados de uno y otro lado no se atrevieron a empezar el combate, por cuanto sopesaban de antemano la responsabilidad de dar el primer paso. Finalmente, provocado el avance, iniciaron el combate. Esta batalla fue tan desastrosa que con razón se dice que la tierra tembló dando incluso un horrible gemido al tener que recibir tan gran cantidad de sangre humana. Vencieron los romanos, pero sólo los pocos que lograron escapar vivos del combate.

En el año 480 de la fundación de la ciudad se vio, entre otros muchos prodigios, manar sangre de la tierra y leche del cielo. En muchos lugares en efecto, corrió la sangre que brotaba de las fuentes y la tierra fue regada por una especie de lluvia de leche que caía gota a gota de las nubes, lluvia que, en opinión de ellos, fue fatal.

En esta época los cartagineses, al ser acusados por el senado romano mediante legados de haber ayudado a los tarentinos en contra de los romanos, sumaron la vergonzosa mancha de la ruptura del tratado al perjurio que ya habían cometido

También en esta época, los vulsinienses, los más ricos de los etruscos, por poco desaparecen por su afán de lujo, ya que, ampliando, de acuerdo con sus costumbres, las libertades, hicieron poco a poco libres a sus esclavos, los admitieron en los banquetes, los honraron con matrimonios; pero los libertos, aceptados en algunos derechos, tramaron apoderarse de todos los demás mediante el crimen; libres del yugo de la esclavitud, ardieron en el deseo de ser ellos los dueños; y a los que antes como dueños habían justamente apreciado, ahora, ya libres, los odian precisamente porque recuerdan que fueron sus dueños.

En consecuencia, los libertos (cuyo número era tan grande que cometieron su osada acción sin resistencia por la parte contraria), uniéndose en la acción, reivindicaron el dominio de la ciudad para su propia clase: se apropian por medio del crimen de los bienes y de las esposas de sus dueños, destierran a sus antiguos amos, los cuales, tristes, desterrados e indigentes, se dirigen a Roma; allí, tras manifestar su desgracia y llorar sus

reclamaciones, fueron vengados y restituidos a su patria gracias al rigor de los romanos.

En el año 481 de la fundación de la ciudad afectó a Roma una gran peste, cuya atrocidad me conformo con apuntar, ya que no puedo explicarla totalmente con palabras; en efecto, si nos preguntamos por el tiempo que duró, fueron mas de dos años los que duró su azote; si nos preguntamos por la despoblación que produjo, ahí esta publicado el censo, que puede descubrir no cuántos hombres murieron, sino cuántos quedaron; si lo hacemos por la virulencia con que se presentó, son testigos los libros sibilinos que respondieron que ésta había sido enviada por la ira celeste. Y para que a nadie le entre la tentación de hacer un chiste, porque, donde la Sibila dijo «los dioses airados», a mí me parece que dijo «la ira celeste», que sepan y oigan todos que estas desgracias, aunque muchas veces suceden por intervención de poderes celestes, sin embargo no suceden en absoluto sin el arbitraje de Dios Todopoderoso.

En esta misma época murió ahorcada la virgen vestal Caparonia, acusada de adulterio; su corruptor y los siervos que ocultaron el hecho fueron también llevados al suplicio.

Éstas son, de manera ininterrumpida, la importancia y el número de las muchas desgracias que hemos enumerado y que tuvieron lugar a lo largo de todos estos años, de los cuales en muy pocos o en casi ninguno dejó de suceder alguna desgracia. Y esto lo he hecho a pesar de que los propios historiadores, cuya única finalidad consciente era la de alabar, evitaban enumerar estas desgracias para no molestar a los lectores para

los cuales o acerca de los cuales se escribían estas cosas y para no dar la impresión de que intentaban aterrorizar más que instruir a sus oyentes con los ejemplos pasados. Nosotros, sin embargo, que vivimos ya en el final de los tiempos, no podemos conocer las desgracias de los romanos sino a través de aquellos que alabaron a los romanos. Por lo cual se puede entender fácilmente cuan grandes serían aquellas desgracias que fueron conscientemente eliminadas, a causa de su horror, de los libros de historia, cuando se descubren tantas otras que hemos podido aislar sutilmente del conjunto de alabanzas.

6.

Y dado que a partir de este momento van a tener lugar las guerras púnicas, la propia situación exige que se diga algo, aunque sea poco, sobre Cartago, de la cual consta, según señalan Pompeyo Trogo y Justino, que fue fundada por Elisa setenta y dos años antes de la fundación de Roma.

Los cartagineses alimentaron siempre, entre ellos, un mal que les era propio e interno: la discordia; y dado que éste los acosaba continuamente para su desdicha, nunca conocieron ningún momento ni próspero en el extranjero, ni tranquilo en el interior. Es más, cuando, entre otros males, eran acosados también por la peste, tenían como remedio los homicidios: ofrecían, en efecto, a las personas como víctimas y llevaban al sacrificio a los jóvenes, los cuales provocaban misericordia incluso a los enemigos. De este rito sagrado, o mejor, de este tipo de sacrilegios, no encuentro qué es lo que más se debe

desechar. Pues si estos ritos fueron osadamente ordenados por algunos malos espíritus, con el fin de purgar las muertes de unas personas con el asesinato de otras, hay que concluir que esos propios malos espíritus fueron los causantes y favorecedores de la peste, y que lo hicieron para matar ellos mismos a aquellos a los que no había afectado la peste. Y es que la costumbre es ofrecer víctimas sanas e incorruptas para de esta forma prevenir, no curar las enfermedades.

La consecuencia es que los cartagineses, con los dioses en contra a causa de ritos de este tipo, según confiesan Pompeyo Trogo y Justino, pero por la ira de Dios a causa de su presunción e impiedad, según está claro ya en nuestros días, tras fracasar militarmente durante largo tiempo en Sicilia y trasladar el campo de operaciones a Cerdeña, fueron de nuevo aquí vergonzosamente derrotados. Por ello desterraron a su general Maceo y a los pocos soldados que quedaron. Los desterrados, al ser rechazados cuando por medio de legados pidieron perdón, decidieron rodear a su propia ciudad con las armas y el asedio. En aquella ocasión, el jefe de los desterrados, Maceo, a su propio hijo Cartalón, sacerdote de Hércules, que había salido a su encuentro vestido de púrpura, como si fuera a recriminarle, le colgó ante los ojos de la propia ciudad de una cruz, vestido, tal como estaba, con la púrpura e insignias sacerdotales. Pocos días después tomó la propia ciudad; pero él mismo fue después asesinado, ya que, ejecutando a la mayoría de los senadores, ostentaba el poder con gran crueldad. Todo esto sucedió en época del rey persa Ciro.

Posteriormente, el rey cartaginés Himilcón perdió de repente a su ejército a causa de una terrible peste, cuando se encontraba guerreando en Sicilia; todo fue rapidísimo: en un momento fueron todos afectados por las enfermedades, cayendo los hombres a montones; e inmediatamente después murieron, y ya ni se los enterraba. Cuando el portador de esta noticia llenó de repentino llanto a la atónita Cartago, la ciudad se vio turbada como si hubiese sido tomada ella misma. Toda la ciudad tronaba con alaridos, las puertas estaban cerradas por todas partes, todas las obligaciones tanto privadas como públicas fueron abandonadas; todos corren hacia el puerto y preguntan por los suyos a los pocos que bajaban de las naves y que habían escapado del desastre. Y cuando, por el silencio o por los gemidos de estos, se enteran, desgraciados, de la desaparición de los suyos, se oían por todas partes, ya las voces de los que se lamentaban a lo largo de todo el litoral, ya los alaridos y lamentables quejas de las desconsoladas madres. En esto, avanza desde la nave el propio general, ceñido con una sucia túnica de esclavo: tropeles de personas lamentándose se agrupan a su alrededor. Y él, extendiendo sus manos al cielo, lamenta y llora, ya la propia desgracia, ya la pública; finalmente, dando voces por las calles de la ciudad y entrando por fin en su casa, despidió con el último adiós a todos los que le seguían con lágrimas; luego, cerradas las puertas y echados fuera incluso sus hijos, puso fin a su dolor y a su vida con la espada. Todo esto sucedió en la época de Darío.

Posteriormente, cierto personaje cartaginés, llamado Hanón, que superaba con sus propias riquezas los recursos

todos del estado, sintió el deseo de apoderarse del mando. Para ello pensó que la mejor solución era envenenar en un banquete, simulando unas bodas de su única hija, a todos los senadores cuya dignidad podía, en su opinión, estorbar a sus planes. Este plan fue descubierto por sus siervos y evitado sin recurrir al castigo, por temor a que le acarrease a este hombre tan poderoso mayor beneficio la divulgación de su complot que el propio complot. Hanón, burlado de esta forma, se dispone a llevar a cabo su acción con otro procedimiento. Subleva a los esclavos para, con ellos, tomar de repente la desprevenida ciudad. Pero cuando se dio cuenta, antes del día fijado para la matanza, que había sido traicionado y descubierto de antemano, ocupa una fortaleza con veinte mil esclavos armados. Allí es capturado cuando pretendía sublevar a los africanos y al rey de los mauros: golpeado primero con palos, privado después de los ojos y rotas sus manos y sus piernas, como si tuviera que pagar el castigo con cada uno de sus miembros, es finalmente ejecutado en presencia del pueblo. Su cuerpo destrozado por los azotes fue clavado en una cruz y sus hijos y parientes fueron todos entregados al suplicio, para que nadie de su familia intentase nunca o bien imitarle o bien vengarle. Esto sucedió en tiempos de Filipo.

Pasado el tiempo, los cartagineses, cuando se enteraron de que la ciudad de Tiro, que fue su fundadora, había sido capturada y destruida por Alejandro Magno, temerosos de que éste intentase después el paso a África, enviaron, para que investigara las acciones de Alejandro, a un tal Hamílcar, de sobrenombre Rodano, hombre sobresaliente por su facilidad de

palabra y su habilidad. Éste, recibido por Parmenión como prófugo, y admitido posteriormente en el propio ejército del rey, mandaba todas las noticias a sus conciudadanos por medio de tablillas escritas y cubiertas después por encima con cera. A su vuelta a Cartago, una vez muerto Alejandro, le ejecutaron, como si hubiese intentado vender la ciudad al rey, no tanto por ingratitud como por cruel envidia.

Posteriormente, después de llevar a cabo continuas y nunca lo suficientemente prósperas guerras contra los sicilianos y después de haber sitiado la ciudad de Siracusa, la más próspera entonces de Sicilia, se vieron arrastrados a la más extrema desesperación, sorprendidos por la extraordinaria habilidad del rey siciliano Agatocles. Efectivamente, Agatocles, al verse asediado junto a Siracusa por los cartagineses y viendo que, en preparación de tropas, él se encontraba en condiciones inferiores para la lucha, y que, con el dinero que tenía para pagar a sus soldados, no podría aguantar un asedio, tras tomar una decisión bien pensada y mejor disimulada, pasó a África con todo su ejército; allí descubre sus planes a sus soldados y les instruye después sobre lo que se debe hacer. Inmediatamente, queman todos juntos las naves en las que habían venido para que no quedase ninguna esperanza de huida. Luego, destrozando todo lo que encontraba y quemando casas de campo y fortalezas, se encontró de frente con un tal Hanón, que mandaba treinta mil cartagineses; mata a éste con dos mil de sus soldados. Él perdió en este choque sólo dos soldados. Increíblemente rotos los ánimos de los africanos y

envalentonados los de los soldados de Agatocles por esta batalla, asalta ciudades y fortalezas, hace grandes botines y asesina a millares de enemigos. Estableció después el campamento a cinco millas de Cartago para que se pudieran ver desde los muros de la propia ciudad los daños que hacía a sus riquezas, el destrozo de los campos y los incendios de las casas de campo. Se suma a los males presentes un rumor todavía más triste, por cuanto se anuncia que el ejército africano ha sido destruido juntamente con su general en Sicilia: era verdad que Andrón, hermano de Agatocles, lo había aplastado al sorprenderlo desprevenido y casi ocioso. Extendido por toda África este rumor, comienzan a hacer defección no sólo las ciudades tributarias, sino también los reyes aliados; entre ellos, incluso el rey de Cirene, Afelas, pactó con Agatocles una alianza bélica, por cuanto ambiciona ardientemente el mando de África. Pero una vez que tuvieron en común los ejércitos y los cuarteles, Afelas, envuelto por Agatocles en lisonjas y asechanzas, es asesinado. Los cartagineses, reuniendo tropas de todas partes, arden por hacer la guerra. Agatocles, que tenía consigo las tropas de Afelas, se enfrenta a ellos y los supera en un terrible combate con gran derramamiento de sangre por una y otra parte. Tras la crítica situación subsiguiente a esta batalla, los cartagineses llegaron a tal extremo de desesperación que, a no ser porque se levantó una rebelión en el ejército de Agatocles, se hubiese unido a éste, juntamente con su ejército, el general cartaginés Bomílcar, el cual, por esta traición, dio ocasión a los suyos de ver un cruel

espectáculo, al ser colgado en un patíbulo en mitad del foro por mandato de los cartagineses.

Posteriormente los cartagineses se entregaron por fin a la guerra con Roma cuando, tras recorrer devastadoramente Sicilia, una vez muerto Agatocles, con su armada en son de guerra, fueron superados continuamente en enfrentamientos terrestres y navales por el rey epirota Pirro al que se había hecho venir desde Italia.

¡Oh dolor! ¿No leen acaso estos desastres de los antiguos quienes ahora se quejan de los recientes? Sí los leen, pero no los explican con equidad, sino con envidia. Se ven agujoneados en efecto por ese gran e inexplicable agujijón que ni ellos mismos comprenden: no porque estos sean tiempos malos, sino porque son tiempos cristianos; y la consecuencia de esta ulcerosa envidia es que, cualquier cosa que suceda en circunstancias detestables, de antemano parece ser más atroz. De la misma forma, también en nuestro ambiente, a los ojos de los enemigos suele parecer que aquellos a quienes odian no hacen ni en palabras ni en hechos nada que no sea depravado, nada que no sea vergonzoso, nada que no sirva sino para herirles; y esto lo piensan con toda tranquilidad. Y es que la envidia tuerce tanto al corazón del que se apodera, como odia al que es recto por naturaleza. Estos contemporáneos nuestros pertenecen a este tipo de envidiosos; pero son mucho más dignos de misericordia por cuanto son enemigos de Dios y consiguientemente enemigos de la verdad; de ellos digo yo estas cosas llorando; a ellos les recrimino piadosamente, si es que se dejan, con el fin de sanarlos a ellos, que miran a esta

nuestra época con ojos enfermizos y, en consecuencia, los males que ven les parecen el doble de males; ellos que, confundidos por la niebla de la maldad, caen en el vicio de ver más cuando menos ven, a pesar de que no pueden ver la realidad tal como es; ellos, que consideran más graves los azotes de un padre que los incendios del enemigo; ellos, que llaman más duro al Dios que invita amablemente, que aconseja y redime, que al diablo que persigue, domina y destroza. Pero si ellos entendieran de las obligaciones de un padre, se alegrarían con su castigo; y si vieran de antemano los frutos de la ciencia, les parecería llevadero el aprendizaje; y por la esperanza que ahora se da a los pueblos y que antes no se dio, considerarían más leves los males, aunque tuvieran que soportarlos más duros; incluso el desprecio a las desgracias pueden aprenderlo también de sus conciudadanos, entre los cuales los más grandes males son tenidos como grandes bienes con tal de conseguir la célebre e ilustre gloria de la fama; gracias a éstos podemos nosotros, a quienes se nos promete una eternidad bienaventurada, colegir cuántos males deberíamos soportar en esta vida, cuando ellos pudieron aguantar tantos en aras de la fama.

7.

En el año 483 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Apio Claudio y Quinto Fabio, los romanos enviaron como ayuda de los mamertinos, cuya capital era la noble ciudad siciliana de Mesina, en su lucha contra el rey

siracusano Hierón y las tropas cartaginesas aliadas con Hierón, al propio cónsul Apio Claudio al frente del ejército. El cónsul derrotó a siracusanos y cartagineses tan rápidamente, que incluso el propio rey de Siracusa, aterrorizado por tamaña acción, confesó que fue derrotado antes de entablar el combate; éste, destruido su ejército y perdida la confianza, consiguió la paz tras pedirla humildemente, aunque previo pago, por orden de los cónsules, de doscientos talentos de plata. A continuación los cónsules sitian con operaciones de asedio y con una empalizada la ciudad siciliana de Agrigento y, en ella, a la guarnición cartaginesa. En el momento en que el general cartaginés Aníbal el Viejo se veía ya reducido a una situación de angustia extrema, Hanón, el nuevo general cartaginés, interviniendo de improviso con mil quinientos jinetes, treinta mil soldados de infantería y treinta elefantes, logro retrasar un poco la toma de la ciudad; pero inmediatamente después fue tomada. Los cartagineses fueron deshechos y derrotados en un duro combate; once elefantes cayeron en manos de los romanos; y los de Agrigento fueron vendidos como prisioneros de guerra. Aníbal el Viejo logró escapar en compañía de unos pocos rompiendo el cerco.

En el año del consulado de Gneo Cornelio Asina y Gayo Duilio, mientras Aníbal el Viejo asolaba las costas de Italia con una armada dotada de setenta naves, los romanos ordenaron, también ellos, construir y equipar una armada; ejecutó el encargo rápidamente el cónsul Duilio, ya que a los sesenta días de haber sido cortados los árboles estaba ya anclada una armada de ciento treinta naves. Cornelio Asina, el otro cónsul,

se dirigió con dieciséis naves a la isla de Lípára, donde fue capturado por la perfidia cartaginesa y ejecutado en la prisión, tras haber sido atraído por Aníbal con la apariencia de entablar una conversación sobre la paz. Cuando Duilio, el otro cónsul, tuvo noticias de esto, marcha con treinta naves al encuentro de Aníbal. Entablado un combate naval, Aníbal, hundida la nave en que iba, escapó escondido en una lancha; se dice que fueron capturadas treinta y una naves de Aníbal, hundidas trece, tres mil hombres eliminados y siete mil capturados.

Posteriormente, en el año del consulado de Gayo Aquilio Floro y Lucio Cornelio Escipión, los cartagineses, con el pretexto de defender a sardos y corsos, pusieron al frente de la campaña naval a Hanón, sustituto de Aníbal. Éste, vencido por el cónsul Escipión, y perdido su ejército, se introdujo en las compactas filas enemigas, donde perdió la vida.

En este mismo año tres mil siervos y cuatro mil aliados navales se conjuraron contra Roma; y si no hubiese sido porque una traición anticipada descubrió el complot, la ciudad, totalmente desprovista de guarnición, hubiera caído en manos de esclavos.

8.

Al año siguiente, el cónsul Calatino, al dirigirse a la ciudad siciliana de Camerina, condujo temerariamente el ejército a un paso estrecho que ya hacía tiempo había sido ocupado por tropas cartaginesas; cuando ya el cónsul no tenía ninguna posibilidad de resistir ni de escapar, fue liberado gracias a la

valerosa intervención de Calpurnio Flama; éste, con un grupo escogido de trescientos hombres, ocupó el montículo del que se habían apoderado los enemigos y atrajo hacia él, enfrentándose a ellos, a todos los cartagineses, hasta que el ejército romano pasó el desfiladero sitiado, sin ser molestado por el enemigo. Perdieron la vida en este combate todos los trescientos soldados; sólo logró escapar Calpurnio, aunque herido en muchos sitios y oculto entre los cadáveres.

Aníbal el Viejo, puesto al frente de la armada de nuevo por los cartagineses, tras tener con los romanos un desafortunado choque naval y ser derrotado, murió apedreado en una sublevación de su propio ejército. El cónsul Atilio recorre y asola las famosas islas sicilianas de Lípara y Melita.

Los cónsules, a los que se ordena ahora llevar el campo de operaciones a África, se dirigen con trescientas treinta naves a Sicilia; a su encuentro salen el general cartaginés Hamílcar y el prefecto de la armada Hanón. Entablado el combate naval, los cartagineses, dándose a la fuga, perdieron sesenta y cuatro naves. Los victoriosos cónsules se dirigen a África y la primera ciudad a la que obligan a rendirse es Clipea. Desde aquí, en el camino hacia Cartago, saquearon trescientas o más fortificaciones; dieron la vuelta a Cartago en formación de combate. El cónsul Manlio, regresando de África con la armada vencedora, llevó a Roma veintisiete mil cautivos, con gran cantidad de botín.

Régulo, a quien le toco en suerte llevar a cabo la guerra contra Cartago, movió el ejército y asentó el campamento no

lejos del río Bagrada. En este lugar, al ser devorados por una serpiente de extraordinaria longitud un grupo de soldados que bajó al río para abastecerse de agua, el propio Régulo descendió con el ejército para destruir a la bestia; pero como los dardos no atravesaban su piel y era inútil todo lanzamiento de flechas —flechas que resbalaban por su horrible entramado de escamas como por un caparazón de escudos colocados oblicuamente y que eran rechazadas de una forma admirable por el propio cuerpo, de manera que era imposible herirla— y como, además, veía el cónsul que gran número de sus soldados era abatido por los mordiscos del animal, era aniquilado por sus ataques y asfixiado por el pestífero olor que de ella emanaba, mandó traer las armas arrojadizas, por medio de las cuales incrustó enormes piedras en su cuerpo espinoso y logro deshacer la trabazón de todo su cuerpo. Y es que la naturaleza de una serpiente es tal que, aunque parece no tener pies, sin embargo está equipada de vértebras y de escamas, que tiene dispuestas de modo semejante desde la parte alta del cuello hasta el bajo vientre, de tal forma que se sirve de las escamas como si fueran uñas y de las vértebras como si fueran piernas. No es, pues, como una lombriz, que no tiene una espina dorsal rígida y que consigue el movimiento extendiendo poco a poco hacia adelante las partes contraídas de su pequeño cuerpo y contrayendo las extendidas, sino que, sirviéndose de movimientos alternos, arrastra en círculos sus sinuosos flancos, de forma que, curvando exteriormente su tronco, despliega la rígida formación de sus vértebras, mientras que en la parte de arriba donde las vértebras son rectas por naturaleza, clava las

puntas de sus escamas; al hacer esto de una forma alternada y rápida, no sólo se desliza horizontalmente, sino que asciende también en círculo, provista, por así decir, de tantos pies cuantas vértebras tiene. Ésta es la causa de que, si en alguna parte de su cuerpo, desde el bajo vientre hasta la cabeza, es machacada por algún golpe, ya no puede, impotente, caminar, por cuanto, cualquiera que sea el sitio donde haya caído el golpe, se desarticula la espina gracias a la cual se convertían en pies las vértebras y se hacían los movimientos del cuerpo. Por eso también esta serpiente de que antes hablábamos, la cual aguantó, invulnerable, durante tanto tiempo tan gran cantidad de dardos, se debilitó ante el golpe de una sola piedra; posteriormente, acribillada por todas partes con flechas, fue fácilmente reducida. El pellejo de esta serpiente fue llevado a Roma (se dice que su longitud era de ciento veinte pies) y durante algún tiempo maravilló a muchos.

Régulo protagonizó después un cruel combate contra tres generales, a saber: los dos Asdrúbal y Hamílcar, que había sido llamado de Sicilia. En esta batalla cayeron diecisiete mil cartagineses, fueron capturados cinco mil, dieciocho elefantes arrebatados y ochenta y dos fortalezas sometidas a los romanos.

9.

Los cartagineses, rotos por las guerras y aniquilados por las pérdidas, pidieron la paz a Régulo: pero, al conocer las intolerables y duras condiciones de la paz, pensando que era

mejor morir luchando que vivir en tristes condiciones, decidieron comprar mercenarios no sólo hispanos y galos, de los cuales ya hacía tiempo que tenían, sino también griegos. Ponen, pues, como general al frente de las operaciones al jefe lacedemonio Jantipo, que había venido con tropas auxiliares. Jantipo, tras inspeccionar las tropas cartaginesas y sacarlas a campo abierto, entabló combate con los romanos, una vez que había hecho cambiar para mucho mejor los contingentes bélicos. En esta ocasión la derrota de las fuerzas romanas fue enorme, ya que en este enfrentamiento cayeron treinta mil romanos. Régulo, aquel que había sido un gran general, fue capturado con quinientos hombres y, encadenado, fue motivo de un gran triunfo para los cartagineses en el décimo año de la guerra púnica.

Por su parte, los cónsules Emilio Paulo y Fulvio Nobilior, enterados de la cautividad de Régulo y del desastre del ejército romano, al ordenárseles que se trasladen a África, se dirigen a Clipea con una armada de trescientas naves. Al mismo lugar se dirigen también en seguida los cartagineses con una armada semejante. El combate naval no pudo ya retrasarse. Fueron hundidas ciento cuatro naves cartaginesas y capturadas, con su tripulación, treinta, aparte de los treinta y cinco mil soldados cartagineses desaparecidos: de los romanos, por su parte, fueron hundidas nueve naves y perdieron la vida mil cien soldados. Los cónsules establecen el campamento junto a Clipea. Hacia allí se dirigen, de nuevo, con un gran ejército los dos Hanones, generales cartagineses, y, entablado el combate, perdieron nueve mil soldados.

Pero —como en aquella época la felicidad no era nunca muy larga entre los romanos y cualquier éxito era enormemente tapado por enormes losas de desgracias—, cuando la armada romana volvía a Italia cargada de botín, fue destruida en un infando naufragio; se perdieron, en efecto, doscientas veinte de las trescientas naves; solo ochenta escaparon al desprenderse de la carga.

El general cartaginés Hamílcar, enviado con el ejército a Numidia y Mauritania, tras castigar hostil y cruelmente a todos sus habitantes, porque se decía que habían recibido benévolamente a Régulo, condenó a los que quedaron a un pago de mil talentos de plata y veinte mil bueyes. A los principales de todas las poblaciones los colgó del patíbulo.

Al tercer año, como quiera que la indómita locura se olvida siempre de los peligros con rapidez, los cónsules Servilio Cepión y Sempronio Bleso, pasando a África con doscientas sesenta naves, asolan toda la costa marítima que se encuentra alrededor de las Sirtes, y, entrando después a lugares mas interiores, arrastraron gran cantidad de botín a las naves, tras capturar y aniquilar muchas ciudades. Posteriormente, en su vuelta a Italia, chocaron contra unos escollos cerca del promontorio de Palinuro, que se adentra en el mar desde los montes Lucanos, con la lamentable pérdida de ciento cincuenta naves de carga y el enorme botín que cruelmente habían conseguido.

Por fin pudo más ahora entre los romanos la magnitud de los desastres que su malvada ambición; en efecto, los senadores,

cansados ya de campañas marítimas, decretaron que no hubiera nada más que una armada de sesenta naves para defensa de Italia; pero lo cierto es que, arrastrados por su indómita ambición, rompieron inmediatamente este acuerdo. Además de ello, el cónsul Cota, pasando a Sicilia, se enfrentó en frecuentes combates por tierra y por mar a cartagineses y sículos y dejó por toda Sicilia despiadada ruina, ya de los enemigos, ya, incluso, de sus aliados.

En el año del consulado de Lucio Cecilio Metelo y Gayo Furio Paulo, Hasdrúbal, el nuevo general cartaginés, llega desde África a Lilibeo con ciento treinta elefantes y más de treinta mil soldados de a caballo y de a pie; e inmediatamente entabló combate junto a Panormo con el cónsul Metelo; pero éste, que tenía miedo a la enorme violencia de los elefantes, lo primero que hizo, con muy buen criterio, fue o bien ponerse en fuga o bien eliminar a estas bestias; de esta forma superó fácilmente el ejército enemigo, a pesar de que éste era grande. Veinte mil cartagineses cayeron en esta batalla; fueron además matados veintiséis elefantes y capturados ciento cuatro; estos, llevados a lo largo de Italia, proporcionaron un gran espectáculo a sus gentes.

Hasdrúbal huyó con unos cuantos a Lilibeo y fue condenado a muerte, en su ausencia, por los cartagineses.

10.

Tras ello, cansados de tantas desgracias, los cartagineses decidieron que se debía solicitar la paz a los romanos. Para ello

pensaron que, entre los demás legados, se debía enviar sobre todo a Atilio Régulo, el en otro tiempo general romano, al que tenían cautivo desde hacía ya cinco años. Al no conseguir la paz, le mataron a su vuelta de Italia, cortándole los párpados y manteniéndole en continua vigilia atado a un instrumento de tortura.

Posteriormente, otro Atilio Régulo y Manlio Vulso, ambos cónsules por segunda vez, marchan a Lilibeo con una armada de doscientas naves y cuatro legiones; mientras los romanos intentaban sitiar esta fortaleza, que se encontraba en un promontorio, fueron derrotados a la llegada de Aníbal, que era hijo de Hamílcar; tras perder la mayor parte del ejército, los propios cónsules a duras penas pudieron escapar. El cónsul que les sucedió, Claudio, se dirigió contra el enemigo al puerto de Drépano con una armada de ciento veinte naves; y allí, recibido por la armada cartaginesa, fue derrotado. El propio cónsul, con treinta naves, logró escapar al campamento, a Lilibeo, mientras que todas las restantes, es decir, noventa, o bien fueron capturadas o bien hundidas. Se cuenta que murieron ocho mil soldados y que fueron hechos prisioneros veinte mil. También el colega de Claudio, Gayo Junio, perdió en un naufragio toda su armada. Al año siguiente, la armada cartaginesa pasó incluso a Italia y asoló muchos de sus territorios a lo largo y a lo ancho.

Entretanto, Lutacio, que había pasado con una armada de trescientas naves a Sicilia, herido gravemente en una pierna mientras intervenía en las primeras filas en una batalla en Drépano, fue sacado del combate cuando ya estaba cercado. Por su parte los cartagineses se dirigen inmediatamente a

Sicilia con cuatrocientas naves y gran número de tropas mandadas por Hanón. Y Lutacio no fue más lento; es más, supo adelantarse, con admirable rapidez, a los planes de los cartagineses. Después que ambas armadas pasaron toda la noche muy cerca la una de la otra, casi con las anclas entrecruzadas, junto a las islas Egades cuando llegó el día, fue Lutacio el primero en dar la orden de combate. En el momento más crítico de la lucha, Hanón, derrotado ya, retiró su nave del combate y, él el primero, se convirtió en el instigador de la huida. Una parte de su ejército se dirigió con él a África; otros escaparon hacia Lilíbeo; fueron capturadas sesenta y tres naves púnicas y ciento veinticinco hundidas; en cuanto a hombres, fueron capturados treinta y dos mil y muertos catorce mil. Los romanos, a su vez, perdieron doce naves.

Lutacio se dirige después a la ciudad de Ericina, que estaba en poder de los cartagineses. En el enfrentamiento que allí se produjo, aniquiló a dos mil cartagineses.

11.

Los cartagineses se dirigen, entonces, con precipitadas prisas al cónsul Lutacio y posteriormente a Roma; piden la paz, y la consiguen inmediatamente al aceptar las condiciones que previamente se les habían impuesto. Las condiciones eran estas: el abandono de Sicilia y Cerdeña y el pago de tres mil talentos eubeos de plata pura por los gastos de la guerra, e iguales tributos durante otros veinte años. Las condiciones de

este tratado se firmaron a los veintitrés años del comienzo de la primera guerra púnica.

¿Quién, me pregunto yo, puede desarrollar en palabras una guerra que, entre dos ciudades, duro veintitrés años?, ¿explicar cuántos reyes cartagineses, cuántos cónsules romanos, qué numerosos ejércitos y que cantidad de naves reunió, abatió y aniquiló esta guerra? Cuando le parezca que ha valorado totalmente todo aquello, que entonces, por fin, haga juicios sobre las desgracias de nuestra época.

En el año 507 de la fundación de la ciudad un repentino desastre de la propia Roma evitó el triunfo de los romanos. Y yo no me hubiera atrevido temerariamente a decir esto, si los más gravísimos desastres llegados de repente no hubiesen hecho olvidar incluso la más pequeña alegría en Roma. Y es que durante el consulado de Quinto Lutacio Cátulo y Aulo Manlio diversos desastres producidos por el fuego y por el agua aniquilaron casi a Roma. Efectivamente, el río Tíber, crecido con insólitas lluvias y desbordado durante más tiempo y con más cantidad de agua de lo que se podía esperar arrasó todos los edificios romanos que estaban en el llano; distintos tipos de lugares coincidieron en la misma desgracia, ya que a aquellos por los que pasaron aguas más lentas, los destruyeron inundándolos, y a aquellos que sufrieron aguas torrenciales, los destrozaron arrasándolos.

8 A este desastre producido por las aguas siguió otra destrucción más grave provocada por el fuego; este fuego, que no se sabe de donde salió, tras arrasarse muchas partes de la

ciudad, produjo tristes pérdidas de personas y casas y, sobre todo, consumió en un solo incendio tan gran cantidad de riquezas cuantas apenas podrían acarrear muchas y lejanas victorias; posteriormente, cuando consumió todos los terrenos de alrededor del foro, llegó al templo de Vesta. Y no pudiendo ni siquiera los dioses socorrerse a sí mismos, este fuego que era pasajero destruyó a aquel que ellos consideraban eterno; a raíz de ello, también Metelo se libró con dificultades, con el brazo medio quemado, por sacar las estatuas de los dioses que estaban a punto de quemarse.

En el año del consulado de Tito Sempronio Graco y Gayo Valerio Falcón los romanos se enfrentaron a los faliscos, y en la batalla murieron quince mil faliscos.

12.

En este mismo año aparecieron como nuevos enemigos los galos cisalpinos, contra los cuales se combatió con variada suerte. En efecto, en el primer enfrentamiento cayeron tres mil quinientos romanos del ejército del cónsul Valerio; y en el segundo perdieron la vida catorce mil galos y fueron capturados dos mil; pero a causa del desastre anterior se le negó al cónsul el triunfo.

En el año del consulado de Tito Manlio Torcuato y Gayo Atilio Bulbo se sublevó la isla de Cerdeña por instigación de los cartagineses; a raíz de ello fueron después sometidos y aplastados los sardos. Y a los cartagineses, que habían sido los violadores de la paz, la paz que ellos mismos habían solicitado,

se decidió declararles la guerra. Pero ellos piden humildemente la paz; y tras no conseguir nada con dos delegaciones ni tampoco después con diez de sus personajes más influyentes, a los que enviaron igualmente dos veces, merecieron por fin la paz gracias al discurso de Hanón, el hombre menos importante de los legados.

En este año se cerró la puerta del templo de Jano, ya que durante el mismo no se guerreó en ningún momento, lo cual sólo había sucedido durante el reinado de Numa Pompilio.

Ahora por primera vez yo debo callarme y pasar en silencio una época con la cual no se puede comparar la nuestra; y ello, para no animar, a los que critican los días de estos sus tiempos, a saltar con mayor estrépito del que ahora lo hacen ellos mismos. Efectivamente, las puertas de Jano se cerraron; en el exterior los romanos no guerrearon. Roma no tuvo que llorar por ninguno de sus hijos a los que ahora retenía tranquilos en su regazo. Pero esto, ¿cuándo sucedió? Después de la primera guerra púnica; ¿tras cuánto tiempo? Tras cuatrocientos cuarenta años; ¿durante cuánto tiempo? Durante un solo año; y ¿qué sucedió en el siguiente? Por callar otras cosas, tuvo lugar la guerra con los galos y llegó Aníbal con la segunda guerra púnica. ¡Oh! ¡Cómo me avergüenza, incluso a mí, el haber conocido y descubierto estos hechos! Esta paz de un solo año, o mejor, esta sombra de paz, ¿fue un alivio de las desgracias o más bien un incentivo de nuevos males? Aquel goteo de aceite que caía en medio de una gran llama, ¿apagó la yesca de tan gran fuego o la alimentó? El poco de agua fresca bebida con las fiebres altas ¿sanó al enfermo o le quemó aún más? Durante

casi setecientos años, esto es, desde Tulo Hostilio hasta César Augusto, sólo durante un año el interior de Roma no sudó sangre; y en medio de todo ese tiempo, representado en largos siglos, esta desgraciada ciudad, o mejor, esta desgraciada madre, sólo en una ocasión se vio libre del temor a las desgracias, por no decir de las propias desgracias. Si algún hombre hubiese tenido a lo largo de toda su vida un descanso tan pequeño, ¿se podría decir que esa persona ha vivido? O si una persona enferma sufre a lo largo de todo un año con dolores y tormentos y, en medio de ese mismo año, pasa un día tranquilo y sin problemas, ¿recibirá acaso por ello un alivio en sus males y no considerará calamitoso a todo el año? Pero ellos, dice, han colocado a este año en el lugar de una gloriosa imagen de valor inagotable; y ¡ojalá que no se hubiesen acordado nunca de ese año a cambio de no recordar tampoco las continuas desgracias! Pues de la misma forma que en el cuerpo humano sólo se diagnostica que hay lepra cuando entre las partes sanas de la piel aparece una de color distinto y, sin embargo, si ese color se extiende por todas partes de forma que todo es del mismo color, aunque éste no sea natural, desaparece aquella distinción, así también, si se está en continuo esfuerzo con igual aguante y sin deseo de descansar, a eso se lo podría considerar voluntad enérgica y costumbre adquirida; pero, si en medio de tanto esfuerzo, la alegría de los mayores o el interés de los jóvenes se inclina a un pequeño descanso, entonces se distingue claramente lo agradable que ha sido este corto espacio de tiempo y lo amargo que es el continuo esfuerzo; es decir, lo agradable que hubiera sido aquel

descanso, si hubiese durado largo tiempo, y lo deleznable, si es que de alguna forma se hubiese podido evitar, de aquella incesante desgracia.

13.

En el año 517 de la fundación de la ciudad, el general cartaginés Hamílcar fue matado en un combate por los hispanos cuando ocultamente tramaba un nuevo enfrentamiento con los romanos.

Al año siguiente fueron asesinados por los ilirios unos legados romanos. Después se llevó a cabo una atroz guerra contra los propios ilirios; en ella, tras ser aniquiladas muchas fortalezas y gentes, los que quedaron se entregaron a los cónsules Fulvio y Postumio.

Dos años después, los pontífices, que hacían mal uso de su poder, mancillaron a la pobre ciudad con sacrílegos sacrificios: efectivamente, los decenviros, volviendo a una antigua y supersticiosa costumbre, enterraron vivos, en el foro boario, a un hombre y a una mujer galos, juntamente con una mujer griega; pero este rito mágico se volvió inmediatamente en su contra, por cuanto expiaron con la muerte de los suyos aquellos vergonzosos asesinatos cometidos en la persona de extranjeros; efectivamente, en el año del consulado de Lucio Emilio Papo y Gayo Atilio Régulo, el senado se vio profundamente consternado y atemorizado por una sublevación de la Galia Cisalpina, cuando se anunciaba también que de la Galia Ulterior se acercaba un enorme ejército,

compuesto sobre todo de gesatos, cuyo nombre no es el de un pueblo, sino el de unos mercenarios galos. Asustados por ello, los cónsules reunieron todas las tropas que les permitía su mando para defensa de toda Italia. Tras ello, se dice que en el ejército de ambos cónsules hubo ochocientos mil hombres armados, según cuenta el historiador Fabio que estuvo presente en esta guerra. De ellos, doscientos noventa y ocho mil doscientos eran soldados de infantería romanos y campanos, y veintiséis mil seiscientos de caballería: el resto eran aliados. En la batalla, que se entabló junto a Aretio, murió el cónsul Atilio; los ochocientos mil romanos (número que no fue tan grande como para aterrorizar a los galos) se dieron a la fuga, a pesar de que cayó sólo una parte de ellos. En efecto, los historiadores cuentan que murieron tres mil, lo cual hace todavía más ignominioso y vergonzoso que, perdiendo a tan pocos, tan grandes ejércitos se pusieran en fuga, ya que con ello dejaron claro que en otras victorias habían vencido no por su valentía, sino por la buena suerte de la guerra. ¿Quién, pues, pregunto, podría creer, no digo ya que huyera este número de soldados, sino ni siquiera que existiera tal número en el ejército romano?

Tras ello tuvo lugar una segunda batalla con los galos, en la cual fueron aniquilados cuarenta mil de ellos.

Al año siguiente, los cónsules Manlio Torcuato y Fulvio Flaco fueron los primeros que pasaron con las legiones más allá del Po. Se combatió allí con los galos insubros, de los cuales cayeron veintitrés mil y fueron capturados cinco mil. Posteriormente, al año siguiente, crueles prodigios aterrorizaron a la desgraciada ciudad; desgraciada sí, porque,

unas veces por el estrépito de los enemigos y otra por la maldad de los malos espíritus, estaba siempre aterrorizada; en efecto, en el Piceno un río corrió sangre; entre los tuscos, se vio arder el cielo; en Rímini se vio brillar durante gran parte de la noche una luz clara y aparecer tres lunas que salieron en zonas del cielo distantes entre sí. También entonces las islas de Caria y de Rodas fueron destruidas hasta tal punto por un gran terremoto que, tras ser derruidas totalmente las casas, cayó también el famoso y enorme coloso.

En este año, el cónsul Flaminio, despreciando los auspicios por los que se le impedía entablar combate, entró en lucha con los galos y venció. En esta batalla murieron nueve mil galos y fueron capturados diecisiete mil.

Tras ello, el cónsul Claudio eliminó a treinta mil gesatos en un choque en que el mismo, marchando en vanguardia, mató también al rey Virdomaro. Y, entre otras muchas ciudades fortificadas de los insubros, a las cuales hizo capitular, tomó también la floreciente ciudad de Milán.

Se levantan después unos nuevos enemigos, los histros, a los cuales sometieron los cónsules Cornelio y Minucio, con muchas pérdidas también por parte romana. Apareció de nuevo aquí un poco aquel antiguo apetito romano por la malvada gloria a costa incluso de parricidios. Fabio Censorio ejecutó, en efecto, a su hijo Fabio Buteón, acusado de robo; acción, ciertamente, merecedora de lo que en opinión del padre había que castigar, incluso, con el parricidio, pero que, según

las leyes, no se debe castigar en ninguna persona sino con una multa en dinero o, como máximo, con el exilio.

14.

En el año 804 de la fundación de la ciudad, el general cartaginés Aníbal destruyó por fin, tras ocho meses, a Sagunto, ciudad floreciente de Hispania, amiga del pueblo romano, a la que había atacado en un primer momento, y posteriormente sitiado y reducido al hambre, la cual, sin embargo, aguantó con fortaleza todo lo digno e indigno acordándose de las promesas hechas a los romanos. Aníbal echó incluso de su presencia injuriosamente a los legados romanos enviados a él. Posteriormente, llevado por el odio al nombre de Roma, odio que él, en otras ocasiones desleal, había jurado fielmente ante el altar de su padre Hamílcar cuando tenía nueve años, atravesó los montes Pirineos siendo cónsules Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sempronio Longo; se abrió camino con la espada a través de los ferocísimos pueblos de la Galia y a los ocho días de pasar los Pirineos llegó a los Alpes, donde permaneció cuatro días ocupado en superar a los galos de la montaña que le impedían la subida y abrirse camino a fuego y hierro a través de rocas intransitables; al quinto día, por fin, llegó con gran esfuerzo a terreno llano. Aseguran que su ejército era entonces de cien mil soldados de a pie y veinte mil de a caballo. El cónsul Escipión fue el primero que salió al encuentro de Aníbal y en el combate que se entabló en el río Ticino, el propio cónsul, gravemente herido, escapó de la muerte gracias a la

intervención de su hijo Escipión, que todavía vestía pretextas, y que después recibiría el sobrenombre de Africano. En aquel choque desapareció casi todo el ejército romano.

Hubo un segundo enfrentamiento, protagonizado por el mismo cónsul, junto al río Trebia, y de nuevo los romanos fueron superados en un desastre parecido. Entonces, enterado de la derrota de su colega, regresa con el ejército de Sicilia el cónsul Sempronio, el cual, entablando combate también junto al mismo río, apenas pudo escapar él solo, tras perder el ejército. En esta batalla, sin embargo, fue herido también Aníbal; posteriormente, mientras pasaba durante la primavera a Etruria, al ser sorprendido en la cima de los Apeninos por una tempestad y encerrado y cubierto por las nieves sin poder moverse con su ejército durante dos días seguidos, casi muere de frío. En esta ocasión, y debido a la dureza del frío, desaparecieron gran cantidad de hombres, muchos animales de carga y casi todos los elefantes.

Por otro lado, sin embargo, el otro Escipión, hermano del cónsul, llevó a cabo muchos combates en Hispania, y derrotó e hizo prisionero a Magón, general también púnico.

15.

También en esta época los romanos se vieron aterrorizados por funestos prodigios; a saber: a la esfera del sol se la vio disminuir; en Arpi se vieron broqueles en el cielo y un combate entre el sol y la luna; en Capena, se vieron salir dos lunas; en Cerdeña, sudar sangre a dos escudos; en territorio falisco,

rajarse el cielo en, por así decir, una gran grieta; en Antio, caérseles a los segadores en el cesto espigas que chorreaban sangre.

Por otra parte, Aníbal, sabedor de que el cónsul Flaminio estaba solo en su campamento, avanzó en primavera para caer sobre él, que estaba desprevenido, lo más rápidamente posible, tomando el camino mas corto, aunque cenagoso; y es que en aquella época, el Sarno, al desbordarse, había dejado blandos y sueltos los campos; de ellos se había dicho: «...los mares que riega el Sarno». Al dirigirse Aníbal con su ejército a estos campos, perdió gran parte de los aliados y de los animales de carga, por cuanto las nieblas que manaban de las lagunas impedían excesivamente la visión. Él mismo, cabalgando en el único elefante que le había quedado, a duras penas superó las dificultades del camino; perdió, sin embargo, por la violencia del frío, de los insomnios y del trabajo, el ojo que ya hacía tiempo tenía enfermo. Pero cuando estuvo cerca del campamento del cónsul Flaminio, atrajo a éste a la lucha asolando los campos cercanos. Esta batalla tuvo lugar junto al lago Trasimeno; en ella el ejército romano, tristemente rodeado por la habilidad de Aníbal, fue totalmente aniquilado. El propio cónsul perdió la vida; en el combate, según las noticias, cayeron veinticinco mil romanos y fueron hechos prisioneros seis mil. Del ejército de Aníbal cayeron dos mil. Esta batalla junto al lago Trasimeno fue famosa por el enorme desastre romano y, sobre todo, porque el ardor de los combatientes fue tan grande que, mientras luchaban, no se dieron en absoluto cuenta de un durísimo terremoto que se produjo entonces con tanta

vehemencia que se cuenta que cayeron ciudades, cambiaron de sitio los montes, se rompieron las rocas y corrieron hacia atrás los ríos. A este desastre ocurrido en Trasimeno siguió la batalla de Cannas, aunque en medio quedó la época del dictador Fabio Máximo, quien, contemporizando, logró retrasar el ataque.

16.

En el año 540 de la fundación de la ciudad, los cónsules Lucio Emilio Paulo y Publio Terencio Varrón fueron enviados contra Aníbal; por impaciencia del cónsul Varrón, perdieron tristemente en Cannas, poblado de Apulia, casi todas las fuerzas en que Roma había puesto su esperanza. Efectivamente, en esta batalla murieron cuarenta y cuatro mil romanos, aunque también cayó gran parte del ejército de Aníbal; sin embargo, en ningún otro enfrentamiento con los cartagineses se vieron los romanos llegados a situación tan extrema de destrucción. En éste, murió en efecto el cónsul Emilio Paulo, cayeron veinte excónsules y expretores, fueron matados o hechos prisioneros treinta senadores, trescientos nobles, cuarenta mil soldados de infantería y tres mil quinientos de caballería. El cónsul Varrón, con cincuenta jinetes, logró huir a Venusio. Y nadie duda de que aquel hubiese sido el último día del estado romano, si Aníbal se hubiese decidido tras la victoria a avanzar hasta la ciudad. Aníbal, como prueba de la victoria, envió a Cartago tres modios de anillos de oro que había arrancado de las manos de los caballeros y senadores romanos ya muertos. Hasta tal punto la desesperación por el estado fue extrema entre los romanos

supervivientes, que los senadores pensaron discutir la posibilidad de abandonar Italia y buscar nuevas sedes. Y se hubiera aprobado esta moción presentada por Cecilio Metelo, si Cornelio Escipión, entonces tribuno militar, el mismo que después sería llamado Africano, desenvainando la espada, no le hubiese disuadido y obligado a jurarle que defenderían la patria.

Los romanos, atreviéndose, por así decir, a respirar desde el otro mundo hacia la esperanza de la vida, nombran dictador a Décimo Junio; éste logró reunir de todas partes cuatro legiones de soldados inmaduros y desentrenados, reclutando jóvenes desde los diecisiete años. Sometió incluso al juramento militar a siervos de comprobada fuerza y buena voluntad, ya ofrecidos por sus amos, ya, si hubo necesidad de ello, comprados con dinero público a cambio de la libertad. Las armas, que escaseaban, las sacaron de los templos; las riquezas privadas fueron devueltas al necesitado tesoro público. De esta forma, la clase social de los caballeros y la alarmada plebe, olvidada de sus intereses, tomaron decisiones en aras del bien común. El propio dictador Junio, restaurando una vieja costumbre del infortunio romano, aceptó en la milicia, mediante un decreto, y como suplemento del ejército, a todas las personas culpables de crímenes y deudas, con la promesa, como si se tratara de un refugio, de perdonarles la culpa; el número de estos fue de seis mil hombres. Entretanto, la Campania, o mejor, toda Italia, se había pasado a Aníbal, desesperando totalmente de que se pudiese reconstruir el estado romano. Tras ello, el pretor Lucio

Postumio, que había sido enviado a luchar contra los galos, cayó con todo su ejército.

Posteriormente, durante el consulado de Sempronio Graco y Quinto Fabio Máximo, el expretor Claudio Marcelo, nombrado procónsul, puso en fuga en un enfrentamiento al ejército de Aníbal y fue el primero que, tras tantas derrotas del estado, hizo concebir la esperanza de que Aníbal podía ser derrotado. Los Escipiones, por su parte, derrotaron en una durísima batalla en Hispania al general cartaginés Hasdrúbal, que traía un ejército a Italia; el ejército de éste se vio disminuido, en efecto, en treinta y cinco mil soldados que fueron eliminados o capturados. Los Escipiones atrajeron a su servicio, apartándolos de su alianza con los enemigos y comprándolos con dinero, a soldados celtíberos, los cuales fueron el primer grupo extranjero que los romanos empezaron a tener a su servicio. El procónsul Sempronio Graco fue traidoramente asesinado por su anfitrión, un tal Lucano. El centurión Centenio Pénula solicitó que se le permitiera a él continuar la guerra contra Aníbal; pero fue eliminado por éste juntamente con los ocho mil soldados que había sacado al campo de batalla. Tras éste, fue vencido por Aníbal el pretor Gneo Fulvio, quien, perdido su ejército, a duras penas escapó.

Da vergüenza recordarlo. Y es que ¿cómo voy a llamar a todo esto? ¿Maldad o infortunio romano? Lo más exacto es llamarlo malvado infortunio o infortunada maldad. ¿Quién puede creer que en esta época, en la que el tesoro del pueblo romano solicitaba una pobre limosna mediante una cuota

pública, en la que en los cuarteles no había otros soldados que niños, siervos, criminales o deudores y ni aún así eran suficientes en número, en la que el senado entero daba la impresión en la curia de ser casi novato, en la que, por fin, disminuidos y rotos todos los recursos, se llegó a tal punto de desesperación que se planteó la cuestión de abandonar Italia, quién puede creer, digo, que en esta época, en que, como dijimos, de ningún modo se podría soportar un enfrentamiento en el interior, Roma aceptara, para colmo, tres guerras en ultramar? Una en Macedonia contra el poderosísimo rey macedonio Filipo; otra en Hispania contra el hermano de Aníbal, Hasdrúbal; y una tercera en Cerdeña contra los sardos y el otro Hasdrúbal, general cartaginés; aparte de esto había una cuarta contra Aníbal, por el que eran agobiados en Italia. Y, sin embargo, la enorme desesperación en uno y otro frente pronto mejoró, por cuanto lucharon desesperados en todos ellos y, luchando, vencieron. De ahí se deduce con toda evidencia, no que aquella época fue más tranquila, sino que sus gentes fueron más fuertes en las desgracias.

17.

En el año 543 de la fundación de la ciudad, Claudio Marcelo tomó con dificultades, en un segundo ataque, la riquísima ciudad siciliana de Siracusa, a la que no pudo tomar por asalto, a pesar de que la mantenía en asedio durante ya largo tiempo, al ser rechazado por los ingenios del ciudadano

siracusano Arquímedes, hombre dotado de extraordinario talento.

Nueve años después de la llegada de Aníbal a Italia, durante el consulado de Gneo Fulvio y Publio Sulpicio, sacó aquel su ejército de Campania y, avanzando con gran desastre para todos por territorio Sidicino y Suesano a lo largo de la Vía Latina, se asentó a tres millas de la ciudad junto al río Anio, con increíble terror para toda Roma, donde, mientras senado y pueblo estaban aterrorizados por distintas preocupaciones, incluso las mujeres, locas de pavor, corrían por las murallas y trataban de llevar piedras a los muros y de luchar, ellas las primeras, en defensa de la muralla. Por su parte, el propio Aníbal en persona avanzó hostilmente con tropas ligeras de caballería hasta la puerta Colina; posteriormente, dirigió todo su ejército al campo de batalla. A pesar de todo, los cónsules y el procónsul Fulvio no rehuyeron la lucha. Pero cuando ambos ejércitos, sacados al campo de batalla, se colocaron uno frente al otro en presencia de Roma, que sería el premio del futuro vencedor, se derramó de repente desde las nubes tal cantidad de agua mezclada con granizo, que ambas multitudes se refugiaron aterrorizadas en sus respectivos campamentos, manteniendo con dificultad las armas. Posteriormente, cuando amainada la tormenta volvieron las tropas al aire libre y al campo de batalla, de nuevo un temporal, que se desencadenó aún más violento, reprimió con mayor pavor la audacia de los hombres y obligó a los atemorizados ejércitos a refugiarse en las tiendas de campaña. Entonces Aníbal, acordándose de sus escrúpulos religiosos, se cuenta que dijo que no se le daba unas

veces el consentimiento y otras la facultad de apoderarse de Roma.

Y que ahora, en este lugar, los que denigran al verdadero Dios, que me respondan si fue la fortaleza romana o la compasión de Dios la que impidió a Aníbal tomar y destruir Roma; o ¿es que estos, que fueron los salvados, rechazan el aceptar lo que Aníbal, incluso vencedor, temió y aceptó retirándose? Pero si está claro que esta tutela divina vino del cielo en forma de lluvia, pienso que también se debe reconocer con una certidumbre del mismo tipo y que no se puede negar que esta lluvia no fue enviada, en el momento oportuno y necesario, sino por Cristo, que es el verdadero Dios. Y sobre todo ahora —cuando, como prueba de su poder, en los casos en que sucede en que hay que pedir agua al apremiar la sequía, y se la solicitan, unas veces, los gentiles y, otras, los cristianos alternativamente, y nunca ha sucedido, de lo cual son ellos mismos testigos, que lleguen las deseadas lluvias sino el día en que se permite pedírselas a Cristo y que las piden los cristianos — es evidente que fue por medio de este verdadero Dios, que es Cristo Jesús, que lo ordenó según la voluntad de su inefable juicio, por el que se salvó entonces la ciudad de Roma para credibilidad de la futura doctrina y por el que ahora es castigada por la incredulidad de parte de sus ciudadanos.

Pero volviendo a los hechos, en Hispania ambos Escipiones son asesinados por el hermano de Hasdrúbal. En Campania es conquistada Capua por el procónsul Quinto Fulvio; los cabecillas de los campanos se suicidaron con veneno. Fulvio ejecutó a todos los senadores de Capua, a pesar de que lo había

prohibido el senado de Roma. Una vez asesinados los Escipiones en Hispania, cuando los romanos estaban todos sin saber qué hacer debido al pavor que se había apoderado de ellos, Escipión, todavía adolescente, se adelantó a ofrecerse a sí mismo; y, dado que la penuria del tesoro era vergonzosa, todos los senadores, a propuesta de Claudio Marcelo y Valerio Levino que entonces eran los cónsules, expusieron abiertamente ante los cuestores y a la vista de todo el mundo, todo el oro y la plata acuñados, de forma que no les quedó nada sino sendos anillos, colgantes de oro para sí y para sus hijos y, por medio de sus hijas y esposas, sendas onzas de oro y no más de una libra de plata a cada uno.

18.

Escipión, a los veinticuatro años, tras obtener el mando proconsular para Hispania, y buscando en su interior la venganza, sobre todo, de su padre y de su tío paterno, tomó Cartagena en el primer ataque que hizo, una vez atravesados los Pirineos. En ella tenían los cartagineses los soldados de más años de servicio, los contingentes más fuertes y gran cantidad de oro y plata; y allí también hizo prisionero a Magón, hermano de Aníbal, y lo envió con los demás a Roma.

El cónsul Levino, a su vuelta de Macedonia, tomó al asalto la ciudad siciliana de Agrigento; y entonces hizo prisionero al general africano Hanón, hizo capitular a cuarenta ciudades y tomó veintiséis.

Aníbal, en Italia, eliminó al procónsul Gneo Fulvio, además de once tribunos y diecisiete mil soldados. El cónsul Marcelo se enfrentó tres días seguidos con Aníbal. En el primer día la retirada la hicieron cuando la lucha estaba igualada; en el segundo, el cónsul fue derrotado; y al tercer día, el cónsul, vencedor, hizo caer a ocho mil enemigos y obligó al propio Aníbal a huir al campamento con los que le quedaban.

El cónsul Fabio Máximo asaltó y tomó de nuevo la ciudad de Tarento que se había apartado de los romanos; y, con motivo de ello, aniquiló gran cantidad de tropas de Aníbal juntamente con su jefe Cartalón, vendió a veinte mil prisioneros y entregó al fisco el dinero conseguido en la venta.

Al año siguiente, en Italia, el cónsul Claudio Marcelo es aniquilado por Aníbal juntamente con su ejército. Escipión, en Hispania, venció y echó de sus reales al general cartaginés Hasdrúbal. Sometió además, a su poderío, ya mediante la rendición, ya mediante las armas, a ochenta ciudades. Tras vender a los africanos como prisioneros, dejó marchar a los hispanos sin tomar dinero por ello. Aníbal aniquila a ambos cónsules, Marcelo y Crispino, tendiéndoles emboscadas.

En el año del consulado de Claudio Nerón y de Marco Livio Salinator, cuando Hasdrúbal, el hermano de Aníbal, iba de Hispania a Italia a través de las Gaias, llevando consigo gran cantidad de tropas auxiliares hispanas y galas, por cuanto se le había **ordenado desde Cartago que se** uniera. con refuerzos a su hermano, fue sorprendido, sin saberlo Aníbal, por el ejército romano, al haberseles anunciado a los cónsules que ya había

descendido, en rápida llegada, desde los Alpes. Fue eliminado juntamente con todo su ejército. La verdad es que el resultado de la batalla fue incierto durante mucho tiempo, ya que causaban estragos en el ejército romano sobre todo los elefantes, los cuales fueron matados por los soldados romanos llamados «vérites» por su forma rápida de moverse como si volaran; este tipo de lucha había sido descubierto poco antes y consistía en que unos jóvenes, elegidos por su agilidad, cabalgando a la grupa con sus armas, saltaban de los caballos al llegar a los enemigos e inmediatamente, convertidos ellos mismos en soldados de a pie, hostigaban al contrario mientras luchaban también los jinetes, a cuya grupa habían venido. Los elefantes, pues, sujetados por estos vérites, cuando ya no podían ser guiados por sus jinetes, eran matados mediante un escoplo de carpintero que les clavaban entre las orejas. Esta modalidad de ejecución de las bestias en caso de necesidad, la había inventado por primera vez el propio general Hasdrúbal. El río Metauro, lugar de la derrota de Hasdrúbal, fue para los cartagineses en esta batalla algo así como el lago Trasimeno; y la ciudad Cesena del Piceno algo así como la aldea de Cannas: efectivamente, perdieron la vida cincuenta y ocho mil soldados de Hasdrúbal y se capturó cinco mil cuatrocientos. Entre los enemigos fueron encontrados y recuperados cuatro mil ciudadanos romanos, lo cual fue de gran alivio para los cónsules vencedores, ya que de su propio ejército habían caído ocho mil. Ante los ojos de Aníbal fue arrojada, delante del campamento, la cabeza de su hermano Hasdrúbal. Al verla y al enterarse igualmente de la derrota de los cartagineses, se retiró

hacia territorio brutio cuando habían pasado doce años desde su entrada en Italia.

Tras ello, pareció intercalarse, durante un año seguido, un descanso en las atropelladas guerras entre Aníbal y los romanos, ya que la preocupación en los cuarteles era por las enfermedades y uno y otro ejército se veía angustiado por una gravísima peste.

Entretanto, Escipión vino a Roma tras haber sometido a la condición de provincia a toda Hispania, desde el Pirineo hasta el Océano. Nombrado cónsul juntamente con Licinio Craso, pasó a África, mató al general cartaginés Hanón, hijo de Hamílcar, y aniquiló al ejército de éste en parte con matanzas y en parte con cautiverios: y es que, en el enfrentamiento, eliminó a once mil cartagineses.

El cónsul Sempronio, tras enfrentarse con Aníbal y ser derrotado, huyó hacia Roma. En África, Escipión, tras acercarse a un campamento de invierno de los cartagineses y a otro de los Númidas, ninguno de los cuales se encontraba lejos de Útica, mandó incendiarlos antes de la media noche. Los cartagineses, asustados, corren sin armas a extinguirlos, porque pensaban que el fuego se había producido casualmente: por ello fueron fácilmente aplastados por los que estaban armados. Entre los dos campamentos fueron pasados por el fuego y las armas cuarenta mil hombres, fueron capturados cinco mil, mientras que los propios generales, patéticamente quemados, a duras penas pudieron escapar. El general Hasdrúbal llegó, prófugo, a Cartago. Posteriormente, de nuevo Sifax y

Hasdrúbal rehicieron un gran ejército y de nuevo se enfrentaron a Escipión, y, vencidos, se dieron a la fuga. Sifax, en su huida, fue cogido por Lelio y Masinisa; el resto del ejército huyó a Cirta, la cual, asaltada por Masinisa, capituló; a Sifax, atado con cadenas, lo envió Masinisa a Escipión y éste se lo entregó a Lelio, juntamente con un gran botín y otros cautivos, para que lo llevara a Roma.

19.

Aníbal, cuando se le ordenó que volviera a África para remediar el cansancio de los cartagineses, abandonó llorando Italia tras ejecutar a todos los soldados de estirpe itálica que no querían seguirle; y cuando estaba cerca del litoral africano, un marinero, al que había ordenado que subiera al mástil de la nave y mirara desde allí que región alcanzaba a ver, le respondió que veía un sepulcro destruido. Aníbal, horrorizado ante estas palabras, cambió la ruta y desembarcó sus tropas junto a la fortaleza de Leptis. Tras recuperarse en seguida su gente, se dirigió a Cartago y solicitó después un diálogo con Escipión. Y una vez que en este diálogo ambos famosísimos jefes se quedaron atónitos largo tiempo admirándose mutuamente el uno al otro, se entabló un nuevo combate por cuanto no se consiguió un acuerdo para la paz; y esta batalla, que fue largo tiempo preparada con rebuscadas técnicas por parte de los generales, que se llevó a cabo con gran cantidad de tropas y que se consumó con gran violencia por parte de los soldados, proporcionó la victoria a los romanos. En aquella

ocasión fueron capturados o matados ochenta elefantes, fueron eliminados veinte mil quinientos cartagineses, y Aníbal, que lo había intentado todo antes y durante el combate, huyó con unos pocos, concretamente con apenas cuatro jinetes, escapando en medio del tumulto, a Hadrumeto. Posteriormente volvió a Cartago treinta y seis años después de haber salido de allí con su padre cuando era pequeño. Y logró convencer al senado, en el momento de la deliberación, de que no había más esperanza que pedir la paz a los romanos.

Y la paz fue concedida a los cartagineses por la voluntad del senado y del pueblo romano y por intermedio de Escipión en el año del consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto. Sin embargo, más de quinientas naves, sacadas a alta mar, fueron incendiadas a la vista de la ciudad. Escipión entró en Roma en triunfo llevando ya el sobrenombre de Africano; a él le seguía, tras el carro triunfal, Terencio, que después fue comediógrafo, uno de los nobles cartagineses cautivos, cubierto ya con el gorro de liberado, lo cual era la señal de que se le había concedido ya la libertad.

20.

En el año 546 de la fundación de la ciudad terminó la segunda guerra púnica, que había durado diecisiete años. A ella le siguió inmediatamente la macedónica, la cual le correspondió en suerte llevarla a cabo al cónsul Quintio Flaminio, quien, tras muchas y durísimas batallas, en las cuales fueron vencidos los macedonios, concedió la paz a

Filipo. Posteriormente, se enfrentó a los lacedemonios; tras derrotar a su general Nabis, llevó, delante de su carro, como nobles rehenes, a Demetrio, hijo de Filipo, y a Armenes, hijo de Nabis. Fueron recuperados todos los ciudadanos romanos prisioneros que habían sido vendidos a lo largo de toda Grecia en la época de dominio de Aníbal, y, con sus cabezas rasuradas por haber abandonado la esclavitud, siguieron al carro del vencedor.

En esta misma época los ínsubros, boyos y cenomanos, reunidas sus fuerzas en un solo ejército bajo el mando del cartaginés Hamílcar que se había quedado en Italia, fueron derrotados en una durísima batalla por el pretor Lucio Furio, mientras devastaban la zona de Cremona y Placentia. Posteriormente, el procónsul Flaminio sometió con las armas al rey Filipo y, con él, a los tracios, macedonios, ilirios, y a otros muchos pueblos que le habían ayudado. Los macedonios, derrotados, perdieron su campamento y, según el testimonio de Polibio, en esta ocasión murieron ocho mil enemigos y fueron capturados cinco mil; según Valerio, fueron cuarenta mil los enemigos aniquilados; y Claudio recuerda que fueron treinta y dos mil los caídos. Pero esta divergencia entre los escritores es ciertamente un engaño; y el origen de este engaño está, sin duda, en la adulación, al procurar acumular alabanzas para el vencedor y ensalzar, ante los ojos de los contemporáneos y de los que vendrán después, los valores de su patria. De otra forma, aunque no se hubiese investigado en torno al número, no se hubiese señalado uno cualquiera. Y si es halagador, para un general y para su patria, el haber matado al

mayor número posible de enemigos, ¡cuánto más agradable para la patria y feliz para el general puede parecer el no haber perdido a ninguno o a muy pocos de los suyos! Es decir, es claramente evidente que, con el mismo descaro con que se miente cuando se añade algo al número de enemigos muertos, se aminoran también e, incluso, se callan totalmente los aliados perdidos.

Pues bien, Sempronio Tuditano, derrotado en una batalla, fue eliminado, juntamente con todo el ejército romano, en Hispania Citerior. El cónsul Marcelo, atacado por los boyos en Etruria, perdió gran parte del ejército; en su ayuda vino después el otro cónsul, Furio, y así, devastando los dos, con fuego y armas, todo el territorio de los boyos, casi lo redujeron a la nada.

En el año del consulado de Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio Catón, el rey de Siria Antíoco pasó de Asia a Europa, tramando la guerra contra el pueblo romano. También en esta época, Aníbal, al que el senado romano había ordenado que se presentara en Roma a causa de los rumores que corrían por la ciudad acerca de él en el sentido de que era el instigador de la guerra, se había refugiado junto a Antíoco marchándose clandestinamente de África ; y empujó a la lucha a Antíoco, que se encontraba en Éfeso lleno de dudas.

También se derogó en este año, tras veinte de vigor, la ley que había sido presentada por el tribuno de la plebe Opio, de acuerdo con la cual ninguna mujer podía tener más de media

onza de oro ni usar vestidos de varios colores ni coche por la ciudad.

En el año del segundo consulado de Publio Escipión Africano y primero de Tito Sempronio Longo, fueron aniquilados diez mil galos junto a Milán; y en una segunda batalla murieron once mil galos, pero también cinco mil romanos.

En Hispania Citerior el pretor Publio Digtio perdió casi todo el ejército. El pretor Marco Fulvio venció a los celtíberos juntamente con los pueblos cercanos e hizo prisionero a su rey.

Minucio, arrastrado por los ligures a un peligro extremo y rodeado por emboscadas de los enemigos, a duras penas pudo escapar gracias a la habilidad de los jinetes nómadas.

Hacia Antíoco fue enviado, juntamente con otros legados, Escipión Africano, que tuvo, incluso, con Aníbal una amigable charla; pero al no conseguir la firma de la paz, se alejó de Antíoco.

En una y otra Hispania se llevaron a cabo, por mediación de los pretores Flaminio y Fulvio, enfrentamientos enormemente duros y cruentos por uno y otro lado.

En el año del consulado de Publio Cornelio Escipión y Marco Acilio Glabrión, Antíoco, a pesar de que había ocupado las Termópilas, con cuya protección podía estar más seguro ante los inciertos resultados de la guerra, entabló, sin embargo, combate, siendo derrotado por el cónsul Glabrión; a duras penas escapó con unos pocos de la batalla y llegó a Éfeso. Se dice que su ejército tenía sesenta mil soldados armados, de los

cuales cuentan que murieron cuarenta mil y fueron capturados mas de cinco mil.

El otro cónsul, Escipión, se enfrentó con el pueblo de los boyos, en cuyo enfrentamiento eliminó a veinte mil enemigos.

Al año siguiente, Escipión Africano, con la ayuda de Eumenes, hijo de Atalo, se enfrentó por mar con Aníbal, quien entonces estaba al frente de la armada de Antíoco; éste, al ser derrotado y darse a la fuga Aníbal, y al perder al mismo tiempo todo el ejército, solicitó la paz, y devolvió espontáneamente al hijo de Africano, al que había tomado como prisionero, no se sabe si cuando éste hacia una exploración o si fue en el campo de batalla.

En Hispania Ulterior, el procónsul Lucio Emilio perdió la vida aniquilado, juntamente con todo su ejército, por los lusitanos. Lucio Bebio, en su camino hacia Hispania, fue rodeado por los ligures y muerto con todo su ejército. De este desastre se sabe que no quedó ni siquiera un mensajero, hasta el punto de que fueron los de Marsella quienes tuvieron que ocuparse de dar en Roma la noticia de la matanza.

El cónsul Fulvio, pasando de Grecia a Galogrecia, que hoy se llama Galatia, llegó al monte Olimpo en el cual se habían refugiado todos los galogriegos juntamente con sus esposas e hijos; y allí protagonizó un cruel combate, ya que los romanos, que en un primer momento se vieron gravemente quebrantados por los dardos, las grandes rocas y demás armas arrojadas lanzados desde arriba, se abrieron camino, por fin,

hasta llegar al cuerpo a cuerpo con los enemigos; cuentan que en este choque murieron cuarenta mil galogriegos.

El cónsul Marcio, tras marchar contra los ligures y ser derrotado, perdió cuatro mil soldados; y de no haber huido rápidamente al campamento una vez derrotado, hubiera sufrido el mismo desastre de muertes que había conocido, hacia poco, Bebio ante estos mismos enemigos.

En el año del consulado de Marco Claudio Marcelo y Quinto Fabio Labeón, el rey Filipo, que había ejecutado a los legados de Roma, mereció ser perdonado gracias a las humildes preces de su hijo Demetrio, al que había enviado como legado. E inmediatamente después enveneno, con la ayuda, en este crimen paterno, de su hermano, a su propio hijo, como si fuera amigo de los romanos y traidor suyo, cuando éste, desgraciado, no sospechaba nada de ninguno de los dos.

En este mismo año, Escipión Africano, desterrado ya largo tiempo de su ciudad ingrata para con él, murió enfermo en la fortaleza de Amiterno. También en estos días se envenenó Aníbal en el palacio del rey bitinio Prusias, al ser reclamado por los romanos.

El jefe de los aquivos, Filopemén, fue hecho prisionero y ejecutado por los mesanos.

En Sicilia la isla Vulcania que antes no existía, y que aún hoy existe, brotó de repente en el mar, con el asombro de todos.

En Hispania Citerior, el pretor Quinto Fulvio Flaco puso en fuga a veintitrés mil hombres y capturó a cuatro mil en un

gran combate. En la Ulterior, Tiberio Sempronio Graco consiguió la rendición de ciento cinco fortalezas vacías y abatidas por las guerras. También en el mismo verano Lucio Postumio aniquiló en un choque en Hispania Citerior a cuarenta mil enemigos. Allí mismo, el pretor Graco de nuevo tomó al asalto y se adueñó de doscientas fortalezas.

En el año del consulado de Lépido y Mucio, el feroz pueblo de los basternas, arrastrado por Perseo, hijo de Filipo, y atraído por la esperanza de botín y por la facilidad de paso del río Histro, fue destruido sin combate o, mejor, por ningún enemigo. En efecto, en aquella ocasión, el Danubio, llamado también Histro, cubierto de gruesa capa de hielo, permitía fácilmente el paso a pie por el. Así pues, al pasar imprudentemente una incalculable multitud de hombres y caballos en un tropel conjunto y enorme, saltaron el hielo y la capa helada crujiendo por el exagerado peso y por las pisadas de los que pasaban; rompiéndose y derritiéndose finalmente en la mitad río, desampararon a todo el tropel que durante mucho tiempo habían sostenido; y, volviendo de nuevo arriba la misma capa helada, pero ahora en fragmentos que no servían sino de obstáculo, hundió debajo a los hombres. Sólo unos cuantos de toda la muchedumbre lograron escapar por ambas orillas con las carnes destrozadas casi hasta las entrañas.

En el año del consulado de Publio Licinio Craso y Gayo Casio Longino tuvo lugar la guerra macedónica, la cual debe tener, por méritos propios, un lugar destacado entre las grandes guerras. Efectivamente, del lado romano estuvieron, primero, toda Italia, y, después, el rey egipcio Tolomeo,

Ariarato de Capadocia, Eumenes de Asia y Masinisa de Numidia; con Perseo y los macedonios estaban los tracios con su rey Cotis, y todos los ilirios con su rey Gentio. Pues bien, Perseo salió al encuentro del cónsul Craso que se le acercaba; y, entablado combate, los romanos, lamentablemente derrotados, se dieron a la fuga. En una segunda batalla, casi con igual desastre por uno y otro lado, se retiraron todos a los campamentos de invierno. Posteriormente Perseo, abatido el ejército romano por las continuas luchas, paso al Ilírico y tomó al asalto la fortaleza de Sulcano, que estaba defendida por tropas de guarnición romanas; en esta ocasión, del gran número de soldados romanos que estaban en la defensa, a una parte los mató, a otra los vendió como prisioneros y a otra los llevó consigo a Macedonia.

Después luchó con él y lo venció el cónsul Lucio Emilio Paulo; en este combate aniquiló, en efecto, a veinte mil soldados de infantería de Perseo. El rey huyó a escondidas con la caballería, pero inmediatamente fue alcanzado y llevado delante del carro triunfal juntamente con sus hijos; y luego, murió en Alba mientras estaba en prisión. Su hijo menor aprendió en Roma el arte de trabajar el bronce para hacer frente a su indigencia y en ello paso su vida.

Hubo, además, otras muchas guerras con muy diversos avatares de muchos pueblos de todas partes, las cuales he pasado por alto en aras de la brevedad.

En el año 600 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Lucio Licinio Lúculo y Aulo Postumio Albino cuando en toda Roma se extendió un enorme miedo a los celtíberos y no había ninguno de entre todos los romanos que se atreviese a ir ni como soldado ni como embajador a Hispania, se ofreció voluntariamente para ir a luchar a Hispania Publio Escipión, llamado después Africano, a pesar, sin embargo, de que ya, por suerte, le había correspondido ir a Macedonia. Marchándose, pues, a Hispania produjo grandes estragos entre el enemigo, desempeñando muchas más veces la función de soldado que la de general: efectivamente, luchó personalmente y mató a un bárbaro que le había provocado. El pretor Sergio Galba, sin embargo, fue derrotado por los lusitanos en un importante combate, y, perdido todo su ejército, a duras penas logro huir escapándose con unos pocos.

En esta misma época los censores decretaron la construcción de un teatro de piedra en Roma; pero impidió que se hiciera un durísimo discurso de Escipión Nasica, quien dijo que este proyecto, muy perjudicial para un pueblo guerrero, serviría para alimentar la desidia y la lascivia; y hasta tal punto convenció al senado, que éste no sólo mandó que se vendiera todo lo que se había comprado para el teatro, sino que incluso prohibió que se pusieran bancos en los juegos.

Por ello, que se den cuenta ahora nuestros contemporáneos —para los cuales es un infortunio cualquier cosa que les ocurre al margen de los placeres de sus apetitos— de que, si ellos se sienten y se confiesan inferiores a sus enemigos, ello se debe achacar a los teatros, no a los tiempos; y de que no hay que

blasfemar contra el Dios verdadero, que todavía hoy prohíbe estas diversiones teatrales, sino de que tienen que desechar a sus dioses y a sus espíritus, que son los que reclamaron estos juegos exigiendo, en una evidente muestra de su maldad, tal sacrificio, ya que ellos no se alimentan tanto de la sangre derramada de los animales como de la debilidad de los hombres. Y es que en los tiempos pasados, es verdad, no faltaban enemigos, ni hambre, ni enfermedades, ni desastres naturales, es más, los había en abundancia; pero no había teatros, en los cuales —es increíble el decirlo— se sacrifican en el altar del lujo las víctimas de las virtudes. Entre los cartagineses se vio alguna vez que inmolaban personas humanas, pero en breve tiempo abandonaron esta creencia que erróneamente habían cogido; los romanos, en cambio, han consumado la acción de estar colgados ellos mismos de su perdición. Eso se ha hecho, se hace, gusta y se pide que siga haciéndose. Y ellos, que se ofenderían quizás si se sacrificase un animal de su rebaño, gozan con el sacrificio de los valores de su alma; es más, que los que ahora piensan que se debe criticar a los cristianos, que se sonrojan también por lo que hizo Násica; y que no se quejen ante nosotros de los enemigos que siempre tuvieron, sino que se lamenten ante aquel por el teatro que les prohibió tener.

Pues bien, el pretor Sergio Galba asesinó criminalmente en Hispania a los lusitanos que habitaban al Norte del río Tajo, tras haberse éstos rendido voluntariamente; fingiendo en efecto que se iba a preocupar por sus intereses, los aniquiló a

todos rodeándolos con sus soldados cuando estaban desarmados y desprevenidos. Esta acción provocó posteriormente el levantamiento de un gran tumulto en toda Hispania por culpa de la perfidia romana.

22.

En el año 602 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Lucio Censorino y Marco Manilio, tuvo lugar la tercera Guerra Púnica. En efecto, tras haber decretado el senado que debía ser destruida Cartago, marcharon a África los cónsules y el entonces tribuno militar Escipión; ocuparon, cerca de Útica, los cuarteles de Africano el Mayor. Llamados allí los cartagineses y obligados a rendir las armas y las naves, entregaron de repente tan gran cantidad de armas que fácilmente se hubiese podido armar a toda África con ellas. Pero los cartagineses, tras entregar las armas y ordenárseles que, abandonando la ciudad, se apartaran a diez millas del mar, transformaron su dolor en desesperación, disponiéndose ya o bien a defender la ciudad o bien a ser sepultados con ella y por ella; y nombraron generales suyos a los dos Hasdrúbales. Y cuando se dispusieron en un primer momento a construir armas, suplieron la escasez de bronce y hierro con oro y plata. Los cónsules decidieron tomar Cartago al asalto, cuyas características situacionales se dice que eran éstas: tenía alrededor un muro de veinte millas, y el resto, casi toda ella, estaba rodeado por el mar, sin contar las entradas que cubrían tres millas. El trozo amurallado tenía un muro de treinta pies

de ancho, de sillares, y de cuarenta codos de alto. La ciudadela de la ciudad, de nombre Byrsa, tenía poco más de dos millas. Por un lado, la ciudad y Byrsa tenían en común la parte del muro que se levanta sobre el mar; es ésta una zona del mar que llamaban «Estanque» por cuanto se encuentra muy tranquilo a causa del dique constituido por un fuerte promontorio.

Pues bien, los cónsules, a pesar de que tumbaron una parte del muro batiéndola con sus máquinas de guerra, fueron vencidos y rechazados por los cartagineses. Su huida fue impedida por Escipión, que sujetó al enemigo dentro de los muros. Censorino volvió a Roma. Manilio, olvidándose de Cartago, dirige sus armas hacia Hasdrúbal. Escipión, muerto Masinisa, reparte el reino de Numidia entre los tres hijos de Masinisa; al volver éste junto a Cartago, Manilio asaltó y asoló la ciudad de Tezaga. Cayeron allí doce mil africanos y fueron capturados seis mil. El general cartaginés Hasdrúbal, nieto de Masinisa, fue ejecutado por los suyos en la curia con trozos de bancos por sospecha de traición.

El pretor Juventio se enfrentó en Macedonia a Pseudofilipo y fue eliminado con un gran desastre del ejército romano.

23.

En el año 606 de la fundación de la ciudad, es decir, al año quincuagésimo después de la segunda Guerra Púnica, durante el consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio, Publio Escipión, el cónsul del año anterior, se dirige al puerto de Gotone, con la intención de destruir Cartago hasta su última

piedra. Tras un enfrentamiento de seis días y noches seguidos, la extrema desesperación arrastró a los cartagineses a la rendición, con el ruego de que, al menos, dejaran ser esclavos a los que habían escapado del desastre bélico. En un primer momento salió un tropel de mujeres con un aspecto bastante triste; después, el de los hombres con un aspecto todavía peor; se nos ha transmitido, en efecto, que fueron veinticinco mil mujeres y treinta mil hombres. El rey Hasdrúbal se entregó voluntariamente. Los desertores, que habían ocupado el templo de Esculapio, se arrojaron voluntariamente al fuego siendo consumidos por él. La esposa de Hasdrúbal se arrojó, con dolor varonil y con locura femenina, con sus dos hijos al fuego, consiguiendo, ahora, ella, la última reina de Cartago, el mismo tipo de muerte que se procuró, en otro tiempo, la primera reina. La ciudad estuvo ardiendo diecisiete días seguidos y fue ocasión para los vencedores de ver el triste espectáculo de la mutabilidad de las situaciones humanas. Y Cartago fue destruida, convertidas en polvo las piedras de su muro, setecientos años después de su fundación. Toda la muchedumbre de cautivos fue vendida, exceptuando unos pocos nobles. De esta forma la tercera Guerra Púnica terminó al cuarto año de haberse iniciado.

Pero Para mí , que a pesar de investigar la situación con afán, soy, sin embargo, un hombre de mente corta, nunca ha estado totalmente clara la causa de esta tercera Guerra Púnica, causa que Cartago debió de provocar hasta tal punto, que mereciera la decisión de ser justamente destruida. Y lo que más me trastorna a mí es que cuando en otras ocasiones aquellos a

los que se declaraba la guerra habían provocado la chispa que era causa e injuria evidentes, entonces no hacía falta recurrir a deliberaciones para declarar la guerra. Pero es que ahora se deliberó y, mientras algunos romanos decidieron que se debía destruir Cartago en pro de la seguridad perpetua de Roma, otros pensaban, sin embargo, que se debía permitir a Cartago permanecer incólume en su estado en pro de la eterna preocupación por los valores romanos, que estaban siempre en función de la sospecha de rivalidad de otra ciudad, para que, de esta forma, el vigor romano, alimentado siempre con las guerras, no se relajara con la tranquilidad y el ocio y cayera en una lánguida indolencia. Encuentro, pues, que la causa no arranca de una provocadora injuria de los cartagineses, sino de la inconstancia de los romanos que empezaban a embotarse.

Al ser esto así, ¿por qué achacan ahora a los tiempos cristianos su debilitamiento y su falta de actividad, a causa de la cual los romanos por fuera parecen gordos, pero, por dentro, están escuálidos? Los romanos perdieron hace ya casi seiscientos años, como habían predicho los conciudadanos que pensaron con prudencia y temor, aquella importante piedra de toque de su esplendor y su gloria: Cartago.

Voy a poner, pues, fin a este libro no sea que, al frotar con excesiva fuerza en este asunto, desaparezca momentáneamente la herrumbre, y encuentre, donde no puedo sacar la agudeza necesaria, una vana aspereza. Aunque en modo alguno me asustaría la aspereza que pudiera encontrar, si encontrara la esperanza de un agudo descubrimiento en el interior.

LIBRO V. DESDE LA DESTRUCCIÓN DE CORINTO HASTA LA REBELIÓN DE ESPARTACO

Reflexiones en torno a las victorias romanas a costa de las derrotas de otros pueblos y a la situación del mundo en aquella época en que todas las naciones eran enemigas, frente a la época de Orosio en que el Imperio romano y el cristianismo han hermanado a todos los hombres. Destrucción de Corinto; luchas con los lusitanos bajo el mando de Viriato; derrota romana frente a los galos salasos; aparición de una peste en Roma; nuevos enfrentamientos con los lusitanos y numantinos; poderío de Mitrídates; el cónsul Mancino firma la paz con los numantinos: reflexiones sobre este hecho y sobre el castigo que mereció Mancino por ello; continuación de las campañas de los generales romanos en España. Nuevos prodigios y desastres: un niño con cuatro manos, cuatro pies y cuatro ojos; reactivación del Etna; sublevación de esclavos en Sicilia. Destrucción de Numancia. Sublevación de Tiberio Graco y nuevos levantamientos de esclavos en Sicilia y otros lugares. Se acumulan ahora las guerras y desastres: derrota y victoria en la guerra contra Aristónico, hermano de Atalo; incesto y parricidio de Tolomeo, rey de Alejandría; guerra entre Antíoco, rey de Babilonia, y Fraates del Ponto; nueva reactivación del Etna; peste en África; intento de restauración de Cartago. Levantamiento de Gayo Graco. Se acumulan de nuevo los éxitos y los desastres: conquista de las Baleares por Metelo; victoria de Q. Marcio sobre los arvernos y otros

galos. Guerra de Yugurta y nuevos prodigios y calamidades: una doncella es fulminada por un rayo durante una tormenta; adulterios de vírgenes vestales; derrota del cónsul L. Casio a manos de los tigurinos; robo del botín tomado a la ciudad de Tolosa. Cimbrios y teutones: la victoria de Mario frente a ellos. Alianza de Mario con Saturnino y Glaucia: sus crímenes. La guerra social contra los italos. La guerra contra Mitrídates: crímenes de Mario mientras Sila se encuentra en Asia. Vuelta de Sila y represión. Guerra de Sertorio en España. Campañas de Claudio y Escribonio en Macedonia y Dardania, de Publio Servilio en Cilicia y Panfilia, y de Cosconio en Iliria. Rebelión y derrota de Espartaco. Comparación entre aquella época de tantas guerras y la época cristiana.

1.

Yo sé que a partir de ahora algunos posiblemente se admiren porque las victorias romanas se intensifican a costa de grandes pérdidas de muchos pueblos y ciudades. Aunque, si observan atentamente la situación, encontrarán que fue mayor el daño que los beneficios; y es que no deben ser olvidadas otras muchas guerras de esclavos, sociales, civiles y de desertores, que no acarrearón ningún beneficio y sí muchas desgracias. Pero dejemos que a ellos les parezca que fue tal como ellos quieren; dirán, creo yo, entonces: «¿Qué más feliz que aquella época en que los triunfos fueron continuos, las victorias numerosas, los botines abundantes, los séquitos ilustres, y en que, ante el carro del vencedor y en larga fila, eran conducidos grandes reyes y pueblos vencidos?» A éstos se les puede responder brevemente que mientras ellos mismos suelen quejarse ahora de los tiempos, nosotros, en favor de esos

mismos tiempos, hemos entablado una discusión; tiempos que evidentemente no afectan a una sola ciudad, sino que son compartidos por todo el mundo. Consiguientemente la misma felicidad que sintió Roma venciendo, fue infortunio para los que, fuera de Roma, fueron vencidos. ¿En cuánto, pues, ha de ser estimada esta gota de trabajada felicidad, a la que se atribuye la dicha de una sola ciudad, mientras una gran cantidad de infortunios producen la ruina de todo el mundo? Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y bien desarrollados pueblos? O ¿acaso los consideraba de otra forma Cartago, cuando después de ciento veinte años —en los cuales, a pesar de temblar unas veces ante los desastres bélicos y otras ante las condiciones que se le exigían para la paz, podía cambiar, sin embargo, ya recurriendo a la rebeldía, ya a las súplicas, la paz por la guerra y la guerra por la paz—, terminó por fin toda la ciudad convertida en una pira, al arrojarse al fuego uno por uno todos sus ciudadanos arrastrados por una extrema desesperación? Para ella todavía ahora, cuando ya es pequeña en territorio y sin murallas, es algo triste escuchar lo que fue en otro tiempo. Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los

desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida, enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos. ¿Qué opinión tendría en aquella ocasión de sus tiempos? Que lo diga por fin la propia Italia: ¿por qué obstaculizó, se opuso y rechazó durante cuatrocientos años a los romanos (que eran también itálicos), si la fortuna de estos no era un infortunio para ellos, y si el hecho de que los romanos se convirtieran en dueños de la situación no era un obstáculo para el bien común? Y no pregunto a los innumerables pueblos de las distintas razas, pueblos antes largo tiempo libres, pero sometidos entonces en la guerra, separados de su patria, vendidos por dinero y dispersos por la esclavitud; no les pregunto qué hubieran preferido en aquella ocasión, qué opinaban de los romanos, qué pensaban de sus tiempos. Paso por alto a los reyes de grandes recursos, de grandes ejércitos, de gran gloria, reyes largo tiempo poderosos, pero hechos un día prisioneros, humildemente encadenados, pasados bajo el yugo, llevados ante el carro del vencedor, destrozados en prisión. Preguntarles a ellos su opinión es tan necio como duro el no dolerse de su desgracia.

Pensemos en nosotros, sí, en nosotros, digo, y en la forma de vida que hemos elegido y en la cual descansamos. Nuestros antepasados hicieron guerras, y, al pedir la paz cuando se cansaban de las guerras, tenían que pagar tributos. El tributo es el precio de la paz. Nosotros pagamos tributos para no tener que sufrir guerras; y, por ello, nosotros nos hemos parado y nos quedamos en el puerto al que ellos sólo huían para escapar de

las tempestades de las desgracias. Así pues, yo podría ahora considerar nuestros tiempos para ver si son felices. La verdad es que yo los considero más afortunados que aquellos otros, porque, lo que ellos eligieron como último recurso, nosotros lo tenemos sin interrupción. La inquietud de las guerras, por la que ellos fueron atormentados, nos es en efecto desconocida a nosotros. Por otra parte, nosotros nacemos y envejecemos en la tranquilidad que ellos débilmente gustaron tras el gobierno de Augusto y el nacimiento de Cristo; lo que para ellos era el pago que se abonaba para salir de la servidumbre, para nosotros es una libre aportación para nuestra defensa. Es tanta la diferencia entre los tiempos pasados y los actuales que lo que entonces Roma arrancaba de nuestras manos con las armas para su propio lujo, ahora ella misma lo reúne juntamente con nosotros para utilidad de un estado que es común. Y si alguno dice que nuestros antepasados soportaron mejor a los enemigos romanos que nosotros a los godos, que se entere y que comprenda qué distinto es lo que a él le parece y lo que realmente sucede a su alrededor.

En otro tiempo, cuando las guerras hervían por todas partes, cada provincia tenía sus reyes, sus leyes y sus costumbres; y no había comunidad de sentimientos donde había diversidad de poderes. En definitiva, ¿qué podría unir en último extremo a pueblos alejados entre sí y bárbaros, a los cuales, educados en distintos ritos sagrados, los separaba incluso la religión? Si alguien en aquella época, cansado de la crueldad de sus desgracias, tuvo que abandonar su patria en manos del enemigo, ¿a qué desconocido lugar se pudo acercar,

él, desconocido? ¿A qué pueblo, generalmente enemigo, se pudo acercar suplicante el, enemigo? ¿En quién pudo confiar en su primera etapa del viaje, él que no había sido invitado por la identidad de nombre, que no había sido atraído por la comunidad de derecho, y que no se podía sentir seguro por la identidad de religión? ¿Acaso es poco el ejemplo que dieron Busiris, que impiamente inmolaba en Egipto a los infelices extranjeros que llegaban, y los litorales de Diana Táurica, crueles con los que llegaban a ellos y crueles sobre todo por sus ritos sagrados, y la Tracia, con su rey Polimestor, criminal incluso con sus huéspedes más allegados? Y, para no dar la impresión de que me detengo en hechos antiguos, Roma misma es testigo del asesinato de Pompeyo y Egipto del asesino Tolomeo.

2.

Yo, sin embargo, que aprovecho para huir la primera perturbación de una situación turbulenta, sea esta del tipo que sea, y la aprovecho porque estoy totalmente seguro de encontrar un lugar de refugio, tengo en cualquier sitio mi patria, mi ley y mi religión. Ahora concretamente África me ha recibido tan amablemente como confiadamente yo me he acercado a ella; ahora, repito, esta África me ha recibido en su sencilla tranquilidad, en su propio seno, en su justicia que es de todos; África, de la cual se dijo en otro tiempo y se dijo con razón esto:

..¿nos vemos privados de la hospitalidad de su playa,

*la guerra empuja e impide que nos asentemos
en la primera tierra que encontramos.*

Ahora voluntariamente ha abierto su anchamente generoso regazo para recibir a sus aliados en la religión y la paz, y voluntariamente invita a los cansados para darles alivio.

El ancho Oriente, el abundante Norte, el vasto Sur y los amplios y seguros lugares de las grandes islas me pertenecen en virtud del derecho y del nombre, porque me acerco, como romano y cristiano, a ellos que son cristianos y romanos. No tengo miedo a los dioses de mi anfitrión, no tengo miedo de que su religión sea mi muerte, no hay un lugar al que deba temer, donde a su dueño le esté permitido perpetrar lo que quiera y al peregrino no le esté permitido alegar lo que le convenga, un lugar donde exista un derecho de hospitalidad del que yo no pueda participar. El Dios único, que estableció esta unidad de gobierno en la época en que él mismo quiso darse a conocer, es amado y temido por todos. Por todas partes campean las mismas leyes, que están sometidas al Dios único: sea el que sea el lugar al que yo llegue como desconocido, no temo un repentino ataque como si fuese un desamparado. Entre los romanos, como dije, soy romano, entre los cristianos soy cristiano, entre los hombres soy hombre; por la ley puedo recurrir al estado, por la religión a la conciencia humana, por la idéntica comunidad de naturaleza, a la naturaleza. Para mi ahora, por un tiempo, toda la tierra es, por así decir, mi patria, ya que la verdadera patria, la patria que anhelo, no está de ninguna forma en la tierra. Nada pierdo donde no tengo nada que aprecie, y lo tengo todo porque está conmigo aquel a quien

amo, sobre todo porque él mismo está entre todos; él que es el que me ha hecho a mí no sólo conocido de todos sino también cercano a todos; él no abandona al necesitado porque de él mismo son la tierra y su plenitud, de la cual mandó que todas las cosas fuesen comunes para todos.

Estos son los bienes de nuestra época, bienes que de ninguna forma tuvieron nuestros antepasados, ni en lo que se refiere a tranquilidad por el presente, ni a esperanza en el futuro, ni a protección común; y por ello estuvieron en continuas guerras, porque, al no ser libre la participación en los cambios de sedes, fueron lamentablemente asesinados o vergonzosamente esclavizados por tener que quedarse en las que poseían.

Esto quedará mucho más claro y evidente cuando expliquemos por orden los propios hechos de los antepasados.

3.

En el año 606 de la fundación de la ciudad, es decir, el mismo año en que fue destruida Cartago, durante el consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio, a la caída de Cartago siguió la destrucción de Corinto; en el pequeño intervalo, pues, de un solo año, esparció su resplandor en partes distintas del mundo el incendio de dos poderosísimas ciudades.

Efectivamente, cuando el pretor Metelo derrotó a la alianza de aqueos y beocios en dos batallas, a saber, la primera de ellas en las Termópilas y la segunda en Fócide —en la primera

batalla cayeron, según el testimonio del historiador Claudio, veinte mil enemigos y en la segunda siete mil; Valerio Antias afirma que la batalla fue en Acaya y que murieron veinte mil aqueos con su general Dieo; Polibio, que era aqueo y que, a pesar de estar entonces en África con Escipión, habla, sin embargo, también de ello porque no podía ignorar un desastre de su país, asegura que sólo se luchó una vez en Acaya bajo el mando de Critolao y transmite que Dieo, por su parte, que había traído soldados de Arcadia, fue destruido juntamente con su ejército por el propio Metelo. Pero de estas distintas divergencias entre los historiadores ya dijimos algunas cosas, de las cuales baste ahora esta manifiesta y mal conocida marca de los embusteros: «Que con toda evidencia manifiestan que son poco dignos de crédito en las demás cosas quienes no coinciden ni siquiera en aquellas que vieron con sus propios ojos»—; pues bien, tras la extinción de los contingentes de toda Acaya, cuando el pretor Metelo estaba tramando la destrucción de las ciudades desamparadas, llegó de repente con unos pocos al campamento el cónsul Mumio; éste, tras destituir inmediatamente a Metelo, se lanza sin demora al asalto de Corinto, la ciudad con mucho más rica de todas en todo el mundo de entonces; y es que ella había sido desde hacía muchos siglos la fábrica de todos los artistas y de todas las profesiones y el emporio común de Asia y Europa. Tras permitirseles cruelmente hacer botín incluso a los prisioneros que iban en el ejército, todo cayó bajo la sangre y el fuego, de forma que del círculo de los muros salía un incendio que, al estrecharse, formaba una sola punta de llama como si saliese de

un horno. En consecuencia, fue aniquilada a hierro y fuego gran parte de la población y los demás fueron vendidos como prisioneros de guerra. Una vez incendiada la ciudad, los muros fueron derruidos desde sus cimientos. Las piedras del muro fueron reducidas a polvo y se arrancó un ingente botín. Por cierto que en el incendio de la ciudad, al derretirse en una sola mezcla todos los metales, el oro, la plata y el bronce debido a la gran cantidad y variedad de estatuas e imágenes que había, se consiguió un nuevo tipo de metal que, a partir de entonces y hasta hoy, recibe el nombre, según la tradición, de bronce y vasos corintios, ya porque se trata del mismo metal ya porque es una imitación de aquel.

4.

Durante el consulado de los mismos personajes, Viriato, de origen lusitano, pastor y bandolero, aterrorizó en Hispania a todos los romanos, asaltando primero los caminos, asolando después las provincias, y venciendo, poniendo en fuga y derrotando, por fin, a los ejércitos de los pretores y cónsules. Efectivamente, mientras recorría y vagaba por los territorios del Ebro y del Tajo; ríos caudalosos y de ubicación distante entre sí, se le enfrentó el pretor Gayo Vetilio; éste, tras perder hasta la aniquilación total casi todo su ejército, apenas pudo él mismo librarse, amparándose en la fuga, con unos pocos. Posteriormente el mismo Viriato puso en fuga, tras derrotarle en muchos enfrentamientos, al pretor Gayo Plautio. Luego, el propio Claudio Unimano, que había sido enviado con un gran

aparato bélico contra Viriato para que borrara la mancha de la derrota anterior, aumento aún más vergonzosamente la infamia; en efecto, en un enfrentamiento con Viriato perdió todas las tropas que había llevado consigo y las fuerzas más importantes del ejército romano. Viriato, como trofeo, clavó en los montes de su dominio los signos externos consulares, las fasces y demás insignias romanas.

En esta misma época, trescientos lusitanos se enfrentaron a mil romanos en un desfiladero; en la batalla, según el testimonio de Claudio, murieron setenta lusitanos frente a los trescientos veinte romanos caídos; y, mientras los lusitanos se retiraban en grupos y tranquilos como vencedores, uno de aquellos, que se había alejado de los otros, al ser rodeado, él que iba a pie, por unos soldados romanos de a caballo, hirió cónsulanza al caballo de uno de éstos y cortó de un solo tajo la cabeza del mismo jinete, aterrorizando de tal forma a todos los demás que, mientras todos miraban, él escapó desdeñosa y tranquilamente.

En el año del consulado de Apio Claudio Quinto Metelo, Apio Claudio, en un enfrentamiento y derrota frente a los galos salasos, perdió cinco mil soldados. En la reanudación de la lucha, aniquiló a cinco mil enemigos. Y, como, de acuerdo con una ley que establecía que tenía derecho a celebrar el triunfo todo aquel que hubiese dado muerte a cinco mil soldados, pidiera él también la celebración del triunfo, pero no lo consiguiera a causa de los desastres anteriores, haciendo uso de una desvergüenza y ambición infames, sufragó los gastos de la celebración triunfal con dinero privado.

Durante el consulado de Lucio Cecilio Metelo y Quinto Fabio Máximo Serviliano, entre otros fenómenos, se vio en Roma un hermafrodita; por mandato de los harúspices fue arrojado al mar; pero la realización de esta infame expiación no sirvió de nada, ya que se originó de pronto una peste tan grande que en un primer momento no bastaban y después incluso faltaban los encargados de realizar las exequias. Como consecuencia, quedaron sin vivos y llenas de muertos incluso casas ilustres; dentro, enormes herencias, pero ni un solo heredero en absoluto. Por último, ya no sólo no se podía vivir en la ciudad, sino ni siquiera acercarse a ella: tan violentos eran los hedores de los cadáveres, en descomposición en las casas y en los lechos, que corrían por toda la ciudad. Aquella expiación cruel y que enseñaba a buscar el remedio a las muertes humanas en la muerte de un hombre, apareció por fin ante los romanos, avergonzados ante tantas desgracias, como algo lamentable e inútil. Efectivamente, este remedio se había aceptado poco antes por el deseo de prevenir una desgracia; y lo que se consiguió fue una peste, la cual, sin embargo, amainó sin necesidad de recurrir a ninguna expiación por medio de sacrificios, sino sólo cuando terminó la epidemia de acuerdo con la medida de secretas leyes.

Si por casualidad aquellos harúspices, artífices de engaños, hubiesen estado celebrando la expiación —cosa que suelen hacer— en el momento en que la enfermedad ya empezaba a remitir, sin duda que hubieran reivindicado para ellos, para sus dioses y para sus ritos la gloria de la salud recuperada. De esta forma era engañada con mentiras, de las cuales no se podía

librar, aquella ciudad desgraciada y propensa por sus erróneas supersticiones a los sacrilegios.

Volviendo a los hechos, el cónsul Fabio, en su enfrentamiento con los lusitanos y Viriato, liberó, rechazando a los enemigos, la ciudad fortificada de Bucia, que estaba siendo asediada por Viriato, y la recibió bajo su dominio juntamente con otras fortalezas.

Llevó a cabo también una acción execrable contra los últimos bárbaros de Escitia, por no decir contra la palabra dada por Roma y contra la moderación. Efectivamente, a quinientos de sus nobles, a quienes de acuerdo con el derecho de la rendición había recibido tras ofrecerles una alianza, les corto las manos.

Pompeyo, el cónsul del año siguiente, tras atacar el territorio numantino, se retiró habiendo sufrido un gran desastre: y es que no sólo fue destruido casi todo su ejército, sino que perecieron también muchos nobles que estaban bajo su mando.

Viriato, por su parte, tras haber destrozado durante catorce años a los generales y ejércitos romanos, fue asesinado traidoramente por los suyos; mientras que los romanos, en relación con Viriato, sólo actuaron con valentía en esto: en que no consideraron dignos de premio a los asesinos.

Yo, por mi parte, tanto ahora como en otras muchas ocasiones, podía haber entremezclado en mi narración las inextricables guerras de Oriente, que casi siempre empiezan o terminan con crímenes. Pero los hechos romanos, en los cuales

se centra nuestro tema, son tan grandes que con razón quedan a un lado los demás.

De todas formas, en esta época, Mitridates, rey de los partos, el sexto tras Arsaces, invadió vencedor la ciudad de Babilonia y todo su territorio, tras haber vencido al prefecto Demetrio. Sometió además a todos los pueblos que habitan entre los ríos Hidaspes e Indo. Extendió su sangriento imperio incluso hasta la India; y al propio Demetrio, que se le enfrentó en una segunda guerra, le derrotó e hizo prisionero; capturado éste, un tal Diodoto juntamente con su hijo Alejandro usurpó el reino y el título de rey; el propio Diodoto mató después a su hijo Alejandro, al que había tenido como compañero de peligro en la usurpación del reino, para no tenerlo como copartícipe en su administración.

Durante el consulado de Marco Emilio Lépido y Gayo Hostilio Mancino, aparecieron distintos prodigios, y todas las desgracias que consigo trajeron fueron remediadas según la costumbre. Pero a los harúspices, cazadores de circunstancias e inventores de mentiras, no siempre les favorecen oportunamente las ocasiones. En efecto, ahora, el cónsul Mancino, después de recibir el ejército de manos de Popilio junto a Numancia, llevó a cabo todos los combates de forma tan desastrosa y llegó a una situación tan desesperada que se vio obligado a firmar un vergonzoso tratado con los numantinos. A pesar de que también Pompeyo había realizado un poco antes otro tratado igualmente infame con los mismos numantinos, el senado ordenó anular el pacto y entregar a

Mancino a los numantinos; éste, con el cuerpo desnudo y las manos atadas a las espaldas, fue expuesto ante las puertas de Numancia, y, permaneciendo allí hasta la noche, abandonado por los suyos y no aceptado por los enemigos, proporcionó un lamentable espectáculo a unos y otros.

5.

El dolor exige que en este momento gritemos. ¿Por qué, romanos, reivindicáis sin razón para vosotros esos grandes títulos de justos, fieles, fuertes y misericordiosos? Aprended, más bien, esas virtudes de los numantinos. ¿Tuvieron ellos necesidad de ser valientes? Vencieron en la lucha. ¿Tuvieron necesidad de ser fieles? Leales a otros como a sí mismos, dejaron libres, porque así lo habían pactado, a los que habían podido matar. ¿Había que dar pruebas de justos? Pudo comprobarlo incluso el atónito senado, cuando los propios numantinos por medio de sus legados reclamaban o sólo la paz, pero sin recortes, o a todos aquellos a los que habían dejado ir vivos como prenda de la paz. ¿Hubo necesidad en algún momento de dar pruebas de misericordia? Bastantes pruebas dieron dejando marchar al ejército enemigo con vida o no aceptando para el castigo a Mancino.

Y ahora me pregunto yo: ¿fue absolutamente necesario entregar a Mancino, el cual esquivó la matanza que pendía sobre el ejército poniendo delante el escudo de un tratado, y que reservó las ya débiles fuerzas de la patria para tiempos mejores? O, si no agradó el tratado que firmó, ¿por qué los

soldados que a cambio fueron liberados fueron recibidos, cuando volvieron, o no fueron devueltos, cuando eran de nuevo reclamados por los numantinos? O, si aceptaron las decisiones tomadas, cualesquiera que fueran, para salvar a los soldados, ¿por qué fue entregado sólo Mancino, que era el que había tomado esas decisiones?

Poco tiempo antes Varrón obligó a iniciar un combate apresurado a su colega Paulo que se resistía, precipitó al ejército que temblaba de miedo, y dispuso, no para la lucha, sino para enfrentarlas a la muerte, en aquellos campos de Cannas, infames por el desastre romano, a las pobres tropas romanas. Sólo su impaciencia, por culpa de la cual Aníbal ya era vencedor de antemano, perdió allí mas de cuarenta mil soldados romanos. Muerto incluso su colega Paulo —¡qué gran hombre era!—, se atrevió por fin a volver desvergonzadamente casi solo a Roma y mereció un premio a su desvergüenza. Y es que el senado le dio públicamente las gracias por no haber perdido la confianza en el estado; él, que lo había puesto en una situación desesperada.

Ahora, sin embargo, Mancino, por haberse esforzado en no perder un ejército que, por ley de guerra, estaba ya derrotado, ha sido condenado por ese mismo senado a ser entregado al enemigo. Yo sé, romanos, que desagradó la acción de Varrón, pero se transigió por las circunstancias, y que se aceptó ésta de Mancino, pero se tomó según el momento. Y a causa de ello conseguisteis desde el primer momento que, por ingratos, ningún ciudadano tome ya decisiones convenientes para

vosotros, y que, por desleales, ningún enemigo os crea confiadamente.

Entretanto Bruto derrotó en Hispania Ulterior a sesenta mil galaicos, que habían ido en ayuda de los lusitanos; y lo hizo en una dura y difícil batalla, a pesar de que los rodeó cuando estaban desprevenidos. De ellos cayeron en este combate cincuenta mil; se dice que fueron hechos prisioneros seis mil, y lograron escapar muy pocos. En Hispania Citerior, el procónsul Lépidio, en contra incluso de las órdenes del senado, trató de someter obstinadamente a los vacceos, pueblo inofensivo y suplicante; pero posteriormente pago el castigo de su violenta obstinación sufriendo un gravísimo desastre; en efecto, en este enfrentamiento no razonable, murieron con toda razón seis mil romanos; los demás, sin campamento, e incluso sin armas, lograron escapar.

Este desastre ocurrido bajo el mando de Lépidio no fue menos vergonzoso que el que protagonizó Mancino. A ver si ahora estos tiempos son incluidos entre los momentos felices, no diría yo que por los hispanos, abatidos y agotados por tantas guerras, pero al menos sí por los propios romanos, afectados por tan continuas desgracias y tantas veces derrotados. Para no recordar en plan de censura el número de pretores, legados, cónsules, legiones y de ejércitos que desaparecieron, recuerdo sólo esto: los soldados romanos se debilitaron hasta tal punto por su loco temor, que ya no podían sujetar sus pies, ni fortalecer su ánimo, ni siquiera ante un ensayo de lucha; es más, a partir de ahora, en cuanto veían a un hispano, sobre todo

si era enemigo, se ponían en fuga, pensando casi que ya habían sido vencidos antes de ser vistos.

Con estas pruebas queda en evidencia que tanto para unos como para otros aquellos tiempos hay que considerarlos como nefastos, por cuanto los hispanos, aunque habían conseguido vencer, tuvieron, sin embargo, que abandonar, en contra de su voluntad; su dulce descanso y soportar guerras con extranjeros; y los romanos fueron derrotados tanto más vergonzosamente cuanto más desvergonzadamente se metieron con la tranquilidad ajena.

6.

Durante el consulado de Servio Fulvio Flaco y Quinto Calpurnio Pisón nació en Roma de una esclava un niño con cuatro manos, cuatro pies, cuatro ojos, cuatro orejas y dos penes. En Sicilia, el monte Etna vomitó y despidió grandes cantidades de fuego, que, lanzándose a modo de torrentes por las pendientes, abrasó con sus llamas arrebatadoras todos los lugares próximos, mientras que los mas lejanos se tostaron con las cenizas calientes que volaban a lo ancho de todo el territorio con mortal vapor: este tipo de fenómeno, propio siempre de Sicilia, no suele presagiar males, sino traerlos.

En el territorio de Bononia nacieron granos de cereales en los árboles.

Por otra parte, en Sicilia hubo un levantamiento de esclavos, levantamiento que fue tan grave y espantoso, por el gran número de esclavos, por la preparación de sus tropas y la

magnitud de sus ejércitos, que aterrorizó, no diré a los pretores romanos, a los cuales aniquiló completamente, sino incluso a los cónsules.

Efectivamente, se dice que en el ejército de los sublevados se encontraron setenta mil siervos, exceptuando la ciudad de Mesina que, por tratar con liberalidad a sus siervos, impidió que se sublevaran.

La verdad es que Sicilia, aparte de eso, tuvo mala suerte también en cuanto que, al no tener nunca un estado propio fundado en un derecho apropiado, estuvo siempre sometida, ya a tiranos, ya a esclavos; unas veces imponían aquellos la servidumbre con su malvada tiranía, y otras veces éstos, con perverso atrevimiento, cambiaban los *status* de libertad; todo ello agravado porque, al cerrar el mar por todas partes, los males internos no podían fácilmente ser echados fuera. Y es que Sicilia hizo crecer, para su perdición, este viperino fruto de su vientre, fruto que engordó para comodidad suya, y fruto que iba a vivir con la muerte de aquella. Por otra parte, las revoluciones de los levantamientos de esclavos, cuanto más raros son que los otros levantamientos, tanto más crueles son en esto: en que el esfuerzo de la gente libre tiende a levantar a su patria, mientras que el de los esclavos tiende a perderla.

7.

En el año 620 de la fundación de la ciudad, cuando, a raíz del tratado firmado en Numancia, una infamia casi mayor que la sufrida en otro tiempo en las horcas Caudinas aumentó la

vergüenza en el rostro de los romanos; fue nombrado cónsul Escipión Africano con el acuerdo de todas las tribus; y fue enviado con el ejército para tomar Numancia al asalto.

Numancia, por su parte, ciudad de la Hispania Citerior, situada no lejos de los vacceos y cántabros en la frontera con Galicia, fue la última ciudad de los celtíberos. Ella, con cuatro mil soldados, no sólo contuvo durante catorce años a cuarenta mil romanos, sino que incluso los venció y obligó a vergonzosas alianzas.

Pues bien, Escipión Africano, entrando en Hispania, no se lanzó inmediatamente contra el enemigo para cogerlo, por así decir, desprevenido, por cuanto sabía que este tipo de gente no se entregaba ni corporal ni anímicamente al ocio hasta que no superaban con su forma física habitual el momento óptimo de los demás; Escipión lo que hizo fue ejercitar a sus soldados en los campamentos como si de escuelas se tratase. Y a pesar de que pasó parte del verano y todo el invierno sin ni siquiera intentar la lucha, aún con esta táctica, muy poco consiguió. Efectivamente, cuando llegó el momento de la batalla, el ejército romano, oprimido por el empuje de los numantinos, se dio a la fuga; sin embargo, ante las voces y amenazas del cónsul que se puso en medio y los sujetaba con las manos, el ejército volvió por fin, aunque de mala gana, contra el enemigo, y obligó a huir a quien les había puesto a ellos en fuga. Es difícil creer lo que se cuenta: los romanos pusieron en fuga a los numantinos y los vieron huir.

A raíz de ello Escipión, aunque se alegró y se glorió porque los resultados fueron mas allá de lo que se esperaba, confesó, sin embargo, que nunca más se debería intentar hacer la guerra a éstos. Por ello, consideró que se debía buscar el éxito en sucesos inesperados, asedió la propia ciudad y la rodeó incluso con una fosa: la anchura de la fosa fue de diez pies y su profundidad de veinte. Fortificó después con torres, cercanas unas a otras, la empalizada que construyó con estacas para, de esta forma, si el enemigo intentaba un ataque contra él saliendo de la ciudad, luchar no como un sitiador con un sitiado, sino cambiando los papeles, como un sitiado con un sitiador.

En lo que se refiere a Numancia, situada en un montículo no lejos del río Duero, estaba ceñida por un muro que la rodeaba en una extensión de tres mil pasos, aunque algunos afirman que ocupaba un pequeño trozo de terreno y sin muros. Por ello, lo más razonable es pensar que habían cercado el espacio de terreno citado con el fin de alimentar y cuidar su ganado y para comodidad en el cultivo del campo cuando fuesen atacados militarmente, mientras que ellos mismos ocuparían sólo una pequeña fortaleza naturalmente fortificada. Por otro lado, parece lógico pensar que tan pequeño número de hombres debería dejar más bien abierto, y no fortificar, tan gran espacio urbano. Lo cierto es que los numantinos, largo tiempo cercados y deshechos por el hambre, ofrecieron su rendición con tal de que se les ordenasen cosas que se pudiesen aguantar, pidiendo también con insistencia que se les concediera la oportunidad de luchar en igualdad de condiciones para poder así morir como hombres. Finalmente,

salieron todos de pronto por dos puertas tras haber bebido antes gran cantidad no de vino, por cuanto aquel lugar no lo produce, sino de un jugo de trigo de confección artesana, al que llaman «celia» porque se produce por calentamiento; en efecto, con fuego engordan el tamaño del grano de trigo húmedo, después lo secan y luego, convertido en harina, lo mezclan con un jugo dulce; la fermentación consigue un producto de sabor áspero y que produce el calor de la embriaguez. Pues bien, reanimados tras el largo tiempo de hambre por esta bebida, se entregaron a la lucha.

El enfrentamiento fue atroz durante largo tiempo e incluso peligroso para los romanos, y de nuevo estos hubieran probado que su forma de lucha con los numantinos era la huida, si no hubiesen estado bajo el mando de Escipión. Los numantinos, tras morir los más valientes de los suyos, se retiran de la lucha, aunque vuelven a la ciudad con sus filas en orden y no como si huyeran; y no quisieron aceptar los cadáveres de los muertos que les fueron ofrecidos para sepultarlos. Abocados ya todos a la muerte, con la última esperanza de los desesperados, prenden fuego ellos mismos por dentro a la ciudad cerrada y todos juntos perecieron bajo las armas, el veneno y el fuego. Los romanos no consiguieron con la derrota de los numantinos absolutamente nada, salvo su propia seguridad; en efecto, una vez destruida Numancia, ni siquiera consideraron que fueron ellos los vencedores, sino más bien que fueron los numantinos los que se escaparon. La cadena del vencedor no ató a un solo numantino; Roma no vio razón para conceder el triunfo; oro y plata, que podría haber escapado al fuego, no había en este

pueblo que era pobre; las armas y los vestidos los consumió el fuego.

8.

Pues bien, en esta misma época; mientras sucedía esto en Numancia, en Roma surgían las revoluciones de los Gracos.

Escipión, por su parte, cuando tras destruir Numancia apaciguaba a los otros pueblos de Hispania, consultó a un tal Tireso, príncipe celta, por qué razón el estado numantino aguantó antes sin ser vencido y por qué otra fue después arrasado. Tireso respondió: «Se mantuvo invicto gracias a la concordia; la discordia fue su ruina.» Los romanos tomaron esto como si se lo hubiera dicho a ellos y lo hubiera dicho acerca de ellos a modo de ejemplo, por cuanto ya les habían llegado noticias de las sediciones que dividían a toda la ciudad.

Con la destrucción de Cartago y Numancia desaparece entre los romanos la útil rivalidad por estar prevenidos y nace la infame tensión que arranca del ansia de dominio. El tribuno de la plebe Graco, enfrentado con ira a la nobleza, porque había sido acusado entre los firmantes del pacto numantino, decidió distribuir entre el pueblo el campo que hasta ahora había sido propiedad de particulares. Apartó de su cargo al tribuno de la plebe Octavio por oponerse a él y nombró a Minucio como su sucesor. Por todo ello el senado se irritó y el pueblo se envalentonó. Casualmente, al morir en aquella época Atalo, hijo de Eumenes, ordenó en el testamento que el pueblo romano fuera su sucesor en el gobierno de Asia. Graco,

tratando de atraerse con dinero al pueblo, presentó una propuesta de ley según la cual el dinero que había sido de Atalo se distribuiría entre el pueblo. Nasica se opuso, e incluso Pompeyo prometió solemnemente que llevaría a los tribunales a Graco en cuanto éste cesase en su cargo.

9.

Al intentar Graco permanecer como tribuno de la plebe al año siguiente y al provocar alborotos populares el día de los comicios, la nobleza, empujada por la intervención de Nasica, puso en fuga con trozos de sillas a la plebe. Graco, al huir con el manto quitado por las escaleras que hay sobre el arco de Calpurnio, cayó golpeado por un trozo de escaño y, levantándose de nuevo, volvió a caer ya muerto por otro golpe de un garrote que impactó sobre su cabeza. En esta sedición perdieron además la vida doscientos hombres, cuyos cuerpos fueron arrojados al Tíber; incluso el cadáver del propio Graco, sin enterrar, se consumió pudriéndose.

Por otra parte, un levantamiento de esclavos que se originó en Sicilia se extendió contagiosamente a lo largo de muchas provincias. En Minturno, en efecto, tuvieron que se mil por Quinto Metelo y Gneo Servilio Cepión; en las minas de Atenas también la misma sublevación de esclavos fue aplastada por el pretor Heráclito; en Delos fueron igualmente derrotados por los ciudadanos, que se les adelantaron, los esclavos que se habían sublevado en otro levantamiento; todo ello sin contar la primera yesca del mal que arrancó en Sicilia, de donde

saliendo, por así decir, estas chispas sembraron los distintos incendios. En Sicilia, en efecto, tras la intervención del cónsul Fulvio, fue el cónsul Pisón el que tomó la fortaleza de Mamertio, en cuya toma mató a ocho mil desertores; y a los que pudo coger vivos, los colgó en el patíbulo. Al sucederle el cónsul Rutilio éste tomó también con las armas Tauromenio y Henas; seguros refugios de los fugitivos: se dice que en aquella ocasión fueron aniquilados más de veinte mil esclavos.

En verdad que el origen de esta lucha es lamentable e inexplicable. Ciertamente los dueños hubieran muerto si no se hubiesen enfrentado con las armas a los siervos sublevados; pero también es verdad que en las lamentables pérdidas producidas por la lucha y las más lamentables aún ganancias de la victoria, los vencedores perdieron tanto cuanto elevado fue el número de muertos.

10.

En el año 622 de la fundación de la ciudad el cónsul y pontífice máximo Publio Licinio Craso, a pesar de ser enviado con un ejército muy bien preparado contra el hermano de Atalo, Aristónico, quien había invadido el Asia que los romanos habían heredado, y a pesar, además, de contar con la ayuda de grandes reyes, a saber, Nicomedes de Bitinia, Mitrídates del Ponto y de Armenia, Ariarates de Capadocia, Pilemenes de Paflagonia, y se todas las tropas de éstos, a pesar de todo ello, fue derrotado en la batalla que se entabló. Y cuando, en la huida ya del ejército tras sufrir muchas bajas, estaba el mismo

rodeado por enemigos y faltaba muy poco para que fuera herido, arrojó al ojo de un tracio la vara que usaba para el caballo, el bárbaro, irritado y dolorido, atravesó el costado de Craso con su espada. De esta forma, con este tipo de muerte buscada premeditadamente, evitó la deshonra y la esclavitud. El cónsul Perpenna, sucesor de Craso, enterado de la muerte de éste y del desastre del ejército romano, salió precipitadamente volando hacia Asia; atacó inesperadamente a Aristónico, que estaba celebrando la reciente victoria y le obligó a huir despojado de todas sus tropas; y sitiando la ciudad de Estratonice, en la cual se había refugiado aquel, le obligó a entregarse rendido por el hambre. El cónsul Perpenna, afectado por una enfermedad, murió en Pérgamo; Aristónico fue ahorcado en la cárcel, en Roma, por mandato del senado.

En este mismo año, la vergonzosa vida del rey de Alejandría Tolomeo tuvo un final todavía más vergonzoso. En efecto, éste, tras haber cometido estupro con su hermana y haberse casado después con ella, por último la abandonó en una acción más indigna que la que cometió casándose con ella. Y a su extraña descendencia, esto es, a la hija de su hermana y esposa, la convirtió en su esposa; y a su hijo, que había tenido de su hermana, y al hijo también de su hermano, los mandó matar. Por todo ello, despreciado a causa de tantos incestos y parricidios, fue expulsado del reino por los alejandrinos.

En la misma época, Antíoco, no contento con Babilonia y Ecbatana, además de todo el imperio medo, se enfrentó a Fraates, rey de los partos, siendo derrotado. Aquél, si bien tenía, según se decía, un ejército de cien mil soldados armados,

arrastraba con él, sin embargo, doscientas mil personas más entre mozos de carga y cantineros junto con prostitutas e histriones. De esta forma cayó fácilmente derrotado juntamente con todo su ejército por las fuerzas partas.

Durante el consulado de Gayo Sempronio Tuditano y Marco Acilio, Publio Escipión Africano, al día siguiente de haber anunciado ante la asamblea del pueblo el peligro que corría su vida, por cuanto se había enterado de que se le acusaba por parte de hombres malvados e ingratos, a él que trabajaba en pro de la patria, fue encontrado muerto por la mañana en su alcoba. No sería yo temerario si incluyo esta acción entre las peores desgracias de los romanos, sobre todo porque la autoridad y moderación de Africano significaba tanto en la ciudad que difícilmente se podría creer que, estando él vivo, pudiese haber una guerra social o civil. Algunos dicen que fue asesinado por la dolosa intervención de su mujer Sempronia, hermana por otra parte de los Gracos, para que así esta criminal, según creo, familia, nacida para la perdición de su propia patria, fuese todavía mas horrible, aparte de por las sediciones de sus hombres, también por los crímenes de sus mujeres.

Durante el consulado de Marco Emilio y Lucio Orestes, el Etna, al entrar en erupción con gran temblor de tierras, se desbordó en bolas de fuego, y al segundo día la isla de Lípára y todo el mar que la rodea entraron en ebullición tal, que disolvieron incluso las rocas ya tostadas, abrasaron las tablas de las naves derritiendo la cera que las pegaba, cocieron a los

peces ya muertos y que nadaban a flor de agua, y asfixiaron incluso a las personas, cuyos órganos vitales interiores se quemaron al respirar y expirar bocanadas de aire caliente; sólo se salvaron los que pudieron huir lejos.

11.

Durante el consulado de Marco Plautio Hipseo y de Marco Fulvio Flaco un horrible y desconocido desastre alcanzó a África, cuando apenas había todavía descansado de las destrucciones de las guerras. Efectivamente, tras haberse extendido a lo largo de toda África inmensas cantidades de langostas y haber no sólo raído todos los brotes de los frutos y comido todas las hierbas con parte de sus raíces y las hojas de los árboles con las ramas más tiernas, sino tras haberse también roído las amargas cortezas y los leños secos, fueron arrastradas por un repentino huracán, apelonadas en grupos compactos, llevadas largo tiempo por el aire, y arrojadas al mar de África. Cuando las olas, arrancando sus movimientos desde lejos, arrastraron por inmensas extensiones del litoral grandes montones de langostas, la corrupta y putrefacta masa despidió un olor enormemente repugnante y más fatal de lo que nadie pueda imaginar; a raíz de ello se produjo, afectando por igual a todos los seres vivos, una peste tan enorme que, podridos por todas partes, los cadáveres de aves, de animales domésticos y salvajes afectados por la infección del aire aumentaban aún más la fuerza de la corrupción. Por otra parte, y en lo que se refiere a la magnitud de la peste en las personas humanas, yo mismo

siento escalofríos en todo mi cuerpo al contarlo: y es que en Numidia, cuyo rey era entonces Micipsa, se dice que murieron ochocientos mil hombres, y en la costa marítima, sobre todo la que está cerca del litoral cartaginés y uticense, más de doscientos mil; y en la propia ciudad de Útica, los treinta mil soldados que estaban como guarnición para defensa de toda África, fueron destruidos y aniquilados. Esta desgracia se presentó con tanta rapidez y violencia que se dice que en aquella ocasión, en un solo día y por una sola puerta, fueron sacados los cadáveres de mil quinientos jóvenes en la ciudad de Útica.

Como contraposición a todo eso, yo podría ahora hablar de la paz y favores del Dios Todopoderoso, por cuya misericordia y en cuya confianza digo esto: aunque también en nuestra época han aparecido langostas en distintas ocasiones y en distintos lugares y muchas veces han hecho incluso daño, aunque un daño tolerable, nunca sin embargo en época cristiana la fuerza incurable del mal se presentó tan grande como para que el azote de las langostas hiciese más daño después de la desaparición de aquellas; y eso después de haber sido inaguantable su azote mientras estuvieron presentes; ni tampoco tan grande como para que, una vez desaparecido el azote, cuya persistencia amenazara con destruirlo todo, se deseara ardientemente que no hubiera desaparecido, porque, por haber desaparecido, la muerte amenazaba a todos.

En el año 627 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Lucio Cecilio Metelo y Quinto Titio Flaminio, en África fue restituida y repoblada, en el vigésimo segundo año de su destrucción, con familias de ciudadanos romanos llevados a allí como colonos, la ciudad de Cartago, en virtud de una orden por la que se mandó que fuera restituida. Su restauración fue precedida de un gran prodigio: y es que cuando los agrimensores enviados para fijar los límites del territorio cartaginés encontraron que las estacas fijadas como señales de los límites habían sido arrancadas y roídas a dentelladas durante la noche por los lobos, se llegó en un momento a dudar si convendría a la paz romana que se reconstruyera Cartago.

En este mismo año, el tumultuoso nombramiento como tribuno de la plebe de Gayo Graco, hermano de aquel Graco que ya había sido eliminado en otro levantamiento, supuso para el estado un gran perjuicio. En efecto, tras haber excitado con frecuencia a crueles sediciones al pueblo romano con excesivas dádivas y promesas, fue, finalmente, echado del tribunado, debido sobre todo a la ley agraria, por la cual había sido asesinado su hermano Graco; su sucesor fue Minucio. Como el nuevo tribuno de la plebe Minucio intentase hacer desaparecer en gran parte las disposiciones de su antecesor Graco y abolir sus leyes, Gayo Graco y Fulvio Flaco, rodeados de un enorme grupo de hombres, suben al Capitolio, donde se estaba celebrando la asamblea; allí, tras levantarse un gran tumulto, el asesinato por parte de los graquianos de un heraldo fue algo así como el toque para iniciar el combate. Flaco,

acompañado por dos hijos suyos armados y con la compañía también de Graco que vestía toga y que ocultaba una pequeña daga en la mano izquierda, tomó el Dianio a modo de ciudadela, a pesar de que no le sirvió de nada el haber enviado delante a un heraldo suyo para que llamase a los esclavos a la libertad. Por su parte, Décimo Bruto, personaje de rango consular, subiendo por la cuesta de Publicio, irrumpió contra ellos con enorme fuerza. Flaco luchó allí tenazmente durante largo tiempo; Graco, después de haberse retirado al templo de Minerva, fue sujetado por la intervención de Letorio en su intento de arrojar sobre la espada. En conclusión, tras mantenerse la lucha largo tiempo dudosa, finalmente los arqueros enviados por Opimio disolvieron a la multitud aglomerada. Dos Flacos, el padre y el hijo, una vez que escaparon al domicilio particular a través del templo de Luna y cerraron las puertas, fueron allí sepultados al romper los otros el armazón de la pared. Graco, una vez que sus amigos habían ya luchado y muerto por él, llegó con dificultad al puente sublicio, y allí, para evitar ser cogido vivo, ofreció su cabeza a un siervo suyo. La cabeza de Graco ya cortada fue llevada al cónsul y su cuerpo entregado a su madre Cornelia en la fortaleza de Miseno; esta Cornelia, hija de Africano el Mayor, se había retirado a Miseno, como dije, tras la muerte del hijo mayor. Los bienes de Graco fueron confiscados; el joven Flaco fue ejecutado en el calabozo. Del partido de Graco se dice que cayeron en el Aventino doscientos cincuenta. El cónsul Opimio, a la hora de investigar los hechos, convirtió en crueldad toda la fortaleza de que hizo gala en la lucha; sometió,

en efecto, al suplicio a más de tres mil hombres, muchos de los cuales, inocentes, fueron ejecutados sin ni siquiera haberse realizado juicio.

13.

En esta misma época, Metelo sometió a las islas Baleares en una expedición militar y eliminó, ejecutando a gran cantidad de sus habitantes, los ataques de piratas que entonces tenían su campo de operaciones en aquellas islas.

También el procónsul Gneo Domicio derrotó en cruel enfrentamiento junto a la fortaleza de Vindalio a los galos alóbroges; se vio favorecido sobre todo porque los caballos de los enemigos y los propios enemigos se pusieron en fuga aterrorizados por el nuevo tipo de lucha que suponían los elefantes; se dice que cayeron allí veinte mil alóbroges y que fueron hechos prisioneros tres mil.

Por el mismo tiempo el monte Etna vomitó mayor cantidad de fuego que de costumbre y, al extenderse y correr por una gran extensión de terreno, el fuego abrasador dañó tanto a la ciudad de Catina y a su territorio que los techos de las casas, tostados y cargados con las cenizas calientes, se vinieron abajo; para aliviar este desastre el senado liberó a los catinienses de pagar tributo en diez años.

14.

En el año 628 de la fundación de la ciudad, el cónsul Fabio se enfrentó a Bituito, rey de la ciudad gala de los arvernos,

quien estaba preparando la guerra con gran aparato; y se le enfrentó con un ejército tan pequeño que Bituito dijo jactanciosamente que aquel pequeño número de romanos apenas podría bastar como aperitivo para los perros que él tenía en el ejército. Éste, como entendía que el único puente que había sobre el río Ródano era insuficiente para pasar sus tropas, preparó otro construido con barcas unidas por cadenas, poniendo y clavando tablas sobre ellas. Entablado el combate y mantenido durante largo tiempo, los galos, derrotados y en fuga, al mirar temerosos cada uno por sí mismo, rompieron las ligaduras del puente artificial, ya que se amontonaron embarulladamente los grupos y querían todos pasar los primeros; posteriormente se hundieron todos con las propias barcas. Cuentan que el ejército de Bituito tenía ciento ochenta mil soldados armados, de los cuales cayeron en el combate o se ahogaron ciento cincuenta mil.

El cónsul Quinto Marcio atacó militarmente al pueblo de los galos que estaba situado en la base de los Alpes. Estos, al darse cuenta de que estaban rodeados por las tropas romanas y comprender que en la lucha iban a ser inferiores, se arrojaron a las llamas tras haber matado a sus esposas e hijos. Y aquellos que, por adelantarse los romanos, no tuvieron ocasión de darse muerte y fueron hechos prisioneros, se suicidaron unos con la espada, otros ahorcándose y otros negándose a comer; y no quedó ni siquiera un niño pequeño, que, por apego a la vida, prefiriese aguantar la condición de esclavo.

15.

En el año 635 (111 a. C.) de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Publio Escipión Nasica y Lucio Calpurnio Bestia, el senado, por acuerdo del pueblo romano, declaró la guerra a Yugurta, rey de los nómadas.

Pero en lo que se refiere a Yugurta, yo voy a resumir, sólo por razón del orden cronológico y por hacer alguna mención, algunas cosas con brevedad, por cuanto de su voluble e inaguantable forma de ser así como de sus dolosas y hábiles acciones todo el mundo tiene noticias suficientes gracias a la rica elegancia de estilo de los escritores.

Pues bien, Yugurta, convertido, juntamente con los hijos legítimos, en hijo adoptivo y heredero del rey nómada Micipsa, lo primero que hizo fue eliminar a sus coherederos; esto es, a Hiempsal le asesinó y a Aderbal, derrotándole en la guerra, lo echó de África. Posteriormente compró con dinero y arrastró a una paz de vergonzosas condiciones al cónsul Calpurnio, que había sido enviado contra él. Además, cuando vino a Roma, corrompiendo y tentando a todos con dinero, levantó sediciones y disensiones. Al abandonar Roma, la marcó suficientemente con una infame sentencia cuando dijo: «¡Oh ciudad que se vendería a sí misma y que perecerá muy pronto, si llega a encontrar un comprador!»

Al año siguiente derrotó en un combate a Aulo Postumio, hermano del cónsul Postumio, quien le había puesto al frente de un ejército de cuarenta mil soldados; le derrotó mientras éste buscaba codiciosamente los tesoros reales guardados en la

ciudad de Calama; y, una vez derrotado, le impuso un ignominioso pacto. Yugurta anexionó a su reino a casi toda África, que se separó de Roma. Posteriormente, fue sin embargo frenado por la integridad y disciplina del cónsul Metelo y vencido incluso en dos combates, contemplando con sus propios ojos que su Numidia era devastada y que no podía defenderla; obligado a la rendición por Metelo, entregó trescientos rehenes, prometió que pagaría en grano y otros víveres, y devolvió más de tres mil desertores. Pasado un tiempo, y dado que al no estar seguro con la paz no cesaba en sus dañinas correrías, fue derrotado por las fuerzas romanas y por la astucia del cónsul Gayo Mario —de la cual éste estaba dotado en cantidad no menor que el propio Yugurta—; ello tuvo lugar sobre todo después de que Mario rodeó y tomó con engaños la ciudad de Capsa, que, según cuentan, había sido fundada por Hércules de Fenicia, y que entonces estaba repleta de tesoros reales. Desconfiando a partir de ahora de su propia situación y fuerzas, Yugurta hizo una alianza con Boco, rey de Mauritania; enormemente reforzado con la caballería de éste, agotó al ejército de Mario con frecuentes correrías. Finalmente, junto a Cirta, ciudad antigua y residencia real de Masinisa, se enfrentó, equipado con sesenta mil soldados de caballería, a los romanos que estaban preparando el asalto a la ciudad. Nunca los soldados romanos conocieron una lucha más tumultuosa y terrible; hasta el punto de que el polvo levantado por las carreras y agitación de los jinetes que giraban y acosaban, tapó el cielo, terminó con el día y adelantó la noche; y hasta el punto de que cayó tan gran cantidad de dardos que ninguna parte del

cuerpo estaba a cubierto de los golpes, por cuanto, a causa de la niebla, les faltaba visión para mirar, y, a causa de lo apretado de la multitud, libertad de movimientos para esquivar los golpes. Y los jinetes mauritanos y númeridas no tenían que esforzarse mucho para alcanzar con certeros lanzamientos de dardos al enemigo que tenían a tiro, sino que más bien tiraban las flechas sin saber a donde, porque, lo que sí era seguro, es que herirían a alguien. Hasta ese punto se amontonaba en una piña la infantería romana. La llegada de la noche supuso una tregua a tan peligrosa situación; al día siguiente, de nuevo las mismas perspectivas en la guerra y en el peligro: los soldados no podían lanzarse contra el enemigo, aunque tenían empuñadas las espadas, por cuanto eran rechazados desde lejos por los dardos; no podían huir porque la caballería, más veloz en la persecución, les cerraba el paso.

Ya era el tercer día de lucha y de ninguna parte venía apoyo, y por todos lados se presentaba el rostro cruel de la muerte; finalmente, el cónsul Mario abrió el camino a la esperanza en una desesperada y valiente acción: con todas las tropas salió de las posiciones de defensa e inmediatamente se lanzó al campo abierto y a la lucha. Y cuando los enemigos, rodeándoles de nuevo, destruían no sólo los flancos de la formación romana, sino que batían también el centro de la misma lanzando dardos desde lejos, y cuando además el calor del sol, la sed inaguantable y la muerte ya segura terminaron por agotar a los ya turbados romanos, hasta ponerlos en las puertas de la desesperación, de pronto una ayuda enviada del cielo, consistente en tempestades y lluvias, fenómeno que ya

conocían los romanos en su lucha con los africanos, fue su inesperada salvación. La repentina lluvia proporcionó en efecto refrigerio y bebida a los sedientos y secos romanos, y, por el otro lado, a los números se les volvieron resbaladizos y consiguientemente inútiles los hastiles de las lanzas, que suelen lanzar con las manos sin ayuda de correas; incluso los escudos que llevaban, flexibles y seguros, hechos de piel de elefante tensa y endurecida —su naturaleza era tal que absorbían como una esponja la lluvia que caía sobre ellos y por ello se convertían en inútiles a causa del repentino peso que recibían —, no pudieron mantenerlos, por cuanto no podían ponérselos alrededor del cuerpo. De esta forma, al ser turbados y alejados inesperadamente los mauritanos y números, Boco y Yugurta se dieron a la fuga.

Tras ello, estos reyes se presentaron en una nueva batalla con noventa mil soldados. También estos, según se cuenta, cayeron hasta la eliminación total a costa de una victoria romana.

A partir de este momento, Boco, desechando ya toda esperanza en la guerra, solicitó la paz, y, como pago por la misma, entregó a Mario, a través de su lugarteniente Sila, a Yugurta, cogido traidoramente y atado con cadenas. Éste fue llevado en triunfo, juntamente con dos hijos suyos, ante el carro del vencedor y posteriormente estrangulado en la cárcel.

En la misma época se pudo contemplar un prodigioso fenómeno, obscuro y lamentable. El caballero romano Helvio, sorprendido por una tormenta a su vuelta de Roma a Apulia

juntamente con su esposa e hija, al ver asustada a su hija, abandonó los carros y cogió sólo los caballos, para llegar más pronto a las casas cercanas; a su hija, doncella, la colocó en medio del grupo, montándola en un caballo. La joven fue de inmediato fulminada por un rayo, pero con la particularidad de que perdió todos sus vestidos sin un solo desgarró, de que se le saltaron las ataduras del pecho y de los pies, y de que se le cayeron incluso los collares y anillos, mientras que su cuerpo quedó ileso, salvo que quedó tendido de una forma siniestra, desnuda y con la lengua un poco sacada. El propio caballo que montaba cayó muerto a bastante distancia, mientras que la silla, las bridas y los cinchos quedaron sueltos y dispersos por un lado y otro.

Pasado un pequeño intervalo de tiempo tras este hecho, el caballero romano Lucio Veturio cometió furtivamente adulterio en la persona de la virgen vestal Emilia. Para colmo, la propia Emilia presentó y entregó a unos compañeros de su corruptor a otras dos vírgenes vestales, atrayéndolas para hacerlas partícipes del incesto. Descubiertos por un siervo, se les condenó a todos a muerte.

También en estos mismos tiempos de la guerra de Yugurta, halló la muerte en la Galia el cónsul Lucio Casio tras perseguir a los tigurinos hasta el océano y ser rodeado a su vez por estos en una emboscada. Perdió también la vida Lucio Pisón, personaje de rango consular, lugarteniente del cónsul Casio. El otro lugarteniente, Gayo Publio, con el fin de que el resto del ejército que se había refugiado en el campamento no fuera

aniquilado, entregó a los tigurinos en vergonzoso pacto rehenes y la mitad de todo el bagaje. A su vuelta a Roma fue desterrado, tras hacerle comparecer a juicio el tribuno de la plebe Celio por haber entregado rehenes a los tigurinos.

El procónsul Cepión, con la toma de la ciudad gala llamada Tolosa, saco del templo de Apolo cien mil libras de oro y ciento diez mil de plata: este botín, cuando fue enviado con escolta a Marsella, ciudad amiga del pueblo romano, se dice que fue todo criminalmente robado por él tras haber asesinado a escondidas —según atestiguan algunos— a aquellos a los que había encomendado la custodia y el transporte del mismo. A raíz de ello se abrió después en Roma una exhaustiva investigación.

16.

En el año 642 de la fundación de la ciudad (105 a. C.), el cónsul Gayo Manlio y el procónsul Quinto Cepión, enviados contra los cimbrios, teutones, tigurinos y ambrones, pueblos de los galos germanos, que entonces se habían unido para terminar con el imperio romano, se repartieron el teatro de operaciones, poniendo en medio el río Ródano. Mientras discuten entre sí en este reparto con envidia y tensión gravísimas, son vencidos con vergonzosa ignominia y peligro para el nombre romano. En el choque fue efectivamente capturado y muerto el personaje de rango consular Marco Emilio, y cayeron dos hijos del cónsul; en esta ocasión perdieron la vida ochenta mil romanos y aliados, y encontraron la muerte cuarenta mil hombres de las tropas de servicio, según

el testimonio de Antías. En consecuencia se dice que sólo quedaron de todo el ejército diez hombres, los cuales tenían que llevar la triste noticia para aumentar todavía más su desgracia. Los enemigos, apoderándose de los dos campamentos y de un enorme botín, destruyeron todo lo que habían cogido en una nueva e insólita execrable acción: la ropa fue desgarrada y tirada, el oro y la plata arrojados al río, las corazas de los hombres hechas pedazos; los adornos de los caballos destruidos; los propios caballos arrojados a precipicios; las personas colgadas de los árboles con lazos en el cuello; todo ello hasta el punto de que el vencedor no pudo conocer ningún botín y el vencido ninguna misericordia. En esta ocasión fue enorme en Roma no sólo el llanto, sino también el miedo de que los cimbrios pasasen inmediatamente los Alpes y devastasen Italia.

Por esta misma época Quinto Fabio Máximo asesinó, teniendo como ayudantes en el parricidio a dos siervos, a un hijo suyo todavía adolescente, que se había retirado al campo; e inmediatamente manumitió a los esclavos como pago por su criminal acción. Llamado a juicio fue condenado bajo la acusación de Gneo Pompeyo.

Volviendo a lo anterior, una vez que Mario, cónsul por cuarta vez, colocó su campamento entre los ríos Isara y Ródano, en el lugar donde ambos confluyen, los teutones, cimbrios, tigurinos y ambrones, tras hacer escaramuzas durante tres días seguidos en las cercanías del campamento romano, con la intención de sacar de esta forma a los romanos fuera de la empalizada y llevarlos a campo abierto, decidieron

marchar a Italia en tres grupos distintos. Mario, una vez que los enemigos se alejaron, levantó el campamento y ocupó una colina, desde donde se veía el campo y el río por donde se habían esparcido los enemigos; y cuando a su ejército le faltaba agua para beber y todos se acercaban a él con quejas, les respondió que allí tenían el agua a la vista, pero que había que conseguirla con las armas. De esta forma, siguiendo a los aguadores que se lanzaron a la lucha con gran clamor, descendió todo el ejército; inmediatamente se entabló un combate normal con las filas ya ordenadas, y vencieron los romanos. Tres días después salieron de nuevo al campo de batalla ambos ejércitos y lucharon hasta el mediodía casi con igual suerte; en ese momento, cuando al calentar el sol los sensibles cuerpos de los galos se derritieron como la nieve, lo que se prolongó hasta la noche fue más una matanza que un combate. Murieron en esta batalla doscientos mil soldados, fueron hechos prisioneros ochenta mil, y se dice que apenas escaparon tres mil; perdió también la vida su jefe Teutobodo.

Las mujeres de los enemigos, con mayor seguridad que si hubiesen vencido, discutieron con el cónsul la posibilidad de conservar su vida, si era para servir a las vírgenes sagradas y a los dioses sin que su pureza fue se violada. Como no consiguieron lo solicitado, se suicidaron todas con las armas o con la horca tras haber estrellado a sus propios pequeños contra las rocas. Estos hechos se refieren a tigurinos y ambrones.

Los teuton es y cimbrios, por su parte, tras recorrer las nieves de los Alpes sin que sus tropas sufrieran pérdidas,

habían penetrado hasta los llanos de Italia; y allí, cuando su dura naturaleza estaba ya debilitada por el lujo del oro, de la bebida, del alimento, y del aseo, fueron enviados contra ellos Mario, cónsul por quinta vez, y Cátulo; estos, una vez fijado el día y el lugar del combate, siguiendo una táctica de Aníbal, comenzaron a preparar la lucha durante la noche y la llevaron a cabo ya de día. Y en efecto, los galos en un primer momento se vieron turbados, porque se dieron cuenta de que el ejército romano, más que presentarse, lo que hacía ya era atacar en orden de batalla. Y cuando sus jinetes, heridos en los comienzos mismos de la refriega, volvían atrás hacia los suyos y estorbaban a todo el ejército que se acercaba todavía en desorden, y sumándose a ello además el hecho de que el sol, que salía entonces acompañado de viento, les aparecía de frente, sucedió que el polvo cegó sus ojos y el brillo de aquel los deslumbró. El resultado fue que tan gran y terrible muchedumbre, con muy pocas pérdidas por parte romana, pero con una destrucción total por su parte, fue totalmente aniquilada. Se dice que cayeron entonces en el campo de batalla ciento cuarenta mil enemigos y que fueron capturados sesenta mil.

Las mujeres provocaron un combate casi más duro, por cuanto colocando los carros en círculo a modo de campamento y luchando ellas mismas subidas en ellos, mantuvieron largo tiempo a raya a los romanos. Pero cuando los romanos lograron asustarlas con un tipo de ejecución —tirándolas en efecto de los cabellos les arrancaban la piel de la cabeza, con lo que, con una herida horrible, quedaban enormemente

deformes—, volvieron contra ellas mismas y contra los suyos las armas que habían tomado contra el enemigo. En efecto, unas se degollaron recíprocamente, otras se estrangularon agarrándose mutuamente las gargantas, otras fueron arrastradas y muertas atando cuerdas a las patas de los caballos y agujoneándolos inmediatamente, tras haber atado a sus cuellos las mismas cuerdas con que habían atado las patas de los caballos, otras se colgaron con un lazo de los timones de los carros puestos en alto. Se encontró incluso a una que había echado un lazo a los cuellos de sus hijos, los había atado a sus pies y, cuando ella misma se colgó para morir, los había arrastrado también a ellos a la muerte. Entre estos múltiples y lamentables tipos de muertes, se cuenta que dos reyezuelos se lanzaron a un choque mutuo empuñando las espadas. Los jefes Lugio y Boyorix cayeron en el campo de batalla; Claodico y Cesorix fueron capturados.

De esta forma, en estos dos combates murieron trescientos cuarenta mil galos y fueron hechos prisioneros ciento cuarenta mil sin contar la innumerable multitud de mujeres que se suicidaron y mataron a sus pequeños con locura femenina, pero con energía varonil.

Pero, pasando a otra cosa, este triunfo de Mario y esta victoria romana fueron empañados por un hecho increíble y nunca antes conocido por los romanos; este hecho se perpetró inmediatamente después en Roma sumiendo a toda la ciudad en el horror y el abatimiento. Y es que Publicio Maléolo asesinó a su propia madre con la ayuda de sus esclavos; fue acusado de

parricidio, metido en un saco cosido y arrojado al mar. Los romanos castigaban e imponían esta pena a una acción de este tipo, sobre la cual Solón no se había atrevido a tomar ninguna decisión, porque pensaba que tal crimen no podía nunca llevarse a cabo; pero los romanos, porque sabían que ellos venían de Rómulo, entendiendo por ello que este crimen sí podía hacerse, lo castigaron con singular suplicio.

17.

En el año 645 de la fundación de la ciudad, tras la guerra con cimbrios y teutones, y tras el quinto consulado de Mario, gracias al cual se piensa con razón que se mantuvo intacto el estado del imperio romano, éste se deterioró hasta tal punto que durante el sexto consulado del mismo Gayo Mario faltó muy poco para que llegara a sus últimos días por culpa de calamidades internas.

Desarrollar y recorrer las sinuosidades de las luchas internas y las inextricables causas de las sediciones me parece al mismo tiempo difícil y largo de contar. Baste en verdad resumir con brevedad diciendo que el primer instigador de los desórdenes surgidos fue Lucio Apuleyo Saturnino, enemigo acérrimo de Quinto Metelo Numídico, hombre este último de auténtica primera categoría; aquel sitió a Metelo, que había sido nombrado censor, con una multitud de gente armada, haciéndole salir de su casa y obligándole a refugiarse en el Capitolio; de allí fue echado Saturnino por los indignados caballeros romanos, no sin tener lugar una impresionante

batalla ante el Capitolio. Posteriormente, a Aulo Nunio, competidor suyo, lo asesinaron el propio Saturnino y Glaucia con la traidora ayuda del cónsul Gayo Mario. Al año siguiente, Mario, cónsul por sexta vez, Glaucia, pretor, y Saturnino, tribuno de la plebe, se unieron en conspiración para exiliar de la forma que fuese a Metelo Numídico. Llamado a juicio, el inocente Metelo fue injustamente condenado por unos jueces suplentes del mismo partido de aquellos, teniéndose que marchar al exilio con gran dolor de toda la ciudad. Ese mismo Saturnino, por temor a que Memio, hombre enérgico e íntegro, fuera nombrado cónsul, le hizo asesinar por medio de su satélite Publio Metio, quien, en un tumulto que se originó, lo abatió con un tosco palo mientras huía.

Al bramar ante tantas desgracias del estado, el senado y el pueblo romanos, el cónsul Mario, acomodando su forma de actuación a las circunstancias, se refugió en la aprobación de la nobleza y apaciguó a la soliviantada plebe en un discurso moderado. Saturnino, con vil atrevimiento, reunió una asamblea en su propia casa y allí fue aclamado como rey por algunos y como general por otros. Mario, agrupando a la plebe en manípulos, colocó al otro cónsul con guardias en la colina, mientras que él se apostó en las entradas del foro. La batalla tuvo lugar en el foro; Saturnino, expulsado de allí por los soldados de Mario, huyó hacia el Capitolio; Mario cortó los conductos que llevaban el agua a aquel lugar. Se desarrolló después un choque considerablemente terrible en el acceso al Capitolio, cayendo muchos de los que estaban junto a Saufeyo y Saturnino. Saturnino, dando voces a todo el mundo, confesó

que el culpable de todas las acciones que había tramado era Mario; pero una vez que el propio Saturnino, Saufeyo y Labieno se refugiaron, gracias a las presiones de Mario, en la Curia, fueron allí ejecutados por los caballeros romanos que rompieron las puertas. Gayo Glaucia, sacado de la casa de Claudio, fue cruelmente despedazado. El tribuno de la plebe Furio decretó que todos sus bienes fueran hechos públicos. Gneo Dolabela, hermano de Saturnino, en su huida a través de la plaza de venta de legumbres, fue asesinado juntamente con Lucio Giganio.

De esta forma, eliminados los causantes de tan gran revolución, volvió la tranquilidad al pueblo. En este momento, Catón y Pompeyo presentaron, con gran alegría de toda la ciudad, una propuesta sobre el regreso de Metelo Numídico; pero, por parte de los partidarios del cónsul Mario y del tribuno de la plebe Furio, se impidió que tal propuesta fuera aprobada.

Rutilio, hombre igualmente muy íntegro, al ser llamado a juicio por sus acusadores, hizo gala de tal confianza en su buena fe e inocencia que no se dejó crecer, a la espera del día del conocimiento de la causa, el cabello y la barba, ni consiguió defensores de su causa con vestidos sucios y aspecto externo demacrado, ni buscó el favor de sus enemigos, ni trató de ganarse a los jueces, y, al ser le concedida por el pretor la defensa, pronunció un discurso tan aguerrido como su propia forma de ser. A pesar de que evidentemente era acusado mediante calumnias, y cuando en la opinión de todas las personas justas se pensaba que iba a ser absuelto, fue

condenado por la mala fe de los jueces. Él, emigrando a Esmirna, envejeció dedicado a los estudios literarios.

18.

En el año 659 de la fundación de la ciudad (91 a. C.), durante el consulado de Sexto Julio César y Lucio Marcio Filippo, una guerra entre aliados, por motivos internos, conmocionó a toda Italia. Efectivamente, Livio Druso, tribuno de la plebe, al no poder satisfacer en sus pretensiones a todos los latinos, a los cuales se había atraído con la esperanza de libertad, se levantó en armas. A esto se sumó el hecho de que crueles prodigios aterrorizaron a la ya triste Roma; y es que, a la salida del sol, brilló por la zona del septentrión una bola de fuego acompañada de un ruido en el cielo. En Aretio, al ser partidos los panes en unos banquetes, corrió sangre del interior de los mismos como si saliese de heridas corporales. Por otra parte, durante siete días seguidos, una granizada de piedras, con mezcla incluso de trozos de tejas, azotó una gran extensión de tierra. En territorio samnita, salió una llama por una gran abertura de la tierra y se la vio subir hasta el cielo. Y también muchos romanos, que iban de viaje, vieron que una bola de color de oro bajaba del cielo a la tierra y que, agrandándose, volvió a ascender desde la tierra a lo alto en dirección a la salida del sol y que, con su gran tamaño, tapó incluso al propio sol. Druso, mientras se mantenía angustiado ante tan grandes prodigios nefastos, fue asesinado en su propia casa por una persona desconocida.

Pues bien, los picentinos, los vestinos, los marsos, los pelignos, los marrucinos, los samnitas y los lucanos, que seguían todavía tramando ocultamente la sublevación, asesinaron en Ásculo al pretor Servio, que les había sido enviado como legado y, cerrando inmediatamente las puertas de la ciudad, condenaron a muerte y degollaron a todos los ciudadanos romanos. Inmediatamente después, horribles prodigios superaron la atrocidad de este crimen. Efectivamente, los animales de todas las especies que estaban acostumbrados a aguantar dulcemente el trato humano y a vivir entre los hombres, abandonando los establos y los lugares de pastoreo, huyeron a las selvas y montes en medio de patéticos balidos, relinchos y mugidos. También los perros, de los cuales es de naturaleza el no poder vivir sin los hombres, anduvieron errantes con tristes aullidos a modo de lobos. Pues bien, volviendo a los hechos, el pretor Gneo Pompeyo se enfrentó, por mandato del senado, con los picentinos y fue derrotado, una vez que los samnitas habían elegido ya como general suyo a Papio Mutilo, mientras que los marsos prefirieron al jefe pirata Agamenón. Julio César, derrotado en un combate con los samnitas, huyó con el ejército deshecho. El cónsul Rutilio eligió como lugarteniente a su pariente Mario; a éste, que apuntaba continuamente que sería útil la dilación de la guerra y la conveniencia de que los soldados bisoños fuesen poco a poco adiestrados en los cuarteles, no le hizo caso porque pensaba que hacía esto con segundas intenciones; y, sin tomar precauciones para su ejército, se arrojó a sí mismo y a toda su tropa a la trampa tendida por los marsos; allí perdió la vida el

propio cónsul, fueron aniquilados muchos nobles y cayeron ocho mil soldados romanos. Las armas y los cuerpos de los muertos fueron arrastrados, ante los ojos del lugarteniente Mario, y llevados a flor de agua, para testimonio del desastre, por el río Toleno. Mario, recogiendo inmediatamente las tropas, atacó inesperadamente a los vencedores y eliminó, justamente él, a ocho mil marsos. Cepión, sin embargo, arrastrado por los vestinos y marsos a una emboscada, fue aniquilado con su ejército. Lucio Julio César, por su parte, después de haber huido tras su derrota a Esernia, reunió tropas de todas partes y eliminó a muchos miles de enemigos en un enfrentamiento con samnitas y lucanos. Y tras haber sido aclamado general por su ejército y haber enviado noticias de la victoria a Roma, los senadores, al sonreír esta nueva esperanza, se despojaron del sayo, es decir del vestido de luto que se habían puesto a comienzos de la guerra de los aliados, y se volvieron a poner la antigua honrosa toga. Posteriormente, Mario eliminó a seis mil marsos y despojó de sus armas a siete mil. Sila, enviado con veinticuatro cohortes a Esernia, donde los ciudadanos y soldados romanos estaban retenidos en angustioso asedio, salvó, en un gran combate y con grandes pérdidas por parte de los enemigos, a la ciudad y a los aliados. Gneo Pompeyo derrotó en duro combate a los picentinos; por esta victoria los senadores vistieron la banda de púrpura y demás insignias de su dignidad, mientras que, cuando empezaron a respirar por primera vez con la victoria de César, sólo tomaron la toga. El pretor Porcio Catón venció a los

etruscos, y su lugarteniente Plotio a los umbros, no sin perder gran cantidad de soldados y con no pequeño esfuerzo.

Durante el consulado de Gneo Pompeyo y Lucio Porcio Catón, Pompeyo sitió durante largo tiempo la ciudad de Ásculo; y, a pesar de ello, no la hubiera podido tomar al asalto, si no hubiesen salido sus habitantes a campo abierto, donde los derrotó con durísima violencia. Dieciocho mil marsos cayeron en este combate con su general Frauco, y fueron capturados tres mil. Por otro lado, cuatro mil itálicos que habían escapado a esta matanza, habían alcanzado casualmente, tras reunirse todos en un solo grupo, la cima de un monte, donde, acosados y agobiados, tuvieron una miserable muerte producida por el frío de las nieves. Efectivamente, se les veía con la cara atónita, tal como esta había quedado con el terror a los enemigos reflejado en ella, unos recostados sobre los troncos de los árboles, o sobre las rocas, otros apoyados en sus armas, pero todos con los ojos abiertos y los dientes descubiertos como si estuviesen vivos; y, para los que los contemplaban de lejos, no había ningún indicio de muerte, salvo la larga inmovilidad, la cual evidentemente no puede aguantar largo tiempo la natural viveza de la vida humana. En ese mismo día combatieron y fueron derrotados los picentinos, cuyo jefe, Vidacilio, tras convocar a los más importantes de los suyos, se suicidó con veneno después de un magnífico banquete y largas copas, animando a todos a que siguieran su ejemplo; todos alabaron su acción, pero ninguno le imitó.

En el año 661 de la fundación de la ciudad (89 a. C.), cuando el ejército romano marchó al asedio de Pompeya,

Posturnio Albino, personaje de rango consular, y lugarteniente entonces de Sila, fue lapidado por sus soldados, al provocar en contra de él el odio de todos por su intolerable insolencia. El cónsul Sila declaró que la sangre de un ciudadano no podía ser expiada sino con sangre de enemigos; el ejército, acuciado por el remordimiento de esta acción, afrontó el combate de forma tal como si cada uno viera que iba a morir si no vencía. Dieciocho mil samnitas murieron en aquella batalla; incluso Juventio, jefe itálico, y gran parte de su ejército perdieron la vida en la persecución de que fueron objeto por parte del ejército romano. El cónsul Porcio Catón, tras llevar a cabo valientemente unas cuantas acciones con las tropas de Mario, se jactó diciendo que Gayo Mario no hizo cosas mayores; y por ello, mientras guerreaba contra los marsos junto al lago Fucino, fue asesinado por el hijo de Gayo Mario en el tumulto de la lucha, dando la impresión por ello de que se trató de un asesino desconocido. Su lugarteniente Gayo Gabinio murió en el asalto al campamento enemigo. El territorio de marrucinos y vestinos fue devastado en una incursión de Sulpicio, lugarteniente de Pompeyo. Los jefes itálicos Popedio y Obsidio fueron derrotados y aniquilados en horrible combate por el mismo Sulpicio junto al río Teano. Pompeyo, entrando en Ásculo, apaleó y decapitó a los prefectos, centuriones y principales de sus habitantes, vendió en subasta pública a los siervos y todo el botín, y dejó marchar a los demás, aunque desnudos y sin nada; y, a pesar de que el senado esperaba que el tesoro público recibiría alguna ayuda de este botín, Pompeyo, sin embargo, no entregó nada al necesitado erario.

Por estar, en efecto, totalmente exhausto en esta época el tesoro público y faltar dinero para el pago del trigo, fueron vendidos, por imperativos de la necesidad, los lugares públicos que, alrededor del Capitolio, habían sido entregados en propiedad a los pontífices, augures, decenviros y flámines; y se consiguió suficiente cantidad de dinero para socorrer temporalmente la escasez. Y es que en aquella época, mientras se amontonaban por todas partes en el interior de la ciudad las riquezas arrancadas de todas las ciudades destruidas y de todos los terrenos despojados, la propia Roma, al apremiar la vergüenza de la escasez, subastaba sus principales propiedades. Por lo cual, que Roma recuerde ahora aquellos sus tiempos en que, como si fuese un vientre insaciable que lo traga todo y que está siempre hambriento, ella misma, más pobre que todas las ciudades a las que empobrecía, nada tenía, a pesar de que no dejaba a aquellas nada, y se veía empujada por los estímulos del hambre a continuar las turbulentas guerras.

En esta época el rey Sotimo, entrando en Grecia con gran cantidad de tropas auxiliares tracias, devastó todo el territorio macedonio y, derrotado finalmente por el pretor Gayo Sentio, fue obligado a regresar a su reino.

19.

En el año 662 de la fundación de la ciudad, cuando todavía no había terminado la guerra con los aliados, comenzó en Roma la primera guerra civil; y en ese mismo año empezó la guerra contra Mitrídates, si bien menos vergonzosa, sin

embargo, no menos dura. En verdad que, en lo que se refiere a la extensión temporal de la guerra mitridática, las versiones varían sobre si empezó ahora por primera vez o fue entonces cuando se hizo sobremanera violenta; sobre todo si tenemos en cuenta que unos dicen que duró treinta años y otros que cuarenta. Pero, aunque ambas estallaron, siendo coetáneas, unidas por males entrelazados entre sí, yo, sin embargo, voy a relatarlas particularmente una por una, aunque con brevedad.

Mario, siendo cónsul Sila y disponiéndose éste a marchar con el ejército a Asia contra Mitrídates, mientras que el por el contrario permanecía en Campania a causa de los últimos restos de la guerra con los aliados, pretendió el séptimo consulado y la dirección de la guerra mitridática. Enterado de ello Sila, joven en verdad fogoso y arrastrado por una desmesurada ira, se asentó primero con cuatro legiones delante de la ciudad, donde mató a Gratidio, lugarteniente de Mario, quien se convirtió por así decir en la primera víctima de la guerra civil; posteriormente irrumpió con el ejército en la ciudad y pidió teas para quemarla. Escondidos todos a causa del miedo, llegó hasta el foro en rápida carrera a través de la Vía Sacra. Mario, tras haber intentado inútilmente poner en movimiento en contra de Sila a la nobleza, encender a la plebe y llevar por fin a las armas a los caballeros, arrastrando en último extremo a la lucha con la esperanza de libertad y botín a los esclavos, se retiró finalmente al Capitolio, por cuanto fue vano su intento de oponer resistencia. Pero cuando las cohortes de Sila irrumpieron en aquel lugar, tuvo que huir no sin perder gran cantidad de los que le acompañaban. Allí cayó

entonces Sulpicio, el colega de Mario, traicionado por un siervo suyo; a este siervo, por su parte, los cónsules ordenaron manumitirle, por haber delatado al enemigo, y arrojarle, por otro lado, desde la roca Tarpeya, por haber traicionado a su señor. Mario, al verse cercado en su huida por el acoso de sus perseguidores, se escondió en las lagunas de Minturno; sacado de allí con un aspecto vergonzoso y horriblemente manchado de lodo, fue llevado en lamentable espectáculo a Minturno y encerrado en la cárcel, donde aterrorizó con sólo su aspecto al verdugo que fue enviado. Escapando posteriormente de la cárcel, huyó a África, y, tras llamar, desde Útica, a su hijo mientras estaba retenido bajo custodia, regreso a Roma y se unió al cónsul Cinna en una alianza de crímenes. Efectivamente, para arruinar a todo el estado, se repartieron el ejército dividiéndolo en cuatro partes: a saber, tres legiones fueron entregadas a Mario; al frente de una parte de las tropas fue puesto Gneo Carbón; otra parte la recibió Sertorio, aquel Sertorio, ya en este momento instigador y partícipe de guerras civiles, que posteriormente, una vez terminada la presente, provocará otra en Hispania, guerra que arrastró durante muchos años con grandes desastres para Roma; el resto del ejército se puso bajo el mando de Cinna. Y a continuación Gneo Pompeyo, que, juntamente con su ejército, había sido llamado por el senado para que mirase por el estado, y que se mantuvo largo tiempo indeciso a la espera de cambios, se unió al fin al otro cónsul, Octavio, y se enfrentó en seguida a Sertorio, al ser despreciado por Mario y Cinna. La llegada de la noche cortó el desastre del combate; seiscientos soldados

murieron de uno y otro lado. Al día siguiente, cuando se estaban separando desordenadamente los cadáveres para sepultarlos, un soldado pompeyano reconoció el cadáver de su propio hermano, al que él mismo había dado muerte; y es que en el enfrentamiento, el casco había impedido a cada uno de ellos el reconocimiento del rostro del otro, y la locura había nublado la reflexión; aunque poco se puede culpar al hecho de que no lo supieran, a pesar de que parezca que no sabía que era su hermano, porque de lo que no cabe duda es de que sabía que se trataba de un ciudadano romano. La consecuencia fue que el vencedor, más desgraciado que el vencido, cuando conoció el cuerpo de su hermano y tuvo conciencia de su parricidio, lanzando imprecaciones contra las guerras civiles se arrojó sobre el cadáver de su hermano atravesando su pecho con la espada y derramando al mismo tiempo lágrimas y sangre.

Y ¿de qué sirvió desde el punto de vista de un posible abandono de la guerra civil ya iniciada el hecho de que en los propios inicios de la misma se extendiera el vergonzoso rumor de que se habían enfrentado dos que, ciertamente no sabían que eran hermanos, pero sí que eran conciudadanos; el hecho de que el hermano que resultó vencedor a costa de un crimen encontrara los despojos de su hermano muerto; y el hecho de que posteriormente, culpable de tan gran ferocidad, con la misma espada y la misma mano vengara con un suicidio el parricidio que había cometido? ¿Acaso tan triste ejemplo cambió las iras de las partes enfrentadas? ¿Acaso en alguna de ellas el miedo a un error alejó el peligro de crimen? ¿Acaso existió esa bondad y respeto naturales que el hombre comparte

incluso con las bestias? ¿[Acaso alguien] temió que pudiera ocurrirle a él la desgracia que una sola persona, matando y matándose, protagonizó, y, desarmado por esta convicción, se alejó de un proyecto de este tipo? Ni mucho menos; durante casi los cuarenta años siguientes continuaron hasta tal punto las guerras civiles que daba la impresión de que la magnitud de la gloria se iba a medir con el rasero del número de crímenes cometidos. Y es que, después de aquel antecedente, todos hubieran huido en aquella guerra de la peligrosa posibilidad de cometer parricidios, si no hubiesen buscado los propios parricidios.

Pues bien, Mario, atacando violentamente la colonia de Ostia, cometió allí todo tipo de arbitrariedades, egoísmos y crueldades. Pompeyo murió arrebatado por un rayo; y su ejército, alcanzado por la peste, fue casi totalmente aniquilado; murieron en efecto once mil soldados del ejército de Pompeyo y desaparecieron seis mil del lado del cónsul Octavio. Mario irrumpió violentamente en las ciudades de Antio y Aricia y ejecutó a todos sus habitantes a excepción de los traidores, y permitió a sus soldados el saqueo de sus bienes. Posteriormente, el cónsul Cinna, con las legiones, y Mario, con sus desertores, entraron en Roma y ejecutaron a los más nobles del senado y a muchos hombres de rango consular.

Pero ¿qué es esta porción de desgracia mostrada hasta ahora? ¿[Basta acaso] el haber señalado en una sola frase la pérdida de hombres nobles, cuando esta fue enormemente numerosa, larga, cruel y diversa? Pero es mejor haber quitado algo de interés al tema que engordar la noticia con tan gran

cantidad de horrores, y ya vayan destinadas estas noticias a los versados, o a los no versados. Y es que estas cosas que digo se refieren a la patria, a los ciudadanos y a nuestros antepasados, los cuales, agobiados por estos males, cometieron acciones tan abominables; pero son cosas ante las cuales se pueden horrorizar, incluso al oírlas, sus descendientes, los cuales no gustan evidentemente de que las mismas sean exageradas, ya porque, si las conocen, prefieren la moderación de una noticia justa, ya porque, si las desconocen, desean que se tenga la consideración de un respeto misericordioso.

Pues bien, Mario, tras amontonar para espectáculo y adorno las cabezas de los ciudadanos asesinados, ya llevándolas a los banquetes, ya tirándolas al Capitolio, ya reuniéndolas en el lugar de la asamblea, y tras conseguir el séptimo consulado juntamente con Cinna, que lo era ya por tercera vez, murió por fin, en una muerte tardía, a comienzos de su mandato consular. Cinna añadió, a los anteriores asesinatos de nobles, nuevas matanzas de gente malvada. Efectivamente, dado que el insaciable grupo de desertores introducido por Mario no se saciaba en su búsqueda de botín y no suministraba ninguna parte a los cónsules, promotores del mismo, fueron llamados al foro con el pretexto de pagarles y, rodeados, estando ellos sin armas, por los soldados, fueron totalmente aniquilados. Cayeron aquel día en el foro de Roma ocho mil desertores.

Y el propio Cinna, en su cuarto consulado, fue ejecutado por su propio ejército.

20.

Entretanto, los restantes senadores que, mediante la huida, habían escapado de la tiranía de Cinna, de la crueldad de Mario, de la locura de Fimbria, y de la osadía de Sertorio, pasados a Grecia, obligaron con ruegos a Sila a que fuese en ayuda de la patria en peligro, o, mejor, ya casi totalmente perdida. Sila, pues, luego que llegó al litoral de Campania, derrotó en un combate al cónsul Norbano: en aquella ocasión hombres romanos mataron a siete mil romanos; fueron hechos prisioneros seis mil romanos por los mismos romanos; del ejército de Sila cayeron ciento veinticuatro.

Por otra parte, Fabio Hadriano, quien tenía mando en tropas como propretor, al pretender con un ejército de esclavos el reino de África, fue quemado vivo juntamente con su familia por los dueños de aquellos en una pira de sarmientos levantada en Otica. El pretor Damasipo, por instigación del cónsul Mario, asesinó cruelmente a Quinto Escévola, Gayo Carbón, Lucio Domicio y Publio Antistio, a los cuales había atraído a la curia con el pretexto de consultarlos. Los cadáveres de los asesinados fueron arrastrados con garfios por los verdugos, y arrojados al Tíber.

En esta misma época, los generales de Sila conocieron una desafortunadísima buena fortuna en su continua lucha contra el partido de Mario; efectivamente, Quinto Metelo destruyó las tropas e invadió el campamento de Carrinas, y Gneo Pompeyo destrozó con dureza la caballería de Carbón. También Sila y el joven Mario protagonizaron junto a Sacriporto un singular

combate en el que, según el testimonio de Claudio, cayeron veinticinco mil soldados del ejército de Mario. Pompeyo despojo también de su campamento a Carbón y, persiguiéndole en su huida, le privó de una gran parte de su ejército, ya mediante la matanza de soldados, ya mediante la rendición. Metelo derrotó al ejército de Norbano; en esta ocasión perdieron la vida nueve mil partidarios de Mario. Lúculo, mientras estaba siendo asediado por Quintio, se lanzó fuera con violencia y en un repentino ataque destruyó el ejército del sitiador. Se dice en efecto que cayeron entonces en aquel lugar más de diez mil soldados. Posteriormente Sila llegó con su ejército hacia la hora nona del día hasta la propia ciudad, concretamente hasta la puerta Colina y en el durísimo combate que entabló con el jefe samnita Camponio y los restos de las tropas de Carrinas resultó finalmente vencedor. Se dice que fueron derrotados allí ochenta mil hombres: de ellos, doce mil se entregaron, y el resto, dándose a la fuga, fue aniquilado por la insaciable ira de sus conciudadanos vencedores.

21.

Sila, luego que entró en la ciudad como vencedor, en contra de todo derecho y de la palabra dada, ejecutó, inermes y confiados, a tres mil hombres que se habían entregado por intermedio de legados. En esta ocasión fueron asesinados muchos incluso que, aunque no diré que inocentes, si eran sin embargo del propio partido de Sila; de estos cuentan que hubo más de nueve mil. De esta forma se extendían libremente por la

ciudad los asesinatos, ya que los verdugos andaban por todas partes según a cada uno le atraía el odio o el botín. Por ello, cuando ya todos temblaban abiertamente ante lo que cada uno individualmente temía, Quinto Cátulo dijo públicamente a Sila: «.Con quiénes vamos a vencer al final, si matamos durante la guerra a los que tienen armas y durante la paz a los que no las tienen?»

Fue en esta ocasión cuando por primera vez Sila, teniendo como promotor al centurión primipilo Lucio Fursidio, introdujo aquella infame lista de proscritos. La primera lista fue de ochenta hombres, entre los cuales se encontraban cuatro excónsules: Carbón, Mario, Norbano y Escipión; y, entre ellos, Sertorio, hombre entonces enormemente temible. Se propuso igualmente otra lista con quinientos nombres; al leerla Lolio, hombre ciertamente libre de peligro y que no tenía nada que temer, cuando encontró de pronto su nombre, salió tembloroso del foro con la cabeza tapada y en aquel momento fue asesinado. Pero ni siquiera en las propias listas se encontraba la confianza y el fin de los males, ya que asesinaban a los que estaban en la lista, pero a otros los ponían en la misma después de asesinarlos. Y la propia muerte como tal no era el único y simple camino que se buscaba, en el sentido de que en el asesinato de los ciudadanos no se observaba ni siquiera el derecho que reclama un enemigo, el cual lo único que exige es la muerte del vencido. En efecto, a Marco Mario, sacándole de una choza de cabras, Sila mandó encadenarle y, llevándole mas allá del Tíber, junto al sepulcro de los Lutacios, despedazarle sacándole los ojos y desgajándole por trozos e, incluso,

fracturandole sus miembros. Tras él fueron ejecutados también el senador Publio Letorio y el triunviro Venuleyo. La cabeza de Marco Mario fue enviada a Preneste, donde Gayo Mario estaba siendo asediado por Lucrecio: al verla Gayo Mario, sumido totalmente en la desesperación, decidió, juntamente con Telesino, darse mutua muerte, para no caer en manos de los enemigos. Y al lanzar Mario sus manos con gran violencia contra su contrincante, impidió que la mano de éste apretara con fuerza en su propia herida. De esta forma, al morir el otro, él mismo, que quedó levemente herido, ofreció su cabeza a un siervo suyo. El pretor Carrinas fue degollado por Sila. Posteriormente, marchando a Preneste, mandó ejecutar a todos los jefes principales del ejército de Mario, es decir a los lugartenientes, cuestores, prefectos y tribunos. Pompeyo asesinó a Carbón, que intentaba huir de la isla de Cosira a Egipto, tras haberle hecho volver a su lado desde Sicilia, y, juntamente con él, a muchos de sus compañeros. Sila fue nombrado dictador, para armar y ocultar el deseo de dominio y de crueldad con la venerabilidad de un título honesto e importante. Pompeyo, pasando a África, aniquiló a dieciocho mil hombres en una correría que hizo a los alrededores de Útica. En este choque perdió la vida, luchando en primera fila, el líder mariano Domicio. Y el propio Pompeyo, persiguiendo a Hiertas, rey de Numidia y que huía de Bogudes, hijo del rey de los mauritanos Boco, le despojó de todas sus tropas; y cuando volvió inmediatamente después a Bula, le mató tras habersele entregado la ciudad.

22.

Pues bien, tras el nombramiento de Publio Servilio y Apio Claudio como cónsules, pudo verse por fin a Sila como ciudadano privado. Con este final acabaron dos funestas guerras: la entre aliados itálicos y la civil de Sila. Arrastradas durante diez años terminaron con más de ciento cincuenta mil romanos; Roma perdió en esta guerra civil una gran cantidad de hombres selectos y de soldados nacionales, tan grande como la que se pudo lograr en la propia Roma con el reclutamiento de personas de distintas edades que se hizo en época anterior, cuando se vio enfrentada a Alejandro Magno; perdió además veinticuatro personajes de rango consular, seis de rango pretorio, sesenta de categoría de edil, casi doscientos senadores, sin contar los innumerables pueblos de toda Italia, que uno por uno fueron destruidos sin consideración, a los cuales nadie que esté bien de la cabeza negará que Roma los derrotó con el mismo daño para sí con que Italia los perdió.

¡Qué vergüenza! ¿Hace falta ahora, también en este punto, hacer una comparación polémica entre los tiempos? Y con mucha mayor razón, dicen: pues, ¿qué más idóneo que comparar guerras civiles con guerras civiles? O ¿es que no ha habido, se dirá, también guerras civiles en nuestra época? Yo les responderé que con más razón convendría llamarlas «sociales», pero que a mí me conviene que se llamen civiles, porque aunque se demuestre que todas estas guerras son semejantes en sus orígenes, en su nombre y en sus intereses, sin embargo el respeto a la religión cristiana sale ganando tanto más cuanto menos haya ganado la poderosa cólera del vencedor. En efecto,

si bien en nuestra época ímprobos usurpadores, nombrados y animados por los pueblos britanos y galos, han roto el cuerpo del imperio apoderándose temerariamente de la dirección política y arrogándose la condición de reyes, y posteriormente, o bien han provocado por ellos mismos guerras injustas o bien han provocado contra ellos mismos guerras justas; estas guerras, tan parecidas a las guerras del exterior como distintas de las civiles, ¿qué otra cosa pueden ser llamadas sino guerras «sociales», por cuanto los propios romanos nunca llamaron guerras civiles ni siquiera a las de Sertorio, Perpenna, Criso o Espartaco? Es decir, si ahora hubiese una deserción o traición de aliados como aquellas, aunque casualmente se produjese una dura lucha o una sangrienta victoria, los estragos producidos por el odio serían sin duda menores. Pero la verdad es que, dado que en esta nuestra época todo, las causas, las propias guerras y las victorias bélicas son más fatalmente necesarias y menos vergonzosas, por cuanto se producen ya en la extinción de insolentes usurpadores, ya en la represión de aliados desertores, ya en la impresión de un castigo ejemplar, ¿quién puede dudar con cuanta más tranquilidad y clemencia se llevan a cabo las, como ellos dicen, guerras civiles que ahora surgen? Es más, ¿quién puede dudar de que ahora se reprimen más que se provocan? Efectivamente, ¿quién ha oído que en esta nuestra época haya durado una guerra civil diez años? ¿Quién recuerda que en una sola batalla hayan caído cincuenta mil hombres, enemigos a manos de enemigos, por no decir ciudadanos a manos de conciudadanos? ¿Quién se ha enterado de que en tiempos de paz se haya asesinado a una multitud de hombres

nobles e ilustres como aquella de entonces, cuya relación es larguísima? Finalmente, ¿quién ha temido, ha leído o ha oído hablar de aquellas infames listas de condenados a muerte? Y ¿no sabe más bien todo el mundo que todos nosotros, armonizados en una sola paz y sin peligro gracias a la misma salvación, gozamos juntos, vencidos y vencedores, en común alegría, y, más aún, que entre tantas provincias, pueblos y ciudades de todo el imperio romano apenas hubo en algún momento unos pocos a los que se haya tenido que condenar en justo castigo, y eso en contra incluso de la voluntad del vencedor? Y para no cargar las palabras con más palabras, no sería yo temerario si dijese que ahora, en la guerra, han muerto como máximo sólo igual número de soldados rasos como fue el número de nobles que entonces cayó en época de paz.

Volviendo a los hechos, Lépido, defensor del partido de Mario, se levantó, tras la muerte de Sila, contra el general de este, Cátulo, haciendo resurgir las viejas cenizas de las guerras civiles. Dos combates tuvieron lugar entonces; muchos romanos murieron luchando, con la escasez ya propia de los pobres pero todavía con la locura propia de los insensatos. La ciudad de los albanos, asediada y acuciada hasta el extremo por el hambre, se salvó a cambio de entregar los míseros restos que le quedaban; allí fue entonces capturado y muerto Escipión, el hijo de Lépido. Bruto, que huyó a la Galia Cisalpina perseguido por Pompeyo, fue asesinado en Regio. De esta forma, esta guerra civil se pasó, como el fuego por la paja, con la misma

rapidez con que prendió, y no tanto por la clemencia de Cátulo cuanto por el asco al recuerdo cruel de Sila.

23.

En el año 673 de la fundación de la ciudad, cuando sonaban por todas partes los fragores de las guerras, de las cuales una tenía lugar en Hispania, otra en Panfilia, una tercera en Macedonia, y una cuarta en Dalmacia, el estado romano, todavía agotado y exhausto por males internos como si fueran fiebres, se vio obligado a rechazar con las armas a ferocísimos pueblos de Occidente y del Norte. Y es que Sertorio, hombre falaz y osado, tras escapar de Sila como partidario de Mario que había sido, levantó en armas a pueblos belicosísimos, pasando de África a las Hispanias. En contra de él, por decirlo brevemente, fueron enviados dos generales: Metelo y Domicio; de ellos, Domicio fue derrotado con su ejército por Hirtuleyo, general de Sertorio. Manlio, procónsul de la Galia, paso a Hispania con tres legiones y mil quinientos jinetes, y entabló con Hirtuleyo un desigual combate: despojado por éste de su campamento y de sus tropas, huyó casi solo a la fortaleza de Lérida. Metelo, agotado por los muchos combates, se dedicó a agotar al enemigo temporizando por medio de correrías fuera de los caminos, hasta que se unió al ejército de Pompeyo. Pompeyo, tras su vano intento, una vez que reunió un ejército en Palantia, de defender la ciudad de Lauro, que entonces asediaba Sertorio, se dio a la fuga al ser derrotado. Sertorio, una vez derrotado y puesto en fuga Pompeyo, tomó y arrasó

cruelmente la ciudad de Lauro. Al resto de la población de Lauro que sobrevivió a la matanza la llevó a Lusitania en triste situación de esclavitud. Tuvo, pues, la honra de haber derrotado a Pompeyo, aquel famoso general romano, al cual, enormemente confiado, Roma había enviado a esta guerra, no en lugar de un cónsul, sino en lugar de dos. Galba escribe que Pompeyo contó en aquel momento con treinta mil soldados de a pie y mil de a caballo, mientras que recuerda que Sertorio tuvo sesenta mil de a pie y ocho mil de a caballo.

Posteriormente, sin embargo, Hirtuleyo, en un enfrentamiento con Metelo junto a la ciudad bética de Itálica, perdió veinte mil soldados y, derrotado, huyó con unos pocos a Lusitania. Pompeyo tomó la noble ciudad celtibérica de Belgida. Posteriormente Sertorio, en un combate con Pompeyo, aniquiló a diez mil soldados de éste; en la otra ala, donde vencía Pompeyo, éste causó la muerte a casi otros tantos. Hubo además otros muchos combates entre estos dos generales. Memio, cuestor de Pompeyo y marido igualmente de su hermana, perdió la vida. Murieron los hermanos de Hirtuleyo. Perpenna, que se había unido a Sertorio, fue derrotado. Finalmente, el asesinato, en una traición de los suyos, del propio Sertorio a manos de los mismos que asesinaron a Viriato, puso fin a la guerra en el décimo año de haber empezado y permitió a los romanos conseguir una victoria sin gloria; y ello, a pesar de que parte del ejército de aquel siguió después a Perpenna, el cual, derrotado por Pompeyo, pereció con todo su ejército. En cuanto a las ciudades se rindieron todas espontáneamente y sin tardanza, a

excepción de dos: a saber, Uxama y Calahorra; de ellas, Pompeyo destruyó Uxama y Afranio, sometiendo a Calahorra a un largo asedio y obligándola, a causa de una lamentable escasez, a comidas infames, la arrasó finalmente con la muerte y el fuego. Los asesinos de Sertorio consideraron que ni siquiera deberían solicitar recompensa a los romanos, por cuanto recordaban que había sido anteriormente denegada a los asesinos de Viriato.

Y, aunque en aquella ocasión los hispanos consiguieron sin recompensa alguna la seguridad de Roma, sin embargo, Hispania, siempre enormemente fiel y poderosa, nunca, desde sus orígenes hasta hoy, a pesar de haber dado al estado romano extraordinarios e invictos generales, ha enviado ningún usurpador nacido de ella, ni tampoco, si llegó a ella alguno de fuera, le ha dejado salir vivo y con fuerzas.

Entretanto Claudio, a quien se le encargó por sorteo la guerra macedónica, intentó echar con las armas del territorio macedónico, afrontando gran cantidad de peligros, a distintos pueblos que vivían rodeados por los montes Rodopeos y que entonces asaltaban cruelmente a Macedonia —en efecto, entre otras acciones horribles de decir y escuchar, que cometían en la persona de los prisioneros, usaban, cuando tenían que beber, con avidez y sin asco, como si fuesen auténticos recipientes, los huesos arrancados de las cabezas humanas, todavía con sangre y con pelos y sin haber limpiado totalmente de sus cavernas interiores los sesos que no habían sido bien sacados; de estos pueblos, los más crueles e inhumanos son los escordiscos—. A raíz de los peligros que afrontó, Claudio, además de que ya

estaba desanimado y preocupado, cayó enfermo y perdió la vida. Su sucesor Escribonio, esquivando el choque con estos pueblos que habían sido atacados en la guerra anterior, dirigió su ejército a Dardania y la sometió.

Por su parte el ex cónsul Publio Servilio, atacando con crueldad el territorio de Cilicia y Panfilia, casi las arrasó totalmente cuando lo que pretendía era someterlas. Tomó Cilicia y sus ciudades mediante el asedio y el asalto; incluso, recorriendo el monte Olimpo, arrasó Fasis, destruyó Corico, y, en un reconocimiento de la ladera del monte Tauro que mira hacia Cilicia, obligó a rendirse a los isauros, tras haberlos deshecho con las armas. Fue el primer romano que llevó el ejército a través del monte Tauro y abrió por el la senda de un camino. Al tercer año de esta guerra recibió el nombre de Isáurico.

El procónsul Cosconio, a quien le correspondió en suerte el Ilírico, tras arrasar y someter Dalmacia, asaltó y tomó a los dos años finalmente la rica ciudad de Salonas.

24.

En el año 679 de la fundación de la ciudad (73 a. C.), durante el consulado de Lúculo y Casio, setenta y cuatro gladiadores huyeron en Capua de la escuela de gladiadores de Gneo Léntulo; bajo el liderazgo de Criso y Enomao y del tracio Espartaco, ocuparon inmediatamente el monte Vesubio; lanzándose desde allí, tomaron al asalto el campamento del pretor Clodio, que los había asediado, y, poniéndole en fuga, lo

convirtieron todo en botín. Dando después la vuelta por Consentia y Metaponto, reunieron en breve tiempo enormes bandas. Se dice, en efecto, que bajo el mando de Criso había una multitud de diez mil hombres y bajo el de Espartaco el triple número de ellos; y es que Enomao había ya perdido la vida en la batalla anterior. Pues bien, tras haberlo arrasado todo con matanzas, incendios, robos y violaciones, con ocasión de las exequias de una matrona prisionera que se había suicidado ante el dolor de la pérdida de su pudor, organizaron, como entrenadores de gladiadores que eran más que jefes militares, un espectáculo de gladiadores con cuatrocientos prisioneros, disponiéndose a ser espectadores los que antes habían sido el objeto del espectáculo.

Posteriormente fueron enviados contra ellos los cónsules Gelio y Léntulo con el ejército; de ellos, Gelio derrotó en un combate a Criso, que resistió con gran dureza; Léntulo, derrotado por Espartaco, tuvo que escapar. Unidas después, aunque en vano, todas las tropas, ambos cónsules tuvieron que huir tras sufrir una gran derrota. A continuación el mismo Espartaco quitó la vida al procónsul Gayo Casio tras derrotarle en el campo de batalla. Aterrorizada, pues, la ciudad con un miedo casi igual que el que conoció temblorosa cuando Aníbal bramaba a las propias puertas de Roma, el senado envió a Craso con los ejércitos consulares un nuevo suplemento de tropas. Éste, luego que entró en combate con los desertores, aniquiló a seis mil de éstos y capturó a novecientos. Luego, antes de atacar con sus tropas a Espartaco, que se disponía a colocar su campamento junto al nacimiento del río Silaro,

derrotó a los galos, que habían ayudado a éste, y a los germanos, de los cuales perdieron la vida treinta mil hombres con sus propios jefes.

Por último abatió a Espartaco enfrentándose a él en combate abierto y, juntamente con él, a la mayor parte de las tropas de los desertores. Se dice en efecto que murieron sesenta mil gladiadores y fueron hechos prisioneros seis mil. Fueron rescatados tres mil ciudadanos romanos. Los restantes gladiadores, que, escapados de esta guerra andaban errantes, fueron eliminados en persistentes persecuciones llevadas a cabo por distintos generales.

Y yo, por mi parte, de nuevo repito y repetiré mil veces: ¿también ahora necesitan alguna comparación las distintas épocas? ¿Quién, me pregunto yo, no se horrorizara al oír hablar, no digo ya de tales guerras, sino incluso de tan gran variedad de tipos de guerras: exteriores, de esclavos, de aliados, civiles, de desertores? Y estas guerras ni siquiera se siguieron unas a otras como las olas del mar enfurecido con toda la altura que se quiera, sino que originadas y amontonadas por diversas causas, y con distintos nombres, tipos y desgracias, se acumulan por todas partes. Por recordar las mas próximas y pasando por alto aquella vergonzosa guerra de esclavos, todavía no había estallado totalmente desde el sur la guerra de Yugurta, cuando por el noroeste aparecían los rayos de la guerra cimbria; todavía corrían los tristes y anchos torrentes de la sangre derramada desde la nube de la guerra cimbria, cuando ya la pobre Italia exhalaba las nieblas de la guerra con los aliados, nieblas que se iban a unir en una enorme y continua

tormenta de desgracias; y todavía, tras la larga e intensa tempestad de la guerra itálica, no se podía de ninguna forma andar tranquilo por Italia (hasta tal punto vacilaban con una paz débil e insegura todas sus ciudades, sin contar las peligrosísimas revoluciones de las enemigas), cuando ya Roma daba a luz los estragos de Mario y Cinna, y el oriente y el norte amenazaban por distintas partes con otro desastre, el de Mitrídates, el cual, iniciado en verdad en época anterior, se extiende largamente hasta época bastante posterior. La pira de los crímenes de Sila recibió el fuego de la tea de los de Mario; y de este funesto fuego de las guerras de Sila y civil se esparcieron por muchas partes de las tierras chuzos ardiendo; y de esa sola yesca se extendieron muchos incendios. Efectivamente, Lépido y Escipión en Italia, Bruto en Galia, Domicio, el yerno de Cinna, en África, Carbón en Cosira y Sicilia, Perpenna en Liguria y después, en compañía de Sertorio, en Hispania, y Sertorio, el más cruel de todos, en la misma Hispania, provocaron entonces todas estas guerras civiles, o como quieran llamarlas, haciendo, de una, muchas, y, de una grande, otras grandes; y ello, sin contar aquellas tres desoladoras guerras, que entonces llamaban externas, es decir, la panfílica, la macedónica y la dalmática, y pasando por alto también la de Mitrídates, que fue con mucho la más larga, enconada y terrible de todas; posteriormente, cuando todavía no había terminado la guerra en Hispania con Sertorio, es más, cuando todavía estaba vivo Sertorio, estalló con horror la sublevación de los desertores, o, por hablar con propiedad, de los gladiadores, sublevación que fue, no como las que solían

hacer como espectáculo para unos pocos, sino terrible para todo el mundo. Y que nadie, por el nombre que se le da, es decir porque se llame guerra de fugitivos, piense que fue insignificante; muchas veces fueron derrotados en ella los cónsules, uno por uno e incluso algunas veces juntos tras haber reunido en vano sus tropas, y desaparecieron muchos personajes importantes. Y los propios fugitivos que murieron fueron mas de cien mil.

Por todo ello aconsejamos a la propia Italia que, con el recuerdo de sus propios enemigos del pasado, que nacieron de ella y contra ella y que la destrozaron a ella misma con una crueldad incomparable, se consuele del desastre de los enemigos externos de ahora. Por lo cual voy a poner ya fin al libro quinto, para que las guerras civiles que se mezclaron por todas partes con las externas, tanto las que se han narrado ya como las que van a seguir, ya que ellas mismas se enzarzaron unas con otras por su continuidad en el tiempo y porque las desgracias iban unas detrás de otras, estén al menos separadas por la frontera de un libro.

LIBRO VI. DESDE LA GUERRA DE MITRÍDATES HASTA LA PAZ DE AUGUSTO

Reflexiones en torno a la providencia divina que lo preparó todo de forma que durante el reinado de César Augusto viniera al mundo Cristo. Continuación de la guerra con Mitrídates bajo el mando de Lúculo. Otras acciones contemporáneas: el mariano Cimbria arrasa Troya, Verres esquilma a los habitantes de Sicilia, Pompeyo termina con los piratas y Metelo somete Creta. Pompeyo toma el mando en la guerra mitridática; sus campañas en Asia. La guerra de las Galias. Reflexión en tomó a las desgracias que tuvieron que sufrir las Galias en aquella época. Desastre de Craso en Carras. Comentario sobre la acumulación y continua sucesión de guerras en esta época. La guerra civil entre César y Pompeyo; la guerra alejandrina y continuación de las operaciones en África y España; muerte de César, y comentario en torno a estos hechos. Comienzos del Imperio de Augusto; éste protagoniza cinco guerras civiles: mutinense, filipense, perusina, siciliana y actiaca. Tras todas ellas, todo el Imperio queda en sus manos. Augusto entró tres veces en triunfo en Roma: la primera vez un círculo brillante rodeó la esfera solar; la segunda, manó en una casa una fecunda fuente de aceite; la tercera, fue cerrado el templo de Jano; todo ello en manifestación de la encarnación de Cristo. Victorias de Augusto frente a cántabros y astures; las campañas en Panonia, Tracia, África, Germania y

Galia; derrota de Quintilio Varo ante los germanos y victoria de Agripa en el Bósforo. La paz de Augusto y el nacimiento de Cristo.

1.

Todos los hombres, sean de la escuela filosófica que sean, tengan el tipo de vida o la patria que tengan, se ven inclinados por una recta disposición natural hacia el respeto a la sabiduría, de forma que, aunque de hecho no antepongan el elemento racional de su inteligencia a los goces del cuerpo, sin embargo, para sus adentros, saben que se debe anteponer. Esa inteligencia, ilustrada por la guía de la lógica, y puesta en medio de las virtudes, gracias a las cuales, en virtud de una cierta disposición natural, se remonta hacia arriba; aunque vuelva a recaer por culpa de los vicios, mira hacia el conocimiento de Dios cual si de una elevada meta se tratase. Y es que todos los hombres pueden despreciar temporalmente a Dios, pero no pueden olvidarlo totalmente. A raíz de esa tendencia natural, algunos, porque creen ver a Dios en muchos sitios, fingieron, con indiscriminado temor, muchos dioses. Pero ya hace tiempo que se alejaron de esa creencia gracias a la intervención testimonial de la verdad revelada y gracias también a la lucidez de la propia razón natural. Y sobre todo porque los propios filósofos profanos, por no hablar de nuestros santos, al investigar y estudiarlo todo con el sudoroso esfuerzo de su inteligencia, descubrieron que había un solo Dios, autor de todas las cosas, de forma que hacia él solo todas las cosas tienen que volver. De ahí que todavía ahora los paganos, que se ven ya derrotados por la verdad revelada, no en su ignorancia, sino en

su contumacia, al verse desmoronados por nuestros argumentos, confiesen, no que ellos adoren a muchos dioses, sino que veneran, bajo un solo Dios, a muchos ayudantes de éste. Todavía quedan, pues, confusas discrepancias en torno al conocimiento del Dios verdadero debido a las múltiples conjeturas de la inteligencia, porque, en cuanto a la existencia de un solo Dios, la opinión es ya casi unánime. Hasta aquí ha llegado la inteligencia humana, aunque con esfuerzo. Pero cuando falla la razón, viene en su ayuda la fe. Y es que, si no tuviéramos fe, no lo entenderíamos completamente; es el propio Dios de quien puedes oír y al propio Dios al que puedes creer, lo que de verdad quieras saber de él.

Pues bien, ese único y verdadero Dios, cuya existencia aceptan, aunque con distintas interpretaciones, todas las escuelas, como ya dijimos, ese Dios que gobierna los cambios de imperios y de épocas, que castiga también los pecados, ha elegido lo que es débil en el mundo para confundir a lo que es fuerte, y ha fundado el Imperio romano, sirviéndose para ello de un pastor de paupérrima condición. Ese Imperio, que se mantuvo largo tiempo en manos de reyes y cónsules, tras apoderarse de Asia, África y Europa, cayó en toda su administración en manos de un solo emperador, poderosísimo él y clementísimo. Durante el reinado de este emperador, al que casi todos los pueblos honrarían justamente con cariño y temor al mismo tiempo, el Dios verdadero, que ya era adorado, en su inquieta superstición, por los que le desconocían, abrió el abundante manantial de su inteligencia y, con el fin de enseñar más fácilmente bajo la apariencia humana a los hombres, envió

a su propio hijo, el cual realizaría milagros que sobrepasarían la condición humana, y demostraría la falsedad de los espíritus a los que algunos habían considerado como dioses; e hizo esto para que los mismos que no habían creído en él como hombre, creyeran en sus obras como obras de Dios; y lo hizo también para que, en medio de aquella gran tranquilidad y de aquella paz que se extendía ampliamente, corriese, sin peligro y rápidamente, la gloria de la buena nueva y la rápida fama de la anunciada salvación; e incluso también para que, al ir sus discípulos por todas partes y repartir además los bienes de la salvación entre todos, tuviesen, como ciudadanos romanos que eran, segura libertad para acercarse y discutir entre ciudadanos romanos.

Yo pensé que debía recordar esto porque precisamente este libro sexto se extiende hasta César Augusto, al cual se refiere lo que he dicho. Y por si algunos consideran irrisorio este clarísimo argumento y atribuyen más bien a sus propios dioses, a los que primero eligieron guiados por la luz de la razón natural y posteriormente mantuvieron contentos con importantes cultos, el hecho de que han sido ellos los que han creado este amplio y glorioso imperio para su beneficio — andan en efecto diciendo que ellos mismos, con los mejores tipos de sacrificios, merecieron ese gran favor de los dioses y que si hubiesen suprimido y pasado por alto tales sacrificios se hubiesen alejado todos *los dioses, gracias a los cuales se mantenía este Imperio, abandonando los templos y altares* (Virgilio)—, por si sucede eso, y aunque tu reverenda santidad (San Agustín) ya ha expuesto contundentemente y con toda evidencia muchos

argumentos, sin embargo, las circunstancias me obligan a añadir algo. Si es verdad que los romanos, adorando a sus dioses, merecieron el favor de los mismos, y lo perdieron cuando dejaron de adorarlos, ¿quién consiguió con sus oraciones que el propio Rómulo, padre de Roma, se salvase en medio de tantos males como le amenazaron desde su nacimiento? ¿Acaso su abuelo Amulio que lo entregó a la muerte? ¿Acaso su padre, cuya identidad se desconoce? ¿Acaso su madre Rea, reo de impudor? ¿Acaso los antepasados albanos que persiguieron desde el comienzo los brotes mismos del nombre de Roma? ¿Acaso Italia en general, que durante cuatrocientos años, mientras pudo cometer osadías, anheló la ruina de Roma?

—No, dicen, sino que fueron los dioses, que sabían que con el tiempo iban a ser adorados, los que salvaron a sus futuros fieles.

—Así pues, lo sabían de antemano. Y si lo sabían de antemano, ¿por qué, de entre tantos momentos como pudieron escoger, condujeron a la mas alta cima de su poderío a este imperio precisamente en el momento en que Aquel quiso nacer entre los hombres y darse a conocer como hombre, tras cuya manifestación fueron totalmente despreciados los dioses de los romanos y desaparecieron, con todo su mundo, aquellos a los que esos mismos dioses habían ensalzado?

—Pero se manifestó, dicen, humildemente y entró en este mundo ocultamente.

—¿De donde tan extraordinaria fama, tan indudable crédito y tan evidente poderío de un oculto y humilde?

—Con determinados signos y milagros se apoderó y poseyó las mentes de los hombres ya preocupadas por inquietudes religiosas.

—Pero si él, como hombre, pudo con seguir esto, con mayor razón debieron poder los dioses. ¿Acaso no se llegó por fin, cuando Él dijo que su poder lo había tomado del Padre, a la comprensión de aquel Dios, conocido y desconocido, comprensión a la que, como dije, nadie puede llegar sino gracias a la ayuda de ese mismo Dios? Y nadie puede llegar a ella salvo que, tras analizar y olvidar toda su propia naturaleza, volviéndose a la sabiduría de Dios, ponga de acuerdo todo su esfuerzo investigador con la verdad revelada. A pesar de ello, lo voy a tratar de demostrar brevemente a la luz de la razón natural: estos dioses, a los que ellos consideran tan grandes, a pesar de que parece que ayudaron propicios al estado romano y que, cuando ellos se apartaron, ese mismo estado se hundió, eran adorados con gran devoción e intensidad precisamente en el mismo momento —lo cual es claramente evidente— en que Cristo quiso nacer y empezó a mostrarse a los pueblos. ¿Quiere ello decir que esos dioses, que debían mirar por sí mismos y por sus fieles, no pudieron reprimir o rechazar el culto supersticioso de Cristo, a causa del cual veían que ellos mismos iban a ser despreciados y sus fieles burlados? Aunque, si es que no pudieron impedirlo, hay que excusarles y no debieron ser abandonados; pero si es que sucedió con su consentimiento,

hay que aceptar que lo sabían de antemano y no debieron antes ser adorados.

—Pero, dicen, aquella represión y rechazo de Cristo se hizo; efectivamente, movimos a los pueblos, encendimos a los reyes, instituímos leyes, nombramos jueces, dispusimos castigos en suplicios y cruces, escudriñamos todo el universo, para si de alguna forma podía arrancarse el nombre y el culto de Cristo de todo el mundo.

—Sí, eso se hizo, pero sólo en la época en que muchas personas crueles, mientras ocuparon el poder, que era lo único que les permitía prohibir, pudieron obtener algunos resultados entre tormentos y gracias a los tormentos. Pero, ¿qué paso después?

—Los emperadores cristianos, dicen, ordenaron que cesaran los ritos sagrados, que se cerraran los templos, y que, por ello *los dioses todos, gracias a los cuales se mantenía este Imperio, se alejaron abandonando los templos y altares* (Virgilio).

¡Oh! ¡Cuán grande y cuán despejada es la luz de la verdad, si no se cerraran ante ella, que se ofrece generosamente, los desgraciadamente débiles ojos de los hombres! Si la fe cristiana no pudo de ninguna forma ser reprimida durante los largos siglos pasados en que conspiraron cruelmente contra ella pueblos, reyes, leyes, ejecuciones, cruces y muertes por todas partes, es más, si, como dije, creció entre estas desgracias y gracias a ellas, y si, por otra parte, el culto a los ídolos, que ya en cierto sentido fallaba en su esencia, y tenía incluso vergüenza de sí mismo, dejó de existir, sin ningún castigo terrorífico, ante

una levísima orden ¿quién puede dudar, ante la aparición de esta evidencia, que esto, por fin, dio a conocer a la criatura lo que acerca de su creador ella, por medio de distintos razonamientos mentales, aunque laboriosos, había buscado a pesar de estar obscurecida por otros problemas, y que por medio de esto llegó sin rodeos al amor del creador, al cual, incluso ignorándolo, ya había amado? No es, por otra parte, extraño que haya en una gran familia algunos siervos que, si se acostumbran al tipo de vida y a la lascivia de los independientes, abusen de la paciencia de su señor despreciando incluso a este mismo. De ahí que con razón Dios reprendiera con distintas correcciones a los desagradecidos, a los incrédulos e incluso a los contumaces; lo cual ciertamente hay que reconocerlo siempre, pero sobre todo en aquella época porque entonces todavía no había en todo el mundo ninguna comunidad cristiana que, por medio de las preces de sus fieles, moderase los castigos que merecía el mundo y el justo juicio de Dios, consiguiendo con oraciones la clemencia de éste. Y de ahí también que lo que a los hombres les parecen desgracias, cualesquiera que sean, fueron sin duda todas ellas más graves de lo que creen, como probaré contándolas en el orden en que sucedieron.

La guerra de Mitrídates o, por hablar con más propiedad, los estragos de la guerra de Mitrídates, que afectaron al mismo tiempo a muchas provincias, se arrastraron y alargaron durante cuarenta años. En efecto, como ya señalé, ese desastre, que se inició en el año 662 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Cicerón y Antonio, año en que había empezado

también la primera guerra civil, *a duras penas terminó gracias al veneno bárbaro*, por usar palabras de un gran poeta (Lucano).

Pero, en esta época, sabemos que fueron treinta los años que duró esta guerra. Y no es fácil aclarar por que muchos dicen que fueron cuarenta.

2.

Pues bien, Mitrídates, rey del Ponto y de Armenia, después de haber tramado expulsar de su reino a Nicomedes, rey de Bitinia y amigo del pueblo romano, y de haber sido advertido por el senado romano de que, si intentaba hacerlo, el pueblo romano le declararía la guerra, inmediatamente invadió airado Capadocia y, tras expulsar de ella a su rey Ariobarzanes, asoló toda la provincia a hierro y fuego. Se apoderó después de Bitinia produciendo idénticos desastres. Ataco con el mismo resultado Paflagonia, expulsando de ella a los reyes Pilemenes y Nicomedes. Posteriormente, tras haber llegado hasta Éfeso, ordenó en un cruel edicto que fueran ejecutados en un solo día todos los ciudadanos romanos que se encontrasen a lo largo de toda Asia. Y se hizo; y, con palabras, no se puede explicar ni comprender de ningún modo la cantidad de ciudadanos romanos que fueron asesinados, el abatimiento que se extendió por muchas provincias, y los gemidos que dieron tanto las víctimas como los verdugos, por cuanto todos, uno por uno, o bien se veían obligados a traicionar a huéspedes y amigos inocentes o bien a correr ellos mismos peligro de sufrir el castigo de sus huéspedes.

Para colmo, Arquelao, general de Mitrídates, que había sido enviado a Acaya con ciento veinte mil soldados de a pie y de a caballo, sometió, en parte con la violencia y en parte con la rendición voluntaria, a Atenas y a toda Grecia. Sila, en quien había caído, tras su consulado, el mando de la guerra contra Mitrídates, sitió largo tiempo a Arquelao en el Pireo, puerto ateniense fortificado con siete muros. Tomó en un asalto la propia ciudad de Atenas. Posteriormente se enfrentó a Arquelao en un combate a campo abierto: se dice que murieron ciento diez mil soldados del ejército de Arquelao y que apenas sobrevivieron diez mil. Mitrídates, al enterarse del desastre, desde Asia envió a Arquelao un refuerzo de setenta mil soldados selectos. En un segundo combate murieron cincuenta mil enemigos, perdiendo allí mismo la vida Diógenes, hijo de Arquelao. En una tercera batalla fueron aniquiladas todas las tropas que tenía Arquelao: en efecto, veinte mil soldados de éste, empujados a lugares pantanosos, cuando venían a implorar socorro a Sila, fueron destruidos con ira insaciable por el vencedor y otros tantos fueron acorralados y aniquilados junto a un río; los infelices que quedaron fueron matados uno a uno.

Por otra parte, Mitrídates concibió el plan de asesinar en Asia a los personajes importantes de sus nobles ciudades y confiscar sus bienes. Y cuando ya había ejecutado así a mil seiscientos, los efesios, temerosos ante estos antecedentes, echaron fuera a la guarnición de Mitrídates y cerraron sus puertas; lo mismo hicieron los de Esmirna, los sardos, los de

Colofón y los tralianos. Mitrídates, trastornado, firmó la paz con Sila por medio de su general Arquelao.

Entretanto Fimbria, cómplice de los crímenes de Mario, hombre el más osado de todos, asesinó en Nicomedia al cónsul Flaco, al que había acompañado como lugarteniente; y posteriormente, cogiendo las riendas del ejército, echa de Asia hacia Miletópolis al hijo de Mitrídates, ataca las posiciones del rey y le expulsa de Pérgamo; y, persiguiéndole en su huida, le asedia en Pitana; y sin duda le hubiese hecho prisionero, si Lucio Lúculo hubiera antepuesto el interés estatal a las rencillas particulares y hubiese querido cerrar a Mitrídates la salida al mar con sólo poner delante su armada. Posteriormente, Fimbria, irritado con los ilienses porque claramente había sido rechazado por ellos, al cerrarle las puertas por sus simpatías con el partido de Sila, destruyó totalmente con matanzas y fuego la propia ciudad de Ilión, aquella antigua madre de Roma. Pero Sila la reconstruyó inmediatamente. El propio Fimbria, asediado en Tiatira por el ejército de Sila, al verse desesperado se suicidó en el templo de Esculapio. Fannio y Magio, prófugos del ejército de Fimbria, se unieron a Mitrídates; por consejo de ellos, Mitrídates firmó un pacto con Sertorio por medio de legados enviados a Hispania. Sertorio envió hacia Mitrídates, para firmar este pacto, a Marco Mario; el rey, tras tenerlo a su lado, le nombró en seguida su general en sustitución de Arquelao, que se había refugiado junto a Sila en unión de su mujer y sus hijos.

Mario y Eumaco, a los que Mitrídates envió al frente del ejército contra Lúculo, tras reunir en breve tiempo un gran

ejército, se enfrentaron a Publio Rutilio en Calcedonia y destruyeron a este con gran parte de su ejército. Lúculo, mientras Mitrídates asediaba Cícico, le rodeó con una fosa y le obligó a soportar lo que él mismo estaba haciendo; y envió incluso a los propios cicicenos, como mensajero, a uno de sus soldados, perfecto nadador, para que tuviesen esperanza. El nadador, flotando con la ayuda de dos odres unidos por una vara que él mismo agarraba por el medio y sirviéndose de sus pies para remar debajo del agua, hizo una travesía de siete millas. Mitrídates, en difícil situación por la escasez, equipó con armas a parte de sus tropas y les ordenó que se marcharan a la patria; Lúculo las alcanzó destruyéndolas totalmente, ya que se nos transmite que murieron entonces más de quince mil hombres.

También entonces, Fannio, que se había unido a Mitrídates, y Metrófanos, comandante real, fueron vencidos por Mamerco, teniendo que huir con dos mil jinetes a Mesia, y, torciendo desde allí hacia Meonia, cayeron sobre las colinas y campos inarimos. En aquel lugar, no sólo se pueden ver los montes abrasados e incluso las rocas ennegrecidas por una especie de hollín, sino que se encuentran también los campos escuálidos, al estar el suelo quemado en una extensión de cincuenta millas sin que haya ninguna señal de fuego o de cráter, y podridos por la ceniza cuyo espesor es bastante profundo; en tres sitios se pueden ver además tres tórridos abismos, que los griegos llaman «fisas». Pues bien, tras errar durante muchos días por estos lugares, se vieron por fin libres de los inesperados peligros y volvieron furtivamente al campamento real.

Deyotaro, rey de Galogrecia, aniquiló en una batalla a los prefectos reales.

Entretanto Mitrídates, asediado él mismo junto a Cícico con las mismas pocas prisas con que él asediaba, llevó a su ejército a una situación de enorme penuria y de peste; se dice, en efecto, que perdió en este asedio, debido al hambre y a las enfermedades, a más de tres cientos mil hombres; él mismo, cogiendo una nave, huyó ocultamente del campamento con unos pocos. Lúculo, espectador del desastre ajeno, sin perder él un solo soldado, consiguió un tipo de victoria hasta ahora desconocido. Posteriormente, en un enfrentamiento con Mario, le derrotó y puso en fuga; en este choque se nos transmite que perdieron la vida mas de once mil soldados de Mario. A continuación, enfrentándose en un combate naval con el propio Mario, hizo desaparecer treinta y dos naves de la armada real y otras muchas de carga, entre hundidas y capturadas. Allí perdieron la vida muchos de aquellos a los que Sila había proscrito. Al día siguiente, Mario, sacado de una cueva en la que se escondía, pagó el castigo que merecía su natural hostil. Con la misma violencia Lúculo arrasó Apamia y destruyó, tras tomarla al asalto, la fortificadísima ciudad de Prusa que se encontraba a los pies del monte Olimpo. Mitrídates, que tras equipar su armada se dirigió por mar contra Bizancio, perdió ochenta naves de guerra al ser sorprendido por una tempestad; él mismo, cuando ya se hundía con su nave totalmente abatida, saltó al bergantín del pirata Seleuco con la ayuda del propio pirata. De allí marchó con grandes dificultades, primero a Sínope y después a Amiso.

3.

En este mismo año, en Roma, Catilina fue acusado de incesto, que, según la acusación, había cometido en la persona de la virgen vestal Fabia, librándose gracias al apoyo de Cátulo.

Lúculo había asediado Sínope con la intención de tomarla al asalto; el jefe pirata Seleuco y el eunuco Cleocares, que se encontraban como guarnición al frente de esta ciudad, la abandonaron tras saquearla e incendiarla. Lúculo, compadecido del desastre interno de estos pobres enemigos, apagó en rápida intervención el incendio que se había provocado dentro de la ciudad. De esta forma, esta desgraciada ciudad, al cambiarse los papeles de enemigos y aliados, se vio perdida por aquellos por los cuales tenía que haber sido defendida y se salvó gracias a aquellos por los cuales tenía que haber sido destruida. Por su parte, Marco Lúculo, que había sucedido a Curión en el gobierno de Macedonia, hizo capitular a todo el pueblo de los besos atacándoles con el ejército.

En esta misma época, Metelo, pretor de Sicilia, al encontrar toda la isla esquilada tras la vergonzosa pretura de Gayo Verres, y más aún ahora en que era asolada con abominables saqueos y matanzas por el jefe pirata Pirganión, el cual, tras expulsar a la armada romana se había apoderado del puerto de Siracusa, obligó a éste a marcharse a Sicilia tras derrotarle en un combate naval y terrestre.

Por otra parte, Lúculo, pasando el Eúfrates y el Tigris, entabló combate junto a la ciudad de Tigranocerta con

Mitrídates y Tigranes, y, con un pequeño grupo de soldados, destruyó un gran número de enemigos; se dice, en efecto, que perdieron la vida en esta batalla treinta mil hombres. Tigranes, acompañado apenas por ciento cuarenta jinetes, escapó tras arrojar la diadema y la tiara para no ser reconocido. Vinieron entonces a Lúculo legados suplicantes de casi todo Oriente; cuando ya llegaba el invierno, en su regreso a Mesopotamia a través de Armenia, asalto y tomó la ciudad de Nísibe, famosa entonces en aquella zona.

4.

Por esta misma época, los piratas, esparcidos por todos los mares, y que ya en este momento no sólo asaltaban las caravanas de naves de transporte, sino que asolaban también islas y provincias, habían aumentado en mucho su número al haberse asociado a ellos una multitud de gente atraída por la impunidad de sus crímenes y el deseo de botín. Gneo Pompeyo, aunque después de los enormes estragos que ya habían hecho durante largo tiempo por tierra y por mar, los derrotó con extraordinaria rapidez.

En esta misma época Metelo volteó durante dos años la isla de Creta y, tras someterla en una larga guerra, la redujo al dominio romano, y cambió las leyes de Minos por leyes romanas.

Posteriormente Pompeyo, sucesor de Lúculo, encerró en un asedio el campamento de Mitrídates junto al monte Dastraco en Armenia Menor. El rey, haciendo una violenta

salida durante la noche con todas sus tropas, resolvió enfrentarse en un combate a Pompeyo, que aún entonces le seguía persiguiendo. Y es que Pompeyo decidió perseguirles en su huida. La batalla se entabló, pues, de noche. Salía entonces la luna a espaldas de los romanos. Los soldados de Mitrídates, pensando que los enemigos estaban ya cerca por la longitud de las sombras, lanzaron inútilmente todos sus dardos. Los romanos, atacándoles posteriormente, poco menos que sin armas, vencieron sin ningún esfuerzo. Murieron, en efecto, o fueron hechos prisioneros un total de cuarenta mil soldados del ejército real; de los romanos, sólo mil fueron heridos, mientras que apenas murieron unos cuarenta. El rey, escapando en medio del tumulto del combate, y ayudado incluso por la oportuna claridad de la noche, logró huir; y abandonado por todos sus amigos, filósofos, cronistas o poetas y médicos, él solo, sujetando con sus manos las bridas del caballo a través de descampados, y asustándose ante todos los ruidos nocturnos, se alojó en una fortaleza y de allí dirigió sus pasos a Armenia. Pompeyo, dejando para después la persecución del rey, fundó la ciudad de Nicópolis entre los dos ríos que nacen en una misma montaña aunque de pozos distintos, es decir entre el Eúfrates y el Arajes, para colocar en ella a los ancianos, ayudantes y enfermos que quisieran. A Tigranes, que solicitó su perdón, se lo concedió. Al ejército de Horodes, rey de los albanos, y a sus prefectos, los derrotó en tres combates. Posteriormente aceptó de buen grado cartas y regalos de Horodes en favor de la instauración de la paz con los albanos. Al rey de Hiberia, Artaces, le derrotó en una batalla y sometió

toda Hiberia. De allí, tras ordenar los asuntos de Armenia, Coicos, Capadocia y Siria, dirigiéndose desde el Ponto a Partia, llegó a la ciudad de Ecbatana, capital del reino de los partos, tras un viaje de cincuenta días.

5.

Mientras Mitrídates celebraba en el Bósforo fiestas en honor de Ceres, se produjo de repente un terremoto tan grande que se cuenta que siguió a continuación un gran desastre en todas las ciudades y campos. En esta misma época Castor, prefecto de Mitrídates, que estaba al frente de la ciudad de Fanagorio, ocupó la ciudadela tras asesinar a los amigos del rey y entregó cuatro hijos de Mitrídates a la guarnición romana. Mitrídates, enardecido por la ira, se dedicó, inflamado, a cometer crímenes. Asesinó, en efecto, a muchos que entonces eran sus amigos y a su propio hijo Exipodra, cuando ya antes había matado en otro parricidio a Macares; Farnaces, el otro hijo suyo, aterrorizado por lo que había pasado a sus hermanos, se atrajo las simpatías del ejército que había sido enviado en su persecución y lo dirigió después contra su propio padre. Mitrídates, tras suplicar largo tiempo en vano desde una altísima muralla a su hijo, cuando se convenció ya de que era implacable, se cuenta que, a punto ya de morir, exclamó: «Puesto que Farnaces, dijo, quiere que yo muera, a vosotros, si es que existís, dioses de mi patria, os ruego que cuando pase el tiempo también el mismo oiga la misma respuesta de parte de sus hijos.» Y bajando inmediatamente junto a sus esposas,

concubinas e hijas, les dio a todas veneno. Y tras beber, el último, el veneno, y no poder sin embargo ser abatido por el mismo a causa de los antídotos con los que frecuentemente había protegido sus órganos vitales contra los jugos mortales, y tras pasear en vano para ver si el veneno ingerido corría de alguna forma empujado a través de las venas con el movimiento del cuerpo, invitó a un soldado galo que, rotos ya los muros, entraba en la ciudad, a que le diera muerte mientras le ofrecía su cuello. Esta fue la muerte que tuvo Mitrídates y el, que, según cuentan, era el hombre mas supersticioso de todos, a los setenta y dos años de edad, tras haber tenido siempre consigo a filósofos y hombres conocedores de todas las artes, nos dejó el durísimo contenido de una frase suya:

«Si existís», dijo, «dioses de mi patria.» Y es que él, a pesar de haberlos adorado mucho tiempo y haber tratado durante mucho tiempo de encontrarlos, se había dado cuenta de que estos dioses, que se pensaba que existían, no eran dioses verdaderos. Este rey, a pesar de su mucha experiencia y de la madurez de su edad, no conocía al Dios verdadero, a cuyo conocimiento no se llega sino prestando oídos a la fe. Sin embargo, sí había visto, con la luz de la razón, que aquellos eran falsos, basándose ya en la experiencia, ya en la propia inteligencia. «Si existís», dijo, «dioses»; eso es lo mismo que decir: «yo, que intuyo que por en cima del hombre existe un poder más fuerte que el propio hombre, movido por la necesidad de rogar a alguien, ofrezco mi buena voluntad y pido perdón por mi ignorancia; invoco al Dios que existe, ya que sé el que no existe.» Por lo cual, con temor y con dolor, hay que

hacer las siguientes consideraciones: ¿de qué castigo y de que juicio serán dignos estos que, en contra de lo que prohíbe la fe revelada, conocida ya y hecha pública, siguen y adoran a esos dioses, de los cuales podían ya dudar incluso aquellos que todavía no podían conocer otros dioses que los que tenían?

Pero dejemos eso para hacer una breve reflexión: ¿qué impresión tendrían entonces en todo Oriente de una época en que, durante cuarenta años, aquellos pobres países eran machacados con alternos estragos de generales tan poderosos; en que todas las ciudades que quedaban en medio de estos enfrentamientos inevitablemente corrían peligro, ya que tenían que favorecer a un bando al mismo tiempo que hacían equilibrios con el otro, y ello, para que después se cambiara en castigo la postura que antes les había servido momentáneamente de alivio; en que las atemorizadas delegaciones de las distintas provincias, en medio, por una parte, de los distintos generales romanos que se sucedían, y, por otra, de Mitrídates, cada vez más truculento por las noticias que se producían, se balanceaban alternativa e inseguramente a uno y otro lado, según la suerte de la guerra favorecía a cada uno de ellos, aumentando de esta forma los peligros que de momento evitaban?

Voy a contar, pues, en pocas palabras que es lo que Pompeyo, ese Pompeyo que fue ciertamente el más moderado de los romanos, hizo en la mayoría de las zonas de Oriente una vez acabada la guerra con Mitrídates.

6.

En el año 689 de la fundación de la ciudad (62 a. C), durante el consulado de Marco Tulio Cicerón y Gayo Antonio, Pompeyo, al recibir la noticia de la muerte de Mitrídates, atacando Siria, Cele y Fenicia, sometió primero a los itureos y árabes y tomó la ciudad de estos llamada Petra. Posteriormente envió al frente del ejército a Gabinio contra los judíos, cuyo rey, tras la expulsión de su hermano Hircano, era Aristóbulo, el primer rey no sacerdote, y contra su ciudad de Jerusalén. Gabinio emprendió inmediatamente la expedición y fue bien acogido en la ciudad por los ancianos; pero, rechazado por la plebe desde el muro del templo, se dispuso a asaltarlo. Al estar el templo protegido no sólo por la naturaleza del lugar sino también por un enorme muro y una profunda fosa, a duras penas lo pudo tomar en tres meses, viéndose obligado a sustituir sin descanso unas legiones tras otras durante días y noches. Se dice que murieron en aquel asalto trece mil judíos; el resto del pueblo fue sometido a Roma. Pompeyo ordenó destruir y arrasar los muros de la ciudad y, tras haber degollado a unos cuantos príncipes de los judíos, restituyó a Hircano en el sacerdocio y a Aristóbulo lo llevó como prisionero a Roma. El propio Pompeyo declaró en la asamblea que se había enfrentado a veintidós reyes durante esta guerra en Oriente.

Entretanto, por esta misma época, tuvo lugar y fue descubierta la conjuración de Catilina dirigida contra la patria, siendo finalmente sofocada en un auténtico enfrentamiento civil en Etruria. Los conjurados fueron ejecutados en Roma. Desde nuestro punto de vista es suficiente el haber tocado

brevemente esta historia por cuanto ya es conocida con suficiencia por todos gracias a los discursos de Cicerón y a la narración de Salustio.

También ahora se produjo un levantamiento entre los pelignos, protagonizado por los Marcelos, padre e hijo, y descubierto por Lucio Vetio, que fue rápidamente cortado, como si se le hubiese arrancado de raíz, al descubrirse la conjuración de Catilina; de uno y otro se dio buena cuenta: con la intervención de Bibulo entre los pelignos y con la de Cicerón entre los brutios.

7.

En el año 693 de la fundación de la ciudad (59 a.C), durante el consulado de Gayo César y Lucio Bíbulo, se le concedieron durante cinco años a César, en virtud de la ley Vatinia, tres provincias, a Galia Transalpina, la Cisalpina y el Hirico, juntamente con siete legiones. El Senado añadió después la Galia comata.

Estos hechos los narró profusamente Suetonio Tranquilo, del que nosotros hemos sacado apropiado resumen.

Los ánimos de los helvecios, el pueblo más poderoso de todos los galos, debido sobre todo a que tenían continuos altercados bélicos con los germanos, de los cuales los separaba solamente el río Rin, habían sido enardecidos por el primero de sus nobles, un tal Orgétorix, para emprender la guerra con la esperanza de apoderarse de todas las Galias. Los restantes optimates, a pesar de haberle prendido y ejecutado, no

pudieron sujetar, sin embargo, a las turbas populares, una vez que ya habían sido incitadas al botín. Todos ellos, tras jurar juntos y fijar el día, emprendieron la marcha quemando sus aldeas y casas para que a nadie le entrase la tentación de retroceder con la esperanza de volver a hallarlas. Al encontrárselos César junto al río Ródano, los derrotó dos veces en extraordinario y duro combate, y, tras vencerlos, les obligó a rendirse. La muchedumbre entera de éstos, helvecios, tulingos, latobogios, rauracos y boyos, era, cuando salieron de su patria por primera vez, de alrededor de ciento cincuenta y siete mil personas de uno y otro sexo. De ellos cayeron en el campo de batalla cuarenta y siete mil. Los demás fueron de nuevo enviados a sus tierras.

Posteriormente César, enfrentándose al rey Ariovisto, que había levantado y reunido a su lado increíbles cantidades de germanos, con los cuales decía jactanciosamente que acababa de someter a todos los pueblos de la Galia, le venció en territorio secuano, después que el ejército de César había rehusado largo tiempo el combate por temor al número y valentía de los germanos. Ariovisto escapó inmediatamente a Germania, atravesando el Rin con una pequeña nave que pudo coger; sus dos esposas y otras tantas hijas fueron hechas prisioneras. En el ejército de Ariovisto, a su vez, había arudes, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetes, eduses y suevos. Lo más duro del combate estuvo sobre todo del lado de la formación de los germanos, formación que ellos, para estar protegidos por todas partes en su ataque contra el ejército romano, habían dispuesto de manera que presentaban un

grupo compacto y unían los escudos por encima de sus cabezas. Pero, una vez que unos cuantos soldados romanos, sobresalientes por su agilidad y audacia, saltaron sobre el caparazón que se les acercaba y, arrancando uno por uno los escudos como si se tratase de escamas, taladraron desde arriba los desnudos hombros de los que cogían y destapaban, los enemigos, aterrorizados ante el nuevo peligro de muerte, disolvieron su terrible y compacta formación. Luego, en su huida, fueron matados incesantemente a lo largo de cincuenta millas, y no se puede saber ni el número de germanos que hubo en la batalla ni el número de muertos.

Tras ello, los belgas, que eran la parte tercera de la Galia, se levantaron contra César. Su ejército, distribuido en grupos, era éste: los belóvaguos, que parece que sobrepasaban a los demás en número y en arrojo, tenían sesenta mil soldados escogidos; los suesones tenían cincuenta mil, provenientes de doce ciudades; los nervios, de cuya indomable fiereza se hablaba hasta el punto de que nunca hasta este momento habían permitido que los mercaderes importaran a su territorio vino y demás mercancías, que producen una alegría que acarrea el embotamiento del valor, tenían igualmente cincuenta mil; los atrebates y ambianos, diez mil; los morinos, veinticinco mil; los menapios, nueve mil; los caletos, diez mil; los velocases y veromandos, también diez mil; los aduáticos, dieciocho mil; los condurses, eborones, cerosos, cemanos, que se agrupan bajo la denominación común de germanos, tenían cuarenta mil. De esta forma, se dice que juntaron doscientos setenta y dos mil soldados selectos.

Cuando todos ellos salieron repentinamente de sus bosques, el ejército de César se asustó y se dio a la fuga, perdiendo a muchos soldados; posteriormente se restableció con los ánimos que le dio su general y atacando a los vencedores, los destruyó casi hasta la aniquilación total.

8.

Pues bien, César, cuando decidió volver a Italia tras haber realizado grandes hazañas en Galia, envió hacia los veragros y sedunos a Galba con la legión duodécima. Éste, tras haberse asentado para invernar en una aldea de los veragros llamada Octoduro, y haber dejado a sus habitantes la mitad de la ciudad que estaba separada por un torrente, vio que cierto día se alejaban por la noche y se colocaban en una colina próxima. Y es que ellos, despreciando el escaso número de una casi media legión, pensaban que la presa extranjera iba a caer en sus manos sin ningún esfuerzo y habían llamado a sus vecinos para hacerlos partícipes de la matanza y del botín. Y mientras Galba estaba rodeado y tembloroso por peligros tan inminentes y no sabía qué decisión tomar entre las distintas propuestas que se le hacían, los galos, bajando de repente del monte en formación desplegada, rodean el campamento que estaba mal hecho y hacen caer una lluvia de piedras y dardos sobre los pocos defensores que había en la empalizada. Y cuando ya entraban en el campamento, todos los romanos, por consejo del centurión primipilo Pacuvio y del tribuno Voluseno, se lanzan a las puertas y, atacando de pronto a los desesperados

enemigos, en un primer momento los asustan y posteriormente, poniéndolos en fuga, los destrozan en lamentable matanza. Se dice, en efecto, que en aquella ocasión murieron más de treinta mil bárbaros.

Pues bien, César, cuando pensaba ya que había apaciguado a todos los pueblos de las Galias, se vio arrastrado a una nueva e ingente guerra. En efecto, mientras Publio Craso el Joven pasa el invierno con la legión séptima junto al océano en territorio de los andicavos, los vénetos y demás pueblos vecinos se unen en un pacto bélico, hacen prisioneros a los legados romanos y anuncian a los romanos que los devolverán si se les devuelven a su vez a ellos sus rehenes. Reúnen a su lado como aliados para esta guerra a los osismos, lexovios, namnetes, ambivaritos, morinos, diablintes y menapios; hacen venir también tropas auxiliares de Britania. César, enterado a través de Craso de la rebelión de estos pueblos que ya estaban sometidos, a pesar de que comprendía las dificultades que suponía el reiniciar la lucha, sin embargo, pensando que no se podía dejar pasar un hecho de tanta importancia, no fuera a ser que, ante el ejemplo de esta osadía, se extendiera también a los demás la rebelión, y tras intentar en vano agredir por tierra a los enemigos —y es que estos estaban protegidos en seguras bahías de sus tierras gracias a los brazos de mar que se extendían desde el océano y a los inaccesibles escondrijos—, manda construir naves de guerra en el río Liger. En cuanto los enemigos vieron que esas naves eran sacadas al océano por este río, inmediatamente, avanzando desde su puerto, colocaron de frente doscientas naves suyas perfectamente dispuestas y

equipadas de todo tipo de armas. Bruto, preocupado al ver que el combate naval iba a ser enormemente desigual —por cuanto las naves de los bárbaros, recubiertas con madera de gran solidez y fortalecidas con poderosas calas, rechazaban, como si de piedras se tratase, los golpes lanzados por los espolones de las naves romanas—, se salvó en principio gracias a que había preparado agudísimos arpones fijados débilmente en estacas, pero atados con cuerdas, con los cuales, cuando era necesario, alcanzando desde lejos las jarcias de los barcos enemigos, las podían romper tirando con la cuerda del arpón una vez retiradas las estacas en las que iba sujeto. Cuando hubo preparado estos ardidés con toda rapidez, ordenó romper los aparejos de las antenas de los navíos enemigos: de esta forma, al caer las antenas, inmovilizó inmediatamente muchas naves con el mismo resultado que si las hubiese apresado. Los demás, aterrorizados ante este peligro, intentaron primero huir con las velas desplegadas a donde el viento los llevase; pero después, desamparados al cesar el viento, fueron un juguete para los romanos. Y así, una vez incendiadas todas las naves y ejecutados aquellos galos que habían batallado, el resto se entregó totalmente. Pero César, a causa sobre todo de la injuria que habían recibido sus legados y para grabar en el ánimo de esta gente, tan sensible a todo tipo de recomendaciones, el recuerdo de un terrible escarmiento, ejecutó cruelmente a todos los cabecillas y a los demás los vendió como prisioneros de guerra.

En esta misma época Titurio Sabino, en una incursión que llevó a cabo, aniquiló con increíbles matanzas a los aulercos,

eburovices y lixovios, los cuales habían a su vez ejecutado a sus jefes por no querer estos convertirse en promotores de una nueva guerra.

Por su parte, Publio Craso, al llegar a Aquitania, fue recibido belicosamente. Efectivamente, los sontiates, con grandes y poderosos contingentes de caballería e infantería, atacaron a los romanos y los mantuvieron gravemente desequilibrados durante mucho tiempo. Posteriormente, derrotados y reducidos y asediados en la fortaleza de Sontíato, al verse asaltados, capitularon entregando sus armas. Los aquitanos, asustados por el desastre, reúnen soldados de todas partes; hacen venir tropas auxiliares incluso de Hispania Citerior; conceden el mando de las operaciones sobre todo a los generales que habían luchado al lado de Sertorio. Mientras todos estos hacen preparativos para asediar a Craso, son derrotados en su propio campamento en un ataque del mismo Craso. Se dice, en efecto, que entre aquitanos y cántabros, de los cuales habían venido cincuenta mil en calidad de tropas auxiliares, cayeron treinta y ocho mil.

César, en una incursión bélica contra los germanos, los cuales habían pasado el Rin con gran cantidad de tropas y se disponían al mismo tiempo a someter a su dominio a todas las Galias, los derrotó hasta la aniquilación. Dicen que el número de éstos era de alrededor de cuatrocientos cuarenta mil.

En este momento César, mediante la construcción de un puente, pasa a Germania, y levanta el asedio a los sugambros y ubios; aterroriza con su llegada a los suevos, pueblo numerosísimo y belicosísimo, de los cuales muchos autores transmiten que tenían cien aldeas y pueblos, y aterroriza en general a toda Germania. Tras ello, vuelve a la Galia destruyendo el puente. Marcha después hacia territorio de los morinos, desde donde el paso a Britania es corto y breve. Tras preparar alrededor de ochenta naves de carga y ligeras, pasa a Britania. Allí, agotado en un primer momento por un duro combate y sorprendido después por una adversa tempestad, perdió la mayor parte de la armada y un no pequeño número de soldados, aunque la caballería la perdió casi toda. A su vuelta a la Galia, dejó las legiones en los campamentos de invierno y ordenó la construcción de seiscientas naves de uno y otro tipo. Pasando con ellas de nuevo a comienzos de primavera a Britania, mientras él mismo se dirige con el ejército contra el enemigo, las naves, que estaban ancladas, fueron destrozadas y deshechas al ser alcanzadas por un temporal y chocar ya entre sí, ya con los bancos de arena: desaparecieron cuarenta, mientras que las restantes fueron reparadas con gran esfuerzo. En un primer choque, la caballería de César fue derrotada por los britanos; en el mismo perdió la vida el tribuno Labieno. En un segundo combate puso en fuga a los britanos, tras derrotarlos no sin gran peligro por su parte. A continuación se dirige al río Támesis, del que dicen que sólo es vadeable por un lugar. Al otro lado de la orilla de este vado se había asentado una gran cantidad de enemigos bajo el mando de Casovelauno

y había fortificado la orilla del río y casi todo el vado con agudísimas estacas bajo las aguas. Cuando los romanos descubrieron y superaron este obstáculo, los bárbaros, al no poder sostener el ataque de las legiones, se ocultaron en los bosques, desde donde con frecuentes salidas hostigaban dura y continuamente a los romanos. Entretanto la poderosísima ciudad de los trinobantes se entregó a César juntamente con su jefe Mandubragio, dando cuarenta rehenes. Otras muchas ciudades, que siguieron su ejemplo, hicieron una alianza con los romanos y, gracias a sus indicaciones, César tomó por fin en duro combate la fortaleza de Casovelauno, situada entre dos lagunas, protegida además por una cortina de selvas y equipadísima de todo tipo de recursos.

10.

Posteriormente, César, a su vuelta de Britania a la Galia, tras enviar las legiones a los campamentos de invierno, se vio rodeado y hostigado por repentinas rebeliones bélicas que surgían por todas partes. Efectivamente, Ambiórix, conspirando con los eburones y aduáticos, y animado por la decisión de los tréveros, aniquiló en el territorio de los eburones a Cota y Sabino, lugartenientes de César, juntamente con toda una legión completa, al cogerlos en una emboscada. Ambiórix, envalentonado con esta victoria, pone precipitadamente en armas a los aduáticos, nervios y otros muchos pueblos y se dirige contra el lugarteniente Cicerón, que se encontraba también entonces en los campamentos de

invierno al frente de la legión. El número de enemigos se puede deducir del hecho de que, al decirles los prisioneros romanos que para el asedio del campamento tenían que hacer una empalizada, a pesar de no tener aperos propios de las labores del campo, hicieron, en apenas tres horas, en un círculo de quince millas, una empalizada de diez pies de ancho y una fosa de quince pies, cavando la tierra con sus espadas y sacándola con sus capotes. Construyeron además ciento veinte torres de extraordinaria altura. Y cuando ya las cuñas enemigas, a punto de agotarse, llevaban luchando durante siete días y siete noches, al levantarse de pronto un fuerte viento, arrojaron vasijas con fuego en el fondo y lanzaron al interior del campamento dardos encendidos que resplandecían después al quemarse. Al hacer esto, el viento que soplaba con fuerza extendió rápidamente a través de los techos de paja el fuego que se provocó. Pero ni aún así los romanos, a pesar de que estaban rodeados por todas partes, cedieron ante las heridas, los esfuerzos, las vigilias, los ayunos e incendios. Finalmente le llegan a César las noticias de que una legión había sido ya totalmente destruida y de que otra estaba ya casi agotada. Al llegar César con dos legiones, los enemigos abandonaron el asedio y, reuniendo sus tropas, se lanzan todos contra él. César se escondió deliberadamente en un pequeño campamento y, enviando delante a la caballería, le ordenó que fingiera huir, para que los enemigos, que menospreciarían estas tropas, fueran provocados a pasar un valle, que estaba en medio y que a él le parecía peligroso. Al llegar los enemigos, mandó además cerrar las puertas del campamento. Los galos, ante ello, como si

ya hubiesen vencido, se dedicaron a levantar por fuera una empalizada. César sacó de repente por todas las puertas el ejército que ya tenía dispuesto y provocó una enorme matanza entre los galos que se dieron a la fuga. Se dice, en efecto, que éstos eran entonces sesenta mil, de los cuales muy pocos pudieron huir a través de intransitables lugares pantanosos. Indutiómaro, rey de los tréveros, que tenía un gran ejército, cuando se cercioró de que tenía el apoyo de toda la Galia, decidió destruir —acción que él consideraba muy fácil— el campamento de Labieno y la legión a cuyo frente se encontraba éste, y, unido después a los eburones y nervios, intentar la aniquilación de César. Labieno simula, con las artimañas que puede, tener miedo, y, mientras Indutiómaro erraba por ello descuidadamente delante del campamento con sus tropas en plan de fiesta, le derrotó en una repentina salida. Esta victoria de Labieno reprimió los demás intentos de los galos y César pasó el resto del invierno un poco más tranquilo. Pero, comprendiendo que le quedaban todavía mayores empresas bélicas y sobre todo porque, al haber perdido ya gran parte de su ejército y encontrarse los demás gravemente debilitados, le parecía que su ejército no era el apropiado ni siquiera para aguantar, no diré ya para aplastar el ímpetu de los galos, solicitó del procónsul Gneo Pompeyo que se reclutaran legiones y que le fueran enviadas a él como refuerzos: de esta forma, antes de terminar el invierno, se le unieron en los cuarteles tres legiones.

Pues bien, César, antes de que las tropas enemigas se unieran en un solo bloque, se dispone, al llegar la primavera, a

atacar a los galos indecisos y a derrotar a los aislados en su propio territorio. Arrasa, pues, en primer lugar el territorio de los nervios y permite a su vez a sus soldados la búsqueda de un botín que era abundantísimo. Posteriormente, ataca con tres columnas a los menapios que parecían muy protegidos por inmensas lagunas e inaccesibles selvas, y, tras hacer enorme carnicería entre el pueblo, hace capitular a los demás, que vinieron a él suplicantes. En un combate posterior, Labieno destroza todo el ejército de los tréveros, que había sido hábilmente atraído a la lucha, antes de que se unieran a los germanos que ya llegaban; e inmediatamente toma la propia ciudad. César, que deseaba vengar la muerte de sus lugartenientes Sabino y Cota, al enterarse de que Ambiórrix y los eburones, autores del desastre de la legión, se habían refugiado en la selva de Arduena —esta selva es la más grande de toda la Galia, se extiende desde las orillas del Rin y el territorio de los tréveros hasta el de los nervios y tiene mas de cincuenta millas de largo—, y ante la sopesada evidencia de que sería un gran peligro para los suyos si se esparcían, desconocedores como eran, por aquellas tupidas y enormes selvas y buscaban a un enemigo profundamente conocedor de aquellos lugares, invita por medio de mensajeros a todos los galos a que cada uno, con los procedimientos que mejor les pareciese, buscase y cazase la presa que se escondía en la selva Arduena. De esta forma, matándose los galos unos a otros, vengó las mayores injurias que se habían hecho a los romanos sin ningún peligro por parte de ningún romano. Así, con este

segurísimo procedimiento para conseguir la victoria, vuelve tranquilo a Italia.

11.

Pues bien, una vez que César regresó a Italia, de nuevo la Galia se levanta en armas y se reúnen muchos pueblos. Al mando de todos estaba Vercingetórix, por cuyo consejo todos los galos incendiaron espontáneamente en un momento sus propias ciudades: la primera ciudad incendiada por sus habitantes fue Biturigo. A continuación se lanzan al ataque contra César, quien a marchas forzadas, a través de la provincia Narbonense, había vuelto o cultamente junto a su ejército. César estaba sitiando entonces la fortaleza llamada Cenapo; ésta, tras haber sido asediada largo tiempo, finalmente, con muchas pérdidas romanas, fue tomada y destruida mediante la aproximación de torres móviles a sus muros en un día de lluvia, en que las cuerdas y correas de las armas arrojadizas enemigas se encontraban inservibles. Se cuenta que había en ella cuarenta mil personas: de ellas, apenas ochenta, que pudieron escapar huyendo, llegaron a los fortines mas próximos de los galos. Además de ello, los arvernos y demás pueblos vecinos, atrayendo también a su lado a los eduos, hostigaron en continuos ataques a César. Y cuando ya fatigados de tanto luchar se recogieron en una fortaleza, los soldados de César, ansiosos de botín, sólo pensaban en el asalto a la misma, a pesar de que César trato en vano de disuadirles alegando las dificultad es del terreno. La consecuencia fue que César,

atacado violentamente por los enemigos que venían de lugares mas elevados, huyó derrotado tras perder gran parte de su ejército.

Mientras sucede todo esto en Alesia, Vercingetórix, al que todos habían elegido como rey con general asentimiento, aconseja que estén dispuestos para esta lucha todos los hombres de toda la Galia que pudieran manejar armas; decía, en efecto, que ésta era la única batalla en que se podía conseguir o bien la libertad para siempre o bien la eterna esclavitud o bien la aniquilación de todos. Así pues, y sin contar el número que en cantidad ilimitada había reunido ya antes, se juntaron alrededor de ocho mil soldados de caballería y doscientos cincuenta mil de infantería. A continuación romanos y galos ocupan dos colinas, una frente a otra. Luchando desde estas posiciones con frecuentes salidas y con resultados diversos, finalmente los romanos vencieron gracias sobre todo al valor de los jinetes germanos, a los que, amigos suyos desde hacía ya tiempo, habían hecho venir ahora como refuerzo. Vercingetórix, reuniendo al día siguiente a todos los que habían huido, les dice que él, con toda honradez, había sido el promotor de la defensa de la libertad y del forzamiento del tratado y que ahora se encontraba preparado en su ánimo tanto si se ofrecían todos ellos hasta la muerte a los romanos como si le entregaban a él solo para salvar a todos los demás. El resultado fue que los galos, reafirmando, aparentemente por el consejo de su jefe, un deseo que ya algunas veces habían ocultado sólo por vergüenza, entregaron inmediatamente solo

a él, como si fuera el autor de un enorme crimen, solicitando al mismo tiempo perdón para ellos.

Los belóvaguos eran considerados los más poderosos de todos los pueblos galos en opinión de ellos mismos; éstos, bajo el mando de Correo, reanudan las hostilidades y unen a ellos, como aliados en esta renovada guerra, a los ambianos, los aulercos, los caletos, los velocases y los atrebatas; y ocupan un lugar rodeado y protegido por todas partes por zonas pantanosas; y, entablado el combate, destrozan un gran grupo de remos, que había venido en ayuda de los romanos. Posteriormente, una vez que ellos mismos habían ocupado un lugar oportunamente preparado para emboscadas y que los romanos, enterados de ello, se acercaron dispuestos y colocados ya en orden de batalla al lugar donde aquellos estaban emboscados, se inició el combate y los romanos cerraron la huida de los galos con las propias murallas naturales en que ellos se habían encerrado antes. Mataron a todos hasta la aniquilación. En aquella ocasión, Correo, que rechazaba tanto la fuga como la rendición, obligó, matando a romanos que se afanaban por cogerle vivo, a que éstos le tuviesen que matar.

Pues bien, cuando César considero que ya toda la Galia estaba apaciguada y que no se iba a atrever a alimentar nuevos levantamientos, dejó las legiones en el campamento de invierno, mientras que él arrasó con terribles matanzas humanas el territorio de Ambiórrix, que había sido el promotor de tantas guerras. Pero la verdad es que su lugarteniente Gayo Caninio de nuevo chocó con la guerra en territorio de los

pictones: en efecto, una gran multitud de enemigos rodeó en aquel territorio a su legión cortándole el camino, y poniéndole en una situación extremadamente crítica. El lugarteniente Fabio, por su parte, al recibir cartas de Caninio, marcha inmediatamente hacia el territorio de los pictones y una vez allí, gracias a que conocía por los prisioneros cuáles eran los mejores sitios para luchar, derrotó a los desprevenidos enemigos y, tras producir entre ellos grandes pérdidas, consiguió un gran botín. Posteriormente, una vez que Caninio recibió la señal de la llegada de Fabio, saltó desde todas sus posiciones de repente y se lanzó contra el enemigo. De esta forma, empujando Fabio por una parte y Caninio por otra, fueron aniquiladas gran cantidad de tropas galas en un duro y largo combate. A continuación Fabio se dirige a territorio de los carnutes; sabía, en efecto, que el viejo promotor de toda la sublevación, el jefe llamado Domnaco, escapado de la batalla, provocaría de nuevo grandes levantamientos en toda la Galia si lograba unirse a los pueblos aremóricos. Y logró derrotar con admirable valor y rapidez a estos pueblos cuando todavía no habían reaccionado ante lo inesperado y nuevo del ataque.

Entretanto Draptés y Licterio, al darse cuenta de que Caninio y sus legiones estaban ya en su territorio, ocupan la fortaleza de Uxeloduno reuniendo tropas de todas partes; esta fortaleza colgaba en la protegidísima cima de un monte, estaba rodeada en dos flancos por las escarpadas orillas de un no pequeño río, y, al verse segura por la abundancia de agua que manaba de una fuente y considerarse respaldada por la enorme cantidad de trigo que tenían dentro, se burlaba de las correrías

inútiles enemigas, que se tenían que hacer de lejos. Caninio hizo lo único que pudo hacer dados los medios romanos: hizo salir a campo abierto a ambos jefes y los derrotó con gran parte de sus tropas en extraordinario combate. Muerto, en efecto, uno de los dos líderes, el otro se dio a la fuga con unos pocos soldados; y ninguno regresó a la fortaleza. A pesar de ello, para asaltarla hubo necesidad de recurrir a César. Enterado, en efecto, por medio de mensajeros, César se presentó allí y, tras examinar todas las circunstancias, comprueba que, en caso de intentar el asalto por la fuerza, su ejército sería destruido para burla y espectáculo de los enemigos; que la única salida era privar del agua, de alguna forma, a los enemigos. Pero ni siquiera esto lo hubiera podido hacer nadie salvo César; y es que la fuente, de la cual bebían, manaba en mitad de la falda de un monte en pendiente. César manda llevar manteletes y construir una torre cerca de la fuente. Inmediatamente una gran muchedumbre sale de la fortaleza. Como éstos hostigaban desde posiciones no peligrosas, los romanos, a pesar de que hacían pertinaz resistencia y de que se reemplazaban frecuentemente, tienen sin embargo muchas pérdidas. Por fin se construye un parapeto y una torre de sesenta pies, cuya altura máxima pudiera quedar a la altura de la fuente para de esta forma poder, o bien intercambiar dardos en igualdad de condiciones, o bien no tener que temer ante los bloques rocosos lanzados desde arriba.

Los habitantes de la fortaleza, por su parte, cuando ven que mueren de sed no sólo sus ganados sino también las personas de edades más débiles, lanzan por la pendiente toneles que

habían llenado de pez, grasa y pequeñas astillas de madera y a los que habían prendido fuego; y ellos mismos se lanzan detrás de estos toneles saliendo de la ciudad. Dado que César presentía que, al arder sus aparatos, la lucha iba a ser dura y peligrosa para los suyos, ordena que las cohortes rodeen rápidamente la fortaleza por un lugar oculto y que lancen de pronto enormes gritos por todas partes. Asustados por este griterío, los habitantes de la fortaleza abandonan el asalto a la torre y la demolición del parapeto, ya que deciden retroceder para proteger la ciudad. Por otra parte, los soldados romanos que, protegidos por la cubierta del parapeto, excavaban galerías para poder cortar las tuberías de la fuente, consiguieron, haciendo muchas sangrías, que los canales de aguas, que habían encontrado en un lugar secreto, disminuyesen en su caudal y terminaran por consumirse. Los habitantes de la fortaleza, totalmente desesperados al secarse la fuente, se entregaron. Y César, a todos aquellos que habían tomado las armas, les corta las manos y les deja la vida para que el castigo a su maldad quedase como testigo también para sus descendientes. Tiene gran eficacia, en efecto, a la hora de corregir una osadía, el tipo de castigo que se da, por cuanto una forma de vida que conserve siempre presente la desgracia del castigo, mueve al recuerdo a los que conocen los antecedentes y obliga a informarse a los que los desconocen.

Agotados y sometidos los galos, César regresa con sus legiones tranquilo a Italia, sin temor ya a posteriores levantamientos galos, por cuanto sabía a ciencia cierta que no quedaba en absoluto ninguno que se atreviera a levantarse o que, en caso de levantarse, fuese digno de ser tenido en cuenta.

Yo quisiera ahora que pasáramos ante nuestros ojos la sangría y la ruina de la Galia: cómo se encuentra tras aquellas altísimas fiebres y aquellos fuegos internos que quemaron lo mejor de sus órganos vitales; cuán grande escualidez y cuán grande palidez muestra; cuán agotada y debilitada queda; y de qué forma teme incluso los propios movimientos que son necesarios para vivir por temor a volver a atraer la misma avalancha de desgracias. Entró en ella, en efecto, en repentino ataque el ejército romano, cual en un cuerpo sanísimo una grave enfermedad, la cual tanto más duramente se aviva cuanto menos pacientemente se la tolera. Estaba sedienta la pobre, cuando, por la presión de las armas y tras haber incluso entregado a la fuerza rehenes, se veía obligada a firmar el compromiso de eterna esclavitud; estaba sedienta, como digo, de esa conocida y universalmente grata dulzura, como si de agua fresca se tratase, de la libertad; y cuanto más veía que le era arrancada ésta, tanto más ansiosamente la deseaba. De ahí esas tan osadamente frecuentes acciones contra lo prohibido: por defender la libertad se buscaba una libertad peligrosa, y lo que parecía ser la búsqueda del remedio contra aquella enfermedad tristemente concebida, aumentaba el temerario libertinaje de insaciable sed de dominio. De ahí también que el ejército romano fuese, antes de la guerra, ingenioso instigador;

durante la guerra, enemigo enconado; y, después de la guerra, cruel vencedor. De ahí que todo avanzase hacia la violencia para dominar la intolerancia; de ahí que no se creyese en ningún tipo de terapéutica.

Así pues, si yo pudiese preguntar ahora a ese pueblo del cual estamos hablando, qué piensa de aquellos tiempos en que sufría estas desgracias, respondería, pienso, con estas palabras: «Aquella fiebre de entonces me dejó tan desfallecida y me hizo tan insensible, que ésta que ahora ha agotado a casi todo el mundo no ha podido caldearme ni agitarme; y los romanos me abatieron de tal forma que ni siquiera me puedo levantar ante los godos.»

Pero ni siquiera Roma pudo evitar que sucedieran en ella misma los estragos que provocó en otros. El poderío de sus generales y las fuerzas de sus legiones se ejercitaron y aumentaron durante largo tiempo por los cuatro puntos cardinales del mundo, de forma que, al volverse después ese poderío y fuerzas contra sí mismos, proporcionaron a Roma el mismo perjuicio que peligro si hubiesen sido antes vencidos. En efecto, la vuelta victoriosa de César de la Galia fue acompañada por guerras civiles y precedida por otros gravísimos percances: el de las muertes de los Crasos entre los partos y la aniquilación de los ejércitos.

13.

En el año 697 de la fundación de la ciudad (55 a. C.), Craso, colega de Pompeyo en el consulado, tras obtener en suerte el

mando contra los partos, se desvió, como hombre de insaciable ambición que era, hacia Palestina, al enterarse de las riquezas del templo de Jerusalén, riquezas que Pompeyo había dejado intactas; entró en Jerusalén, arrasó el templo y arrebató sus riquezas. Dirigiéndose desde allí, a través de Mesopotamia, a territorio parto, por dondequiera que pasó exigió tropas auxiliares a las ciudades aliadas, reclamó dinero y, en cuanto pasó el Eúfrates, encontró a Vageses, legado que el rey de los partos Horodes le enviaba, el cual le increpó duramente por haber pasado, llevado por su codicia, el río Eúfrates en contra de los pactos firmados por Lúculo y Pompeyo. Y que por ello no faltaba mucho para que viera sobre sus hombros, en lugar de oro pártico, las armas de los sericos.

Cuando llegó, pues, cerca de Carras, los partos, lanzándose de repente contra ellos bajo el mando de Surena y Silaces, aplastaron a los romanos con el lanzamiento de dardos. Cayeron allí muchos senadores y también algunos hombres de rango consular y pretorio; también Craso, el propio hijo de Craso, joven muy distinguido, perdió la vida en el campo de batalla. Además de ello, cuatro cohortes fueron sorprendidas y eliminadas en campo abierto juntamente con el lugarteniente Vargunteyo. Surena, cogiendo la caballería, emprende la persecución de Craso y, tras rodearle y rechazar su intento de coloquio, le quita la vida, a pesar de que hubiera preferido cogerle vivo. Unos pocos, protegidos por la ayuda de la noche, lograron huir a Carras. Enteradas del desastre romano, muchas provincias de Oriente hubieran abandonado la alianza y palabra dadas al pueblo romano, si Casio,

reuniendo los pocos soldados que huían, no hubiese cortado, con extraordinaria fuerza de ánimo y moderación, el levantamiento de Siria. Casio, en efecto, derrotó y destruyó a Antíoco y a un gran ejército de este en una batalla; y a los partos, que habían sido enviados por Horodes a Siria y que entraban ya en Antioquía, también los rechazó en un combate y quitó la vida a su general Osages.

14.

Así pues, la situación romana se ve continuamente perturbada por cambios alternos y es como el nivel del océano que, cambiando continuamente, unas veces aumenta durante siete días en efímeras subidas y otras retrocede durante los siete siguientes con natural disminución y absorción interior.

Por empezar con los hechos más recientes, con la derrota ante cimbrios y tigurinos, en la que el ejército romano pereció junto al río Ródano, Roma vivió unos momentos angustiosísimos. Se rechaza inmediatamente el peligro cimbriaco, y Roma, animada por sus grandes éxitos, se olvida de los desastres anteriores. La vanidad de esta última boyante situación es castigada inmediatamente con la guerra itálica y los crímenes de Sila. De nuevo, tras este desastre familiar e interior, por el cual fue despedazada y devorada hasta casi sus entrañas, Roma se vio no sólo recompensada, sino también ensanchada, mas o menos en el mismo período de tiempo, cuando Lúculo sometió Asia, Pompeyo Hispania y César Galia, y el imperio romano se propagó casi hasta los últimos extremos

de las tierras. A esa enorme expansión de ahora sigue un enorme desastre. En territorio parto, en efecto, muere el cónsul romano y es aniquilado el ejército; se entabla aquella atroz guerra civil entre Pompeyo y César, y, en medio de ello, la propia Roma, arrebatada por un inesperado incendio, es reducida a cenizas.

Y es que en el año 700 de la fundación de la ciudad, un incendio, sin que se sepa dónde empezó a propagarse, arrasó la mayor parte de la ciudad; dicen incluso que nunca antes la ciudad fue arrebatada y arrasada por tamaño incendio. Se nos transmite en efecto que fueron reducidos a cenizas catorce barrios, entre los que se encontraba el barrio Yugario.

Enlazando con ello se inicia ya la guerra civil, la cual venía ya preparándose desde hacía tiempo por graves disensiones y maquinaciones.

15.

Y es que César, a su vuelta victoriosa de la Galia, solicita que se le conceda un nuevo consulado en su ausencia. Se opone el cónsul Marcelo con el apoyo de Pompeyo; a continuación el senado promulga un decreto de acuerdo con el cual César no podría venir a Roma sino tras haber licenciado a su ejército, y, bajo la responsabilidad del cónsul Marcelo, Pompeyo es enviado con poderes hacia las legiones que estaban en Luceria. César se retiró a Rávena. Los tribunos de la plebe Marco Antonio y Publio Casio, tras interceder por César e impedirseles el paso a la curia y al foro por una prohibición del

cónsul Léntulo, marchan a presencia de César, acompañados también de Curión y Celio. César, en cuanto pasó el Rubicón y llegó a Rímini, arengó a las cinco cohortes —que era lo único que entonces tenía, y con las cuales, en palabras de Livio, arremetió contra el orbe de las tierras— sobre qué era lo que se debía hacer. A pesar de que se lamentó de las injurias que le habían hecho, manifestó que el motivo de esta guerra civil era la restauración del tribunado en el estado. Posteriormente, por medio de Antonio recibe de Lucrecio siete cohortes, que permanecían en Sulmona; y engrosó su ejército con las tres legiones que estaban de guarnición en Corfinio bajo el mando de Domicio.

Pompeyo y todos los senadores, asustados por el incremento de las fuerzas de César, pero dando la impresión de que eran expulsados de Italia, pasan a Grecia, eligiendo Durazzo como campo de operaciones. César llegó a Roma y, al negársele dinero del tesoro público, rompiendo las puertas entró donde estaba guardado y se apropió de cuatro mil ciento treinta y cinco libras de oro y casi novecientas mil de plata. Marchando después junto a las legiones a Rímini y pasando los Alpes, se dirige a Marsella y, dejando allí para llevar a cabo el asalto, ya que no se le abrieron las puertas, a Trebonio con tres legiones, él marcha a las Hispanias que estaban bajo el mando de los generales pompeyanos Lucio Afranio, Marco Petreyo y Marco Varrón. Y tras derrotar en múltiples combates a Petreyo y Afranio, se retira no sin firmar un pacto con ellos. En Hispania Ulterior, por su parte, se apropia de dos legiones de Marco Varrón. De la misma forma actúan también sus

generales: Curión expulsa a Catón de Sicilia; Valerio, a Cota, de Cerdeña; Varo, a Tuberón, de África. César, a su vuelta a Marsella, que ya había sido tomada, barrió con todos sus recursos, perdonándoles sólo la vida y la libertad.

Por otro lado, Dolabela, del partido de César, derrotado en Ilírico por Octavio y Libón y privado de sus tropas, se refugia junto a Antonio. Basilo y Salustio, con las legiones que cada uno de ellos comandaba, al mismo tiempo que Antonio y también Hortensio, que vino con la armada desde el mar interior, marcharon todos al mismo tiempo contra Octavio y Libón y fueron derrotados. Y si bien Antonio se entregó a Octavio con quince cohortes, fueron todos entregados a Pompeyo por Libón. Curión pasó de Sicilia a África con el ejército: capturado inmediatamente por el rey Juba, fue destruido juntamente con todas sus tropas. Octavio, en su intento de asaltar Salonas, perdió casi todas las tropas que estaban bajo su mando. Celio se apartó de César y se unió al prófugo Milón; y cuando ambos intentaban asaltar Capua con un grupo de esclavos, fueron eliminados. Bíbulo, vergonzosamente derrotado en Corcira, ya que el enemigo burló su defensa, defensa que él cifraba en el mar y en la fortaleza, se agotó por la falta de alimentos y por las continuas vigilias. Apio Claudio Censorino, quien por mandato de Pompeyo defendía la entrada a Grecia, quiso conocer la ya olvidada credibilidad del oráculo de Apolo; en efecto, se dice que la sacerdotisa, obligada por él a descender a la cueva, respondió así a su consulta sobre la guerra: «Romano, esta guerra a ti nada te incumbe; tu obtendrás Ceta de Eubea.» Pero

«Cela de Eubea» llaman también al golfo de Eubea. De esta forma Apio se marchó perplejo sin conocer su suerte.

La consulta llevada a cabo por éste nos aconseja hacer algunas preguntas a nuestros detractores. Se quejan, en verdad, de que por culpa de la fe de los cristianos, les han sido prohibidos sus ritos sagrados y eliminadas sus ceremonias; y se quejan sobre todo porque, al desaparecer el análisis de las entrañas de animales y los vaticinios, no se pueden evitar los desastres futuros por cuanto no se conocen. ¿Por qué entonces fue olvidada, como atestiguan sus propios autores, la confianza en el oráculo de Delfos mucho antes del imperio de César y del nacimiento de Cristo? Y sin duda fue olvidada porque era también desdeñada. Y es más, ¿por qué iba a ser desdeñada sino porque era o falsa o vacía o de dudoso sentido? De ahí que el poeta ya advirtiera con prudencia:

Se marchan sin respuesta y airados contra el lugar de la Sibila.

(Virgilio)

Y para que hagan caso a esto, que estaban ya desdeñosamente olvidados y anticuados tanto la divinidad como el lugar, hay que decir: Apolo era aquel Pitio, de quien dicen que, tras matar a la enorme serpiente Pitón, que era la creadora y fundadora de todo tipo de vaticinios, se convirtió en el heredero del lugar, de su función adivinadora y de su divinidad; y dicen que había elegido dar las respuestas allí donde el propio arte de adivinar parecía haber nacido con su fundador; y que en otras partes del mundo le invocan toda una turba de locos en trance con bocas echando espuma y con rabiosas carreras; que es él hacia el que muchos reyes de las

tierras corrieron como si se tratase de la voz viva de una divinidad prudente; que es él al que los propios romanos han enviado con frecuencia ricos dones. Pero si este Apolo Pitio, al ir la experiencia aclarando poco a poco la situación, ha sido desdeñado, abandonado y olvidado, ¿qué vida puede esperarse de una res muerta y qué verdad de una mujerzuela loca? ¿Qué no va a fingir por último un hambriento que tenga delante las vísceras de un animal gordo *mientras el tirreno obeso, a par del ara, sopla su flauta de marfil* (Virgilio), si, como ellos mismos dicen, el propio Apolo, a pesar de decir enigmas y mentiras les seducía? Por todo lo cual, que soporten con entereza, si es que no quieren imitarnos, el hecho de que nosotros, apoyados en la fuerza de la auténtica verdad, prohibamos esto que sus antepasados, apoyados sólo en la experiencia, estuvieron en condiciones de desdeñar.

Entretanto, en Durazzo, se unieron a Pompeyo con tropas auxiliares muchos reyes de Oriente. Al llegar César allí, su intento de asedio a Pompeyo fue inútil, a pesar de que levantó tierra para hacer una fosa de quince millas; y es que la salida al mar estaba abierta para aquel. Pompeyo arrasó una fortaleza cercana al mar que defendía Marcelino, y asesinó a la guarnición cesariana que estaba dentro. César rodea a Torcuato y a una legión con la intención de reducirlos; Pompeyo, enterado de la situación crítica de sus aliados, reúne todas las tropas en el lugar del ataque; César deja inmediatamente el asedio y se vuelve contra Pompeyo. Torcuato por su parte, saliendo inmediatamente de la fortaleza, le sigue de cerca por la espalda. De esta forma, los soldados de

César, asustados por el doble peligro, se dan a la fuga a pesar de la inútil resistencia de César. Pompeyo por su parte, al que el propio César reconoce como vencedor, hace volver al ejército perseguidor. Murieron en este combate cuatro mil soldados de César, veintidós centuriones y muchos caballeros romanos.

Tras ello César, poniendo en movimiento a sus tropas, se dirige por Epiro a Tesalia; Pompeyo le sigue con un gran ejército y se entabla el combate. Así se colocan uno y otro ejército: Pompeyo dispuso ochenta y ocho cohortes en tres filas; había cuarenta mil soldados de a pie; en el ala izquierda, seiscientos soldados de caballería; en la derecha quinientos; había además muchos reyes, y muchísimos senadores y caballeros romanos sin contar el gran número de tropas ligeras. César colocó igualmente sus ochenta cohortes en tres filas, aunque tenía menos de treinta mil soldados de infantería y mil jinetes. Ver aquello y llorar era todo uno; que se enfrentaran, concentradas en campos de Farsalia, para matarse mutuamente, unas tropas romanas, tropas a las que, si se hubieran dejado regir por la concordia, no hubieran podido resistir ningún pueblo ni ningún rey. En el primer choque, la derrota de la caballería pompeyana dejó indefensa el ala izquierda. Posteriormente, al ser abatidos durante largo tiempo soldados de ambos lados sin que fuese seguro el resultado final y mientras por un lado Pompeyo decía entre exhortaciones «respetad a los ciudadanos», y sin embargo no lo cumplía, y, por el otro, César cumplía lo que exigía con estas palabras «soldados, golpead en la cabeza», por fin todo el ejército de Pompeyo se puso en fuga y su campamento fue saqueado.

Cayeron en esta batalla quince mil soldados pompeyanos y treinta y tres centuriones. Este resultado de la batalla tuvo lugar en Paleofársalo. Pompeyo consiguió en su huida una nave de carga en la desembocadura del río Peneo y pasó a Asia. De allí se dirige a Egipto pasando por Chipre y, en Egipto, en cuanto desembarcó, fue asesinado por mandato del joven Tolomeo para congraciarse con el vencedor César. La mujer e hijos de Pompeyo huyeron; el resto de la armada pompeyana fue destruida, siendo cruelmente ejecutados todos los que pertenecían a ella; entre ellos fue también ejecutado Pompeyo Bitínico. El excónsul Léntulo, a su vez, fue asesinado en Pelusio.

César, tras organizar la situación en Tesalia, marchó a Alejandría y al serle mostrada y ver la cabeza y anillo de Pompeyo, lloró; y a pesar de haber sido recibido en el Palacio real, los tutores del rey evitaban que pudiera recibir dinero, despojando además astutamente los templos para dar la impresión de que las arcas reales estaban vacías e incitar además al pueblo al odio contra César. Por otro lado, Aquilas, general del rey, manchado ya una vez con la sangre de Pompeyo, tramaba también el asesinato de César. Efectivamente, a pesar de que se le había ordenado que disolviese el ejército de veinte mil soldados a cuyo frente estaba, no sólo despreció la orden, sino que lo dispuso para la lucha. En la batalla que se entabló, se mantuvo casualmente alejada la armada real, e inmediatamente se ordenó que fuera quemada. Las llamas, al alcanzar también parte de la ciudad, destruyeron cuarenta mil libros que estaban guardados en los

edificios casualmente cercanos, los cuales constituían un gran testimonio de los estudios e inquietudes de los antepasados por cuanto reunían muchas e ilustres obras de grandes talentos. En relación con esto, a pesar de que aún todavía quedan en los templos, lo cual lo he visto yo mismo, estantes de libros vacíos, estantes que, según se recuerda en nuestra época, fueron despojados, con la destrucción de sus libros, por nuestros hombres —lo cual es cierto—, sin embargo, lo más lógico es creer que lo que ha sucedido es que los cristianos han buscado todos los demás libros que imitaban las antiguas inquietudes científicas y no que existió entonces otra biblioteca, biblioteca que se cree que existió aparte de los cuarenta mil volúmenes citados y que, por ello, escapó del incendio.

César tomó después la isla donde está Faro. Allí se dirige Aquilas con soldados gabinianos. Se entabló cruel combate: en él cayó una gran cantidad de soldados cesarianos y perdieron también la vida los asesinos de Pompeyo. César, agobiado por el violento ataque de los enemigos, sube a una lancha; al ir excesivamente cargada y hundirse por el peso de los que siguieron subiendo, César, nadando una distancia de doscientos pasos y manteniendo por encima del agua la mano en que llevaba unos papeles, logró llegar a una nave. Y después, enfrascado en un combate naval, derrotó y capturó con extraordinaria ventura a la armada regia.

Ante las exigencias de los alejandrinos, les devolvió a su rey no sin advertirle que procurase buscar la amistad romana más que la guerra; sin embargo, en cuanto se vio libre, hizo la guerra; pero inmediatamente fue destruido con todo su ejército. Se dice en efecto que cayeron en esta batalla veinte mil hombres y que fueron hechos prisioneros doce mil juntamente con sesenta naves de guerra; de los vencedores murieron, según noticias, quinientos. El propio rey, adolescente, se subió en una lancha con la intención de huir; pero, al saltar otros muchos sobre ella, el rey cayó al agua y se ahogó. Su cuerpo, arrastrado a la costa, fue reconocido gracias a la prueba de su coraza de oro; César, enviándola a Alejandría, empujó a una desesperada rendición a todos los alejandrinos y entregó el reino de Egipto a Cleopatra.

Posteriormente, tras una incursión por Siria, venció a Farnaces en el Ponto.

Una vez que volvió a Roma, tras ser nombrado dictador y cónsul, pasó a África, entabló combate en Tapso con Juba y Escipión, combate en el que cayeron gran cantidad de hombres. Fueron despojados el campamento de cada uno de ellos y capturados sesenta elefantes. Catón se suicidó en Útica; Juba ofreció su cuello a un verdugo pagándole dinero; Petreyo se atravesó con la misma espada; Escipión, que había intentado huir a Hispania pero que había vuelto a África empujado por el viento, se degolló a sí mismo en la nave; en la misma nave fue matado también Tulio Torcuato. César mando ejecutar a los nietos de Pompeyo el Grande, a su hija Pompeya y, juntamente con ellos, a Fausto Sila, Afranio y Petreyo el hijo.

Tras regresar después a Roma, entrada en la que celebró cuatro triunfos, y una vez que restableció la situación del estado, marchó después a las dos Hispanias para enfrentarse a los Pompeyos, hijos de Pompeyo; llegó a Sagunto diecisiete días después de haber salido de Roma e inmediatamente protagonizó con variada suerte muchos combates contra los dos Pompeyos, Labieno y Atio Varo. La última batalla tuvo lugar junto al río Munda, donde se combatió con tan gran cantidad de tropas y tuvo lugar tan gran matanza, que incluso César, mientras sus propios veteranos no se recataban en huir, al ver que su ejército era ya derrotado y acorralado, pensaba ya en darse muerte para evitar la vergüenza de ser derrotado, cuando, de pronto, el ejército de los pompeyanos, dándose la vuelta, se dio a la fuga. Esta batalla tuvo lugar precisamente en el mismo día en que Pompeyo, el padre, había salido de Roma para iniciar la guerra. Esta guerra civil dejó oír su fragor durante cuatro años seguidos a lo largo de todo el mundo. Tito Labieno y Atio Varo perdieron la vida en el campo de batalla. Gneo Pompeyo huyó con cien jinetes. Su hermano Sexto Pompeyo, tras reunir rápidamente un no pequeño número de lusitanos, se enfrentó con Cesonio y, derrotado, perdió la vida mientras huía. La ciudad de Munda fue tomada con dificultades en un asalto de César, perdiendo en el mismo la vida gran cantidad de hombres.

César vuelve a Roma. Y allí, mientras se halla pacíficamente reorganizando la situación del estado sin seguir para ello las costumbres de los antepasados, cayó en la Curia atravesado por veintitrés heridas en una acción dirigida por Bruto y Casio, pero con la complicidad también de la mayoría del senado. En esta conjuración dicen que intervinieron más de sesenta cómplices. Los dos Brutos y Gayo Casio, juntamente con otros conjurados, se retiraron al Capitolio con las armas en la mano. Se discutió durante mucho tiempo si convendría incendiar el Capitolio con los culpables del asesinato. El pueblo, estimulado por el dolor, tomando el cadáver lo quemó en el foro con trozos de madera de los estrados y asientos.

Roma pudo medir la anchura de su reino por el número de sus desastres, y, cuando se volvió contra sí misma, dio ocasión a cada uno de los pueblos en que dominó de tomarse cumplida venganza. A África, Europa y Asia, y no me refiero a las tres partes del mundo sino a todos los ángulos de esas tres partes, llevó su espectáculo de gladiadores y proporcionó para diversión de sus enemigos, el espectáculo de la vergonzosa venganza entre los propios romanos. Y no fue bastante con que, juntamente con los culpables, desaparecieran los motivos de discordia; nuevas semillas germinan en el mismo campo, semillas que proporcionarán, aparte de mucho trabajo, abundante material a los recopiladores de desgracias: el vencedor de la guerra civil, César, fue asesinado por ciudadanos; a su asesinato, a pesar de ser uno solo, se ven arrastrados muchos cómplices: y es que se sabía que César, si era injustamente asesinado, podría contar con muchos

vengadores; y la mayor parte de la nobleza se ve atada a la misma cadena criminal por temor a que ésta tan gran ocasión para cometer crímenes fuera a ser, no ya completada con una cruel guerra, pero si atenuada con una venganza inmediata. Las leyendas cuentan que aquella famosa Medea sembró en una ocasión dientes de serpiente muerta, de los cuales, cual espiga en consonancia con la semilla, salieron de la tierra hombres armados e inmediatamente, en un enfrentamiento, se mataron entre si. Es cierto que esto es una ficción de la imaginación de los poetas; sin embargo, nuestra Roma, tras el asesinato de César, ¡cuántos tropeles de guerreros hizo nacer de sus cenizas! ¡Cuántas guerras suscitó para que fueran, no leídas por los estudiantes, sino contempladas por los pueblos, como, testimonio de su triste fecundidad! Y, por otra parte, el motivo de todas estas desgracias es la soberbia: en ella está el origen violento de las guerras civiles; por ella volvieron a brotar después. No es, pues, injusta la muerte violenta de aquellos que la persiguen sin razón, con tal de que el deseo de imitar la ambición de éstos termine y sea castigado por ellos y en ellos, y eso hasta que, quienes antes odiaban el poder colegiado, aprendan a soportar el poder de uno solo y hasta que, reunido el mando de todo el imperio en una sola persona, todos los hombres lleven un tipo de vida muy distinto en el que se afanen por agrandar humildemente y no por ofender insolentemente. Pero para alcanzar esta doctrina tan saludable de la humildad hace falta un maestro. Y por ello, restablecida convenientemente la situación por César Augusto, nació Nuestro Señor Cristo, el cual, a pesar de estar en la

conformación de Dios, tomó humildemente la forma de siervo para institucionalizar por fin la virtud de la humildad en un momento en que ya por todo el mundo el castigo a la soberbia servía de ejemplo a todos.

18.

En el año 710 de la fundación de la ciudad, tras el asesinato de Julio César, Octaviano, que había recibido en el testamento de su tío Julio César su herencia y su nombre, el mismo que después cuando se hizo dueño de la situación se llamó Augusto, entregó todo su genio a las guerras civiles, desde el momento mismo en que llegó a Roma siendo todavía adolescente. En efecto (para explicar brevemente el amontonamiento de desgracias), llevó a cabo cinco guerras civiles: la mutinense, la filipense, la perusina, la siciliana y la actíaca. De las cuales, dos, la primera y la última, fueron contra Marco Antonio; la segunda contra Bruto y Casio; la tercera contra Lucio Antonio; y la cuarta contra Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo.

Antonio, al ser declarado enemigo público por el senado, había asediado a Décimo Bruto en Mutina. Para librar a Bruto y reducir a Antonio fueron enviados los cónsules Hirtio y Pansa y, con ellos, también César. Pansa, que fue el primero que llegó, tras ser objeto de una emboscada y recibir, en medio de los estragos de los suyos, una grave herida de dardo, murió a los pocos días como consecuencia de esta herida. Hirtio, que acudió en ayuda de su colega, destrozó muchas tropas de Antonio produciéndole enorme daño. Hasta ahora César se

había quedado como guarnición en el campamento. En un segundo combate con Antonio se produjeron enormes pérdidas de uno y otro lado. En esta ocasión murió allí mismo el cónsul Hirtio, se dio a la fuga, vencido, Antonio y resultó vencedor César, ante el cual suplicó arrepentido Décimo Bruto, confeso de haber conjurado en el asesinato de Julio César.

Dolabela asesinó en Esmirna a Trebonio, uno de los asesinos de César. A Dolabela, a su vez, el senado le declara enemigo público.

Los dos ejércitos de los cónsules desaparecidos quedan bajo el mando de César. A continuación Décimo Bruto es cogido y ejecutado en la Galia por los secuanos. Basilo, por su parte, que era también uno de los asesinos, fue eliminado por sus propios esclavos. Gracias a los esfuerzos de Lépido, César se congracia con Antonio y, como prueba de la reconciliación, obtuvo en matrimonio a la hija de este. Posteriormente, cuando se acercaban ambos a la ciudad y corría el rumor de una inminente proscripción, Gayo Toranio, personaje de rango pretorio, que no temía nada semejante, fue asesinado en su propia casa en un asalto de soldados; otros muchos fueron también cruelmente ejecutados. Pues bien, para que los asesinatos no se extendieran sin límites por todas partes y desenfrenadamente, se expusieron en una tabla los nombres de ciento treinta y dos senadores con la orden y la firma primero de Lépido, después de Antonio, y, por último, de César. En esta lista Antonio incluyó a su enemigo Tulio Cicerón, a Lucio César, su tío materno, a pesar de que todavía estaba viva su madre —lo cual se sumó para que el crimen fuese más cruel—;

en ella Lépido incluyó entre el número de proscritos a su hermano Paulo. Se sumaron después al número de proscritos treinta caballeros romanos. Durante largo tiempo tuvieron lugar muchos y variados asesinatos, y las casas de los proscritos, despojadas de todo, fueron arrasadas.

Por otro lado, Dolabela protagonizó en Siria muchos enfrentamientos con Casio; derrotado por éste, se suicidó. Bruto y Casio, tras reunir un gran ejército, se reunieron en Atenas y devastaron toda Grecia. A los rodios, asaltándolos por tierra y por mar, Casio les obligó a rendirse; y no les dejó nada más que la vida. Pues bien, César y Antonio, persiguiéndolos hasta Macedonia con enormes dispositivos bélicos, los arrastraron a la muerte. Se sabe, sin embargo, que este combate terminó no tanto por valor del lado de Antonio, como por fortuna del lado de César. César, en efecto, que estaba entonces enfermo, a pesar de que había decidido quedarse en el campamento para tomar un descanso, aquel día, por consejo y súplicas de su médico, quien decía que en sueños había recibido la advertencia de que sacase aquel día a César del campamento por el bien de su salud, salió con dificultades al campo en medio de las tropas; e inmediatamente después, su campamento cayó en manos del enemigo. Pero los soldados de César tomaron a su vez el campamento de Casio. Desesperados por ello Bruto y Casio, se dieron prematura muerte antes de que terminara el combate. Casio en efecto ofreció su cabeza y Bruto su costado a los verdugos que se buscaron.

En Roma, por otra parte, Fulvia, la mujer de Antonio y suegra de César, ejercía el mando como mujer que era. Y no se

sabe si en el cambio del régimen consular por el régimen imperial ella debe ser considerada como la última del régimen que desaparecía o la primera del que comenzaba; lo que sí es cierto es que era altiva incluso con aquellos que la animaban a que lo fuese. A la vuelta de César, en efecto, salió a su encuentro a Brindis con ultrajes, satélites e insidias. Rechazada por él, se dirigió a Grecia junto a Antonio.

Sexto Pompeyo, enterado de que había sido incluido en el número de proscritos, se dedica a la piratería y arrasa con matanzas y robos toda la costa italiana. Al apoderarse de Sicilia y cortar el abastecimiento, redujo a Roma a una situación de hambre. Por último firmaron con él la paz los triunviros, por no decir los tiranos: es decir, Lépido, César y Antonio. Pero inmediatamente después, al reunir desertores en contra de lo pactado, Pompeyo volvió a ser declarado enemigo. Mena, liberto de Pompeyo, se pasó a César con una armada de sesenta naves y, por mandato de César, capitaneó esta armada. Y él mismo, en compañía de Estatilio Tauro, entabló en seguida un combate naval con el jefe pompeyano Menecrates. Después, el propio César protagonizó un cruentísimo combate naval contra esos mismos pompeyanos. Pero su armada vencedora la perdió inmediatamente casi en su totalidad en un naufragio junto a Esquilaceo. Ventidio derrotó en tres importantes combates a persas y partos que habían irrumpido en Siria y mató en el propio campo de batalla al rey de estos, Pacoro, precisamente en el mismo día en que Craso había perdido la vida a manos de los partos. Antonio, tras asaltar no sin dificultades una fortaleza, firmó la paz con Antíoco para

aparentar que él solo había llevado a cabo tan gran acción. Puso al frente de Siria a Ventidio y le ordenó que hiciese la guerra a Antígono, que entonces casualmente había derrotado a los judíos, había despojado su templo en la toma de Jerusalén y había entregado el reino a Herodes; tras derrotarle le obligó a capitular.

El liberto Mena volvió junto a Pompeyo con seis naves y, recibido con benevolencia por éste, incendió la armada de César, aunque César había perdido recientemente otra armada en un segundo naufragio. Y este mismo Mena, acosado después por Agripa en un combate naval, se pasó con seis trirremes al lado de César. Pero César, a este hombre que ya desertaba por tercera vez, le privó de todo, perdonándole sólo la vida. Posteriormente, Agripa entabló un combate naval entre Milas y Lipara contra Democas y Pompeyo; venció Agripa y hundió o capturó en aquella ocasión treinta naves, destrozando las demás. Pompeyo se refugia en Mesina. Entretanto César había pasado a Tauromenio; Pompeyo le puso en una crítica situación en inesperado ataque; desde allí, tras hundirse muchas de sus naves y perder una gran cantidad de soldados, César huyó a Italia; y, sin mayor dilación, volvió de nuevo a Sicilia; allí se encontró a Lépido que venía de África y que, con terror, amenazas y soberbia, pedía el mando para sí. Pocos días después Agripa, por mandato de César, que se quedó como espectador en el litoral con el ejército en orden de batalla, entró en colisión con Pompeyo y le derrotó en cruel combate naval. Hizo desaparecer en efecto ciento sesenta y cuatro naves entre hundidas y capturadas. Pompeyo, escapando con dificultad,

huyó con diecisiete naves. Lépidio, engreído con descarada arrogancia, producto del hecho de tener veinte legiones, tras haber arrasado Mesina, ciudad en la que permitió todo a sus soldados, se burló una y otra vez del propio César cuando este se acercaba a él, y ordenó incluso que le recibieran con dardos. César, con la capa liada alrededor del brazo izquierdo, rechazó los proyectiles; y después, volviendo junto a los suyos a caballo lanzado, retornó contra Lépidio con el ejército ya en orden de batalla, obligando a muchas de las legiones de Lépidio, sin causarles bajas, a pasar a su lado. Por fin Lépidio, comprendiendo a donde le llevaba su vanidad, se quitó el manto de general y se puso una capa corta, presentándose suplicante ante César con lo que consiguió el perdón para su vida y sus bienes, aunque fue desterrado para siempre.

Tauro, prefecto de César, sometió a casi toda Sicilia atacándola y aterrorizándola con las armas. Cuarenta y cuatro legiones había en aquel momento bajo el mando único de César; sus soldados, excesivamente feroces precisamente por ser muchos, provocaron algunos altercados en su intento de conseguir tierras. Pero César, con gran fortaleza de ánimo, licenció a veinte mil soldados, devolvió treinta mil esclavos a sus dueños, y a otros seis mil, cuyos dueños habían desaparecido, los crucificó. El senado decreto, en su entrada triunfal en Roma, que ostentase para siempre el poder tribunicio.

En estos días manó de la tierra una fuente de aceite en una posada al otro lado del Tíber y corrió durante todo el día con

gran abundancia.

19.

Antonio, por su parte, agobiado por todas partes con todo tipo de desgracias después de haber pasado el Arajes, a duras penas pudo regresar a Antioquía con unos pocos. Y es que, tras haber tenido que huir a causa de la enorme cantidad de jinetes y lanceros enemigos, siempre derrotado en todos los combates que entabló, fue sobre todo ahora cuando, incapacitado por la inseguridad y desconocimiento de los lugares de aquella región, se vio obligado, a causa del hambre acuciante, a comer alimentos nefandos. Muchos de sus soldados se entregaron al enemigo. Después paso a Grecia y a Pompeyo, que, tras ser derrotado por César, preparaba de nuevo un ejército y una guerra, le ordenó que viniese con unos pocos a su lado. Pompeyo, que intentó huir, fue derrotado en frecuentes combates terrestres y navales y hecho prisionero por los generales de Antonio, Titio y Furnio; y poco después fue ejecutado.

César derrotó y sometió con las armas el Ilírico, Panonia y parte de Italia.

Antonio, mediante la traición y el engaño hizo prisionero al rey de Armenia Artabanes y, atándole con una cadena de plata, le obligó a confesar el lugar donde estaban los tesoros reales, y, asaltando la fortaleza en la que había manifestado aquel que estaban escondidos, robó gran cantidad de oro y plata. Recuperado con este dinero, ordenó que se declarara la guerra

a César y que se anunciara su repudio a su esposa Octavia, hermana de César, y dispuso también que viniese junto a él, desde Alejandría, Cleopatra. Él mismo, marchando a Accio, donde había colocado su armada, al encontrar casi a la tercera parte de los remeros muertos por el hambre, sin inmutarse, dijo: «Al menos los remos que se salven; porque no faltaran remeros mientras Grecia tenga hombres.» César marchó desde Brindis al Epiro con doscientas treinta naves con espolones. Agripa, por su parte, que había sido enviado previamente por César, capturó muchas naves de carga, llenas de trigo y armas, que venían de Egipto, Siria y Asia para abastecer a Antonio, y, tras recorrer el golfo del Peloponeso, tomó al asalto la ciudad de Motona, que estaba defendida por una fortísima guarnición de Antonio. Posteriormente se apodera de Corcira; aniquiló a los fugitivos persiguiéndoles por el mar, y, tras protagonizar muchas crueles acciones, se unió a César. Antonio, acuciado por la escasez y el hambre de sus soldados, decidió entablar cuanto antes el combate y, ordenando sus tropas, se dirigió de repente contra el campamento de César, siendo derrotado. Dos días después de este choque Antonio traslada su campamento a Accio, disponiéndose a combatir por mar.

La armada de César constaba de doscientas treinta naves con espolones y treinta sin ellos, todas ellas trirremes semejantes en velocidad a las de Liburnia; toda esta armada transportaba ocho legiones, sin contar las cinco cohortes pretorianas. La armada de Antonio constaba de ciento setenta naves, armada que superaba en altura de sus naves lo que cedía

en número de las mismas, ya que levantaban diez pies de altura sobre el nivel del mar.

Esta fue la famosa e importante batalla de Accio. Desde la hora quinta hasta la hora séptima se produjeron crueles pérdidas de uno y otro lado sin que la esperanza de victoria se inclinase a ninguno de los dos; el resto del día y la noche siguiente se inclinaron del lado de César. La reina Cleopatra fue la primera que se dio a la fuga con sesenta naves rapidísimas. También Antonio, quitando el distintivo de la nave capitana, siguió la huida de su esposa. Al empezar a rayar el día, César consumó la victoria. Se dice que, del lado de los vencidos, cayeron doce mil; fueron heridos seis mil, de los cuales murieron mil mientras se les curaba. Antonio y Cleopatra decidieron enviar hacia el mar Rojo a sus hijos comunes con parte del tesoro real; ellos mismos, tras colocar guarniciones en los dos promontorios extremos de Egipto, Pelusio y Paretonio prepararon la armada y el ejército para reiniciar la guerra.

César, recibiendo la sexta aclamación imperial y nombrado cónsul por cuarta vez juntamente con Marco Licinio Craso, llegó a Brindis; allí organizó la defensa del orbe de las tierras distribuyendo las legiones; marchó después a Siria y luego a Pelusio, donde fue recibido de buen grado por la guarnición que había colocado allí Antonio. Entretanto, Cornelio Galo, enviado previamente por César, sometió a su mando cuatro legiones que Antonio había puesto en Cirene como guarnición; y después, derrotando a Antonio, se apoderó de Paretonio, la primera ciudad de Egipto en la frontera con Libia, e

inmediatamente después volvió a vencer al mismo Antonio en Faro. Antonio entabló un combate ecuestre contra César; vergonzosamente derrotado también en él, se dio a la fuga. El día uno de agosto, al rayar el alba, mientras Antonio bajaba al puerto para disponer en orden de combate la armada, todas las naves se pasaron de pronto a César; despojado ya de su única defensa, se refugió atemorizado en el palacio real con unos pocos. Posteriormente, cuando ya llegaba César y la ciudad estaba aterrorizada, el propio Antonio se atravesó con la espada y, moribundo, fue llevado junto a Cleopatra a un sepulcro, en el cual ella, sabedora de que iba a morir, se había escondido. Cleopatra, al darse cuenta de que a ella se le conservaba la vida para llevarla en triunfo, busco voluntariamente la muerte y fue encontrada moribunda mordida, según se cree, en el brazo izquierdo por una serpiente, siendo vano el intento de César de hacer traer a unos «psilos», los cuales suelen sacar y chupar, con absorciones sobre las heridas de las personas, el veneno de las serpientes. César, como vencedor, se apoderó de Alejandría, ciudad con mucho la más rica y grande de todas. En efecto, Roma se enriqueció tanto con los tesoros de esta ciudad que, a causa de la abundancia de dinero, las tierras y demás cosas de consumo adquirieron el doble precio que hasta entonces habían tenido.

Fueron ejecutados por mandato de César el hijo mayor de Antonio, Publio Canidio, hombre que había sido siempre muy hostil a César, pero también infiel a Antonio, Casio Palmense, la última víctima que pagó por el asesinato del padre de Cesar, y Quinto Ovinio, condenado sobre todo por esto: porque no le

había dado reparo en estar vergonzosamente al frente del taller de hilar lana y tela de la reina, a pesar de ser un senador del pueblo romano.

César marchó a Siria con tropas de infantería y después se dirigió a Asia a los campamentos de invierno y, por último, a través de Grecia, llegó a Brindis.

20.

En el año 725 de la fundación de la ciudad (29 a. C), siendo cónsules el propio emperador César Augusto por quinta vez y Lucio Apuleyo, en su vuelta triunfal desde Oriente, César entró en la ciudad el día seis de enero celebrando un triple triunfo; y entonces, por primera vez, él mismo cerró las puertas del templo de Jano una vez desaparecidas y terminadas las guerras civiles.Éste fue el primer día en que fue aclamado como «Augusto»; este importante título, que nadie antes había ostentado e inaccesible hasta ahora para los líderes, manifiesta que el dominio absoluto sobre el universo mundo había sido asumido legítimamente, y, desde ese mismo día, el dominio del estado y del poder empezó a estar y permaneció en manos de una sola persona: a esto los griegos lo llaman monarquía.

Ninguno, por otra parte, de los creyentes ni tampoco de los que niegan nuestra fe desconocen que ese fue el mismo día, o sea el seis de enero, en que nosotros celebramos la Epifanía, es decir la aparición y manifestación del misterio del Señor. De este misterio de nuestro fidelísimo culto ni los planes ni las circunstancias exigen que hablemos con mas extensión ahora,

para no dar la impresión de que lo hemos reservado para despertar el interés de los investigadores o para presionar a los que no se preocupan por estas cosas. Era sin embargo apropiado recordar justamente esto precisamente para que se vea que el imperio de César había sido preparado en todo en honor de la futura venida de Cristo.

Efectivamente, cuando en su primer regreso desde Apolonia, una vez muerto su tío Gayo César, entraba en Roma, alrededor de la hora tercia, en un día límpido, claro y sereno, un círculo rodeó la esfera del sol como una especie de arco celeste; de esta forma parecía demostrarse que el único y más poderoso en este mundo y el realmente más ilustre en el orbe era él, en cuya época habría de venir aquel que, él solo, ha creado y gobierna al propio sol y al mundo entero.

Posteriormente, en su segunda entrada, recuperadas en Sicilia las legiones de Pompeyo y Lépido, tras haber restituido treinta mil siervos a sus dueños, haber distribuido, él solo, con órdenes suyas, cuarenta y cuatro legiones para protección del orbe de las tierras, y haber decretado, entrando en triunfo en Roma, que fueran perdonadas todas las antiguas deudas del pueblo romano, mandando romper incluso los documentos escritos, en esos mismos días una abundantísima fuente de aceite, como más arriba indiqué, fluyó durante todo el día en una posada. Con esta señal, ¿qué otra cosa se evidenciaba sino que en los días de César, que reinaba en todo el orbe, se declaraba el futuro nacimiento de Cristo? «Cristo», en efecto, significa «el ungido» en la lengua del pueblo en el cual y del cual nació. De esta forma, al manar una fuente de aceite

durante todo un día en Roma en la época en que a César se le concedió por decreto el poder tribunicio para siempre, se puso de manifiesto con estas señales en el cielo y estos prodigios en la tierra, evidentísimos incluso para aquellos que no escuchaban las voces de los profetas, que durante el principado de César y durante el Imperio romano, a lo largo de un día entero, es decir durante todo el tiempo que durase el Imperio romano, desde una posada, es decir desde la hospitalaria y generosa Iglesia, Cristo y a partir de él los cristianos, es decir «el Ungido» y «los ungidos» gracias a él, habrían de progresar abundante e incesantemente, que iban a restituir, por medio de César, a todos los siervos, a aquellos no obstante que reconociesen a su señor, mientras que a los demás que se encontrasen sin dueño los iban a entregar a la muerte y al suplicio, y que se iban a perdonar en época de César las deudas de los pecadores en esta ciudad en que había mandado espontáneamente aceite.

En su tercera entrada a su vez, cuando, cónsul por quinta vez, llegó en triunfo a Roma, precisamente en el día, que ya más arriba señalamos, en que cerró el mismo, por primera vez tras doscientos años, las puertas del templo de Jano y tomó aquel ilustre título de «Augusto», ¿qué otra cosa puede ser creída y aceptada más fiel y verazmente, al concurrir tan manifiestamente la paz, el título y el día, sin o que éste, que trajo los signos de la paz y que adoptó el título del poderío en la época en que poco después se iba a manifestar Aquel al mundo, había sido predestinado, en virtud sin duda de un orden secreto de los hechos, para servir de preparación para Cristo?

Lo que su cedió, por otra parte, para aprobación de la fe que expresamos, en su cuarta entrada, cuando, tras terminar la guerra cantábrica y apaciguar a todos los pueblos, volvió a venir César a Roma, lo diremos mejor en el orden en que sucedieron los hechos.

21.

En el año 726 de la fundación de la ciudad, siendo cónsules el emperador Augusto César por sexta vez y Marco Agripa por segunda, César, dándose cuenta de que lo hecho en Hispania durante doscientos años no serviría de nada, si permitía seguir usando de su independencia a los cántabros y astures, poderosísimos pueblos de Hispania, abrió las puertas del templo de Jano y marchó el mismo a las Hispanias con el ejército. Los cántabros y astures constituyen una parte de la provincia de Galicia, en la zona por donde se extiende al norte, no lejos del segundo océano, la prolongación de la cordillera Pirenaica. Estos no sólo estaban dispuestos a defender su propia libertad, sino que se atrevían también a arrebatarse la de los pueblos vecinos, asolando con frecuentes incursiones los territorios de vacceos, turmogos y autrigones.

Pues bien, César colocó su campamento en Segisama, rodeando casi toda Cantabria con tres cuerpos de ejército. Tras fatigarse largo tiempo en vano y ser puesto su ejército frecuentemente en peligro, ordena finalmente que, sin que se den cuenta los enemigos, sea traída la armada desde el golfo de Aquitania a través del océano y que desembarquen las tropas.

Entonces por fin los cántabros, derrotados bajo las murallas de Ática en un duro combate, se refugiaron en el monte Vinio, monte enormemente protegido por la naturaleza; allí fueron casi totalmente aniquilados por el hambre a que se les sometió con el asedio. Posteriormente fue por fin tomada y destruida la fortaleza de Racilio, que resistió con gran fuerza durante largo tiempo.

Por otro lado, los lugartenientes Antistio y Firmio sometieron en singulares y duros combates las partes más alejadas de Galicia, las cuales, sembradas de montes y bosques, terminan en el océano. Asediaron efectivamente, mediante la construcción a su alrededor de una fosa de quince millas, el monte Medulio, que se levantaba sobre el río Miño, y en el que se había fortificado una gran multitud de personas. El resultado final fue que, cuando esta raza de gentes, cruel y feroz por naturaleza, comprendió que ellos eran insuficientes para aguantar el asedio e incapaces de aceptar un combate, se suicidaron por temor a la esclavitud. Se mataron en efecto casi todos a porfía, con fuego, hierro y veneno.

Los astures, por su parte, tras colocar su campamento junto al río Astura, hubieran derrotado con su buena estrategia y sus fuerzas a los romanos, si no hubiesen sido traicionados y sorprendidos de antemano. Habían planeado que tres legados suyos, distribuidos con sus respectivos ejércitos en los tres campamentos romanos, atacarían, también en tres columnas, de improviso. Pero fueron descubiertos por una traición de los suyos. Después ya, Carisio, que los recibió puesto en armas, los derrotó, aunque no sin grandes pérdidas también por parte

romana. Una parte de ellos, que escapó de la batalla, se refugio en Lancia; y cuando los soldados romanos se disponían ya a incendiar la ciudad rodeada, su jefe Carisio consiguió de ellos la suspensión del incendio y reclamó a los bárbaros una rendición espontánea. Aspiraba, en efecto, con todo interés a que la integridad y conservación de la ciudad quedasen como testigos de su victoria.

De la victoria cantábrica César reportó la honra de poder ordenar también entonces que se cerraran las puertas de la guerra. De esta forma, gracias a César, el templo de Jano se cerró entonces por segunda vez, y por cuarta vez desde la fundación de la ciudad.

Tras ello, Claudio Druso, hijastro de César, al corresponderle en suerte el mando sobre la Galia y Retia, sometió con las armas a importantes y poderosos pueblos de Germania. En aquella época, en efecto, todos aquellos pueblos, como si corriesen apresuradamente en busca de un día fijado para la firma de la paz, estaban agitados en banderías, ya para emprender la guerra, ya para discutir un pacto, dispuestos tanto a aceptar las condiciones de la paz, si eran vencidos, como a hacer uso de una tranquila libertad, si vencían. Nóricos, ilirios, panonios, dálmatas, mesios, tracios y dacios sármatas, juntamente con otros muchos y grandes pueblos de Germania, fueron, por medio de distintos generales, o bien derrotados o bien sujetos o bien aislados con la ayuda incluso que suponía el obstáculo de dos grandes ríos, el Rin y el Danubio. Druso sometió en un primer momento en Germania a los usipetes y posteriormente a los tencteros y los catos. A los marcomanos

los hizo sucumbir hasta casi la aniquilación. Posteriormente derrotó en una sola batalla, que fue también difícil para los suyos, a queruscos, suevos y sigambros, pueblos poderosísimos y a los cuales su natural constitución les daba fuerzas, y la práctica la habilidad en el uso de esas fuerzas. Su valor y fiereza puede deducirse del hecho de que incluso sus mujeres, si alguna vez se quedaban encerradas en sus carros a causa de una imprevista llegada de los romanos, alfaltarles los dardos o cualquier otra cosa que la locura pueda hacer usar como tal, arrojaban al rostro de sus enemigos a sus hijos pequeños después de haberlos estrellado en el suelo, convirtiéndose así en dos veces parricidas en cada una de las muertes de sus hijos.

También en esta época Coso, general de César, arrinconó en un pequeño territorio en África a los musolanos y gétulos, que hasta ahora vagaban a sus anchas y les obligó, con el miedo, a mantenerse alejados de las fronteras romanas.

Entretanto unos legados de los indos y de los escitas, tras atravesar todo el orbe, encontraron por fin a César, que se hallaba en Tarragona, ciudad de la Hispania Citerior —ya no podían buscar más de lo que lo hicieron—, y consiguieron que César obtuviera la misma gloria que Alejandro Magno: de la misma forma que en el Oriente Medio, en la ciudad de Babilonia, le llegaron a este legados de los hispanos y de los galos con vistas a conseguir la paz, así también ante aquel, suplicaron, en Hispania, en el extremo de Occidente, el oriental indo y el norteño escita, trayendo regalos de sus pueblos.

Tras haber durado la guerra cantábrica cinco años y tras haberse inclinado y reconstruido Hispania, con cierto respiro en la fatiga, hacia una paz duradera, César volvió a Roma.

En esta misma época llevó a cabo también muchas otras guerras, tanto personalmente como por medio de sus generales y lugartenientes. Entre otros, en efecto, Pisón fue enviado contra los vindélicos; tras someterlos, volvió como vencedor junto a César que se encontraba en Lugduno. El hijastro de César, Tiberio, aniquiló en cruel matanza a los panonios, que se habían levantado en una nueva sublevación. Y este mismo acometió a continuación en una operación bélica a los germanos, de los cuales llevó tras sí como vencedor a cuarenta mil prisioneros. En realidad todas estas enormes y terribles operaciones se llevaron a cabo con quince legiones durante tres años, y no hubo casi, tras la guerra Púnica, ninguna otra más grande, según opina Suetonio.

Sobre esta misma época Quintilio Varo, juntamente con tres legiones, fue totalmente aniquilado por los germanos que se habían rebelado como consecuencia de su comportamiento soberbio y avaricioso para con sus súbditos. Este desastre público lo llevó tan mal César Augusto que muchas veces, golpeando la cabeza contra la pared por la fuerza del dolor, clamaba: «Quintilio Varo, devuélveme las legiones.»

Agripa, por su parte, derrotó a los del Bósforo y, tras recuperar en el campo de batalla los estandartes romanos que aquellos en otra época habían robado bajo el mando de Mitrídates, les obligó a capitular.

Los partos, en los que parecía que, sometido y apaciguado todo el orbe de las tierras, fijaba ahora ya su mirada todo el mundo, y sobre los que daba la impresión de que se volvía contra ellos toda la fuerza del imperio romano —y es que a los romanos les remordía la vieja obligación moral de vengar la matanza de Craso—, devolviendo espontáneamente a César los estandartes que habían sustraído tras asesinar a Craso, y, entregando rehenes reales, merecieron con leales súplicas una alianza segura para ellos.

22.

Así pues, en el año 752 de la fundación de la ciudad, César Augusto, tras juntar bajo una misma paz a todos los pueblos desde Oriente a Occidente, desde el Norte al Sur y alrededor de todo el Océano, cerró él mismo entonces por tercera vez las puertas del templo de Jano. Y estas puertas, cerradas desde ese momento en tranquilísima quietud durante casi doce años, se llenaron incluso de herrumbre, y no se volvieron a abrir hasta los últimos años de Augusto, empujadas por una sedición de los atenienses y una agitación de los dacios. Pues bien, una vez que cerró las puertas de Jano, disponiéndose con interés a alimentar y a engrandecer con la paz el estado que había conseguido con la guerra, promulgó muchas leyes, por medio de las cuales pretendía que los hombres fuesen disciplinados viviendo en respetuosa libertad. Rechazó, como hombre, la denominación de «Señor». Efectivamente, en una ocasión en que encontrándose como espectador en unos juegos, se

pronunció en la representación de una farsa la frase «Oh Señor justo y bueno», y todos los espectadores, como si eso se hubiese dicho refiriéndose a él, se levantaron con gritos de aprobación, él, por el momento, aquietó con un gesto de las manos y del rostro aquellas alabanzas de las que no se consideraba digno y, al día siguiente, lo denunció en un durísimo decreto, no volviendo a consentir ni siquiera a sus hijos o nietos que le llamasen «Señor» ni en broma ni en serio.

En aquella época, pues, concretamente en el año en que César consiguió establecer, por disposición de Dios, una paz estable y auténtica, nace Cristo; esa paz tuvo por objeto favorecer la venida de Cristo, en cuyo nacimiento los ángeles hicieron oír a los hombres su canto de júbilo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.» Y aquel, en el cual había confluído el mando supremo de todas las cosas, no consintió, es más no tuvo la osadía de dejar que le llamaran «Señor de los hombres» en la misma época en que nació entre los hombres el verdadero Señor de todo el género humano. Y también en ese mismo año en que el propio Dios se dignó mostrarse y ser como hombre, el mismo César, a quien Dios había predestinado para estos tan grandes misterios, ordenó entonces por primera vez que se hiciera un censo de todas y cada una de las provincias y que fueran censadas todas las personas. En esta época, pues, nació Cristo e inmediatamente después de nacer fue inscrito en el censo romano. Ésta es la primera y más famosa declaración que selló, con la realización de esta inscripción, a César como señor universal y a los romanos como dueños del mundo individual y

colectivamente considerados; con esta inscripción, aquel que había creado a todos los hombres, quiere darse a conocer como hombre y hacerse contar entre los hombres. Tal privilegio, desde la creación del mundo y desde el origen del hombre, no había sido concedido en tal medida ni al imperio babilonio ni al macedónico, por no citar otros más pequeños. Y no cabe duda de que todos los que tengan inteligencia, fe y capacidad de discernimiento están en condiciones de ver claramente que ha sido nuestro Señor Jesucristo el que, tras hacer crecer por su voluntad esta ciudad y defenderla, la ha llevado al culmen de su poderío, por cuanto desde el momento en que llegó a este mundo quiso, por encima de todo, ser ciudadano de ella, ya que en verdad que debe ser llamado ciudadano romano, en virtud de su inscripción en el censo romano.

Y dado que hemos llegado al momento en que el Señor Cristo iluminó este mundo con su llegada y consiguió para César un imperio en paz, yo puedo ya poner fin también a este libro sexto con esta finalidad: para abarcar en el libro séptimo, si es que lo puedo hacer con la ayuda de Dios, la época cristiana que germina y crece cada vez más entre las manos de sus propios detractores y que, a pesar de estar destinada a servir de provecho a estos mismos a los que nos vemos obligados a contestar, es atacada con sus invectivas. Y también para hablar ahora, yo que no he callado desde el primer momento que los hombres pecan y son castigados precisamente por sus pecados, de las persecuciones cristianas que han ocurrido y de los castigos que han seguido a esas persecuciones, sin contar el hecho de que todos los hombres, como género, están inclinados

hacia el pecado y por ello, como individuos, son arrebatados hacia él.

LIBRO VII. DESDE EL NACIMIENTO DE CRISTO HASTA LOS DÍAS DE OROSIO

Ha sido el verdadero Dios, y no los dioses paganos, el que ha creado y favorecido el poderío del Imperio romano. Comparación entre el Imperio romano y el de Babilonia. Nacimiento de Cristo, matanza de los inocentes en Belén y la paz de que gozó Roma hasta la muerte de Augusto. Tiberio: el cambio en su forma de actuar, la motivación del mismo, el anuncio de la resurrección de Cristo y la caída del graderío de un teatro de Fidenas. Calígula: sus crueles acciones; desgracias ocurridas al pueblo judío como castigo por su pecado. Claudio: venida de S. Pedro a Roma; intento de restauración de la República; campaña en Britania. Nerón: sus crímenes, martirio de S. Pedro y S. Pablo; desastres romanos en el exterior. Otón, Galba y Vitelio. Vespasiano: caída de Jerusalén a manos de Tito; anexión de varias provincias al Imperio. Tito: su breve reinado. Domiciano: segunda persecución de los cristianos; desastre ante germanos y dacios. Nerva: su breve reinado. Trajano: victorias más allá del Rin y del Danubio y en Asia; al final de su reinado persigue a los cristianos y tiene lugar un terremoto. Adriano: represión de los judíos y otras acciones. Antonino Pío: su prudente reinado, su buen comportamiento con los cristianos y la llegada a Roma de los herejes Valentín y Cerdón. Antonino Vero: victoria sobre los persas y otros pueblos; persecución de los cristianos y consiguiente peste; feliz resultado en un enfrentamiento con los

cuados gracias a la intervención de los soldados cristianos. Cómodo: victoria frente a los germanos y posterior depravación del emperador: incendios en la ciudad. Helvio Pértinax y Juliano. Severo Pértinax: victorias frente a partos y árabes; persecución de los cristianos y consiguiente castigo en forma de guerras civiles. Caracalla, Macrino, Marco Aurelio Antonio (Heliogábalo) y Aurelio Alejandro. Maximino y Gordiano. Filipo, primer emperador cristiano: justificación de ello. Decio: persecución a los cristianos. Galo Hostiliano. Valeriano y Galieno: aparición de usurpadores, sublevación de pueblos del Imperio, persecución contra los cristianos y triste final de ambos. Claudio, Quintilio y Aureliano. Tácito y Floriano; Caro. Diocleciano y Maximiano: campañas con distinto resultado, cruel persecución a los cristianos; su abdicación en favor de Galerio y Constancio. Largo excursus para, en primer lugar, plantear ciertas objeciones de los enemigos del cristianismo y, en segundo lugar, hacer una comparación entre las plagas de Egipto y los castigos que han sucedido a cada una de las persecuciones contra los cristianos. Constantino: paz para los cristianos: victoria sobre los usurpadores y sobre los godos. Constancio y Constante: aparición del arrianismo favorecido por Constancio. Juliano el Apóstata: su muerte es un castigo de Dios. Joviano. Valentiniano; Valente y Graciano: su comportamiento con los bárbaros. Tras la muerte de Valente, Graciano asocia al trono a Teodosio; muerte de Graciano. Teodosio asocia a Valentiniano, hermano de Graciano; muerte de Valentiniano; sublevación de Eugenio contra Teodosio; muerte de Teodosio. Arcadio y Honorio: sublevación de Gildón. Estilicón y Rufino y sus relaciones con los bárbaros. Saqueo de Roma por Alarico. Alanos, suevos y vándalos invaden el Imperio. Éxitos de Honorio por medio de su general Constancio.

Pienso que se han aducido suficientes pruebas para, sin necesidad de ningún tipo de revelación, la cual es patrimonio de unos pocos fieles, poder probar de una forma natural que el único y verdadero Dios es el anunciado por la fe cristiana, y que ese Dios creó el mundo y las criaturas del mismo cuando él quiso; y que organizó ese mundo a través de muchos y distintos actos, a pesar de que no era reconocido en ninguno de esos actos; y que lo consolidó en una sola persona, cuando se manifestó por medio de una sola acción; y que su poderío y su paciencia se manifiestan al mismo tiempo en múltiples pruebas. En relación con ello yo acepto en cierta medida que mentes estrechas y torpes no entiendan que se pueda conjugar una paciencia tan grande con un poder tan amplio. En efecto, si tenía poder, dicen, para crear el mundo, para construir la paz del mundo, para introducir en el mundo el culto y el conocimiento de su existencia, ¿qué falta hacía tan grande o, como ellos piensan, tan perniciosa paciencia, que convirtió en definitiva en errores, desastres y esfuerzos humanos lo que desde el principio hubiera podido comenzar con mejor pie gracias a los valores de este Dios que predicas? A estos yo podría, en verdad, responderles que, desde el primer momento, el hombre fue creado y educado para esto: para, como fruto de su obediencia, viviendo bajo las leyes de Dios con paz y sin trabajo, merecer la eternidad; pero que, abusando de la bondad del creador que le concedió la libertad, ha cambiado la posibilidad de elección en una rebelión obstinada y que, a raíz de ese desprecio a Dios, se ha olvidado inmediatamente de él; y que era oportuno entonces que Dios diese pruebas de esa

paciencia, y oportuno por dos motivos: primero, para no arruinar definitivamente, vengando el desprecio del que había sido objeto, a aquel hacia el que, sin embargo, quería mostrarse misericordioso, y a aquel al cual quería someter a tribulaciones, mientras lo quisiese permitir el, que, aunque despreciado, era poderoso; en segundo lugar era lógico que Dios, aunque el hombre lo ignorase, continuara ejercitando con justicia su gobierno sobre los hombres, desde el momento en que ello lo hacía para proporcionarle, en el momento en que se arrepintiese, la posibilidad de obtener la gracia originaria.

Pero dado que estos argumentos, aunque son veraces y contundentes, necesitan sin embargo caer en oídos de personas fieles y obedientes, y que mi discusión ahora va con incrédulos —no sé si después serán creyentes—, indicaré más bien aquellos argumentos que, aunque no quieran aceptar, tampoco pueden denegar.

Pues bien, en lo que se alcanza con el conocimiento de la inteligencia humana, tanto ellos como nosotros vivimos respetando una religión y aceptando y adorando a un poder superior; lo único que nos separa es la creencia concreta; nosotros, en efecto, confesamos que todas las cosas tienen como origen un solo Dios y se mantienen gracias a ese único Dios; ellos piensan que hay tantos dioses como cosas hay en el mundo. Y dicen: si se debe al poderío de ese Dios que predicáis el hecho de que el imperio romano terminara por ser tan grande y poderoso, ¿por qué entonces la paciencia de ese mismo Dios fue un obstáculo para que no lo fuera antes? A éstos se les puede responder con las mismas palabras: «Si se

debe al poderío de los dioses que vosotros predicáis el hecho de que el imperio romano terminara por ser tan grande y poderoso, ¿por qué entonces la paciencia de esos dioses fue un obstáculo para que no lo fuera antes?»; o ¿es que esos dioses no existían antes?; o ¿era Roma la que todavía no existía?; o ¿es que esos dioses todavía no eran adorados?; o ¿es que Roma no les parecía todavía idónea para coger el mando?

Si es que todavía no existían esos dioses, sobra ya toda discusión; pues, ¿para qué voy a discutir sobre la indolencia de unos seres desde el momento en que ni siquiera conozco su propia naturaleza? Pero si existían ya esos dioses, fueron, o bien su poder, como ellos mismos argumentan, o bien su paciente espera los que tuvieron la culpa: si su paciente espera, porque existió, si su poder, por no ser éste ninguno. Pero si lo que hay que creer es que existían ya esos dioses, los cuales tenían poderes para encumbrar a un pueblo, pero que los que no existían todavía eran los romanos para poderlos realmente encumbrar, eso no me vale porque yo lo que busco es un poder que pueda crear cosas, no una técnica que perfeccione las ya existentes; y es que la cuestión está planteada en torno a unos dioses a los que ellos llaman grandes, y no en torno a unos malos artesanos, a los que se les acaba el arte en cuanto les falta la materia. Pues, si en esos dioses había presciencia y voluntad, es más, dado que la presciencia es algo connatural a ellos, por cuanto en los todopoderosos, al menos en lo que a sus acciones se refiere, la presciencia es lo mismo que la voluntad, es evidente que en lo que se refiere a cualquier cosa, cuyo conocimiento concibieran de antemano y a la cual se adhiriese

su voluntad, lo oportuno sería, no esperar a que sucediera, sino crearla ya mismo; máxime cuando dicen que su famoso Júpiter solía transformar, para divertirse, montones de hormigas en grupos de personas,

Por lo demás, pienso que ya no hace falta decir nada sobre el respaldo que les daban sus ceremonias sagradas, por cuanto en medio de sus continuos ritos sagrados no hubo nunca final ni tregua en los incesantes estragos, hasta que apareció la luz salvadora del mundo: Cristo, para cuya venida había sido preparada la paz del mundo romano, lo cual, aunque pienso que ya lo he demostrado suficientemente, intentaré sin embargo completarlo más con unas pocas ideas.

2.

Al comienzo del libro segundo, al tratar, de acuerdo con la marcha de la obra, los tiempos

de la fundación de Roma, señalé muchas analogías que se verificaban entre Babilonia, la ciudad de los asirios, que en otro tiempo fue dueña de los pueblos, y Roma que igualmente es hoy dueña de los pueblos. Dije entonces que aquel había sido el primero y éste el último de los imperios; que aquel iba poco a poco viniendo a menos y que éste iba poco a poco afianzándose; que aquel había perdido su último soberano en el mismo momento en que nacía el primero para éste; que Babilonia llegaba entonces, por así decirlo, a la muerte, con la invasión de Ciro, cuando Roma, levantando confiadamente la cabeza tras la expulsión de los reyes, comenzaba a regirse con

leyes libres; es sobre todo la misma época en que, mientras Roma reivindicaba su libertad, el pueblo de los judíos, que había sido esclavo bajo los reyes de Babilonia, volvió a la ciudad santa de Jerusalén tras reconquistar su libertad y restauró el templo del Señor, tal como había sido anunciado por los profetas.

Dije también entonces que, entre el imperio babilonio, que se situaba en oriente, y el romano, que surgiendo en occidente recogía la herencia del de oriente, aparecían los imperios macedónico y africano: estos desempeñaron, por así decir, las funciones de tutor y administrador, en un espacio mas corto de tiempo, por el sur y por el norte. Nadie, que yo sepa, ha dudado nunca de que los imperios babilonio y romano reciben con razón el nombre de imperios de oriente y de occidente. En cuanto al hecho de que el imperio macedónico se extendió por el norte lo prueban tanto su propia posición geográfica como los altares de Alejandro Magno que se encuentran todavía en la base de los montes Rifeos; y en cuanto al hecho de que Cartago dominó sobre toda África y extendió los dominios de su imperio no sólo a Sicilia, Cerdeña y demás islas de alrededor, sino también a Hispania, esta testimoniado en la historia y en los monumentos de las ciudades.

Se dice incluso también ahora que, hasta la devastación de Babilonia por los medos y el saqueo de Roma por los godos, pasó casi idéntico número de años desde sus respectivas fundaciones.

Yo, por mi parte, voy a añadir ahora lo siguiente, para que quede aún más claro que Dios es el único árbitro de todos los tiempos, los imperios y los lugares: el imperio cartaginés, desde su fundación hasta su destrucción, se mantuvo poco mas de setecientos años; e igualmente el imperio macedónico, desde Carano hasta Perses, se mantuvo algo menos de setecientos; uno y otro sin embargo, tienen como límite ese número compuesto de siete, número por el que se rigen todas las cosas. También la propia Roma, si bien es verdad que llegó a la plenitud de su poderío en el momento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, sin embargo, cuando cumplió precisamente ese número de años, se tambaleó un poco; en efecto, en el año setecientos de su fundación un incendio, que no se sabe de donde salió, arrasó catorce barrios de la misma, y nunca antes, como dice Livio, había sido asolada por un incendio mayor; tan grande fue el incendio, que unos años después, César Augusto, para recuperar lo que entonces se había quemado, tuvo que gastar gran cantidad de dinero del erario público. Yo podría también mostrar como Babilonia duró el doble número de años, ya que fue tomada finalmente por el rey Ciro cuando tenía mil cuatrocientos años y un poco mas; pero me veo obligado a mirar a la situación presente.

Yo de buen grado añadido esto: que durante reinado de Nino, el primer rey de todos —aunque confusamente se nos transmite que el primer rey fue su padre Belo— concretamente en el cudragésimo tercer año del reinado de ese Nino, nació el santo padre Abraham, al cual se le hicieron promesas de

Redención y de cuya semilla se le anunció que nacería Cristo; y que después, en nuestros tiempos, durante el reinado de este Augusto César, que es el primero de todos los emperadores — aunque también su padre César se nos presenta más bien como marcador del imperio que como emperador—, concretamente casi en el cuadragésimo segundo año del imperio de este César, nació Cristo, cuya presencia había sido prometida a Abraham durante el reinado de Nino, el primer rey. Nació, por otra parte, el veinticinco de diciembre, cuando ya apuntan los brotes de todo lo que va a crecer al año siguiente; de esta forma sucedió que, al haber nacido Abraham en el año cuadragésimo tercero, convenía que el nacimiento de Cristo tuviera lugar a finales del cuadragésimo segundo, para que de esta forma no fuera él el que nacía dentro del año cuadragésimo tercero, sino el año cuadragésimo tercero el que nacía ya en Cristo.

En cuanto a la cantidad, novedad y rareza de los bienes de que abundantemente gozó este año, pienso que está suficientemente claro, incluso aunque yo no lo diga: en todo el orbe de las tierras hubo paz, ya que no es que cesaran todas las guerras, sino que fueron prohibidas; las puertas del templo de Jano, de dos caras, fueron cerradas por cuanto fueron extirpadas, y no sólo reprimidas, las raíces de las guerras; tuvo lugar el primer censo, censo que fue el más importante de todos por cuanto en él juraron en el nombre de un único César todas las personas de los pueblos más importantes y se convirtieron, gracias a la comunidad del censo, en pertenecientes a la misma comunidad.

3.

Pues bien, en el año 752 de la fundación de la ciudad, nació Cristo, que trajo al mundo la fe que salva y que es en verdad la piedra colocada en medio del mundo, piedra que llevará a la ruina a los que choquen con ella y salvará a los que crean en ella; y que es verdaderamente el fuego ardiente que ilumina a quien le sigue, pero quema a quien intenta tocarlo; él es el propio Cristo, la cabeza de los cristianos, el salvador de los buenos, el vengador de los malos, el juez de todos, el que, marcando de palabra y de obra la forma de actuar a los que le iban a seguir, para mostrarles aún con más evidencia que convenía ser sufridos en las persecuciones que iban a padecer a cambio de la vida eterna, empezó ya con sus sufrimientos en el momento mismo en que, nacido del vientre de una virgen, llegó a este mundo. En efecto, en cuanto el rey de Judea Herodes se enteró de que había nacido, decidió darle muerte y ejecutó de hecho a muchos niños mientras perseguía sólo a uno.

Por todo ello, es justo el castigo que se impone a los malvados que corren caminos de pecado. Por ello, se debe a la gracia de los creyentes todo lo que de paz hay en el mundo, y al castigo de los blasfemos lo que de malvado lo inquieta; y, entretanto los fieles cristianos se encuentran en absoluta seguridad, ya que a ellos se les reserva como algo seguro el descanso de la vida eterna y también, como algo ventajoso, el tiempo que pasan en esta vida. Ello lo demostraré mejor con los propios hechos, al narrarlos por orden.

Una vez que el Redentor del mundo, el Señor Jesucristo, vino a la tierra y fue inscrito como ciudadano romano en el censo de César, mientras las puertas de la guerra, como ya dije, se mantienen cerradas en feliz y tranquilo goce de la paz durante doce años, César Augusto envía a su nieto Gayo para organizar las provincias de Egipto y Siria. Éste, pasando de Egipto a territorio de Palestina, despreció la adoración a Dios, según el testimonio de Suetonio Tranquilo, en el sagrado y famoso templo de Dios en Jerusalén. Al enterarse Augusto de esto por boca del mismo Gayo, le alabó diciéndole, en erróneo juicio, que había actuado con inteligencia.

La consecuencia fue que en el año cuadragésimo octavo del imperio de César se apoderó de Roma una escasez tan cruel que César mandó echar de la ciudad a todos los componentes de las escuelas de gladiadores, a todos los extranjeros, y enormes cantidades de esclavos, exceptuando a los médicos y preceptores. De esta forma, la calidad del castigo, consecuencia del pecado del príncipe contra la santidad de Dios y consistente en la situación de escasez que afectó al pueblo, puso en evidencia la monstruosidad de la ofensa. Posteriormente, en palabras de Cornelio Tácito, «siendo ya viejo Augusto se abrieron las puertas del templo de Jano, las cuales, abiertas cuando se atacó, con el éxito de siempre, aunque a veces con derrotas, a nuevos pueblos de los últimos lugares de las tierras, se mantuvieron así hasta el reinado de Vespasiano». Hasta aquí las palabras de Cornelio (Tácito).

Pero hay mas: una vez que fue tomada y destruida, como habían anunciado los profetas, la ciudad de Jerusalén, y

derrotados los judíos, Tito, que había sido el destinado por los designios de Dios para vengar la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, a su vuelta victoriosa y triunfante, cerró juntamente con su padre Vespasiano las puertas del templo de Jano. Así pues, aunque el templo de Jano fue abierto en los últimos años de César, sin embargo en muchas ocasiones a partir de ahora se mantuvieron en silencio los estrépitos de las guerras, si bien el ejército se encontraba dispuesto a intervenir. De ahí que incluso nuestro Señor, el propio Jesucristo, en los Evangelios, al encontrarse en su época todo el mundo sumido en extraordinaria tranquilidad, al estar todos los pueblos cubiertos por una sola situación de paz y preguntarle sus discípulos por el final de los tiempos venideros, dijera entre otras cosas: «Oiréis hablar de guerras y de rumores de guerra. Procurad no turbaros; pues es necesario que esto suceda, aunque ello no es todavía el final. Se levantará, en efecto, un pueblo contra otro pueblo, un reino contra otro reino, y habrá pestes y hambre y terremotos en distintos lugares. Todo esto, sin embargo, no es sino el inicio de las penalidades. Entonces os causarán tribulaciones y os matarán, y seréis odiados en todas las gentes por mi nombre». La divina providencia, al enseñarnos esto, dio firmeza a los creyentes con estas advertencias y confundió a los incrédulos con estas predicciones.

4.

En el año 767 de la fundación de la ciudad, tras la muerte de Augusto Cesar (19 de agosto del 14), subió al trono Tiberio

César y se mantuvo en él veintitrés años. Éste, personalmente, no llevó a cabo ninguna guerra; pero tampoco realizó ninguna de importancia por medio de lugartenientes; lo único que pasó es que en algunos lugares fueron inmediatamente reprimidos los levantamientos de los pueblos, al ser descubiertos de antemano. Es cierto que en el cuarto año de su reinado, Germánico, hijo de Druso y padre de Calígula, celebró un triunfo por una victoria sobre los germanos; contra éstos había sido enviado por Augusto ya anciano. Tiberio, por su parte, durante la mayor parte de su reinado, dirigió personalmente el estado con enorme y serena mesura, hasta el punto de que a algunos gobernadores, que le habían aconsejado que aumentase los impuestos a las provincias, les escribió contestándoles que «es propio de un buen pastor esquilarse a su ganado, no desollarlo» (Suetonio).

Por otro lado, una vez que nuestro Señor Jesucristo sufrió la pasión y resucitó de los muertos y envió a sus discípulos a predicar, Pilato, gobernador de la provincia de Palestina, dio cuentas al emperador Tiberio y al senado de la pasión y resurrección de Cristo y de los subsiguientes milagros que o bien habían sido realizados públicamente por el mismo o bien eran hechos ahora por sus discípulos en nombre de él, y dio cuenta también del hecho de que, al crecer cada vez más la fe de muchas gentes, se le consideraba como Dios. Tiberio, basándose en el gran apoyo popular que recibía Cristo, propuso al senado que fuera considerado Dios. El senado, indignado por el hecho de que no se le hubiese propuesto antes, según era costumbre, que decidiera sobre la aceptación o no de

la nueva religión, rechazó la aceptación de Cristo como ser sagrado y ordenó en un edicto, sobre todo porque se oponía obstinadamente a la aceptación de la religión el prefecto de Tiberio, Sejano, que fueran expulsados de Roma los cristianos. Tiberio, sin embargo, amenazó en un edicto con la muerte a los que acusasen a los cristianos. De esta forma, aquella loable medida de Tiberio César fue poco a poco cambiando en odio contra el senado que continuamente se le oponía. Y es que para él, como rey, se convertía en pasión cualquier cosa que nacía de su voluntad, y de un rey moderado se convirtió en una cruel bestia. Proscribió, en efecto, e hizo ejecutar a muchos senadores; había elegido como consejeros suyos a veinte patricios: de ellos, apenas dos se salvaron; a los demás los hizo matar con distintas excusas; a su prefecto Sejano, que tramaba un levantamiento, le hizo asesinar; a sus hijos Druso y Germánico, de los cuales Druso era hijo auténtico suyo y Germánico adoptivo, los hizo desaparecer con manifiestas señales de haberlos envenenado. A los hijos de su hijo Germánico los ejecutó. Horroriza y avergüenza contar una por una sus acciones; se entregó a tales rabiosos excesos de pasión y crueldad que, los que habían despreciado ser salvados por Cristo rey, eran castigados por el rey César.

En el año duodécimo de su reinado ocurrió por otra parte un nuevo e increíble desastre en la ciudad de Fidenas: el graderío del anfiteatro se vino abajo mientras el pueblo estaba en un espectáculo de gladiadores y arrastró a la muerte a más de veinte mil personas. Justo ejemplo ciertamente para la posteridad el de este castigo, al haberse reunido, en el momento

en que Dios, para la salvación de los hombres, había querido hacerse hombre, unos hombres ávidos de sangre para contemplar la muerte de otros hombres.

Posteriormente, en el año décimo séptimo del reinado del mismo Tiberio, cuando nuestro Señor Jesucristo se entregó a la pasión, voluntariamente en verdad, pero impíamente prendido y crucificado por los judíos, las rocas se rajaron en los montes produciéndose un fuerte terremoto a lo largo de todo el mundo; y muchas zonas de las grandes ciudades cayeron en una sacudida desacostumbrada. Ese mismo día, hacia la hora sexta, el sol se oscureció totalmente y cayó de pronto la noche sobre la tierra, y, como dijo el poeta,

los siglos impíos temieron que la noche fuera eterna. (Virgilio)

Hasta tal punto esta claro que no fueron ni la luna ni las nubes las que se colocaron delante de la luz solar, que, se dice, la luna, que se encontraba entonces en el decimocuarto día después del novilunio, estaba muy lejos de la presencia del sol, ya que tenía en medio toda la extensión del cielo; y se dice también que a lo largo de todo el cielo brillaron entonces las estrellas en pleno día o, mejor, en aquella horrible noche. Y esto lo atestiguan no solo la credibilidad de los santos evangelios, sino también algunos libros griegos. A partir de ahora, tras la pasión del Señor, al que los judíos persiguieron en la medida de sus posibilidades, esos mismos judíos conocen incesantes desastres hasta que desaparezcan reducidos a la nada y en diáspora. Y es que Tiberio, con el pretexto de un servicio militar, alejó a la juventud de los judíos a regiones de clima

difícil; a los demás de este pueblo y a los que seguían prácticas semejantes los echó de la ciudad, a excepción de los que habían renunciado a sus ritos, condenándolos así a una eterna servidumbre. Con todo, les donó las ciudades de Asia que habían sido destruidas por aquel famoso terremoto, librándoles de tributos y dándoles incluso generosamente algo.

Tiberio murió con sospechosos síntomas de envenenamiento.

5.

En el año 790 de la fundación de la ciudad comenzó a reinar, como tercer sucesor de Augusto, Gayo Calígula; y se mantuvo en el trono cuatro años no enteros; hombre el más malvado de todos los que habían vivido antes que él y que daba la impresión de que había sido enviado como digno castigo a la blasfemia de los romanos y a la obstinada persecución de los judíos. De él se dice, por señalar brevemente la magnitud de su crueldad, que pronunció la frase: «Ojala que el pueblo romano tuviese una sola cerviz» (Suetonio). Muchas veces se quejó incluso de la situación de su época, porque ésta no era marcada por ningún desastre público.

¡Oh bienaventurados renuevos de los tiempos cristianos!
¡Qué gran poder habéis ejercido en las cosas humanas, hasta el punto de que la crueldad humana ha podido desear desastres, pero no encontrarlos! He aquí que la hambrienta fiereza se queja de la tranquilidad general: *La impía locura, sentada en el interior sobre las crueles armas y con cien cadenas de bronce atadas*

tras las espadas brama horriblemente con boca sangrienta (Virgilio). Antes, esclavos rebeldes y gladiadores fugitivos aterrorizaron Roma, voltearon Italia, arrasaron Sicilia, hasta convertirse en temibles ya entonces para casi todo el género humano a lo largo de todo el mundo. Ahora, sin embargo, en la época de la salvación, es decir en la época cristiana, la tranquilidad no puede ser arrancada ni siquiera por la hostilidad del César.

Éste, marchando con enorme e increíble aparato bélico al encuentro de un enemigo que se encontraba con sus armas inactivas, tras recorrer Germania y Galia, se detuvo a orillas del océano dando ya casi vista a Britania. Y una vez que capituló ante él el hijo del rey de los britanos, Minocinobelino, el cual, expulsado del lado de su padre, vagaba en compañía de unos pocos, volvió a Roma al faltarle motivos de guerra.

Por otro lado, en esta misma época los judíos, que ya entonces sufrían merecidos desastres como consecuencia de la pasión de Cristo, tras ser ejecutados algunos de ellos y expulsados todos de Alejandría por haber provocado una sedición en esta ciudad, habían enviado como legado al César, para exponer sus quejas, a un tal Filón, hombre en verdad erudito entre los primeros. Pero Calígula, hostil con todo el mundo, pero sobre todo con los judíos, despreció la mediación de Filón, y ordenó que todos los templos judíos y sobre todo aquel antiguo templo de Jerusalén fueran profanados con sacrificios propios de los gentiles y fueran llenados de estatuas e imágenes; ordenó incluso que fuera él mismo adorado allí como Dios. El gobernador Pilato por su parte, que era el que había pronunciado la sentencia de muerte contra Cristo,

después de haber sufrido y provocado muchas revueltas en Jerusalén, se vio tan angustiado por las acuciantes presiones de Gayo que, atravesándose con su propia espada, encontró en una rápida muerte la abreviación de todas sus maldades.

Gayo Calígula sumo a sus desenfrenos este otro crimen: a sus propias hermanas primero las manchó cometiendo estupro con ellas y posteriormente las desterró. Y ordenó después que fueran ejecutados al mismo tiempo todos los desterrados. Él mismo fue por fin asesinado por su propia guardia. Entre sus papeles secretos se encontraron dos documentos, uno de los cuales llevaba el título de «El puñal» y otro el de «La espada»: ambos contenían nombres y anotaciones sobre hombres famosos tanto del orden senatorial como ecuestre, a los que había condenado ya a muerte. Se encontró también un enorme cofre con los más variados venenos, los cuales, tras ser arrojados al mar por orden de Claudio César, se dice que infestaron los mares causando grandes pérdidas entre los peces que, muertos, fueron echados por las olas a lo largo de todo el litoral cercano.

Una gran prueba de que Dios se compadeció, por intermedio de la gracia, del pueblo que en parte iba a creer pronto en él, y, por moderación de su ira, del pueblo que entonces se mantenía obstinadamente infiel, se puede colegir del hecho de que la multitud de hombres que escapó de una muerte ya inminente se pudiera deducir de la multitud de peces muertos y del hecho de que para todos quedara bien claro lo que hubiera podido suponer para la ciudad tan gran cantidad de veneno que, administrada con habilidad, hubiera sido

mucho mayor, ya que, arrojada sin esa astucia, corrompió incluso los mares.

6.

En el año 795 de la fundación de la ciudad subió al trono, en cuarto lugar tras Augusto, Tiberio Claudio y se mantuvo en él durante catorce años. A comienzos de su reinado vino a Roma Pedro, Apóstol de nuestro Señor Jesucristo y enseñó con palabras dignas de crédito y corroboró con evidentes milagros la fe salvadora a todos los que en él creyeron. A partir de ahora empezó a haber cristianos en Roma. Roma tuvo ocasión de conocer el premio merecido por esta su fe. Efectivamente, a pesar de que, tras el asesinato de Calígula, el senado y los cónsules discutieron largamente sobre la abolición del imperio, la restauración de la antigua república y la erradicación total de toda la familia de los Césares, sin embargo Claudio, en cuanto se afianzó en el trono, haciendo gala de una clemencia extraordinaria y hasta entonces desconocida en Roma, clemencia que impidió que la venganza contra tan gran multitud de nobles llegara a extremos crueles, cosa que sucedería si dejaba sólo que empezase a aparecer esa venganza, se olvidó totalmente de aquellos dos días en que infelizmente la nobleza había discutido y decidido en torno a la situación del estado; y perdonó y olvidó para siempre todas las acciones y palabras hechas y pronunciadas con ocasión de ello. De esta forma, aquella noble y famosa amnistía practicada por los atenienses, amnistía que también en Roma había intentado

aplicar el Senado, por consejo de Cicerón, tras la muerte de César, pero que no se llevó a cabo porque lo impidieron Antonio y Octaviano que pedían venganza por el asesinato de César, esa amnistía la restauró Claudio, con espontánea clemencia, sin que nadie se lo pidiera, a pesar de que ahora se veía empujado por un motivo mucho más cruel a vengarse con la muerte de los conjurados.

Tuvo lugar también en esta época un milagro como prueba de que la gracia de Dios estaba presente: y es que Furio Camilo Escriboniano, gobernador de Dalmacia, obligó a muchas y poderosas legiones a que le juraran obediencia a él, en lugar de al César, con la intención de provocar una guerra civil; pues bien, fijado el día en que había de producirse una concentración de soldados de todas partes junto al nuevo emperador, no pudieron poner a punto las insignias de las legiones ni levantar o mover de ninguna forma los estandartes. El ejército, conmovido y arrepentido por la prueba tan grande e inusitada de este milagro, destituyendo a Escriboniano le ejecutó inmediatamente a los cinco días y se mantuvo fiel al juramento militar anterior.

Es suficientemente conocido que para la ciudad de Roma no hubo nunca nada más vergonzoso y pernicioso que las guerras civiles. Pues bien, que nadie niegue que esta incipiente usurpación de Escriboniano y la consiguiente guerra civil fueron reprimidas por Dios gracias a la venida del Apóstol Pedro y a los tiernos, y todavía pocos, retoños cristianos que empezaban a profesar la santa fe. Sólo lo puede negar quien

pruebe la existencia de algo semejante ocurrido en una represión de las guerras civiles en tiempos pasados.

Claudio, en el año cuarto de su reinado, llevado por el deseo de aparecer como un príncipe útil al estado, buscó por todas partes y de todas partes la guerra y la victoria. Por ello hizo una expedición a Britania, que parecía dispuesta a sublevarse por no haber sido devueltos unos prófugos; pasó, pues, a la isla, en la cual nadie, antes de Julio César ni después de él, se atrevió nunca a desembarcar; y en ella —en palabras de Suetonio Tranquilo— «en muy pocos días hizo capitular a la mayor parte de la isla sin un solo choque y sin una gota de sangre». Anexionó además al imperio romano las islas Orcades, situadas en el océano más allá de Britania. Y a los seis meses de haber salido, regresó a Roma.

Que compare ahora, aquel que le apetezca, con relación a esta sola isla, una época y otra, una guerra y otra, un César y otro —y no digo nada del resultado final, que en este caso fue una feliz victoria y en aquel un duro desastre— y después de hacer la comparación, que acabe Roma de comprender que ella, en época anterior, conoció en sus acciones una parte de felicidad gracias a la oculta providencia de aquel con cuyo conocimiento, ya ahora aceptado, goza de una absoluta felicidad, en la medida, sin embargo, en que ésta no es corrompida por las manchas de las blasfemias.

En el mismo año de su reinado Siria se vio afectada por una gravísima escasez que ya habían anunciado los profetas. Pero los cristianos de Jerusalén, que sufrieron esta misma escasez,

fueron ampliamente socorridos por Helena, reina de los Adiabenos, una conversa a la fe cristiana, que hizo traer trigo de Egipto.

En el año quinto de su reinado apareció de repente, desde las profundidades del mar, entre Tera y Terasia, una isla de una extensión de treinta estadios.

En el año séptimo, siendo procurador de Judea Cumano, se produjo en Jerusalén, en los días de los ácidos, una revuelta tan grande que, al amontonarse el pueblo a la salida de las puertas, se dice que entre muertos y asfixiados por el amontonamiento hubo treinta mil judíos.

En el año noveno de su reinado cuenta Josefo que Claudio expulsó de Roma a los judíos. Pero a mí lo que más me trastorna es lo que dice Suetonio: «Claudio expulsó de Roma a los judíos que, por culpa de Cristo, estaban continuamente provocando revueltas». Con relación a lo cual no se sabe si lo que quiso decir es que ordenó reprimir y castigar a los judíos que se levantaban contra Cristo, o bien que quiso expulsar también a los cristianos como si fueran hombres de una religión semejante.

A pesar de las acciones de Claudio, al año siguiente hubo en Roma una escasez tan grande que, sorprendido el emperador por el pueblo en mitad del foro y agredido vergonzosamente con gritos y trozos de pan, a duras penas eludió el furor de la excitada plebe escondiéndose en el Palacio a través de una puerta falsa.

Pasado, por otra parte, un poco de tiempo, hizo matar por motivos mínimos a treinta y cinco senadores y trescientos caballeros romanos. Él mismo, a su vez, murió con manifiestas señales de haber sido envenenado.

7.

En el año 808 de la fundación de la ciudad subió al trono, en quinto lugar después de Augusto, Nerón César y se mantuvo en el mismo catorce años no completos. Continuador y superador incluso de su tío Gayo Calígula en todo tipo de vicios y crímenes, ejercitó la petulancia, la pasión, el lujo, la avaricia y la crueldad con todo tipo de acciones malvadas. Efectivamente, llevado por la petulancia, recorrió casi todos los teatros de Italia y de Grecia y, poniéndose incluso distintos vestidos que no iban con su posición, se autoconvenció muchas veces de que lo había hecho mejor que los tocadores de trompetas, los citaristas, los actores de tragedias y los aurigas.

En cuanto a las pasiones, las tuvo tan grandes que se dice que no respetó ni a su madre, ni a su hermana ni a ninguna mujer de la familia; incluso se casó con un hombre y él mismo fue aceptado como esposa por un hombre.

En lo que al lujo se refiere fue tan desenfrenado que pescaba con redes de oro de las que se tiraba con cuerdas de púrpura y tomaba baños fríos y calientes de perfumes. Incluso se dice que nunca hizo un viaje con menos de mil carrozas de paseo. El colmo fue que, por darse el placer de verlo, provocó el incendio de la ciudad de Roma. La ciudad, que ardió durante

seis días y siete noches, tuvo miedo ante la presencia del tirano. Los almacenes contruidos con sillares cuadrados y aquellas magníficas manzanas de casas de los antepasados, en las que la llama, pasando de largo, no podía entrar, fueron derrumbadas e incendiadas con aquellas grandes maquinas usadas en otro tiempo para guerras en el exterior, mientras que la desgraciada plebe se vio empujada a buscar guarida en los monumentos y tumbas. Todo ello lo miraba él desde aquella altísima torre de Mecenas y, alegre, según decía él mismo, por la belleza de las llamas, recitaba la *Iliada* vestido con indumentaria de actor trágico.

En lo que a su codicia se refiere fue ésta tan avasalladora que, tras el incendio de la ciudad, de la que Augusto se jactaba de haberla convertido en ciudad de mármol de ciudad de ladrillo que era, a nadie se le permitió acercarse a los restos de sus bienes; todo lo que de alguna forma había escapado de las llamas, se lo quedó él. Ordenó que todos los años el senado le asignara para sus gastos diez millones de sestercios. Privó de sus bienes a muchos senadores sin ningún motivo aparente. En un solo día barrió totalmente con toda la fortuna de todos los comerciantes, sometiéndoles incluso a tormentos.

Y en lo que a crueldad se refiere, era tan rabiosamente fiero, que hizo ejecutar a una gran parte de los senadores y suprimió casi totalmente la clase de los caballeros. Pero es que ni siquiera se abstuvo de parricidios: mató, sin escrúpulos, a su madre, a su hermano, a su hermana, a su esposa y a todos los demás parientes y allegados.

Aumento aún más este conjunto de crímenes su osado desprecio hacia Dios. Fue, en efecto, el primero que, en Roma, sometió a los cristianos al martirio y a la muerte y ordenó que se les persiguiese y atormentase igualmente por todas las provincias; y, en su intento de extirpar el propio nombre cristiano, ejecutó a los bienaventurados apóstoles de Cristo, Pedro y Pablo: a uno en la cruz, y al otro con la espada.

Inmediatamente agobiaron a la desgraciada ciudad montones de desastres que surgían por todas partes. Efectivamente, en el otoño siguiente se apoderó de Roma una peste tan cruel que en el cómputo de la Muerte se contabilizaron treinta mil funerales. Inmediatamente después tuvo lugar un desastre en Britania, donde dos importantes ciudades fueron saqueadas con la consiguiente e importante ruina y matanza de ciudadanos y aliados romanos. En Oriente, por otro lado, perdidas ya las grandes provincias de Armenia, las legiones romanas fueron obligadas por los partos a pasar bajo el yugo y sólo con dificultades se pudo mantener Siria. En Asia fueron arrasadas por un terremoto tres ciudades: Laodicea, Hierápolis y Colosas.

En cuanto a Nerón, tan pronto como se enteró de que en Hispania el ejército había nombrado emperador a Galba, cayó en un desánimo y desesperación total. Y dado que tramaba increíbles crímenes para perturbar o, mejor, para minar totalmente los cimientos del estado, fue declarado por el senado enemigo público y, dándose vergonzosamente a la huida, se suicidó a cuatro millas de Roma. Y con él se acabó toda la familia de los Césares.

8.

En el año 824 de la fundación de la ciudad, Galba usurpó el trono en Hispania; y en cuanto se enteró de la muerte de Nerón, marchó a Roma. Y, teniendo a todos descontentos por su avaricia, su crueldad y su estupidez, adoptó como hijo y corregente suyo a Pisón, joven noble y hábil. Juntamente con éste, fue asesinado por Otón al séptimo mes de su reinado.

Roma paga así, con las muertes de sus emperadores y con las guerras civiles que por ello se provocan, las injurias que recientemente había infligido a la religión cristiana; y aquellos estandartes de las legiones que, frenadas por Dios a la llegada del apóstol Pedro a Roma, no habían podido ser arrastrados a la guerra civil que tramaba Escriboniano, ahora, con la ejecución de Pedro en Roma y con los distintos martirios a que eran sometidos los cristianos, se desataron por todo el mundo. Efectivamente, desde Hispania se había sublevado en primer lugar Galba; y, una vez desaparecido éste, se apoderan al mismo tiempo del mando y del ejército Otón, en Roma, Vitelio en Germania y Vespasiano en Siria.

Que ahora, en contra incluso de su voluntad, comprueben el poder y al mismo tiempo la clemencia de Dios, los que critican a los tiempos cristianos; que comprueben cómo son rápidamente provocados y apagados los incendios de enormes conflictos bélicos: mientras que antes, por las más pequeñas excusas, se producían enormes y largos desastres, ahora los más grandes fragores de intensas desgracias resuenan por todas

partes, pero son adormecidos con el más pequeño esfuerzo. Y es que la Iglesia, aunque perseguida, tenía ya un sitio en Roma, y esa Iglesia suplicaba incluso a favor de sus enemigos y perseguidores ante el Juez de todas las cosas, Cristo.

Pues bien, Otón, una vez que, asesinados Galba y Pisón en Roma, se apoderó del trono en medio de tumultos y asesinatos y se enteró a continuación de que en la Galia Vitelio había sido nombrado emperador por las legiones germánicas, emprendió una guerra civil; y tras haber vencido en un primer momento en tres insignificantes choques contra los generales vitelianos, uno en los Alpes, otro cerca de Placentia y el tercero cerca del lugar que llaman Castores y conocer a pesar de todo en el cuarto combate, en Bedriaco, la derrota de los suyos, se suicidó al tercer mes de haber subido al trono 352.

Vitelio marchó a Roma como vencedor, y allí, tras llevar a cabo acciones crueles y perversas y cargar, como consecuencia de su increíble glotonería, con vergonzosas acciones una vida que debía ser la de un hombre, intentó en un primer momento, cuando se enteró de los movimientos de Vespasiano, abandonar el trono. Después, animado por algunos, acorraló en el Capitolio a Sabino, hermano de Vespasiano, que por entonces no tramaba ninguna mala acción, y a todos los demás partidarios de Flavio. E incendiando el templo, al mezclarse juntos llamas y cascotes, proporcionó a todos, a un mismo tiempo, muerte y sepultura. Posteriormente, privado de su ejército, que se pasó a la causa de Vespasiano; vergonzosamente sacado de una celda cercana al palacio en la que, asustado ante la aproximación de los ya enemigos, se había

escondido; conducido al foro mientras todos, sin excepción, le arrojaban estiércol a la cara cuando era llevado desnudo por la vía Sacra; desgarrado cerca de las escaleras Gemonias por los innumerables pinchazos de golpes no muy fuertes, y sacado de allí con un garfio y arrojado por fin al Tíber a los ocho meses de haber subido al trono, se vio privado incluso de la sepultura común a todos los hombres. Por lo demás, los soldados de Vespasiano se ensañaron durante muchos días, con indiscriminados asesinatos de muchos y distintos tipos, contra el senado y el pueblo romano.

9.

En el año 825 de la fundación de la ciudad, una vez disipada aquella tempestad de tiranos, ciertamente breve, pero turbulenta, volvió la pacífica calma bajo Vespasiano. Efectivamente, retrotrayéndome un poco en el tiempo, los judíos, alejados totalmente de la gracia de Dios tras la pasión de Cristo, seducidos, a pesar de que estaban rodeados por todas partes de todo tipo de males, por ciertas creencias conocidas en el monte Carmelo que predecían que jefes nacidos de Judea habrían de ser los dueños del mundo, y aplicándose esta predicción a ellos mismos, se rebelaron con enorme vehemencia. Y, tras asesinar a la guarnición romana, pusieron en fuga al legado consular de Siria, que acudía en ayuda de la guarnición, apoderándose de un águila y destrozando sus tropas. Contra ellos Nerón envió a Vespasiano, quien nombró entre sus lugartenientes a su hijo mayor Tito; y es que llevó

consigo a Siria muchas y poderosas legiones. Pues bien, tras haber asediado, una vez tomadas muchas de sus fortalezas, a los judíos en Jerusalén, donde se habían congregado a causa sobre todo de sus fiestas, al enterarse de la muerte de Nerón, se hizo cargo del imperio, aconsejado por muchos gobernadores y generales y sobre todo por las palabras de Josefo, jefe de los judíos, quien, capturado, no había dejado de asegurar, mientras le cargaban de cadenas —según cuenta Suetonio— que muy pronto le libertaría el mismo Vespasiano, pero hecho ya emperador; y, dejando en el campamento a su hijo Tito al frente del sitio de Jerusalén, marchó a Roma a través de Alejandría. Pero enterado del asesinato de Vitelio se detuvo un poco en Alejandría. Tito, por su parte, tras un duro y largo asedio contra los judíos, sirviéndose de todo tipo de armas e instrumentos bélicos, rompió por fin los muros de la ciudad no sin grandes pérdidas por parte de los suyos. Y para tomar al asalto la fortaleza interior del templo, defendida por una multitud de sacerdotes y nobles que en ella se habían encerrado, necesitó mayor violencia y tiempo. Pero después que, una vez sometido, contempló admirado este templo en su arte y su antigüedad, dudó durante largo tiempo si lo incendiaría para acicate de los enemigos o lo reservaría como testimonio de su victoria. Pero la verdad es que, como la Iglesia de Dios germinaba ya por todo el mundo, este templo, a juicio de Dios, tenía que ser ya destruido como algo sin fuerza, sin sentido y sin ninguna validez práctica. Y así fue: Tito, aclamado como general triunfante por su ejército, incendió y arrasó el templo de Jerusalén, el cual, desde el día de su primera

construcción hasta el día de su última destrucción, había estado en pie mil ciento dos años. Arrasó todos los muros de la ciudad. Cornelio y Suetonio cuentan que en esta guerra murieron seiscientos mil judíos; Josefo, por su parte, que era judío, y que tuvo en esta guerra un papel importante y había merecido el perdón y la gracia de Vespasiano a cambio de haberle profetizado su subida al trono, escribe que murieron entonces, entre heridos y hambrientos, un millón cien mil judíos, y que los demás judíos, exiliados en distintas condiciones, se dispersaron por todo el mundo: el número de estos se dice que fue de alrededor de novecientos mil.

Vespasiano y Tito entraron como «emperadores» en Roma celebrando magníficamente su triunfo sobre los judíos. El espectáculo fue algo hermoso y no visto por nadie en ninguno de los trescientos veinte triunfos que se habían celebrado desde la fundación de la ciudad hasta ese momento: que un padre y un hijo, montados en un solo carro triunfal, celebrasen una gloriosa victoria sobre aquellos que habían ofendido al Padre y al Hijo. Ellos, terminadas todas las guerras tanto en el interior como en el exterior, en seguida proclamaron públicamente la paz de todo el mundo y decidieron ellos mismo, por sexta vez tras la fundación de Roma, encerrar a Jano Gémino echando el cerrojo a sus puertas. Con razón, pues, la venganza por la pasión del Señor fue pagada con los mismos éxitos que fueron atribuidos igualmente a su natividad. A continuación el Imperio Romano se amplía enormemente sin ningún levantamiento bélico: efectivamente, Acaya, Licia, Rodas, Bizancio, Samos, Tracia, Cilicia y Comagena, convertidas

entonces por primera vez en provincias romanas, se sometieron a los jueces y leyes romanos.

En el noveno año de su reinado se derrumbaron en un terremoto tres ciudades de Chipre y en Roma apareció una cruel peste. Vespasiano, a su vez, murió en el noveno año de su reinado de un flujo de vientre en la villa de su propiedad cerca de territorio sabino.

En el año 828 de la fundación de la ciudad, Tito subió al trono como octavo emperador a partir de Augusto, si no contamos a Otón y Vitelio; reinó durante dos años tras Vespasiano. En su reinado hubo tanta tranquilidad que se dice que, en la administración del estado no derramó la sangre de un solo ciudadano. Y, sin embargo, en un incendio que se produjo entonces en Roma, se quemaron muchos edificios públicos. También entonces, según cuentan, vomitó gran cantidad de fuego la cima del monte Bebio que se abrió y arrasó con torrentes de llama los territorios cercanos juntamente con las ciudades y las personas. Tito murió enfermo en la misma villa que su padre, produciendo gran luto entre todos.

10.

En el año 830 de la fundación de la ciudad, Domiciano, hermano de Tito, sucedió a su hermano en el trono, siendo el noveno emperador a partir de Augusto. Éste, durante quince años, llegó poco a poco, pasando por distintos grados, a tal extremo de maldad que incluso intentó osadamente derribar la Iglesia de Cristo, asentada ya por todo el mundo, promulgando

por todas partes edictos en los que ordenaba cruel persecución. Cayó en tal estado de soberbia que ordenó que se le llamara, se le citara por escrito y se le adorara como señor y como Dios. De entre los más importantes senadores, por envidia y también por afán de coger sus riquezas, a unos los mandó ejecutar sin reparos, y a otros los arrojó al destierro y, estando ya en el destierro, ordenó que fueran eliminados. Llevado por su incontrolado apetito carnal, hizo todo lo que se pueda imaginar. Construyó muchos edificios públicos a cambio de arruinar al pueblo romano.

Se enfrentó, por medio de sus lugartenientes, a germanos y dacios con igual resultado fatal para el estado. Y es que en la ciudad, él mismo se encargaba de despedazar al senado y al pueblo, y, en el exterior, los enemigos diezmaban continuamente a un ejército mal conducido. A mí me gustaría explicar con extensión el número de batallas que, bajo el mando de Fusco, tuvieron con Diurpaneo, rey de los dacios, y el número de desastres romanos; pero es que Cornelio Tácito, que narró con gran exactitud estos hechos, dijo que tanto Salustio Crispo como otros muchísimos autores habían impuesto como norma el no señalar el número de muertos y que él mismo había aceptado esta norma como algo importante. A pesar de la derrota, Domiciano, arrastrado por una maligna jactancia, celebró un triunfo con la excusa de haber derrotado a los enemigos, aunque en realidad lo que celebró fue un triunfo por haber perdido unas legiones.

Y este mismo, embrutecido por la soberbia, empujado por la cual pretendía ser adorado como Dios, ordenó, el segundo

después de Nerón, que se llevara a cabo una persecución contra los cristianos. En esta época fue incluso exiliado a la isla de Patmos el bienaventurado apóstol Juan. Se ordenó también que fueran sometidos a crueles interrogatorios y ejecutados con duros tormentos todos los judíos pertenecientes a la raza de David; y ello porque se tenía envidia de los auténticos profetas y se creía que todavía había de venir de la sangre de David el que se apoderaría del reino.

Pero inmediatamente después muere Domiciano, cruelmente asesinado por los suyos en palacio. Su cadáver fue llevado en un vulgar ataúd por los sepultureros y deshonrosamente sepultado.

11.

En el año 846 de la fundación de la ciudad —aunque Eutropio dice que es el año cincuenta— Petronio, prefecto del pretorio y el eunuco Partenio, el asesino de Domiciano, nombran como décimo emperador tras Augusto a Nerva, ya muy anciano. Éste adscribió al mando a Trajano, gracias al cual, con la ayuda de la divina providencia, pudo en verdad velar por el arruinado estado. En su primer edicto hizo volver a todos los exiliados; de ahí que el apóstol Juan, liberado gracias a este perdón general, volviera a Éfeso.

Y pasado un año de su reinado, Nerva murió afectado por una enfermedad.

12.

En el año 847 de la fundación de la ciudad tomó las riendas del Imperio, de manos de Nerva, y en undécimo lugar después de Augusto, Trajano, de familia hispana; y las conservó durante diecinueve años. Tomo los distintivos imperiales en la ciudad gala de Agripina. Inmediatamente repone en su antigua situación a la Germania transrenana; al otro lado del Danubio sometió a muchos pueblos. Convirtió además en provincias las regiones de más allá del Eúfrates y del Tigris. Se apoderó de Seleucia, Ctesifonte y Babilonia. Cayó, es verdad, el tercero después de Nerón, en el error de perseguir a los cristianos, ya que ordenó que, dondequiera que se les encontrase, fueran obligados a hacer sacrificios a los dioses y que, los que se opusiesen, fueran ejecutados; y, cuando ya habían sido ejecutados muchos cristianos, advertido por el informe de Plinio Segundo, quien, juntamente con otros jueces, había sido nombrado perseguidor, de que estas gentes, si se exceptuaba su aceptación de Cristo y sus irreprochables reuniones, no hacían nada en contra de las leyes romanas y de que, por la confianza que les daba la inocencia de su confesión, a ninguno de ellos les parecía la muerte algo duro y temible, suavizó inmediatamente su edicto con rescriptos menos duros. A pesar de ello, la casa áurea de Roma, construida por Nerón a base de agotar totalmente haciendas privadas y públicas, fue destruida inmediatamente después por un incendio repentino, para que se viera que una persecución, aunque continuada por otro, es castigada sobre todo en los monumentos construidos por aquel que inició las persecuciones, y castigada también en la persona del propio culpable de ella. Cuatro ciudades de Asia, Elea,

Mirina, Pitane y Cime, y dos de Grecia, Opuntioro y Oritoro, fueron arrasadas por un terremoto; en este terremoto cayeron también tres ciudades de Galatia; el Panteón de Roma fue quemado por un rayo; un terremoto casi destruye toda la ciudad de Antioquía.

Posteriormente, en un increíble levantamiento, los judíos, enloquecidos por así decir de rabia, estallaron en revueltas por distintas partes del mundo al mismo tiempo. Efectivamente, protagonizaron atroces enfrentamientos a lo largo de toda Libia contra los habitantes de la misma; esta región, al ser muertos entonces sus habitantes, quedó tan despoblada que, si el emperador Hadriano no hubiese fundado después colonias reuniendo allí colonos de otros lugares, hubiera permanecido totalmente vacía al haber sido arrancados de raíz sus habitantes. Por otra parte, perturbaron con sangrientas revueltas a todo Egipto, Cirene y Tebaida. En Alejandría, sin embargo, fueron derrotados y aniquilados en el combate que se entabló. También en Mesopotamia se reprimió con las armas a los rebeldes. La consecuencia fue que, mediante ejecuciones que se extendieron por todos sitios, desaparecieron muchos miles de judíos. También es verdad que destruyeron Salamina, ciudad de Chipre, matando a todos sus habitantes.

Trajano murió, según cuentan algunos, en Seleucia, ciudad de Isauria, afectado por un flujo de vientre.

13.

En el año 867 de la fundación de la ciudad, Hadriano, hijo de una prima de Trajano, consiguió el trono en duodécimo lugar tras Augusto; reinó durante veintiún años. Éste, instruido y versado en los libros que trataban de la religión cristiana por medio de Cuadrato, discípulo de los apóstoles, de Arístides ateniense, hombre de gran fe y sabiduría, y del legado Sereno Granio, ordenó en una carta dirigida a Minucio Fundano, procónsul de Asia, que a nadie se le permitiese condenar a los cristianos sin que hubiera de antemano una acusación o unas pruebas: y a continuación recibe en el Senado el título de padre de la patria sobrepasando la costumbre de los antepasados, y su mujer recibe el de Augusta.

Hadriano gobernó el estado con justísimas leyes; guerreó contra los saurómatas y los derrotó. Y a los judíos, que enloquecían por culpa de la inquietud a que les sometían sus propios crímenes y que asolaban a la en otro tiempo su provincia, Palestina, los sometió en el que sería ya el último golpe contra ellos; y de esta forma vengó a los cristianos, a los cuales los judíos, mandados por Coqueba, atormentaban, porque no les ayudaban en su lucha contra los romanos; y ordenó que, una vez dejada la ciudad de Jerusalén sólo para los cristianos, no se permitiese la entrada en ella a ningún judío. Restauró incluso él mismo los muros de esta ciudad, dejándolos en un estado inmejorable y ordenó que fuera llamada Elia a partir de su prenomén.

En el año 888 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, en decimotercer lugar después de Augusto, Antonino, de sobrenombre Pío; durante veintitrés años no completos gobernó, juntamente con sus hijos Aurelio y Lucio, tan pacífica y honradamente el Estado que con razón recibió el título de Pío y de Padre de la Patria. En su época, sin embargo, vinieron a Roma el heresiarca Valentino y Cerdón, maestro de Marción. Pero el filósofo Justino entregó a Antonino el libro que había compuesto en defensa de la fe cristiana y consiguió que éste mirara con buenos ojos a los cristianos.

Antonino murió enfermo a doce millas de Roma.

15.

En el año 911 de la fundación de la ciudad subió al trono, en decimocuarto lugar tras Augusto, Marco Antonino Vero teniendo como corregente a su hermano Aurelio Cómodo; y permaneció en el trono durante diecinueve años. Estos fueron los primeros que gobernaron el Estado en igualdad de condiciones. Lucharon después contra los partos con valor y suerte extraordinarios. Al frente de estas operaciones estuvo Annio Antonino Vero. Y es que Vologeso, rey de los partos, asolaba en duras incursiones los territorios de Armenia, Capadocia y Siria. Pero Antonino, en extraordinarias acciones protagonizadas con el apoyo de sus hábiles generales, tomó la ciudad asiria de Seleucia, situada junto al río Hidaspes, capturando cuatrocientos mil hombres y celebró su triunfo sobre los partos en compañía de su hermano. Y no mucho

después, mientras iba sentado con su hermano en un carruaje, murió abatido por la enfermedad que los griegos llaman apoplejía.

Tras su muerte, quedó solo al frente del Estado Marco Antonino. Pero en los días de la guerra contra los partos tuvieron lugar, por mandato suyo, y por cuarta vez ya tras Nerón, crueles persecuciones contra los cristianos en Asia y en Galia: muchos santos merecieron la corona del martirio. Como consecuencia hubo una epidemia que se extendió por muchas provincias y una peste tan grande asoló a toda Italia que por todas partes las villas, campos y ciudades se convirtieron en ruinas y en lugares salvajes al quedarse desiertos, sin cultivadores y habitantes. Por otro lado, dicen que el ejército romano y todas las legiones, distribuidos en campamentos de invierno extendidos a lo largo de todo el Imperio, se agotaron hasta tal punto que, según noticias, la guerra contra los marcomanos, que estalló inmediatamente después, no se pudo llevar a cabo sino con un nuevo reclutamiento de soldados que llevó a cabo Marco Antonino durante tres años ininterrumpidos en Carnuntio. Que esta guerra fue dirigida providencialmente por Dios lo prueba clarísimamente, entre otros argumentos, sobre todo una carta de este prudente y honrado emperador. Efectivamente, al sublevarse estos pueblos de crueldad bárbara y de cantidad innumerable, esto es, los marcomanos, los cuados, los vándalos, los sármatas, los suevos y casi toda Germania, y al peligrar el ejército, que había avanzado y había sido rodeado en territorio de los cuados, peligro que se debía más a la sed, ya que faltaba el agua, que al

enemigo, se produjo, ante la invocación del nombre de Dios, invocación que de pronto hicieron públicamente unos cuantos soldados que se abandonaron a las preces con extraordinaria fe, se produjo, digo, una lluvia tan intensa que los romanos se vieron larga y justamente reconfortados, mientras que los bárbaros, asustados por la constante caída de rayos, y sobre todo porque muchos de ellos perdían la vida, se dieron a la fuga. Los romanos, persiguiendo hasta la aniquilación a los fugitivos, lograron, con un inexperto y pequeño número de soldados, pero con la poderosa ayuda de Cristo, una victoria gloriosísima y digna casi de ser antepuesta a todas las glorias de los antepasados. Se dice que todavía ahora conservan muchas personas la carta del emperador Antonino, donde confiesa que la superación de aquella sed y la consecución de la victoria se debió a los soldados cristianos en su invocación al nombre de Cristo.

El mismo Antonino asoció en el trono a su hijo Cómodo; perdonó también en todas las provincias los tributos impuestos en época anterior, ordenó que fueran reunidos y quemados en el foro todos los documentos falsos relativos a asuntos fiscales y moderó con nuevas disposiciones las leyes excesivamente rigurosas.

Finalmente murió mientras estaba en Panonia, de una repentina enfermedad.

16.

En el año 930 de la fundación de la ciudad Lucio Antonino Cómodo sucedió a su padre en el trono, en decimoquinto lugar tras Augusto, y permaneció en él durante trece años. Guerreó con éxito contra los germanos. Pero, por lo demás, depravado total y vergonzosamente por el lujo y la obscenidad, se dedicó con mucha frecuencia a combatir en el circo con armas de gladiador y a enfrentarse frecuentemente a las fieras en el anfiteatro; ejecutó incluso a muchos senadores, sobre todo a aquellos que veía sobresalir en nobleza y en talento. Los pecados del rey los paga la ciudad. En efecto, en el Capitolio cayó un rayo, a causa del cual se produjo un incendio que quemó en rápido movimiento aquella famosa biblioteca construida con el cuidado y el interés de los antepasados, y otros edificios que estaban cerca. Posteriormente, otro incendio que a continuación se produjo en Roma, arrasó el templo de Vesta, el Palacio del César y gran parte de la ciudad. Cómodo, que era incómodo para todos, murió estrangulado, según se cuenta, en la casa de Vestiliano; se le considera, incluso todavía cuando estaba vivo, como enemigo del género humano.

Tras él, el Senado nombró emperador, el decimosexto tras Augusto, al anciano Helvio Pértinax. Éste, a los seis meses de haber subido al trono, fue asesinado en su palacio por la criminal intervención del jurisperito Juliano. Juliano, tras asesinar a Pértinax, se apoderó del reino, pero, después, a los siete meses de haber comenzado su reinado, fue vencido y ejecutado en una lucha civil por Severo junto al puente Mulvio.

De esta forma, los reinados de Pértinax y Juliano duraron juntos un solo año.

17.

En el año 944 de la fundación de la ciudad, Severo, africano de la ciudad tripolitana de Leptis, que quiso llamarse Pértinax a partir del nombre del emperador de cuya muerte se había tomado justa venganza, se apoderó, en decimoséptimo lugar tras Augusto, del trono que estaba vacío; y lo conservó durante dieciocho años. Cruel por naturaleza y curtido además en los muchos y continuos combates, dirigió el Estado con mucha dureza, sí, pero con mucho esfuerzo también. Venció y ejecutó en Cícico a Pescenio Nigro, quien había intentado usurpar el mando del Imperio en Egipto y Siria. Reprimió con las armas a los judíos y samaritas que intentaban rebelarse. Derrotó a los partos, árabes y adiabenos. Atormentó a los cristianos en la quinta persecución después de Nerón; y muchos santos merecieron la corona del martirio a lo largo de distintas provincias. Este sacrílego ataque de Severo contra los cristianos y la Iglesia de Dios mereció el castigo divino, que vino inmediatamente. Severo, en efecto, es atraído, o mejor, arrastrado desde Siria a la Galia a una tercera guerra civil; tercera porque ya había protagonizado una en Roma contra Juliano y otra en Siria contra Pescenio; la tercera la provocaba Clodio Albino, aliado de Juliano en el asesinato de Pértinax, que se había nombrado a sí mismo César en la Galia. En esta guerra se derramó, por un lado y por otro, gran cantidad de

sangre romana. Albino, sin embargo, fue derrotado y muerto en Lugduno. El vencedor, Severo, se ve arrastrado a los territorios de Britania por cuanto casi todos los aliados se habían rebelado. Allí, tras recuperar una parte de la isla en importantes, duros y frecuentes combates, decidió separar esta parte de los demás pueblos no sometidos mediante una empalizada. Para ello construyó, de mar a mar, a lo largo de ciento treinta y dos millas, una fosa y una resistente empalizada, defendida además por numerosas torres. Allí mismo, afectado por una enfermedad, murió en la ciudad de Eboraco. Dejó dos hijos, Basiano y Geta: de ellos, Geta, considerado como enemigo público, murió, y Basiano, apropiándose del trono, se aseguró en el con el sobrenombre de Antonino.

18.

En el año 962 de la fundación de la ciudad se apoderó del trono, en décimo octavo lugar tras Augusto, Aurelio Antonino Basiano, conocido también como Caracalla, y se mantuvo en él durante siete años no completos. Llevó una vida más cruel que su padre y más intemperante en placeres que ningún hombre; hasta el punto de que se casó incluso con su madrastra Julia. Mientras se ocupaba de una guerra contra los partos, fue rodeado y matado por los enemigos entre Edesa y Carras.

Tras el subió al trono, en decimonono lugar después de Augusto, Ofilo Macrino, que era prefecto del pretorio,

juntamente con su hijo Diadumeno; pero, nada más pasar un año, fue ejecutado en Arquelaide en un tumulto militar.

En el año 970 de la fundación de la ciudad subió al trono, en vigésimo lugar tras Augusto, Marco Aurelio Antonino, conservándolo durante cuatro años. Este emperador, sacerdote del templo de Heliogábalo, no dejó ningún otro recuerdo que el considerablemente vergonzoso de sus estupro, crímenes y obscenidades de todo tipo. Fue asesinado en Roma, juntamente con su madre, al producirse un tumulto militar.

En el año 974 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, por voluntad del Senado y del ejército, Aurelio Alejandro en vigésimo primer lugar después de Augusto; durante trece años gozó de una digna reputación de equidad. Su madre Mamea, cristiana, se preocupó de recibir instrucción del presbítero Orígenes. Y es que inmediatamente de subir al trono dirigió una expedición contra los persas derrotando en singular batalla a su rey Jerjes; con el asesoramiento de Ulpiano dio pruebas, en favor del Estado, de un gran dominio de sí mismo.

Pero perdió la vida en Mogontiacó durante una revuelta militar.

19.

En el año 987 de la fundación de la ciudad, el ejército, después de haber llevado a feliz término una campaña militar en Germania, nombró emperador, en contra de la voluntad del Senado, a Maximino, el vigésimo segundo después de Augusto,

éste llevó a cabo, en sexto lugar tras Nerón, una persecución contra los cristianos. Pero inmediatamente después, en concreto en el año tercero de su reinado, su asesinato, llevado a cabo por Pupieno en Aquileya, puso fin a la persecución y a su vida. Este emperador, por odio a la familia cristiana de su antecesor Alejandro y de la madre de este, Mamea, o quizá sobre todo por odio al presbítero Orígenes, había dirigido la persecución contra los sacerdotes y clérigos, es decir, contra los maestros de la doctrina.

En el año 991 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador Gordiano en vigésimotercer lugar tras Augusto y permaneció en el trono durante seis años. Y es que los usurpadores Pupieno, el asesino de Maximino, y su hermano Balbino fueron inmediatamente eliminados en el Palacio. Gordiano, todavía niño, abrió las puertas del templo de Jano, según el testimonio de Eutropio, con la intención de marchar a una guerra contra los partos; en lo que se refiere a estas puertas, no recuerdo yo que ningún autor haya dicho si, tras Vespasiano y Tito, las cerró alguien; lo que sí está claro, sin embargo, es que Cornelio Tácito señala que fueron abiertas por Vespasiano después del primer año de, su reinado. Pues bien, Gordiano, tras llevar a cabo felizmente importantes combates contra los partos, fue traídoramente muerto por sus propios hombres no lejos de Circeso, junto al Eúfrates.

En el año 997 de la fundación de la ciudad, Filipo, nombrado emperador en vigesimocuarto lugar tras Augusto, asoció al trono a su hijo Filipo y permaneció en él durante siete años. Éste fue el primer emperador cristiano y, tras el tercer año de su reinado, se cumplió el año mil de la fundación de Roma. De esta forma, este aniversario, el más majestuoso de todos los pasados, fue celebrado con magníficos juegos por un emperador cristiano. Y no hay duda de que Filipo ofreció los favores y honores de esta tan gran conmemoración a Cristo y a su Iglesia, por cuanto ningún autor transmite que haya habido una procesión al Capitolio ni que se hayan inmolado víctimas según la costumbre.

Ambos sin embargo fueron asesinados, aunque en distintos lugares, traicionados por Decio en un motín militar.

21.

En el año 1004 de la fundación de la ciudad, Decio, provocador y moderador de la guerra civil, tras asesinar a los Filipos, se apoderó del trono en vigesimoquinto lugar tras Augusto, y lo conservó durante tres años. Inmediatamente después —en lo cual demostró que había matado a los Filipos también por esto— promulgó, el séptimo después de Nerón, crueles edictos para la persecución y muerte de los cristianos; envió así a muchos santos, desde las cruces, a la recepción de la corona de Cristo. Eligió como César a su hijo, con el cual encontró inmediatamente después la muerte acorralado por los bárbaros.

En el año 1007 de la fundación de la ciudad, Galo Hostiliano, vigesimosexto emperador tras Augusto, consiguió el trono, conservándolo apenas dos años en compañía de su hijo Volusiano. Aparece la venganza por la violación del nombre de Cristo y, a dondequiera que llegaron los edictos de Decio para la persecución de las comunidades cristianas, allí se extiende la peste de increíbles enfermedades: no hubo casi ninguna provincia romana, ninguna ciudad, ninguna casa, que no fuesen atacadas ni diezmadas por aquella general epidemia. Galo y Volusiano, conocidos sólo por esta desgracia, perdieron la vida mientras emprenden una guerra civil contra Emiliano, que tramaba una revolución.

Emiliano, por su parte, fue asesinado al tercer mes de haber usurpado el trono.

22.

En el año 1010 de la fundación de la ciudad fueron nombrados, en vigésimo séptimo lugar tras Augusto, dos emperadores: Valeriano es proclamado Augusto en Retia por su ejército, mientras que en Roma es nombrado César por el senado Galieno; Galieno permaneció tristemente en el trono durante quince años, cuando el género humano se veía ya un poco aliviado de aquella epidemia desacostumbradamente larga y cruel. Los malos, olvidadizos, provocan su propio castigo; y es que los impíos sienten ciertamente los azotes, cuando son atormentados, pero, obstinados, no saben por quién son flagelados. Por no hablar de persecuciones anteriores, tras

producirse la persecución de Decio contra los cristianos, una gran epidemia azotó a todo el Imperio. Los malvados son falsos para consigo mismos, ya que, para su propia perdición, se engañaron con la falsa creencia de que la peste era de común incidencia y de que la muerte provocada por la enfermedad era un fin natural y no un castigo. Como consecuencia, de nuevo y en breve tiempo, provocan con sus impías acciones la ira de Dios para recibir así un castigo del que se ven obligados a acordarse durante algún tiempo. Y es que Valeriano, en cuanto se hizo con el poder, ordenó, en octavo lugar tras Nerón, que los cristianos fueran arrastrados con tormentos a la idolatría y que fueran ejecutados los que se negasen, derramando sangre de santos a todo lo largo del Imperio Romano. Inmediatamente después, Valeriano, autor de ese cruel edicto, fue capturado por el rey persa Sapor y envejeció, emperador del pueblo romano, en vergonzosa servidumbre entre los persas, ya que fue condenado, mientras vivió, a este continuo castigo: a levantar al rey, inclinándose en tierra, y no con la mano sino con la espalda, siempre que éste se disponía a subir a su caballo. Y Galieno, aterrizado por tan manifiesto juicio divino y asustado ante el triste ejemplo de su colega, devolvió la paz, en angustiosa reparación, a las comunidades cristianas.

Pero la cautividad de un solo impío, aunque sea perpetua y sobremanera abominable, no iguala, si se tienen en cuenta tantos miles de santos atormentados, la medida de la injuria y de la venganza; y la sangre de los justos, que clama a Dios, pide ser vengada en la misma tierra en que ha sido derramada. Y es que no se exigía solamente, en justo juicio, el castigo del autor

del edicto, sino que era también de justicia que fueran alcanzados por el mismo castigo de la venganza los ejecutores materiales, los delatores, los acusadores, los espectadores y jueces y finalmente todos los que asentían a tan injusta crueldad aunque sin manifestar su voluntad —y es que Dios conoce todos los secretos—, la mayor parte de los cuales se extendía por todas las provincias.

De repente, con el consentimiento de Dios, se sueltan por todas partes los pueblos que habían sido convenientemente colocados y puestos alrededor de las fronteras del Imperio y, rotos los frenos, se lanzan contra todos los territorios romanos. Los germanos, tras atravesar los Alpes, Retia y toda Italia, llegan hasta Rávena; los alamanos, en su expedición a las Galias, pasan también a Italia; Grecia, Macedonia, el Ponto y Asia son destruidas por una invasión de godos; y en lo que respecta a la Dacia de más allá del Danubio, se pierde para siempre; los cuados y sármatas asolan los territorios de Panonia; los germanos de los territorios mas lejanos barren y se apoderan de Hispania; los partos toman Mesopotamia y arrasan Siria; quedan todavía por las distintas provincias, entre las ruinas de las grandes ciudades, pequeños y míseros lugares que conservan señales de sus desgracias y el recuerdo de su nombre; entre ellas, incluso en Hispania recuerdo yo ahora, para consuelo de mi reciente desgracia, a nuestra Tarragona.

Y para que no escapase de este despedazamiento ninguna parte del cuerpo romano, en el interior conspiran los usurpadores, resurgen las guerras civiles, se derrama por todas partes gran cantidad de sangre romana en la cruel lucha entre

romanos y bárbaros; pero en seguida la ira de Dios se convierte en misericordia y en lo que se refiere a la venganza por él iniciada debe ser considerada total sólo en apariencia, no como auténtico castigo. Los hechos fueron estos: fue Genuo, que había asumido la púrpura imperial, el primero que fue asesinado en Mirsa. En la Galia usurpa el trono Póstumo, con gran suerte sin duda para el Estado, ya que haciendo uso durante diez años de extraordinario valor y moderación, rechazó el dominio de los enemigos y devolvió a su antiguo Estado las provincias que se habían perdido. Fue, sin embargo, asesinado en una sedición militar. Emiliano fue aniquilado en Mogontiacum cuando tramaba una rebelión. Tras la muerte de Póstumo usurpó allí mismo el mando Mario; pero fue inmediatamente asesinado. Posteriormente es nombrado emperador Victorino por iniciativa de los galos; y poco después es eliminado. A éste le sucedió Tétrico, que entonces desempeñaba en la Galia el cargo de gobernador de Aquitania. Tuvo que soportar muchas sediciones de los soldados.

En Oriente, por otro lado, un tal Odenato, tras reunir un ejército de campesinos, derrotó y rechazó a los persas, defendió Siria, recuperó Mesopotamia; y aquellos campesinos sirios, bajo el mando de su Odenato, llegaron hasta Ctesifonte sin conocer la derrota.

Galieno por su parte, tras haber abandonado los asuntos del Estado y haberse entregado en Milán a los placeres, fue asesinado.

23.

En el año 1025 de la fundación de la ciudad sube al trono, por deseo del Senado, Claudio, vigésimo octavo emperador, e inmediatamente, atacando militarmente a los godos que desde hacia ya quince años asolaban el Ilírico y Macedonia, los aniquiló en increíble carnicería. El Senado le concedió por decreto un escudo de oro que fue colocado en la curia y una estatua, también de oro, en el Capitolio. Pero en seguida murió en Sirmio por enfermedad, cuando todavía no había cumplido dos años de reinado.

Tras la muerte de Claudio, el ejército elige como emperador a su hermano Quintilo, hombre en verdad de una medida sin par y el único que debe ser colocado delante de su hermano. Fue asesinado al decimoséptimo día de su mandato.

En el año 1027 de la fundación de la ciudad consiguió el trono Aureliano, vigesimonono emperador, conservándolo durante cinco años y seis meses; era un hombre sobresaliente en técnica militar. Emprendiendo una campaña hacia el Danubio, derrotó a los godos en importantes combates y estableció el dominio romano en las fronteras antiguas. Girando desde allí hacia Oriente sometió, más por el terror que ella tenía al combate que en un auténtico combate, a Zenobia, la cual, tras la muerte de su marido Odenato, reivindicaba para sí la recuperación de Siria. Derrotó sin ningún esfuerzo a Tétrico, quien no podía de ninguna forma sujetar las sediciones de sus soldados en la Galia, quien escribía incluso *Arráncame, tú*

invicto, de estos males, y que por ello se convirtió en traidor de su propio ejército.

De esta forma celebró con gran gloria el triunfo como reconquistador del Oriente y del Norte del Imperio. Rodeó la ciudad de Roma con muros de gran fortaleza. Finalmente, al decretar, en noveno lugar tras Nerón, que se hiciera una persecución contra los cristianos, cayó ante él un rayo con gran consternación de los que estaban a su lado y no mucho después fue asesinado en un viaje.

24.

En el año 1032 de la fundación de la ciudad consiguió el trono Tácito, trigésimo emperador, siendo asesinado seis meses después en el Ponto. Su sucesor Florianio, que tuvo igual suerte en el reinado, fue asesinado en Tarso a los tres meses.

En el año 1033 de la fundación de la ciudad alcanzó el poder Probo, trigésimo primer emperador, conservándolo durante seis años y cuatro meses. Logró, eliminando por fin en muchos y duros combates a sus enemigos, liberar totalmente las Galias, que desde hacía tiempo estaban ocupadas por los bárbaros. Posteriormente protagonizó dos guerras civiles, derramándose sin duda gran cantidad de sangre: una en Oriente, en la que derrotó y capturó a Saturnino, que había usurpado el poder; y en la otra aniquiló, tras derrotarlos en singulares combates en Agripina, a Próculo y Bonoso. Y él mismo fue ejecutado en un tumulto militar en Sirmio, mientras se escondía en una torre de hierro.

En el año 1039 de la fundación de la ciudad subió al trono Caro Narbonense, trigésimo segundo emperador, y lo conservó durante dos años. Éste, tras haber nombrado a sus hijos Carino y Numeriano colegas suyos en el Imperio, y después de haber tomado en una guerra contra los partos las dos ciudades mas famosas de los mismos, Coques y Ctesifonte, murió junto al Tigris abatido por un rayo en el campamento.

Numeriano, que acompañó a su padre en la expedición, fue traidoramente asesinado a su regreso por su suegro Apro.

25.

En el año 1041 de la fundación de la ciudad el ejército elige emperador, el trigésimo tercero, a Diocleciano, que se mantuvo durante veinte años; y en cuanto tuvo en sus manos las riendas del poder, mató personalmente a Apro, asesino de Numeriano. Posteriormente, en una difícil guerra y con no poco esfuerzo, derrotó a Carino, el cual, puesto como César por Caro en Dalmacia, se comportaba de una forma vergonzosa. A continuación, al ver que Amando y Eliano, tras reunir un ejército de campesinos, a los que llamaban *Bacaudas*, provocaban peligrosos levantamientos en la Galia, nombró César a Maximiano, de sobrenombre Herculio, y le envió a las Galias; éste, que era buen técnico militar, organizó fácilmente aquel grupo inexperto y desordenado de campesinos. Posteriormente, un tal Carausio, hombre sin duda de baja condición social, pero hábil a la hora de pensar y de actuar, que había sido encargado de vigilar las costas del océano assoladas

entonces por francos y sajones y que actuaba más en detrimento que en provecho del Estado, ya que no restituía a sus dueños el botín arrancado a los ladrones, sino que se quedaba él con ello, infundió sospechas al permitir incluso, con ladina negligencia, la entrada en su territorio a los ladrones; por ello, Maximiano ordenó que fuera eliminado, y él usurpó la púrpura imperial y ocupó los territorios de Britania.

Sucedió, pues, que, a lo largo de todas las fronteras del Imperio, estallaron los estruendos de repentinos disturbios: Carausio se rebela en las Britanias, Aquileo en Egipto, mientras que los quinquegentianos devastaban África; e incluso Narseo, rey de los persas, agobiaba con guerras el Oriente.

Diocleciano, asustado ante el peligro de la situación, convirtió a Maximiano Herculio de César en Augusto y nombró Césares a Constancio y Maximiano Galerio. Constancio tomó como esposa a Teodora, hijastra de Maximiano Herculio, de la cual tuvo seis hijos que serían hermanos de Constantino. Carausio, tras reclamar y retener valerosamente durante siete años Britania, fue finalmente traicionado y asesinado por su aliado Alecto. Alecto conserva después durante tres años la isla que había arrebatado a Carausio. Alecto, a su vez, fue derrotado por Asclepiodoto, prefecto del pretorio, el cual, diez años después, recuperó por fin Britania.

El César Constancio, por su parte, a duras penas pudo escapar el mismo en una derrota sufrida por su ejército en el primer enfrentamiento con los alamanos en la Galia. En un

segundo combate, sin embargo, se obtuvo una victoria bastante favorable: en pocas horas, en efecto, murieron, según dicen, sesenta mil alamanos.

El Augusto Maximiano, por otro lado, sometió a los quinquegentianos en África.

Y más tarde, Diocleciano capturó y ejecutó a Aquileo, al que tuvo asediado durante ocho meses en Alejandría. Pero, aprovechándose desmesuradamente de la victoria, sometió a saqueo a Alejandría y profanó a todo Egipto con proscripciones y asesinatos.

Después de esto, Galerio Maximiano, quien, tras haberse enfrentado ya en dos combates contra Narseo, entabló un tercero y fue derrotado entre Galinico y Carras, se refugia junto a Diocleciano una vez perdidas sus tropas. Diocleciano le recibe con gran arrogancia, hasta el punto de que se dice que, a lo largo de algunas millas, tuvo que correr, a pesar de vestir púrpura, delante del carro de Diocleciano. Pero esta afrenta le sirvió como piedra de toque a partir de la cual giró hacia la valentía; y gracias a esta valentía rechazó los hábitos viciosos del fasto real, y puso a punto la agudeza de su inteligencia. Como consecuencia, reunió después tropas de todas partes a lo largo del Ilírico y de Mesia y, volviendo apresuradamente contra el enemigo, derrotó a Narseo apoyándose en buena estrategia y en considerables tropas. Desaparecido el ejército persa y puesto en fuga Narseo, entró en su campamento, hizo prisioneros a sus mujeres, hermanas e hijos, saqueó el inmenso caudal del tesoro persa, y llevó como cautivos a muchos nobles

persas. A su vuelta a Mesopotamia fue recibido con gran honor por Diocleciano.

Posteriormente, estos mismos, al frente del ejército, lograron éxitos militares frente a los carpos y basternas. Vencieron luego a los sármatas, cuya abundante muchedumbre de cautivos la repartieron por las guarniciones de las fronteras del Imperio romano.

Entretanto Diocleciano en Oriente y Maximiano Herculio en Occidente ordenaron, en décimo lugar tras Nerón, asolar las iglesias y destruir y ejecutar a los cristianos; esta persecución fue más larga y cruel que casi todas las llevadas anteriormente a cabo, ya que, durante diez años, se alimentó incesantemente de incendios de iglesias, de proscripciones de inocentes, y de matanzas de mártires. Hubo después un terremoto en Siria, a causa del cual se derrumbaron en Tiro y Sidón todas las casas una por una y quedaron enterrados muchos miles de hombres. En el segundo año de la persecución Diocleciano exigió a Maximiano, en contra de la voluntad de éste, el abandono simultaneo de la púrpura y del imperio y el pasar la vejez en privada tranquilidad después de que gente más joven les hubiese sustituido en el gobierno. De esta forma abandonaron al mismo tiempo el poder y el culto imperial, Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milán.

Los Augustos Galerio y Constancio fueron los primeros que dividieron el Imperio Romano en dos partes: a Galerio Maximiano le correspondió el Ilírico, Asia y Oriente, y a Constancio Italia, África y las Galias. Pero Constancio, que era

un hombre apacible, se contentó sólo con la Galia [e Hispania] y cedió a Galerio las demás partes. Galerio elige dos Césares: Maximino, a quien puso en Oriente, y Severo, al que entregó Italia, quedándose el en el Ilírico. El Augusto Constancio, a su vez, hombre de extraordinaria mansedumbre y dignidad en los asuntos de gobierno, encontró la muerte en Britania. Y dejó nombrado emperador de las Galias a su hijo Constantino, nacido de la concubina Helena.

26.

En el año 1061 de la fundación de la ciudad, Constantino, trigésimo cuarto emperador, recibió las riendas del Imperio de su padre Constancio, riendas que conservó felizmente durante treinta y un años.

He aquí que ahora, de pronto, se sale al encuentro mío y se salta sobre mí en una especie de danza: «¡Ea!, me dicen, por fin has caído, después de esperarlo mucho tiempo, en nuestra trampa. Aquí esperábamos que vinieras a parar, aquí te aplastamos una vez que has caído, aquí te tenemos confundido. Hasta ahora te hemos aguantado cuando de una manera en cierta forma ingeniosa y astuta relacionabas los cambios fortuitos de los tiempos con venganzas de los cristianos. Y durante todo ese tiempo, nosotros, asustados ciertamente ante la apariencia de verosimilitud —y es que somos desconocedores de los secretos divinos— palidecimos de temor. Pero ahora nuestro Maximiano ha descubierto toda la comedia de tu falsa historia y, cual columna inexpugnable, ha

hecho brillar la antigüedad de nuestra religión. Durante diez años han sido destruidas vuestras iglesias, como tú mismo confiesas; a lo largo de todo el orbe han sido despedazados con torturas y agotados por la muerte los cristianos. Tú mismo eres para nosotros la prueba de que ninguna otra persecución anterior fue tan cruel y tan larga. Y sin embargo, he aquí que en esta época hay tranquila prosperidad y, en medio de ella, está también la inusitada felicidad de los propios emperadores que han protagonizado estas persecuciones: nada de hambre en el interior, nada de peste, nada de guerras en el exterior salvo las voluntariamente provocadas, las cuales sólo pueden ser un ejercicio para las fuerzas, no un peligro; ha sucedido además algo hasta ahora desconocido para el género humano: el condescendiente consorcio y extraordinaria concordia de muchos reyes al mismo tiempo, junto con la existencia de un poder común que, antes nunca, pero ahora sí mira por el bien común. Y además algo de lo que hasta ahora tampoco hay noticias entre los mortales: aquellos emperadores, realmente grandes, y perseguidores, se convirtieron, tras abandonar el poder y aceptar una vida tranquila, en personas privadas, cosa que los hombres lo consideran como el bien más feliz y más grande de una vida justa; y esto lo consiguieron los autores de la persecución como un premio en un momento en que la persecución, enconada, se endurecía, estando todavía en la mitad de lo que iba a ser su duración, por todo el orbe. O ¿acaso afirmas también que esta felicidad fue un castigo para esa época y pretendes que nos aterroricemos también por ello?»

A éstos podría humildemente responderles que yo, armado con la enorme preocupación que arranca de mi amor paternal, lo que pretendo es hacer advertencias sobre peligros ciertos y no aterrorizar con falsos peligros. Diez persecuciones ha sufrido la Iglesia de Cristo desde Nerón hasta Maximiano; nueve venganzas, como yo las he calificado, o calamidades, como ellos mismos no niegan, siguieron inmediatamente después. Y no quiero discutir ya más si debe considerarse que han sido castigos merecidos o cambios fortuitos; sin embargo, lo que aceptamos ellos y yo es que fueron desastres. En la décima, estos pobres y ciegos enemigos, que no ven que ésta ha sido para ellos tanto más grave cuanto menos comprendida, piensan que Dios ha vacilado. Y es que el impío es flagelado y no se da cuenta. Pero cuando ello quede claro, ellos, aunque de mala gana, tendrán que confesar ante la evidencia de los hechos que las heridas, por las cuales todavía ahora se duelen y se duelen tanto que incluso dan gritos y nos empujan a nosotros, que nos preocupamos por la forma de hacerlos callar, a gritar también, no son sino consecuencia del enorme castigo que mereció la persecución de Maximiano.

27.

En el libro I expuse que Pompeyo Trogo y Cornelio Tácito habían mencionado, aunque en verdad que no con detalle — nuestro Moisés, sin embargo, hombre digno de crédito según el testimonio de ellos mismos, lo contó con fidelidad y detalle— que los egipcios y su rey fueron azotados por diez durísimas

plagas cuando, en su obcecación por impedir la religión del pueblo de Dios, hicieron volver a los trabajos del barro y de la paja a ese pueblo que intentaba y estaba dispuesto a servir a su Dios. Y que después, aplacados por la violencia de los desastres, no sólo le forzaron en su rápida huida sino que incluso le cargaron con sus propios vasos de plata y de oro. Y que luego, olvidados de sus plagas y deseosos de un botín que no les pertenecía, y arrastrados también por el odio a una religión extranjera, murieron absolutamente todos, tragados en último término por el mar Rojo, cuando perseguían ansiosamente a inocentes.

Yo refiero y recuerdo ahora esto, aunque mis enemigos no lo van a aceptar como verdad revelada, pero sí lo tendrán que aceptar como probado por sus resultados, porque estos hechos sucedieron como un avance de lo que nos iba a pasar a nosotros. Uno y otro pueblo son de un solo Dios; única es la causa de uno y otro pueblo. La comunidad de los israelitas estuvo sometida a los egipcios, la iglesia de los cristianos está sometida a los romanos. Los egipcios fueron perseguidores; también los romanos lo son. Allí hubo diez negativas a Moisés; aquí diez edictos contra Cristo. Varias plagas conocieron entonces los egipcios; varias calamidades han conocido ahora los romanos. Intentaré comparar entre sí los propios desastres, en la medida, sin embargo, en que las distintas formas aparentes pueden ser comparadas:

En Egipto el primer castigo consistió en que gran cantidad de sangre manó de los pozos y corrió por los ríos; aquí, en época de Nerón, la primera plaga consistió en que por todas

partes había sangre de muertos, sangre ya corrompida en la ciudad por las enfermedades ya derramada en el orbe por las guerras. En Egipto, la segunda plaga se manifestó en forma de ranas que, croando y saltando en los lugares más recónditos, causaron entre los habitantes la falta casi total de alimentos y el exilio; aquí, en época de Domiciano, el segundo castigo mostró igualmente cómo casi todos los ciudadanos romanos se vieron reducidos a la escasez y dispersados por el destierro a causa del malvado y desenfrenado ir y venir de los guardias y soldados que cumplían órdenes del cruel príncipe. En Egipto, el tercer castigo trajo consigo mosquitos, es decir, moscas pequeñísimas y crueles, como las que, apiñadas muchas veces por lugares sucios en montones vibratorios en medio del verano, suelen moverse en un vuelo sonoro e introducirse con crueles mordiscos entre los cabellos de los hombres y las crines de los animales; aquí de nuevo, en época de Trajano, la tercera plaga soliviantó a los judíos, los cuales, a pesar de que hasta este momento habían permanecido, dispersos por todo el mundo, hasta tal punto tranquilos que daba la impresión de que no existían, se levantaron ahora con repentino furor lanzándose cruelmente por todo el orbe contra aquellos mismos en cuya compañía vivían; y ello sin contar los enormes destrozos producidos en muchas ciudades que fueron arrasadas en esta época por frecuentes terremotos.

En Egipto, durante la cuarta plaga, aparecieron tábanos, auténticos pupilos de la podredumbre y productores de gusanos; aquí, en época de Marco Antonino, hubo también una cuarta plaga; una peste, que se extendió por muchas provincias,

fue la causante de que toda Italia, juntamente con la ciudad de Roma, y el ejército romano al que, repartido por lugares lejanos y distintos cuarteles de invierno, le hacía falta ya muy poco para fenecer, terminaran por ser pasto de la podredumbre y de los gusanos. En Egipto, el quinto castigo se cumplió con la repentina muerte de animales domésticos y de carga; aquí también, en la quinta venganza divina, en época del perseguidor Severo, fueron diezmadas por las fortísimas guerras civiles las entrañas y la vida propia del Estado, es decir los pueblos de las provincias y las legiones de soldados. En Egipto, el sexto tormento produjo tumores que hervían y pústulas eruptivas; aquí, en Roma, hubo también un sexto castigo, que tuvo lugar tras la persecución de Maximino, quien había mandado atormentar, prescindiendo del pueblo llano, a los obispos y clérigos sobre todo, es decir a los líderes de las iglesias: este castigo consistió en una creciente ira y envidia que suspiraron con frecuencia no por la muerte del pueblo llano, sino porque fueran perseguidos y muertos los emperadores y poderosos. En Egipto se enumera una séptima plaga: granizo producido por condensación del aire, que produjo la muerte de hombres, animales y cosechas; igualmente aquí hubo una séptima plaga en época de Galo y Volusiano, que habían sucedido al perseguidor Decio tras la muerte de este: se extendió una peste que corrompió el aire, la cual, a lo largo de todos los territorios del Imperio Romano desde Oriente a Occidente, no sólo produjo la muerte de casi todos los hombres y animales, sino que sobre todo *ensució los lagos e infestó los pastos con sangre corrompida* (Virgilio).

En Egipto, el octavo castigo lo protagonizaron langostas que se levantaron por todas partes y que agarraban, trillaban y tapaban todo; igualmente aquí, pueblos soliviantados por todas partes, que barrieron todas las provincias con matanzas e incendios, se levantaron para traer la octava destrucción del mundo romano. En Egipto la novena plaga consistió en duraderas, espesas y casi palpables nieblas; fue una plaga que amenazó más peligro del que en realidad produjo; aquí también hubo una novena plaga, cuando, ante Aureliano, mientras firmaba el decreto de persecución, cayó a sus pies, en funestos remolinos, un terrible y siniestro rayo que mostró cuál sería el poder de vengador tan grande —si es que este no se dejaba llevar por su clemencia y paciencia—, en el momento en que se decidiese a hacer cumplir la auténtica venganza; y la verdad es que en los seis meses siguientes perdieron la vida por diversas causas tres emperadores sucesivos: Aureliano, Tácito y Florianio. En Egipto, por fin, hubo una décima plaga, que fue también la última de todas: la muerte de todos los primogénitos; aquí también el décimo, es decir el último castigo, consiste en la caída de todos los ídolos, a los cuales, contruidos en época primitiva, ellos apreciaban sobremanera.

En Egipto el faraón conoció, probó y temió el poderío de Dios y por ello permitió marchar en libertad al pueblo de Dios; aquí el emperador ha conocido, ha probado y ha aceptado el poder de Dios y, por ello, ha permitido que el pueblo de Dios fuera libre. En el caso de Egipto, el pueblo de Dios nunca después volvió a la esclavitud; aquí, el pueblo de Dios nunca después ha sido arrastrado a la idolatría. En aquella ocasión, las

copas lujosas de los egipcios fueron entregadas a los hebreos; aquí, los más importantes templos de los paganos pasaron a ser iglesias de cristianos.

Pienso, ciertamente, como dije, que se debe poner en evidencia esto: que, de la misma forma que los egipcios intentaron perseguir a los hebreos, después de haberles dejado marchar tras las diez plagas, siendo ya eternamente destruidos por el mar, así también nosotros, que ahora peregrinamos con toda libertad, tenemos reservada una nueva persecución pagana, que sobrevendrá en cualquier momento, antes de que pasemos, llevando como guía y juez a nuestro Señor Jesucristo, el mar Rojo, es decir el fuego del juicio. Pero hasta entonces, los que representan el papel de los egipcios, tendrán, por un poco de tiempo, la facultad de endurecerse y perseguir, con el permiso de Dios, a los cristianos; sin embargo, esos mismos enemigos de Cristo, con su jefe el Anticristo, caerán en el estanque del fuego eterno, en el cual se cae sin verlo, debido a la tupida niebla que lo cubre, y alcanzarán la eterna perdición ardiendo en medio de suplicios que no acabarán nunca.

28.

Volviendo a los hechos, una vez que murió Constancio en Britania, fue nombrado emperador, como dije, Constantino, el primer emperador cristiano si exceptuamos a Filipo, el cual me parece a mí que fue colocado como emperador cristiano, precisamente en un espacio de muy pocos años, sólo para esto: para que el milenario de la fundación de Roma fuera dedicado

a Cristo y no a los ídolos. A partir de Constantino, sin embargo, hasta nuestros días, siempre han sido nombrados emperadores cristianos, a excepción de Juliano, a quien, según dicen, se le acabó su detestable vida mientras maquinaba acciones impías.

Este es el lento pero seguro castigo de los paganos; por él los cuerdos enloquecen; por él, los no heridos en su cuerpo, son heridos con pinchazos de su conciencia; por él, los que ríen, gimen; por él, los que viven, no viven; por él son atormentados en secreto aquellos a los que nadie persigue; por él han quedado ya muy pocos que no hayan sido castigados alguna vez por algún vengador. A aquellos perseguidores, sin embargo, que intentan no sólo jactarse, sino incluso brincar de júbilo por su impunidad, les señalaré el final que les espera.

Mientras Constantino se ocupaba activamente en las Galias de los asuntos del Estado, en Roma los soldados pretorianos nombraron como Augusto a Majencio, hijo de Herculio, que vivía en Lucania como persona privada. Maximiano Herculio, que de Augusto se había convertido ya en persona privada, y que era todavía un perseguidor de todo el mundo, aprovechando la oportunidad de la elección de su hijo, él, que en un primer momento había rechazado el poder, usurpó el trono. El Augusto Galerio envió a Roma con el ejército, contra Majencio, al César Severo. Mientras Severo asediaba la ciudad, fue abandonado y traicionado por sus soldados y, en la consiguiente huida, fue muerto en Rávena. Herculio Maximiano, perseguidor y usurpador después de haber sido Augusto, intentó despojar a su hijo, asentado ya en el trono, del vestido y poder real; pero asustado por los alborotos y

tumultos públicos de sus soldados, marchó a la Galia, para, por medio igualmente de intrigas, quitar el poder a su yerno Constantino. Pero sorprendido y traicionado por su hija y puesto posteriormente en fuga, fue alcanzado y eliminado en Marsella.

A continuación Galerio, muerto Severo, nombró emperador a Licinio. Y tras haber endurecido con edictos más crueles la persecución iniciada por Diocleciano y Maximiano y haber vaciado las provincias de todo tipo de personas durante diez años, se le corrompió el pecho por dentro y se le deshicieron las entrañas; y dado que, sobrepasando el horror de cualquiera desgracia humana, echaba incluso gusanos y sus médicos, que no podían aguantar ya más el hedor, morían frecuentemente por orden suya, un médico, sacando fuerzas de lo desesperado de la situación, le increpó diciéndole que su castigo era consecuencia de la ira de Dios y que, por consiguiente, no podía ser curado por médicos; entonces hizo volver a los cristianos de sus destierros enviando edictos por todas partes. Y él mismo, al no poder ya aguantar los dolores, se quitó violentamente la vida.

De esta forma, el Estado cayó entonces bajo el mando de cuatro nuevos príncipes: Constantino y Majencio, hijos de Augustos, y Licinio y Maximino, que no procedían de familias ilustres.

Constantino concedió la paz a las comunidades cristianas tras diez años de persecuciones. Posteriormente, estalló una guerra civil entre Constantino y Majencio. Majencio, tras

haber sido agotado en múltiples combates, fue finalmente derrotado y eliminado junto al puente Mulvio. Maximino, incitador y ejecutor cruel de una persecución contra los cristianos, murió en Tarso, mientras preparaba una guerra civil contra Licinio. Licinio, sacudido por una repentina rabia, mandó expulsar de su palacio a todos los cristianos. A continuación estalla una guerra entre el propio Licinio y Constantino. Constantino, en un primer momento, derrotó a Licinio, esposo de su hermana, en Panonia; posteriormente le acosó en Cibalas y, tras apoderarse de toda Grecia, sometió por fin a Licinio, quien, en sus frecuentes levantamientos y escaramuzas por tierra y por mar, había sido siempre rechazado. Y Constantino, recordando el caso de su suegro Herculio Maximiano, temiendo por ello que Licinio tomara de nuevo, para perdición del Estado, la púrpura que ya había depuesto, ordenó ejecutarle ya como ciudadano privado; y es que aunque habían desaparecido ya todos los representantes de la cruel persecución, también este hombre, que fue perseguidor en la medida que pudo mostrar su poder, merecía un castigo justo.

Los hijos de Constantino, Crispo y Constantino, y el joven Licinio, hijo del Augusto Licinio, y nieto de la hermana de Constantino, fueron nombrados Césares.

En esta época, Arrio, un presbítero de la ciudad de Alejandría, apartándose de la verdad de la fe católica, fijó un dogma de funestas consecuencias para muchos. Pero tan pronto como se hizo famoso o fue difamado entre sus generalmente confundidos seguidores y detractores en

Alejandría, fue expulsado de la Iglesia por Alejandro, obispo entonces de la misma ciudad. Y dado que éste arrastró incluso a la sedición a las gentes a las que había llevado engañosamente al error, se reunió en Nicea, ciudad de Bitinia, una asamblea de trescientos dieciocho obispos, los cuales expusieron y reconocieron públicamente que el dogma de Arrio había sido encontrado, sin ningún género de dudas, como funesto y deplorable.

Pero en medio de estos sucesos, quedan oscurecidas las causas por las cuales el emperador Constantino volvió contra sus propios seres queridos la espada destinada a vengar y castigar a los impíos. Mató efectivamente a su hijo Crispo y a Licinio, el hijo de su hermana. Por otra parte, sometió a muchos pueblos en distintos combates. Fue el primero y el único de los soberanos romanos que fundó una ciudad con su propio nombre. Esta ciudad, la única exenta de ídolos, llegó en muy poco tiempo —por cuanto había sido fundada por el emperador cristiano— a tal extremo de gloria que con razón podía igualarse, ella sola, en hermosura y poderío, a Roma, que había crecido a lo largo de gran cantidad de siglos y gran cantidad de reveses.

Inmediatamente después, Constantino cambió, él el primero, el orden anterior en un nuevo orden justo y sagrado: ordenó en efecto que se cerraran los templos de los paganos sin ejecutar a ninguna persona.

A continuación destruyó, en las propias entrañas del territorio bárbaro, es decir en la región de los sármatas, a los

poderosos y numerosos pueblos de los godos. Eliminó a un tal Calocero, que pretendía una revolución en Chipre. En el treinta aniversario de su reinado eligió como César a Dalmacio.

Y mientras preparaba una guerra contra los persas murió en una residencia oficial en Nicomedia, dejando a sus hijos un Estado bien organizado.

29.

En el año 1092 de la fundación de la ciudad, Constancio, trigésimo quinto emperador, consiguió el trono en compañía de sus hermanos Constantino y Constante, conservándolo durante veinticuatro años. Entre los sucesores de Constantino estuvo también el César Dalmacio, hijo de su hermano; pero fue inmediatamente eliminado por un grupo faccioso de soldados.

Entretanto la maligna y continua persecución del diablo contra el Dios verdadero, persecución que, extendiendo las nieblas de la mentira, desde el comienzo del mundo hasta nuestros días aparta del auténtico camino de la fe y de la religión a los inseguros corazones de los hombres, una vez que —al utilizar los emperadores cristianos su poder real para mejores acciones— tuvo que dejar de perseguir a la Iglesia de Cristo con el celo de la idolatría, encontró una nueva forma de atacar, por medio de los mismos emperadores cristianos, a la Iglesia de Cristo. Efectivamente, Arrio, fundador de la nueva herejía, y todos sus otros discípulos encontraron un pronto y fácil acceso a la amistad del emperador Constancio. Se le

convence a Constancio de que existen distintos grados en Dios, y este emperador, que había salido del error de la idolatría por la puerta verdadera, vuelve de nuevo al seno de la misma por una especie de puerta falsa, al buscar distintos dioses en el único Dios. La consecuencia es que su deshonorado poder se arma de maligno celo y, con la excusa de realizar acciones santas, se pone en movimiento una violenta persecución. Se discute la elección de un nuevo nombre: si la Iglesia debe ser llamada arriana más que católica. Como consecuencia, tiene lugar un horrible terremoto que arrasó muchas ciudades de Oriente. Constantino, al enfrentarse con incauta soberbia a los peligros de la guerra que hacía a su hermano Constante, perdió la vida a manos de los generales de éste. Constante luchó con poco éxito en nueve combates contra los persas y Sapor, que había devastado Mesopotamia. Por último, obligado por la sublevación e indisciplina de sus soldados a entablar combate por la noche, perdió la victoria que ya tenía casi conseguida y encima fue derrotado. Posteriormente, tras haberse entregado a vicios intolerables y conseguir el favor de sus soldados a cambio de hacer daño a los habitantes de las provincias, murió traicionado por Magnencio en una fortaleza llamada Helena, en las proximidades de Hispania.

Toma, pues, el poder Magnencio en la ciudad de Augustoduno, poder que extendió inmediatamente por la Galia, África e Italia. En el Ilírico, sin embargo, los soldados nombraron como emperador a Vetranión, hombre ya muy anciano, sencillo y agradable a todo el mundo, pero que no había aprendido nunca ni siquiera los primeros rudimentos de

las letras. Y cuando este viejo emperador intentaba, la mayoría de las veces en contra de su voluntad, aprender el alfabeto y las silabas de las palabras, al obligarle a dejar el poder Constancio, quien ardiendo por vengar a su hermano se disponía entonces a hacer la guerra a Magnencio, abandonó al mismo tiempo el palacio y la escuela, rechazando la púrpura juntamente con las letras y contentándose con el descanso propio de un ciudadano privado.

En Roma se apoderó después del trono Nepotiano, hijo de la hermana de Constantino, apoyándose en un grupo de gladiadores; éste, dado que era un hombre malvado y, consiguientemente, odiado por todos, fue inmediatamente eliminado por los generales de Magnencio.

Tiene lugar a continuación aquella terrible batalla que enfrentó en la ciudad de Mursa a Constancio y Magnencio; la enorme pérdida de recursos romanos que tuvo lugar en esta batalla supuso una grave dificultad incluso para después. Magnencio, aunque vencido, logró sin embargo escapar y no mucho después se suicidó en Lugduno. También su hermano Decencio, a quien había puesto como César en las Galias, se quitó la vida ahorcándose en Senonas. Constancio elige inmediatamente como César a Galo, hijo de un tío paterno; pero, debido a su actuación cruel y tiránica, lo mandó ejecutar poco después de nombrarle. Y también a Silvano, ansioso promotor de una revolución en las Galias, procuró inmediatamente acorralarle y ejecutarle. Y, una vez muerto Silvano, envió a las Galias a Juliano, primo hermano suyo y hermano de Galo, a quien había nombrado César; y el César

Juliano con energía restauró el orden en las Galias que estaban destruidas y asoladas por el enemigo, puso en fuga con un pequeño ejército a una gran muchedumbre de alamanos y sujetó a su vez a los germanos a las orillas del Rin. Animado por estos éxitos usurpó el título de Augusto y, entrando a continuación en Italia y el Ilírico, privó a Constancio, que estaba ocupado en guerras contra los partos, de parte de su territorio. Constancio, enterado de la traición de Juliano, abandona la expedición contra los partos y, mientras regresa para iniciar una guerra civil, muere en el viaje entre Cilicia y Capadocia. De esta forma, este emperador, que tras romper la paz y la unidad de la fe católica había despedazado en una guerra, por así decir, civil los miembros de la Iglesia enfrentando a los cristianos contra los cristianos, empleó, cumplió y gastó todo el período de su agitado reinado y todo el tiempo penosísimo de su vida en guerras civiles provocadas incluso por sus allegados y parientes.

30.

En el año 1116 de la fundación de la ciudad, Juliano, que ya era César desde hacía tiempo, pero que se hizo ahora dueño de la situación como trigésimo sexto emperador tras Augusto, ostentó él solo el Poder durante un año y ocho meses. En sus ataques a la religión cristiana, llevados a cabo más con saña que con violencia, intentó que se negara la fe de Cristo y se volviera al culto de los ídolos, tratando más de provocar esta vuelta con honores que de conseguirla a la fuerza con tormentos. Lo que

sí hizo abiertamente sin embargo fue ordenar en un edicto que ningún cristiano fuese profesor de artes liberales. Pero, a pesar de ello, según sabemos por nuestros mayores, en todas partes casi todos los afectados por los términos de esta orden prefirieron perder su profesión antes que su fe. Juliano, a su vez, en los preparativos de la guerra contra los partos, durante los cuales reunió para su propia perdición —que ya estaba predestinada— fuerzas romanas traídas de todas partes, ofreció a sus dioses la sangre de los cristianos, prometiendo que perseguiría públicamente a las comunidades cristianas si lograba conseguir la victoria. Y, efectivamente, mando levantar en Jerusalén un anfiteatro, en el que, a su vuelta de los partos, pensaba arrojar entre las bestias, cuya fiereza sería deliberadamente provocada, a los obispos, monjes y todos los santos de este lugar, en tanto que él sería espectador del despedazamiento. Pues bien, tras haber iniciado la expedición en Ctesifonte, fue arrastrado por los engaños de un desertor al desierto; mientras su ejército moría aquejado por la violencia de la sed, por el ardor del sol y también por el esfuerzo que suponía andar sobre la arena, el emperador, mientras angustiado por una situación tan peligrosa erraba sin vigilancia por las amplitudes del desierto, murió asaltado por un jinete enemigo que le encontró y le atravesó con su lanza. De esta forma, Dios misericordioso desbarató las impías decisiones con la muerte del impío.

En el año 1117 de la fundación de la ciudad, Joviano, nombrado trigésimo séptimo emperador por el ejército en una situación crítica, al ver que, asediado por la dificultad de los lugares y rodeado por enemigos, no tenía posibilidades de alcanzar una oportunidad para huir, firmó con el rey persa Sapor un tratado, si bien poco digno en la opinión generalizada, sí sin embargo necesario: y es que, para sacar al ejército romano sano y salvo no sólo del ataque de los enemigos, sino también del peligro del lugar, cedió a los persas la ciudad de Nísibe y parte de la Mesopotamia Superior. Después, mientras hace el viaje por Galatia a su vuelta al Ilírico, se acostó en una habitación recién terminada; como consecuencia, a causa del calor de la lumbre y del vapor de las paredes recientemente pintadas de cal, se vio gravemente afectado por asfixia, muriendo al octavo mes de haber empezado a reinar.

32.

En el año 1118 de la fundación de la ciudad fue nombrado emperador, por un acuerdo de los soldados tomado en Nicea, Valentiniano, que sera el trigésimo octavo; y se mantuvo en el trono once años. Éste, que era cristiano, cuando en época del Augusto Juliano cumplía con absoluta fidelidad sus obligaciones militares como tribuno de la guardia de corps, le ordenó el sacrílego emperador o bien que inmolase a los ídolos o bien que abandonase la milicia; y él abandonó voluntariamente su profesión porque sabía que el juicio de

Dios es duro, pero sus promesas son mejores. De este modo, pasado un corto espacio de tiempo tras la muerte de Juliano y una vez muerto Joviano, el que había perdido el tribunado por el nombre de Cristo, fue colocado por Cristo en el lugar de su perseguidor, subiendo de esta forma al trono. Este emperador nombró después como colega suyo en el Imperio a su hermano Valente; eliminó después al usurpador Procopio y a muchos de sus satélites.

Un terremoto que afectó a todo el mundo batió también las aguas del mar agitándolas de tal forma que se dice que a lo largo de las tierras marítimas llanas desaparecieron muchas ciudades insulares abatidas y demolidas por las aguas que se derramaban sobre ellas.

Valente, bautizado y convencido por el obispo Eudoxio, que era un defensor del dogma arriano, cayó en una violenta herejía; pero durante largo tiempo, mientras se vio reprimido por la autoridad de su hermano todavía vivo, se abstuvo del error de una persecución y no puso su poder en manos de sus deseos. Y es que con relación a su hermano tenía muy en cuenta la violencia que éste podría manifestar a la hora de vengar un ultraje a su fe, cuando, siendo en otro tiempo soldado, dio pruebas de tanta constancia a la hora de retenerla.

En el año tercero del reinado de éstos, fue nombrado emperador Graciano, hijo de Valentiniano. En ese mismo año, en la zona de Atrebatas, cayó de las nubes lana auténtica mezclada con lluvia.

Por otro lado, Atanarico, rey de los godos, en una cruel persecución contra los cristianos que había entre sus gentes, elevó a la gloria del martirio a muchos bárbaros que murieron por su fe. Muchos de ellos, sin embargo, huyeron a territorio romano, no temerosos, como si huyeran hacia enemigos, sino llenos de confianza, por cuanto, al confesar al mismo Cristo, lo hacían hacia hermanos.

Valentiniano derrotó en propio territorio franco a los sajones, pueblo que habitaba en las costas del océano y en zonas pantanosas intransitables, terrible por su valor y agilidad y que pensaban hacer, con grandes preparativos, un peligroso ataque a territorio romano. Unos nuevos enemigos, de nombre también nuevo, los borgoñones, los cuales, según dicen, eran mas de ochenta mil personas armadas, se asentaron en la orilla del río Rin. Las Galias, en las cuales se asientan estos pueblos en una posesión que es usurpación, son todavía hoy testigos de que, distribuidos por campamentos en la época en que fue sometida en otro tiempo la Germania interior por Druso y Tiberio, los hijos adoptivos de César, han formado hoy un gran pueblo; y son también testigos de que, en estas circunstancias, han tomado incluso su nombre de una de sus ocupaciones, ya que a las sucesivas moradas colocadas a lo largo de la frontera, las llaman generalmente burgos; y son testigos también de que su ejército es enormemente poderoso y cruel. Sin embargo, por la providencia de Dios, todos ellos, convertidos recientemente al cristianismo, tras aceptar la fe católica y a nuestros clérigos, a los cuales obedecen, llevan una vida tranquila, sosegada e inofensiva y no, por así decir, en compañía de unos galos a los

que han sometido, sino con sus auténticos hermanos los cristianos.

Por otro lado, Valentiniano, en el año undécimo de su reinado murió en la fortaleza de Brigition asfixiado por un repentino derrame de sangre, que los griegos llaman apoplejía, mientras preparaba la guerra contra los sármatas que se habían extendido por Panonia y la asolaban.

Tras el, conservó el Imperio de Occidente su hijo Graciano, mientras que el tío paterno de éste, Valente, se quedaba en Oriente; nombró colega suyo en el Imperio a su hermano Valentiniano, todavía pequeño.

33.

En el año 1128 de la fundación de la ciudad, Valente, trigésimo nono emperador, conservó el poder durante cuatro años tras la muerte de Valentiniano, que era el único que hubiese podido hacerle enrojecer de vergüenza por sus impías actuaciones. Inmediatamente, como si se hubiera desenfrenado la audacia de su libertad, promulgo una ley según la cual debían ser obligados a la milicia los monjes, es decir aquellos cristianos que, dejando a un lado las distintas profesiones de las cosas del mundo, se habían dedicado, como única profesión, a la fe. Aquellas extensas zonas abandonadas y amplios desiertos de Egipto, no conocidos hasta ahora por los hombres a causa de la sed y aridez, además de la peligrosa abundancia de serpientes, habían sido ocupadas por una enorme multitud de monjes que habitaban en ellas. A ellas fueron enviados los tribunos y

soldados para arrancar a los santos y auténticos soldados de Dios bajo una nueva forma de persecución. Perdieron entonces la vida gran número de santos. Que mi propia decisión de no decir más sea suficiente insinuación de qué acciones se llevaron a cabo por las distintas provincias a causa de estas y otras órdenes semejantes contra las comunidades católicas y los pueblos que profesaban la verdadera fe.

Entretanto en África, Firmo, quien, tras soliviantar al pueblo de los mauros, se había nombrado a si mismo rey, asoló África y Mauritania; entregó como botín a los bárbaros la ciudad mauritana de Cesarea, tras tomarla por traición y llenarla después de matanzas e incendios. Por ello, Valentiniano envió allí al conde Teodosio, padre del Teodosio que después fue emperador; y éste derrotó en múltiples combates a los pueblos de los mauros, entre los que produjo una desbandada; y al propio Firmo, derrotándole y acosándole, le obligó a darse muerte. Posteriormente, tras haber dejado con probada prudencia a toda África juntamente con Mauritania en mejor situación que antes tenían, fue condenado a muerte, muerte que estimuló e insinuó la envidia; ante ello, decidió ser bautizado en Cartago para la remisión de sus pecados y después de haber conseguido el sacramento de Cristo que él había buscado, entregó voluntariamente su cuello al verdugo, seguro de conseguir, tras su gloriosa vida en este mundo, una vida también gloriosamente eterna.

Entretanto, el emperador Graciano, todavía joven, al contemplar la multitud, difícil de estimar, de enemigos que se había extendido por territorios romanos, se lanzó contra ellos,

confiado en el poder de Cristo, con un número de soldados enormemente inferior, e inmediatamente llevó a cabo con increíble éxito una terrible batalla en Argentaria, ciudad de las Galias. Se dice en efecto que murieron en esta batalla más de treinta mil alamanos con muy pocas pérdidas de parte romana.

Por otro lado, en el año decimotercero del reinado de Valente, es decir poco tiempo después de que Valente llevara a cabo por todo Oriente persecuciones contra las comunidades cristianas y ejecuciones de santos, brotaron al mismo tiempo abundantes frutos de la famosa raíz de nuestras desgracias. En efecto, el pueblo de los hunos, apartado durante mucho tiempo en montes inaccesibles y excitado ahora por una repentina locura, se levantó contra los godos y, tras acosarlos por todas partes, los expulsaron de sus antiguos lugares. Los godos, tras pasar en su huida el Danubio, fueron recibidos por Valente sin firmar ningún tratado ni entregar siquiera —con lo cual se podía haber confiado con más seguridad en los bárbaros— las armas a los romanos. Poco tiempo después, empujados por el hambre y las injurias que recibieron de la intolerable avaricia del general Máximo, se levantaron en armas y, tras derrotar al ejército de Valente, se esparcieron por Tracia, turbándolo todo con matanzas, incendios y robos. Valente, saliendo de Antioquía, cuando ya se vio arrastrado por su último destino en la desgraciada batalla, ordenó, estimulado por un tardío arrepentimiento de su enorme pecado, que volvieran del exilio los obispos y demás santos.

Así pues, este lamentable combate con los godos en Tracia, que ya entonces estaban muy bien dotados tanto por haber

ejercitado sus fuerzas como por la abundancia de recursos, lo entabló en el año decimoquinto de su reinado. En esta batalla los escuadrones de la caballería romana, turbados en seguida ante el primer ataque de los godos, abandonaron la defensa de la infantería. A continuación, las legiones de infantes, rodeadas por todas partes de la caballería enemiga, abrumadas en un primer momento por nubes de dardos y batidas totalmente después, perecieron alcanzadas por las espadas y picas de sus perseguidores, cuando locas de miedo se vieron obligadas a esparcirse fuera de los caminos. El propio emperador, cuando herido por un dardo y dado a la huida se escondía, tras haber llegado allí con dificultades, en la cabaña de una pequeña granja, fue alcanzado por los enemigos que le perseguían, y fue quemado al prender aquellos fuego a la casa; y, para que el recuerdo del castigo que recibió y de la ira divina sirviese todavía mas de ejemplo terrible a las generaciones futuras, se vio incluso privado de lo que es común a todos los hombres, la sepultura.

Dejemos que la terquedad y la bajeza de los gentiles se consuele; pero sólo en esto: que fue durante tiempos cristianos y bajo emperadores cristianos cuando todas estas desgracias tan grandes, sobrevenidas al mismo tiempo, aplastaron la cabeza ya oprimida del Estado: las provincias fueron abatidas, el ejército aniquilado, y el emperador quemado. En verdad que esto aumenta mucho nuestro dolor y que es tanto más triste cuanto más nuevo. Pero ¿por qué sirve esto como consuelo a los paganos, los cuales pueden ver claramente que, incluso en estos hechos, el que ha sido castigado ha sido un perseguidor de

las comunidades cristianas? El Dios único entregó una fe única y difundió por todo el orbe una Iglesia única: por ella mira, a ella ama, a ella defiende; y todo el mundo, sea cualquiera que sea el nombre con el que se encubra, es ajeno a esta Iglesia si no se asocia a ella, y es su enemigo si la ataca. Que se consuelen los gentiles, en la medida que ellos quieran, con las desgracias de los judíos y de los herejes, pero que al menos confiesen que hay un solo Dios y que ese Dios no es blando con las personas como lo prueba sobre todo la suerte de Valente. Y es que los godos humildemente habían pedido con anterioridad, por medio de legados, que les fueran enviados obispos para aprender de ellos la norma de la fe cristiana. El emperador Valente con funesta maldad les envió maestros de la herejía arriana. Los godos se aferraron a la enseñanza básica de la primera fe que recibieron. Por ello, en justo juicio de Dios, ellos mismos le quemaron vivo, ellos que, una vez muertos, arderán eternamente por su culpa a consecuencia de su error.

34.

En el año 1132 de la fundación de la ciudad tomó el mando del Imperio, tras la muerte de Valente, Graciano, el cuadragésimo tras Augusto; se mantuvo en el trono seis años, aunque ya antes había reinado con su tío Valente y con su hermano Valentiniano. Graciano, al ver que la situación del Estado era ruinoso y casi moribundo, eligió también él, con la misma buena visión con que en otro tiempo Nerva había elegido a un hispano, Trajano, gracias al cual el Estado se

recuperó, a un hombre igualmente hispano, Teodosio, y, porque había que restaurar necesariamente el Estado, le vistió la púrpura en Sirmio, y le puso al mismo tiempo al frente de Oriente y Tracia. Lo hizo con una visión más perfecta que Nerva por esto: porque, si bien en todas las virtudes propias de los hombres Teodosio era semejante a Trajano, por la fe que había jurado y por la religión que profesaba le aventajaba sin ninguna posibilidad de comparación; y es que aquel fue un perseguidor y éste un propagador de la Iglesia. Por ello, a Trajano no se le concedió ni siquiera un hijo suyo propio, en el cual pudiera alegrarse como sucesor suyo; la gloriosa descendencia de Teodosio, sin embargo, domina al mismo tiempo por Oriente y Occidente, a través de sucesivas generaciones, hasta nuestros días.

Pues bien, Teodosio pensó que el Estado, que estaba en ruinas por la ira de Dios, debía ser restaurado por la misericordia de Dios; y poniendo toda su confianza en la ayuda de Cristo, venció, agrediéndoles sin parar en muchas y singulares batallas, a los pueblos escitas, enormes en número y temidos por todos nuestros antepasados, pueblos dejados a un lado incluso por el famoso Alejandro Magno, según atestiguan Pompeyo y Cornelio, y que ahora, tras la desaparición del ejército romano, estaban equipados con caballos y armas romanas; en una palabra, venció a alanos, hunos y godos. Entró como vencedor en la ciudad de Constantinopla y, para no agotar en continuas guerras a aquel pequeño ejército romano, concluyó un tratado con el rey godo Atanarico. Pero Atanarico murió nada más llegar a Constantinopla. Todos los pueblos

godos, tras la muerte de su rey, se entregaron al poderío romano al comprobar la valentía y benignidad de Teodosio.

También en esta misma época los persas, que con la muerte de Juliano y sus frecuentes victorias sobre otros emperadores y sobre todo ahora tras derrotar a Valente, eructaban con una mal digerida jactancia la hartura de victoria que tenían, enviaron voluntariamente legados a Constantinopla y pidieron suplicantes la paz a Teodosio; y se firmó entonces un tratado del que todavía hoy goza con absoluta tranquilidad todo el Oriente.

Entretanto, cuando ya Teodosio en Oriente había liberado por fin a Tracia del yugo enemigo con el sometimiento de los pueblos bárbaros y había nombrado colega suyo en el poder a su hijo Arcadio, Máximo, hombre sin duda enérgico y honrado y digno también de ser Augusto si no se hubiese levantado como usurpador en contra de la promesa del juramento que había hecho, pasó a las Galias tras haber sido nombrado emperador en Britania por su ejército, en contra casi de su voluntad; allí eliminó por traición al Augusto Graciano, que asustado por el repentino ataque intentaba pasar a Italia; y al hermano de este, el Augusto Valentiniano, le expulsó de Italia. Valentiniano fue recibido con amor paternal por Teodosio en su huida a Oriente, siendo después restablecido incluso en el poder.

En el año 1138 de la fundación de la ciudad, tras el asesinato de Graciano a manos de Máximo, consiguió el mando de todo el mundo romano Teodosio, cuadragésimo primer emperador, permaneciendo en él durante once años sin contar los seis años que, en vida de Graciano, había reinado ya en Oriente. Pues bien, empujado a la guerra civil por causas justas y necesarias, ya que, de los dos hermanos que habían sido Augustos, la sangre del asesinado exigía venganza y la desgracia del desterrado reclamaba la reintegración, puso su esperanza en Dios y se lanzó contra el usurpador Máximo, al que superaba sólo en la fe, ya que, si se comparaban los contingentes bélicos, era con mucho inferior. Por entonces Máximo se había asentado en Aquileya, donde estaba disfrutando de su victoria. Su general Andragatio llevaba todo el peso de la guerra: éste, a pesar de haber fortificado increíblemente, con abundantes tropas y con una estrategia que superaba la propia fortaleza de su numerosas tropas, todas las entradas de los Alpes y de los ríos, abandonó espontáneamente, gracias a los inefables designios de Dios, la propia barrera que él había puesto delante y se dispuso a anticiparse y a salir al encuentro del desprevenido enemigo en una expedición naval. De esta forma Teodosio, sin que nadie se diera cuenta, por no decir sin que nadie se le opusiera, paso los Alpes que estaban desguarnecidos y, llegando de improviso a Aquileya, encerró, capturó y ejecutó, sin traiciones y sin discusiones, a Máximo, aquel gran enemigo, hombre cruel y que conseguía, por el solo miedo a su nombre, tributos e impuestos, incluso de las salvajes tribus germanas. Valentiniano ocupó el recuperado trono de

Italia. El general Andragatio, enterado de la muerte de Máximo, se arrojó al mar desde la nave y se ahogó. Teodosio consiguió una victoria sin sangre gracias a la ayuda de Dios.

He aquí como terminan, cuando no se pueden evitar, las guerras civiles bajo emperadores cristianos y en época cristiana. Se llegó sin más a la victoria, se entró en la ciudad, fue reducido el usurpador. Y esto es poco. También, por otro lado, fue vencido el ejército enemigo y el general del usurpador, más cruel que el propio usurpador, fue obligado a darse muerte; todas sus grandes insidias fueron anuladas y burladas, todos sus enormes preparativos fueron reducidos a la nada; y todo ello sin que nadie, sin embargo, tramara traiciones, sin que nadie preparase una batalla, sin que nadie por fin, si es que puede decirse, sacara su espada de la vaina. Esta terrible guerra acabó en victoria sin sangre y en el momento de la victoria terminó sólo con la muerte de dos personas. Y, para que nadie piense que esto sucedió por casualidad y para que el poder de Dios, que gobierna y juzga todos estos hechos, arrastre con la pública propagación de su testimonio hacia la confusión o hacia la aceptación de la fe a las mentes de sus detractores, hago mención a una cosa desconocida por todos, pero conocida también por todos: desde esta guerra, en la cual perdió la vida Máximo, hasta nuestros días, Teodosio y su hijo Honorio se vieron mezclados, como todos sabemos, en muchas guerras tanto externas como civiles; y, sin embargo, casi todas esas guerras que han tenido lugar hasta ahora, terminaron en la paz, con el fruto de una victoria sencilla y pura, sin derramarse ninguna o muy poca sangre.

Pues bien, Valentiniano el Joven, restablecido en el trono tras la muerte de Máximo y de su hijo Víctor, a quien Máximo había dejado como emperador en la Galia, pasó él mismo a la Galia; allí, mientras llevaba una vida en paz al estar la situación política tranquila, fue traídoramente estrangulado en Viena, según dicen, por su ayuda de cámara Arbogastes, y, para que pareciese que se había suicidado, fue colgado de una cuerda.

Muerto el Augusto Valentiniano, Arbogastes, al nombrar osadamente a un usurpador, Eugenio, lo único que hizo fue elegir a una persona para imponerle el título de emperador, ya que era él mismo en realidad el que iba a llevar las riendas del poder, él, un hombre bárbaro, pero sobrado de espíritu, de buen sentido, de fuerza, de audacia y de poder; y reunió de todas partes innumerables e invictas tropas, ya de las guarniciones romanas, ya de las tropas auxiliares bárbaras, sirviéndose unas veces de su poder y otras de sus relaciones.

No hace falta ya ampliar con palabras unos hechos conocidos incluso personalmente por muchos, hechos que conocen mejor que yo los que fueron testigos oculares de ellos. De que fue gracias al poder de Dios y no gracias a la autosuficiencia humana por lo que resultó siempre vencedor Teodosio es buena prueba en dos ocasiones este Arbogastes, el cual, en época anterior, cuando estaba bajo el mando de Teodosio, capturó él mismo, a pesar de estar escaso en fuerzas, a Máximo, que estaba protegido por enormes defensas; y ahora, cuando tras reunir tropas galas y francas se ha levantado contra

el mismo Teodosio, ha sucumbido con absoluta facilidad a pesar de apoyarse en un particular culto a sus ídolos.

Eugenio y Arbogastes habían colocado a sus ejércitos perfectamente ordenados en el campo de batalla; habían ocupado los estrechos costados de los Alpes y sus inevitables entradas, poniendo astutamente delante insidiosas trampas; y aunque fueran inferiores en número y fuerzas, aparecían sin embargo como vencedores por la posición que tenían de cara a la batalla. Teodosio, por su parte, que había tomado posiciones en la zona alta de los Alpes, privado de alimento y de descanso, sabedor de que había sido abandonado por los suyos, pero desconocedor de que estaba cercado por enemigos, oraba, tendido su cuerpo en la tierra pero fija su mente en el cielo, él solo, al único Señor, Cristo, que lo puede todo. Después, tras haber pasado la noche sin dormir en continuas preces y dejar como testigo poco menos que lagunas de lágrimas, que era el precio que pagaba a la ayuda celestial, cogió él solo con absoluta confianza las armas, sabiendo que no estaba solo. Con la señal de la cruz dio la señal de ataque y se lanzó a la lucha como seguro vencedor, a pesar de que nadie le seguía. Su primera posibilidad de salvación la tuvo en Arbitión, general de los enemigos: éste, al caer el emperador en las trampas colocadas en los alrededores, de las que no se apercibió, respetuosamente conmovido ante la presencia del Augusto, no sólo le libró del peligro sino que incluso le proveyó de una guardia.

Por otro lado ya, cuando los dos ejércitos llegaron a lugares aptos para entablar combate, inmediatamente cayó sobre los

rostros de los enemigos el ya conocido inefable y fuerte torbellino de vientos. Volaban por los aires los dardos enviados por los nuestros y, llevados a través del extenso vacío a una distancia superior a la de un lanzamiento humano, no tenían por así decir permiso para caer sin clavarse en los enemigos. Por el otro lado, los rostros y pechos de los enemigos unas veces eran azotados al chocar fuertemente el continuo torbellino de aire en los escudos; otras eran bloqueados con el tapón producido por la obstinada presión del aire sobre aquellos; otras quedaban al descubierto al serles arrancados con su violencia y quedar sin nada; y otras eran arrastrados a la fuerza a ponerse de espaldas al darse la vuelta completamente los escudos. Incluso los dardos que ellos mismos lanzaban con violencia, al ser cogidos por la fuerza contraria del viento y vueltos hacia atrás, se clavaban tristemente en ellos mismos. Aterrorizados con el pavor propio de una conciencia humana miraron por su propia salvación, por cuanto inmediatamente el ejército enemigo se postró ante el vencedor Teodosio dispersándose sólo un pequeño grupo de ellos; Eugenio fue hecho prisionero y ejecutado; Arbogastes se suicidó.

De esta forma, también ahora esta guerra civil terminó con la muerte de dos personas, sin contar los diez mil godos a los que, enviados delante por Teodosio, se dice que aniquiló totalmente Arbogastes: el haber perdido a estos fue sin duda una ganancia y su derrota una victoria.

Yo no me burlo de nuestros detractores. Pero que citen ellos, desde la fundación de la ciudad, una sola batalla que fuera emprendida por una causa tan necesariamente digna que fuera

llevada a cabo con un éxito tan propio de Dios, que terminara con una bondad tan indulgente, una batalla en la que el choque no llevara consigo una grave matanza y la victoria una cruenta venganza, y entonces quizá yo les conceda que esto de ahora no parece deberse a la fe del general cristiano. Aunque a mí no me preocupa que aduzcan un testimonio de ese tipo, cuando uno de ellos, gran poeta sin duda, pero obstinado pagano, dio testimonio a Dios y a los hombres con estos versos: *¡Oh tú, excesivamente amado por Dios! El cielo lucha a tu lado, y los vientos conjurados acuden al toque de tus trompetas* (Claudio). Éste es el juicio del cielo en los pleitos entre aquellos que esperan humildemente sólo en Dios sin contar siquiera con la ayuda de los hombres y aquellos otros que presumen con arrogancia de sus propias fuerzas y de sus ídolos.

Y Teodosio, estando el Estado en orden y tranquilidad, murió mientras se encontraba en Milán.

36.

En el año 1149 de la fundación de la ciudad comenzaron un común reinado, con la única diferencia de vivir en capitales distintas, el Augusto Arcadio, cuyo hijo Teodosio es el que gobierna en estos momentos en Oriente, y su hermano el Augusto Honorio, en el cual se sustenta todavía hoy el Estado; ocupan el cuadragésimo segundo lugar en la lista de emperadores. Vivió Arcadio, tras la muerte de su padre, doce años y, a la hora de morir, entregó todo su poder a su hijo Teodosio, todavía pequeño.

Entretanto el gobernador Gildón, que a comienzos del reinado de éstos se encontraba al frente de África, en cuanto se enteró de la muerte de Teodosio, intentó, según unos, anexionar África a las partes orientales del Imperio empujado por una especie de envidia; según otros, pensando que en aquellos pequeños habían muy pocas esperanzas —sobre todo porque, sin contarlos a ellos, ningún otro niño dejado anteriormente en el poder había llegado con facilidad a mayor y son estos los únicos casi a los que, separados y abandonados, sacó adelante la tutela de Cristo gracias a la enorme fe de su padre y suya— tuvo la osadía de usurpar el mando de África, separándola de su unión con el Estado romano, y lo hizo más bien por estar de acuerdo con la licenciosa vida de los gentiles que inflado por la ambición de aspiraciones reales. Éste tenía un hermano, Mascezel, el cual, detestando las revolucionarias maquinaciones de su hermano, marchó a Italia dejando en el ejército africano a sus dos hijos adolescentes. Gildón, sospechando de la ausencia de su hermano y de la presencia de los hijos de éste, hizo matar traidoramente a los dos jóvenes. Contra él, como enemigo ya declarado al que había que atacar con las armas, fue enviado su hermano Mascezel, cuyo dolor por la reciente pérdida de sus hijos era la mejor garantía de que sería el idóneo para mirar por el Estado romano. Pues bien, Mascezel, que ya conocía por Teodosio lo que en situaciones desesperadas podía conseguir de la clemencia de Dios la súplica de un hombre a través de la fe en Cristo, se acercó a la isla Capraria de donde se llevó consigo algunos siervos de Dios movidos por sus ruegos: pasando con estos días y noches

ininterrumpidos en oraciones, ayunos y cantos de salmos, consiguió merecidamente la victoria, sin necesidad de luchar, y la venganza, sin necesidad de derramar sangre. Ardalión es el nombre de un río que corre entre las ciudades de Teveste y Amedera; allí, con un pequeño ejército, concretamente con cinco mil soldados, según dicen, emplazó el campamento frente a setenta mil enemigos y, cuando después de un breve espacio de tiempo intentó salir de aquel lugar y atravesar los estrechos pasos del valle que tenía delante, al caer la noche le pareció ver en sueños al bienaventurado Ambrosio, obispo de Milán, que había muerto poco antes, el cual, le hacía una señal con las manos y, tocando tres veces con el báculo en la tierra, le decía: «Aquí, aquí, aquí.» Mascezel, en una sagaz interpretación, entendió que, por los méritos del que le daba el aviso, se le anunciaba la confianza en la victoria; que, con sus palabras, se le anunciaba el lugar de la victoria; y, con el número, el día de la victoria. Se quedó allí y, al tercer día, después de una noche pasada en vela con oraciones e himnos, avanzó hacia el enemigo que le rodeaba inmediatamente después de haber hecho los sagrados ritos al cielo; y, mientras lanzaba piadosas palabras a los primeros que venían a su encuentro, a un abanderado que insolentemente se resistía y que reclamaba ya mismo el comienzo de la batalla le golpeó con su espada en el brazo y paralizándole con la herida la mano le obligó a inclinar la bandera hacia el suelo. Al ver esto las restantes cohortes, creyendo que la rendición de las primeras filas era ya un hecho, cambiaron de frente y se entregaron a porfía a Mascezel. Los bárbaros que Gildón había traído en gran número a la batalla,

abandonados por la deserción de los soldados, huyeron a distintos lugares. El propio Gildón tomó una nave con la intención de huir y, después de haber sido arrastrado a alta mar y ser devuelto a continuación a África, murió pocos días después estrangulado.

Correríamos el peligro, en el relato de tan grandes milagros, de caer, por así decir, en la presunción de mentir desvergonzadamente, si no se adelantara a nuestras palabras el testimonio de aquellos que estuvieron presentes. No hubo manejos ocultos; no hubo corrupción; setenta mil soldados son derrotados casi sin lucha; el vencido huyó a tiempo para que el vencedor, airado, no tuviera tiempo de cometer más osadías; Gildón es arrastrado a un lugar distinto para que su hermano no tuviera conocimiento de que era asesinado, asesinato que podría ser interpretado como la venganza de Mascezel. Es cierto que Mascezel, insolentemente ensoberbecido por el éxito, tras olvidar la amistad que le había unido a los santos, con cuya compañía en las armas había vencido, tuvo la osadía de profanar incluso a la Iglesia y no dudó en arrancar a algunos de su seno.

En seguida le llegó el castigo al sacrílego. Pues mientras aquellos a los cuales él había arrancado del seno de la iglesia para castigarlos siguieron viviendo y gozando, sólo él fue castigado después de algún tiempo y comprobó, sólomente en sí mismo, que el juicio de Dios está siempre vigilante para bien y para mal; y es que, cuando él esperó en Dios, fue ayudado, y, cuando le despreció, fue aniquilado.

37.

Entretanto, una vez que el emperador Teodosio, ya viejo, hubo confiado a sendos poderosos particulares el cuidado de sus hijos y la ordenación de uno y otro Imperio, a saber, a Rufino la de la corte oriental y a Estilicón la del Imperio Occidental, el final de uno y otro puso en evidencia qué es lo que hicieron o qué es lo que intentaron hacer, ya que, mientras uno buscaba el poder real para sí y el otro para su hijo, el primero dejó entrar a las tribus bárbaras y el segundo las ayudó, con el fin de que, al perturbarse de repente la situación, el momento crítico del Estado tapase su criminal ambición.

Paso por alto las frecuentes derrotas, acorralamientos y continuos rechazos que sufrió el rey Alarico con sus godos. Paso por alto los tristes sucesos acaecidos en Polentia, cuando se encomendó el mando supremo de la guerra a un general bárbaro y pagano, concretamente a Saúl, por cuya maldad fueron profanados los días más solemnes y la sagrada Pascua y se obligó al enemigo, que huía por escrúpulos religiosos, a luchar por la fuerza; y cuando, gracias a que el juicio divino puso inmediatamente de manifiesto qué es lo que puede su favor y qué es lo que exige su venganza, vencimos en la lucha, aunque resultamos en realidad unos vencedores vencidos. Paso por alto los frecuentes destrozos de los bárbaros entre sí, cuando dos columnas de godos se destruían unas a otras, cosa que hicieron también después los alanos y los hunos con distintas matanzas.

Radagaiso, el más cruel con mucho de todos los enemigos antiguos y presentes, invadió toda Italia en un repentino ataque. Dicen, en efecto, que formaban parte de su pueblo mas de doscientos mil godos. Éste, aparte de esta increíble multitud y su indómito valor, era pagano y escita; y, como es costumbre en los pueblos bárbaros de esta raza, había prometido ofrecer a sus dioses toda la sangre de la raza romana. Pues bien, cuando amenazaba ya las murallas romanas, se produjo en la ciudad un gran revuelo de todos los paganos: decían que el enemigo era enormemente poderoso, ciertamente por su gran número de tropas, pero sobre todo porque era ayudado por sus dioses; que Roma, sin embargo, estaba abandonada y a punto de morir, por cuanto había perdido a sus dioses y sus ritos sagrados. Por todas partes se oyen grandes quejas, e inmediatamente se discute la posibilidad de restaurar y celebrar ritos sagrados; hierven por toda la ciudad las blasfemias; el nombre de Cristo es públicamente cargado de insultos, como si se tratase de una peste de los tiempos actuales.

Lo que sucedió, pues, por los inefables designios de Dios, fue que, como en una población heterogénea como la romana los piadosos merecían la gracia y los impíos el castigo, y como convenía por otra parte dejar a los enemigos que castigasen con azotes más duros que de costumbre a una ciudad refractaria y contestataria en la mayoría de sus miembros, pero no que barriesen a todos indiscriminadamente con matanzas sin medida, sucedió, pues, que en esta ocasión dos tribus godas, con sus poderosos reyes, corrían por las provincias romanas: de ellos, uno era cristiano y muy próximo a lo romano y, como

mostraron los hechos, moderado por temor a Dios a la hora de dar muerte; otro era pagano, bárbaro y un auténtico escita, ya que a la hora de dar muerte gustaba, por su insaciable crueldad, no tanto la gloria o el botín como la propia muerte por sí misma. Y este era el que, adentrado ya en el seno de Italia, amenazaba desde lugares cercanos a la aterrorizada Roma. Así pues, si se hubiese dejado vía libre al espíritu vengador de éste, al cual consideraban temible los romanos, sobre todo porque buscaba el favor de sus dioses con los regalos de sacrificios, hubiera estallado una desmesurada matanza, sin que por ello se hubiese conseguido enmienda alguna; y habría surgido un novísimo error peor que el anterior; en efecto, el haber caído en manos de un pagano e idólatra no sólo habría supuesto para los paganos que guardasen una indudable y convencida tendencia a restaurar el culto a sus ídolos, sino que también para los cristianos hubiera supuesto una peligrosa confusión, por cuanto estos quedarían aterrorizados por este anticipado juicio de Dios y aquellos envalentonados por este antecedente. Por ello, el justo regidor de la raza humana, Dios, quiso que muriese el enemigo pagano y permitió que prevaleciese el cristiano, para que los romanos paganos y blasfemos fueran confundidos con la pérdida de aquel y fueran castigados con la llegada de éste; máxime cuando la continencia del emperador Honorio, admirable en un rey, y su sacra fe merecían no poca misericordia divina.

Para luchar contra Radagaiso, el cruel enemigo, se unen animosamente a Honorio, con la buena disposición de ayudarlo, otros enemigos juntamente con sus tropas. Se presentan para ayudar a los romanos Uldin y Saro, generales de los hunos y de los godos; pero no permite Dios que algo que es producto de su poderío pueda ser interpretado como valor de los hombres y mucho menos de los enemigos. Aterrorizando con su voluntad divina a Radagaiso le empuja hacia los montes fesulanos y —según los que cuentan esto con mas moderación— atemorizándolos por todas partes con el miedo, encierra a los doscientos mil hombres de Radagaiso, faltos de consejo y de alimento, en la árida y dura cima del monte; y aquellas hordas, a las que hacía poco les parecía pequeña Italia, son empujadas, con la esperanza de encontrar refugio, a un solo y pequeño pico. ¿Para qué me voy a entretener en muchos detalles? El ejército no se colocó en orden de batalla, ni la furia ni el temor produjeron incertidumbre antes del combate, no hubo muertes, no se derramó sangre, y finalmente —lo cual suele ser considerado como una suerte— no hubo daños en el combate que fueran compensados en el resultado final de la victoria: mientras los nuestros comían, bebían y jugaban, aquellos tan grandes y crueles enemigos se agotaron muertos de hambre, de sed y de cansancio. Pero esto para ellos es poco, hasta que saben que ha sido capturado y subyugado aquel, al que los romanos habían temido, y hasta que contemplan con desprecio, vencido sin batalla y atado bajo el yugo y con cadenas, a aquel su adorador de ídolos, del que aparentemente decían temer más sus sacrificios que sus armas. Y es que el rey Radagaiso,

dándose él solo a la fuga, abandonó ocultamente a los suyos y fue a caer entre los nuestros: estos le capturaron, le retuvieron un poco de tiempo y después lo ejecutaron. Y se dice que hicieron cautiva a tan gran multitud de godos que se vendían por todas partes rebaños de personas por sendas monedas de oro como las más baratas cabezas de ganado. Pero no permitió Dios que quedase nada de este pueblo. Efectivamente, todos aquellos que habían sido comprados murieron inmediatamente después, con lo que sus malvados compradores tuvieron que gastar por misericordia en las sepulturas lo que vergonzosamente no habían pagado en su compra.

Así pues, esta ingrata Roma, la cual, de la misma forma que ahora ha conocido la indirecta misericordia del juicio de Dios, misericordia que éste ha tenido no para perdonarle su idolatría, sino para reprimirla, así también ha de conocer pronto su ira, aunque, en aras del piadoso recuerdo de los santos vivos y muertos, una ira no total, para ver si por casualidad se arrepiente de su confusión y, por la experiencia pasada, acepta la fe; esta Roma, pues, se ve libre ahora por un cierto tiempo del ataque de Alarico, rey y enemigo, pero cristiano.

38.

Entretanto el general Estilicón, nacido de la raza de los vándalos, de familia baja, avara, pérfida y falaz, sin importarle nada el hecho de que su poder estaba por debajo del poder del emperador, intentaba por todos los medios, según transmite la mayoría, cambiar al emperador para colocar en el trono a su

hijo Euquerio, quien, ya desde niño y como persona privada, tramaba persecución contra los cristianos. Por ello, cuando Aladeo y todo el pueblo godo pedían con humildes suplicas una paz digna y unos lugares para vivir, aunque en secreto favorecía un tratado con ellos, públicamente negaba la posibilidad de guerra y de paz, reservándoles así para desgastar y aterrorizar al Estado. Por otra parte, a otros pueblos, irresistibles por sus tropas y recursos, pueblos que en este momento oprimían las provincias de las Galias y de las Hispanias, concretamente a los alanos, suevos, vándalos y también a los borgoñones que se vieron arrastrados en la misma oleada invasora, incitándoles por propia iniciativa a las armas, los soliviantó; con ello, estos pueblos perdieron al mismo tiempo el miedo que tenían al nombre de Roma.

En el ínterin, él mismo decidió agitar las orillas del Rin y atacar las Galias con la miserable esperanza, ante las circunstancias de esta crítica situación, de poder arrancar el poder a su yerno para dárselo a su hijo y de poder reprimir a estos pueblos bárbaros con la misma facilidad con que habían sido soliviantados.

Finalmente, cuando el emperador Honorio y el ejército romano descubrieron la intriga de tanta maldad, en un justísimo levantamiento del ejército perdió la vida Estilicon, el cual, por vestir a un niño con la púrpura imperial, ofreció la sangre de todo el género humano. Fue ejecutado Euquerio, el cual, para atraerse el favor de los paganos, amenazaba con manchar los comienzos de su reinado con la restauración de los templos paganos y la destrucción de las iglesias. Y con

Estilicón y Euquerio fueron castigados unos pocos secuaces suyos en tales proyectos.

De esta forma, con muy poco esfuerzo y con el castigo solo de unos pocos, las comunidades de Cristo, juntamente con su religioso emperador, fueron liberadas y vengadas.

Finalmente, tras acumularse tantas blasfemias sin que hubiera ningún arrepentimiento, cae sobre Roma el clamoroso castigo que ya pendía sobre ella desde hacía tiempo.

39.

Se presenta Alarico, asedia, aterroriza e invade a la temblorosa Roma, aunque había dado de antemano la orden, en primer lugar de que dejasen sin hacer daño y sin molestar a todos aquellos que se hubiesen refugiado en lugares sagrados y sobre todo en las basílicas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y, en segundo lugar, de que, en la medida que pudiesen, se abstuvieran de derramar sangre, entregándose sólo al botín. Y para que quedase más claro que aquella invasión de la ciudad se debía más a la indignación de Dios que a la fuerza de los enemigos, sucedió incluso que el obispo de la ciudad de Roma, el bienaventurado Inocencio, cual justo Loth sacado de Sodoma, se encontraba en Rávena por la oculta providencia de Dios; de esta forma no vio la caída del pueblo pecador. En el recorrido que los bárbaros hicieron por la ciudad, un godo, que era de los poderosos y de religión cristiana, encontró casualmente en una casa de religión a una virgen consagrada a Dios, de edad ya avanzada; y, cuando él le pidió de una forma

educada el oro y la plata, ella, con la seguridad que le daba su fe, respondió que tenía mucho, prometió que se lo mostraría y lo sacó todo a su presencia; y cuando se dio cuenta de que el bárbaro, a la vista de todas aquellas riquezas, quedó atónito por su cantidad, su peso y su hermosura —a pesar de que desconocía incluso la calidad de los vasos—, la virgen de Cristo le dijo: «Éstos son los vasos sagrados del apóstol Pedro; cógelos, si tienes el suficiente valor; si lo haces, tú tendrás que responder; yo, dado que no puedo defenderlo, no me atrevo a mantenerlo.»

El bárbaro, empujado al respeto a la religión ya por temor a Dios, ya por la fe de la virgen, mandó un mensajero a Alarico para informarle de estos hechos; Alarico dio órdenes de que los vasos sagrados fueran llevados tal como estaban a la basílica del apóstol y que, bajo la misma escolta, fuese también la virgen y todos aquellos cristianos que quisieran unirse. La casa, según dicen, estaba bastante lejos de la basílica y había que atravesar toda la ciudad. Por tanto, mientras todos miraban aquel gran espectáculo, los vasos de oro y plata son públicamente trasladados llevando cada persona uno en su cabeza. La piadosa procesión es cortejada en todo su recorrido por una escolta con las espadas desenvainadas; romanos y bárbaros, unidos en un solo coro, cantan públicamente un himno a Dios; el sonido de la trompeta de salvación suena a lo largo y ancho en medio del saqueo de la ciudad, e incita y anima a todos, incluso a los escondidos en lugares ocultos. De todas partes los «vasos» de Cristo se unen a los vasos de Pedro, y también muchos paganos se mezclan con los cristianos en una misma manifestación

aunque no con la misma fe; de esta forma, esos paganos logran salvarse momentáneamente para mayor confusión suya. Y cuanto más numerosos son los romanos que se juntan para huir, con tanto más empeño los bordean los bárbaros para defenderlos.

¡Oh sagrada e indecible discriminación obrada por el juicio divino! ¡Oh santa y saludable esta riada humana, la cual, salida de una pequeña casa, mientras tiende en su feliz lecho hacia la morada de los santos, arrastra con piadosa rapacidad al seno de la salvación a las almas errantes y en peligro! ¡Oh trompeta gloriosísima de la milicia cristiana, que, invitando con su dulcísimo son a todos sin discriminación a la vida, abandonó a la muerte, sin posibilidad de excusa, a los que, en su desobediencia, no atrajo a la salvación! Fue un profundo misterio éste del transporte de vasos, del canto de himnos y de la conducción del pueblo; fue algo así, pienso, como un gran tamiz, por el cual, de toda la masa del pueblo romano, como si de un gran montón de trigo se tratase, pasaron por todos los agujeros, saliendo de los escondidos rincones de todo el círculo de la ciudad, los granos vivos, conducidos ya por la ocasión, ya por la verdad; sin embargo, fueron aceptados todos aquellos granos del previsor granero del Señor que creyeron poder salvar su vida presente, pero los restantes, como si se tratase de estiércol o paja, juzgados ya de antemano por su falta de fe y su desobediencia, quedaron allí para ser exterminados y quemados. ¿Quién podría ponderar suficientemente estos hechos, por muchas maravillas que dijese? ¿Quién podría proclamarlos con dignas alabanzas?

Al tercer día de haber entrado en la ciudad los bárbaros se marchan espontáneamente, no sin provocar el incendio de unos cuantos edificios, pero no incendio tan grande como el que en el año 700 de la fundación de la ciudad había provocado el azar. Y, si recordamos el fuego provocado para espectáculo de Nerón, que era emperador suyo, de Roma, sin duda alguna no se podrá igualar con ningún tipo de comparación este fuego que ha provocado ahora la ira del vencedor con aquel que provocó la lascivia de un príncipe. Ni tampoco debo recordar ahora en esta relación a los galos, los cuales se apoderaron rápidamente, en el espacio casi de un año, de las trilladas cenizas de una Roma incendiada y destruida. Y para que nadie dude de que los enemigos tuvieron permiso para proporcionar ese correctivo a esta soberbia, lasciva y blasfema ciudad, los lugares más ilustres de la ciudad que no habían podido ser quemados por los enemigos, fueron destruidos por rayos en esta misma época.

40.

Así pues, el saqueo de Roma por Alarico tuvo lugar en el año 1164 de la fundación de la ciudad; pero, aunque el recuerdo de esta acción es reciente, si alguien ve sin embargo la abundante población del pueblo romano u oye sus voces, pensará que no ha pasado nada, como ellos mismos confiesan, si no fuera porque algunas ruinas que quedan todavía del incendio son casualmente una muestra de aquel. En este ataque godo, Placidia, hija del emperador Teodosio y hermana de los

emperadores Arcadio y Honorio, fue capturada y desposada por Ataúlfo, pariente de Alarico; unida de esta forma en influyente matrimonio con el rey bárbaro fue de mucha utilidad al Estado, dando la impresión de que Roma, por decisión divina, había entregado a esta como rehén en una especie de garantía particular.

Entretanto, las tribus de los alanos, de los suevos, de los vándalos y otras muchas, excitadas, como dije, por Estilicón dos años antes del saqueo de Roma, arrollan a los francos, pasan el Rin, invaden las Galias y, en una incursión sin rodeos, llegan hasta el Pirineo. Detenidos temporalmente por las cimas de esta cordillera se esparcen por las provincias cercanas.

Mientras estos hacen correrías por las Galias, en Britania es nombrado ilegalmente emperador e inmediatamente asesinado Graciano, habitante de esta misma isla. En su lugar es elegido, sólo por la esperanza que su nombre infundía y no por sus valores, un tal Constantino, hombre de rango militar muy bajo; éste, en cuanto tomó el mando, paso a las Galias. Y en ellas, burlado frecuentemente por los bárbaros con pactos poco seguros, no hizo otra ninguna cosa que daño al Estado. Envía magistrados a las Hispanias; y aunque las provincias hispanas recibieron a estos magistrados con obediencia, dos jóvenes hermanos, nobles y ricos, Dídimo y Veriniano, tramaron, no usurpar el mando en contra del usurpador, sino defenderse a sí mismos y a su patria contra el usurpador y contra los bárbaros en favor de su auténtico emperador. Esto quedó claro por la propia sucesión de los hechos. Efectivamente, nadie hace una usurpación sino tras madurarla por sorpresa, llevándola a cabo

después en secreto y defendiendo su posición después públicamente; y el éxito de esta acción consiste en que te vean con la diadema y la púrpura ya tomadas, antes de que sepan quien eres. Estos, sin embargo, reuniendo durante mucho tiempo sólo a jóvenes esclavos de sus propias fincas y alimentándolos con dinero de sus casas, se dirigen a los desfiladeros del Pirineo sin ocultar su propósito y sin inquietar a nadie. Contra ellos Constantino envió a las Hispanias a su hijo Constante, convertido —¡oh dolor!— de monje en César; bajo su mando puso a unos cuantos bárbaros, a los cuales, aceptados en alianza en otro tiempo y llamados incluso al ejército, se les conocía con el nombre de «honoriacos».

A raíz de estos acontecimientos tiene lugar el primer paso para la ruina de las Hispanias. En efecto, tras matar a aquellos dos hermanos que pretendían defender con sus fuerzas privadas la cordillera del Pirineo, estos bárbaros recibieron en primer lugar, como premio por la victoria, permiso para saquear las llanuras de Palencia, y, en segundo lugar, fueron encargados de la vigilancia del citado monte y sus desfiladeros, echando de allí a la fiel y útil guarnición compuesta de campesinos. La consecuencia fue que los «honoriacos», empapados ya de botín y halagados por la abundancia, al concedérseles, para que sus crímenes fueran más impunes y tuvieran más libertad para los propios crímenes, la custodia del Pirineo y abrirse así sus desfiladeros, dejaron entrar en las provincias hispanas a todos los pueblos que andaban por las Galias, y se unieron ellos mismos a éstos; y allí, haciendo de vez en cuando importantes y sangrientas correrías, permanecen

todavía como dueños tras habérsela repartido a suerte, una vez que hicieron crueles talas de bienes y personas, de lo cual ellos mismos todavía incluso se arrepienten.

41.

Esta sería una buena ocasión para decir muchas cosas sobre hechos de este tipo, si no fuera porque en la mente de todos y cada uno de los hombres habla su secreta conciencia. Han sido invadidas las Hispanias; se han sufrido matanzas y rapiñas: en verdad que no se trata de nada nuevo, ya que durante estos dos años en que las armas enemigas han actuado con crueldad, los hispanos han sufrido de manos de los bárbaros lo que sufrieron durante doscientos años de manos de los romanos, y lo que aguantaron incluso, en época del emperador Galieno, durante casi doce años en una invasión de los germanos. Sin embargo, ¿quién que se conozca a sí mismo, sus actos y sus pensamientos y tema a Dios, no confesará que los sufrimientos que recibe son justos e incluso pequeños? Y si no se conoce a si mismo y no teme a Dios, ¿cómo puede aguantar esos castigos, que sin duda fueron pocos, pero que para él no son justos? A pesar de que esto es así, sin embargo, la clemencia de Dios, con el mismo amor paternal con que él hace ya tiempo lo predijo, procuro que, de acuerdo con su evangelio, en el que incesantemente amonestaba: «cuando os persigan en una ciudad huid a otra», todo aquel que quisiera huir y marcharse de Hispania, pudiese servirse de los propios bárbaros como mercenarios, ayudantes y defensores. Los propios bárbaros se ofrecían entonces

voluntariamente para ello; y, a pesar de que podían haberse quedado con todo matando a todos los hispanos, pedían sólo un pequeño tributo como pago por su servicio y como tasa por cada persona que se exportaba. Y, realmente, muchos lo pusieron en práctica. Pero los que, como rebeldes, no creyeron en el evangelio o los que, doblemente rebeldes, no le prestaron oídos, no dieron ocasión a la ira de Dios, y, por ello fueron alcanzados y aplastados justamente por esa ira, que llegó inesperadamente.

A pesar de todo eso, inmediatamente después de estos hechos, los bárbaros, despreciando las armas, se dedicaron a la agricultura y respetan a los romanos que quedaron allí poco menos que como aliados y amigos, de forma que ya entre ellos hay algunos ciudadanos romanos que prefieren soportar libertad con pobreza entre los bárbaros que preocupación por tributos entre los romanos.

Por más que, si la entrada de los bárbaros en territorio romano hubiese supuesto al menos que por Occidente y Oriente se llenaran totalmente las iglesias de Cristo de hunos, suevos, vándalos, borgoñones y distintos e innumerables pueblos de creyentes, nos debería parecer digna de ser alabada y ensalzada la misericordia de Dios, por cuanto, en ese caso, todos esos pueblos tan numerosos habrían recibido, a cambio, sí, de nuestra ruina, la luz de la verdad, luz que ciertamente no habrían podido encontrar si no hubiese sido en esta ocasión. ¿Qué daño, pues, supone para un cristiano que suspira por la vida eterna el ser arrancado de este mundo en el momento que sea y de la forma que sea? Y ¿qué puede ganar un pagano no

creyente en medio de los cristianos, a pesar de que alargue un poco más su vida, si al fin ha de morir en algún momento sin posibilidad de conversión?

Y porque los designios de Dios son inefables, designios que no podemos ni conocerlos todos ni explicar los que conocemos, espero haber expresado brevemente que el castigo de Dios juez, venga de la forma que venga, lo sufren con justicia los que le conocen, y lo sufren también con justicia los que no le conocen.

42.

En el año 1165 de la fundación de la ciudad el emperador Honorio, viendo que con la oposición de tantos usurpadores no se podía hacer nada contra los bárbaros, ordena antes de nada destruir a los propios usurpadores. Le es confiado el peso de esta guerra al conde Constancio. Roma se dio cuenta por fin de la enorme utilidad que había encontrado en última instancia en un general romano y del enorme perjuicio que habían supuesto hasta ahora los generales bárbaros bajo cuyo mando habían estado. Y es que el conde Constancio, marchando a la Galia con el ejército, cercó, capturó y ejecutó al emperador Constantino en la ciudad de Arles.

Y a partir de este momento —por hablar lo más brevemente posible de la lista de usurpadores— Gerontio, lugarteniente de Constante, el hijo de Constantino, hombre más malvado que honrado, asesinó en Viena al propio Constante, y puso en su lugar a un tal Máximo. El propio

Gerontio fue asesinado por sus soldados. Máximo, despojado de la púrpura y destituido por los soldados galos, que, tras haber sido trasladados por él a África, fueron llamados de nuevo a Italia, vive ahora desterrado y en la miseria en Hispania, entre los bárbaros.

Posteriormente Jovino, personaje de la nobleza gala, usurpó el trono e inmediatamente fue arrojado de él. Su hermano Sebastián lo único que consiguió fue morir como usurpador, ya que inmediatamente después de ser nombrado, fue asesinado.

Y ¿qué voy a decir del infeliz Atalo, para quien, de entre todos los usurpadores, fue un honor el ser asesinado y una ganancia el morir? Alarico, al hacer, deshacer, volver a hacer y volver a deshacer emperador a este Atalo, y todo ello en menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, lo único que hizo fue reírse de Atalo, que representaba el papel de mimo, y contemplar la comedia del Imperio. Y no hay que extrañarse de que este pobre hombre, con esta ostentación, fuera con razón objeto de burla, cuando su cónsul, el gris Tertulo, se atrevió a decir en la curia: «Os hablo, senadores, como cónsul y pontífice; lo primero, lo soy; lo segundo, espero serlo», esperando conseguirlo de aquel que no tenía él mismo esperanza, y siendo sin duda maldito porque puso su esperanza en un hombre. Atalo fue en efecto llevado por los godos, como un inútil simulacro del Imperio, a Hispania, de donde salió en una nave y sin rumbo fijo, siendo después capturado, entregado al conde Constancio, llevado después al emperador Honorio y, tras cortarle la mano, dejado con vida.

Entretanto Heracliano, que había sido enviado a África como conde, llegó a conseguir el consulado por defender con energía esta provincia en contra de los magistrados enviados por Atalo, cuando éste ostentaba aquel simulacro de imperio. Enorgullecido por ello, casó a su hija con Sabino, su ayuda de cámara, hombre muy astuto y hábil y que merecería ser llamado sabio si hubiese aplicado su inteligencia a aficiones tranquilas. Heracliano actúa en complicidad con éste, mientras sospecha la existencia de algún peligro y, tras haber retenido durante algún tiempo y en contra de la ley el abastecimiento de trigo africano, se dirigió el mismo a Roma con una armada inmensa, increíble ciertamente en nuestra época. Se dice en efecto que reunió entonces tres mil setecientas naves, cuyo número no tuvieron, según cuentan las historias, ni Jerjes, aquel famoso rey de los persas, ni Alejandro Magno ni ningún otro rey. En cuanto se apartó de la costa en dirección a Roma con su ejército, fue puesto en fuga asustado por la llegada del conde Marino y, dando la vuelta súbitamente a su nave, volvió él solo a Cartago, siendo inmediatamente asesinado a manos de sus soldados. Su yerno Sabino huyó a Constantinopla, de donde fue sacado poco después y condenado al destierro,

A todo este catálogo, como dije, de manifiestos usurpadores y generales rebeldes, el emperador Honorio, por su extraordinaria fe y suerte, mereció derrotarlos; y su conde Constancio, con gran habilidad y rapidez, llevó a cabo las operaciones; y lo consiguieron ciertamente con justicia porque en esta época, por mandato de Honorio y con la ayuda de Constancio, fue devuelta la paz y la unidad a la Iglesia católica a

lo largo de toda África, y el cuerpo de Cristo, que somos nosotros, sanó al ser curada su división. La ejecución de esta orden sagrada fue encomendada al tribuno Marcelino, hombre prudente como el que más, hábil e inclinado a todas las buenas aficiones. Éste fue asesinado en Cartago por el conde Marino —no se sabe si llevado éste por los celos o corrompido por dinero—: este conde, llamado inmediatamente de África y convertido en ciudadano privado, fue abandonado al castigo o a la penitencia de su propia conciencia.

43.

En el año 1168 de la fundación de la ciudad, el conde Constancio, tomando posiciones en la ciudad gala de Arles y operando con gran habilidad, expulsó a los godos de Narbona y les obligó a marcharse a Hispania, impidiéndoles y cerrándoles especialmente todo comercio marítimo y la importación de productos extranjeros. Al frente del pueblo godo se encontraba entonces Ataúlfo, el cual, tras el saqueo de Roma y la muerte de Alarico, había sucedido a éste en el trono, casándose, como dije, con la cautiva hermana del emperador, Placidia. Éste, como muchas veces se ha oído y como se ha probado con la muerte que ha tenido, prefirió, como afanoso buscador de la paz que era, luchar fielmente en favor del emperador Honorio y gastar las fuerzas godas en defensa del Estado romano. Yo mismo, en efecto, he oído cómo un hombre de Narbona, que militó con gloria bajo Teodosio, hombre por lo demás religioso, prudente y mesurado, contaba al bienaventurado presbítero Jerónimo en

Belén, ciudad de Palestina, que él había sido en Narbona muy amigo de Ataúlfo y que de éste había oído algo que él solía repetir ante testigos, cuando se encontraba animado, con fuerzas y de buen humor: que él en un primer momento había deseado ardientemente que todo el Imperio Romano, borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia, y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataúlfo; pero que, cuando la experiencia probó que ni los godos, a causa de su desenfrenada barbarie, podían en absoluto ser sometidos a leyes, ni convenía abolir las leyes del Estado, sin las cuales un Estado no es Estado, prefirió buscar su gloria mediante la recuperación total y el engrandecimiento del Imperio Romano con la fuerza de los godos y ser considerado por la posteridad como el autor de la restauración de Roma, después de no haber podido ser su sustituto. Por ello procuraba no hacer la guerra, por ello procuraba buscar ardientemente la paz, siendo influido en todas sus acciones de buen gobierno por los consejos y razones sobre todo de su esposa Placidia, mujer ciertamente de agudo ingenio y suficientemente honrada gracias a su espíritu religioso. Y mientras insistía con afán en pedir y ofrecer esta paz, fue traidoramente asesinado, según dicen, por sus propios soldados en Barcelona, ciudad de Hispania.

Segerico, quien tras Ataúlfo fue nombrado rey por los godos, es igualmente asesinado por los suyos, por ser, de acuerdo con los designios de Dios, un hombre también inclinado a la paz.

Le sucede después en el trono Valia, elegido por los godos precisamente para romper la paz, pero predestinado por Dios para confirmarla. Efectivamente, Valia —enormemente temeroso de la justicia de Dios desde que en el año anterior un gran ejército godo equipado con armas y naves y que intentaba pasar a África, fue lamentablemente aniquilado por una tempestad que le sorprendió a doce millas del golfo gaditano, y también porque se acordaba del desastre ocurrido en época de Alarico, cuando los godos que intentaban pasar a Sicilia fueron tristemente arrebatados y hundidos por las olas ante los ojos de sus compatriotas— firmó una paz en buenas condiciones con el emperador Honorio entregando rehenes de alto rango; Placidia, hermana del emperador, a la que mantenía a su lado honrándola y respetándola, fue devuelta a su hermano; en pro de la seguridad romana afrontó su propio peligro, hasta el punto de que se enfrentó a los otros pueblos que se habían asentado en Hispania, en cuyo enfrentamiento los peligros de la batalla fueron para él, mientras que los beneficios de la victoria fueron para los romanos.

Pero no sólo los godos, sino también los otros reyes, de los alanos, vándalos y suevos, hubieran estado dispuestos a firmar con nosotros un pacto del mismo tipo, por cuanto enviaron al emperador Honorio este mensaje: «Tu mantén la paz con todos nosotros y recibe rehenes de todos; nosotros luchamos para nuestro perjuicio, morimos en detrimento nuestro, vencemos para ti, pero con inmortal beneficio para tu Estado, si perecemos unos y otros.» ¿Quién podría creer estas cosas, si los hechos no lo evidenciaran? Y es que sabemos por frecuentes y

seguras noticias que hoy día hay guerras en Hispania entre sus pueblos y que se producen matanzas por uno y otro bando de los bárbaros; dicen también estas noticias que es sobre todo el rey godo Valia el que insiste en conseguir la paz.

A consecuencia de ello yo podría aceptar, de una manera u otra, que los tiempos cristianos fueran con razón criticados, si se demuestra que desde la fundación del mundo hasta ahora ha tenido lugar alguna vez algo de tan felices resultados. He señalado, pienso, y he mostrado, no tanto con palabras como apuntándolo con mi dedo, cómo han terminado innumerables guerras, cómo han caído muchos usurpadores, cómo han sido reprimidos, reducidos, sometidos y aniquilados crueles pueblos, y todo ello, derramándose muy poca sangre, sin ninguna lucha y casi sin muertes. Sólo queda que nuestros detractores se arrepientan de sus maquinaciones, enrojezcan de vergüenza ante la verdad y crean, teman, amen y sigan al único Dios, que lo puede todo y cuyas acciones, todas, incluso las que ellos consideran malas, han comprobado que son buenas.

De acuerdo con tu precepto, bienaventurado padre Agustín, he mostrado con la ayuda de Cristo, y con la mayor brevedad y sencillez con que he podido, las pasiones y castigos de los pecadores, los conflictos del mundo y los designios de Dios, desde el comienzo del mundo hasta nuestros días, separando, sin embargo, los tiempos cristianos, por la mayor presencia gratífica de Cristo en ellos, de los confusos siglos de incredulidad. De esta forma yo me siento pagado con el único y seguro resultado que debía apetecer: el de la obediencia. De la calidad de la obra, por otra parte, tú, que lo ordenaste, tendrás

que juzgar; a ti se debe, si la públicas; por ti ha sido juzgada, si la destruyes.

CLÁSICOS DE HISTORIA

- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*

- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*

- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)

Index

LIBRO I. DESDE ADÁN HASTA LA FUNDACIÓN DE ROMA

LIBRO II. DESDE LA FUNDACIÓN DE ROMA HASTA LA INVASIÓN DE LOS GALOS

LIBRO III. DESDE LA PAZ DE ANTÁLCIDAS HASTA EL FINAL DE LOS ENFRENTAMIENTOS ENTRE LOS SUCESORES DE ALEJANDRO.

LIBRO IV. DESDE LA GUERRA CONTRA PIRRO HASTA LA DESTRUCCIÓN DE CARTAGO

LIBRO V. DESDE LA DESTRUCCIÓN DE CORINTO HASTA LA REBELIÓN DE ESPARTACO

LIBRO VI. DESDE LA GUERRA DE MITRÍDATES HASTA LA PAZ DE AUGUSTO

LIBRO VII. DESDE EL NACIMIENTO DE CRISTO
HASTA LOS DÍAS DE OROSIO



Created with Writer2ePub
by Luca Calcinai

Índice

LIBRO I. DESDE ADÁN HASTA LA FUNDACIÓN DE ROMA	4
LIBRO II. DESDE LA FUNDACIÓN DE ROMA HASTA LA INVASIÓN DE LOS GALOS	59
LIBRO III. DESDE LA PAZ DE ANTÁLCIDAS HASTA EL FINAL DE LOS ENFRENTAMIENTOS ENTRE LOS SUCESORES DE ALEJANDRO.	107
LIBRO IV. DESDE LA GUERRA CONTRA PIRRO HASTA LA DESTRUCCIÓN DE CARTAGO	166
LIBRO V. DESDE LA DESTRUCCIÓN DE CORINTO HASTA LA REBELIÓN DE ESPARTACO	233
LIBRO VI. DESDE LA GUERRA DE MITRÍDATES HASTA LA PAZ DE AUGUSTO	305
LIBRO VII. DESDE EL NACIMIENTO DE CRISTO HASTA LOS DÍAS DE OROSIO	381
Index	497